



ANN BRASHARES

SEGUNDO VERANO EN VAQUEROS

Resumen:

Los recuerdos del último verano siguen en la mente de Carmen, Lena, Bridget y Tibby, las cuatro amigas que comparten un par de pantalones vaqueros muy especiales, testigos de sus vivencias más intensas. Este verano también vivirán fascinantes experiencias.

Las cuatro van a estar muy atareadas: Bridget se va a casa de su abuela al Sur de Estados Unidos para reencontrarse con su pasado y con los recuerdos de su madre, es la única forma de encontrarse a sí misma. Lena tiene un trabajo de verano en una tienda, pero no deja de pensar en Kostos, su amor del pasado verano, el cual la va a visitar de manera sorprendente. Tibby va a hacer un curso de cine a la universidad y en la realización de un corto intentará plasmar muchas cosas que le preocupan: la relación con su madre o la muerte de una amiga que tiene que superar. Por su parte, Carmen tiene que adaptarse a la nueva situación de su madre, que ha encontrado un novio joven y estupendo. Los pantalones vaqueros seguirán siendo testigo de los momentos más emocionantes vividos por las cuatro amigas.

Las cuatro chicas son muy diferentes, pero las une una gran amistad y comparten este pantalón vaquero mágico que curiosamente les sienta bien a todas. Así nace el Clan de los Pantalones Vaqueros Compartidos. Como van a estar todo el verano separadas, deciden enviarse los vaqueros junto con las cartas donde se cuentan todo lo que les sucede: amores de verano, nuevas amistades, momentos duros, problemas familiares... De todo ello son testigo los vaqueros.

Dirección editorial: Elsa Aguiar
Coordinación: M^ª. Carmen Díaz-Villarejo

Título original: *The Second Summer of the Sisterhood*,
Traducción del inglés: Elena Moro

2003, 17th Street Production, and Aloy Online, Inc. Company, and Ann Brashares
Publicado por acuerdo con Random House Children's Books división de Random House,
Inc. New York, USA
Todos los derechos reservados.

© Ediciones SM, 2005
Impresores, 15
Urbanización Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ISBN: 84-348-0774-2
Depósito legal: M-162-2005
Impreso en España / *Printed in Spain*
Imprenta SM

**A mi madre,
Jane Easton Brashares, con cariño**

Agradecimientos

Quisiera expresar mi enorme e inacabable aprecio a Jodi Anderson. También expreso mi agradecimiento, con admiración y sincera gratitud, a Wendy Loggia, Beverly Horowitz, Channing Saltons-tall, Leslie Morgenstein y Jennifer Rudolph Walsh.

Un cariñoso agradecimiento a mi marido, Jacob Collins, y a las tres mayores alegrías de mi vida: Sam, Nathaniel y Susannah. Doy las gracias a mi padre, William Brashares, mi modelo a seguir. Doy las gracias a mis queridos Linda y Arthur Collins, que nos acogieron este año e incluso me proporcionaron un sitio donde escribir este libro. Doy las gracias a mis hermanos, Beau, Justin y Ben Brashares, por inspirar la mejor opinión posible sobre los chicos.

Nosotras, el Clan, por la presente establecemos las siguientes reglas que rigen el uso de los pantalones vaqueros compartidos.

- 1. Nunca debes lavar los pantalones.*
- 2. Nunca debes llevar el dobladillo de los pantalones con vuelta. Es horterera. Nunca habrá una ocasión en que esto no sea horterera.*
- 3. Nunca debes decir la palabra "gorda" mientras lleves los pantalones. Nunca debes pensar: "Estoy gorda" mientras lleves los pantalones.*
- 4. Nunca debes permitir que un chico te quite los vaqueros (aunque puedes quitártelos tú en su presencia)*
- 5. No debes meterte el dedo en la nariz mientras lleves los pantalones. Está permitido, sin embargo, rascarse disimuladamente la nariz, aunque en realidad estés metiéndote el dedo en la nariz.*
- 6. En nuestro reencuentro, debes seguir el procedimiento adecuado para documentar el tiempo que se han llevado los vaqueros:
 - . En la pernera izquierda de los vaqueros, escribe el sitio más emocionante que has visitado mientras los llevabas puesto.*
 - . En la pernera derecha de los pantalones, escribe lo más importante que te ha ocurrido mientras los llevabas puestos. (Por ejemplo: "Me enrollé con mi primo segundo, Iván, mientras llevaba los vaqueros.")**
- 7. Debes escribir a los demás miembros del Clan durante el verano, independientemente de cuánto te estés divirtiendo sin ellas.*
- 8. Debes pasar los vaqueros a los demás miembros de acuerdo con las especificaciones establecidas por el Clan. El incumplimiento resultará en unos buenos azotes en nuestro reencuentro.*
- 9. No debes llevar los vaqueros con una camisa por dentro y cinturón. Ver regla n° 2.*
- 10. Recuerda. Pantalones = Amor. Ama a tus amigas. Ámate a ti misma.*

Prólogo.

Nada es demasiado maravilloso para ser verdad. Michael Faraday

Había cuatro chicas que compartían unos pantalones. Las chicas tenían todas talla y figura distinta y, sin embargo, a todas les sentaban bien los mismos pantalones vaqueros.

Puedes pensar que esto es solo una leyenda urbana. Pero yo sé que es verdad, porque soy una de ellas, uno de los miembros del Clan de los Pantalones Vaqueros. Descubrimos su magia el verano pasado, totalmente por casualidad. Las cuatro nos íbamos a separar por primera vez en nuestra vida. Carmen los había comprado en una tienda de segunda mano sin ni siquiera molestarse en probárselos. Los iba a tirar, pero por casualidad los vio Tibby. La propia Tibby fue la primera en probárselos; después yo, Lena; después Bridget; después Carmen.

Cuando se los puso Carmen, ya sabíamos que estaba pasando algo extraordinario. Si los mismos pantalones nos quedan bien a las cuatro -me refiero a que nos sientan bien de verdad-, es que no son unos pantalones normales. No pertenecen por completo al mundo de las cosas que puedes ver y tocar. Mi hermana, Effie, asegura que yo no creo en la magia y quizá entonces no creía. Pero después del primer verano de los vaqueros compartidos, sí creo.

Los pantalones compartidos no son solo los vaqueros más bonitos que han existido jamás, son generosos, reconfortantes y sabios. Y además favorecen un montón.

Nosotras, los miembros del Clan, somos amigas antes de que los pantalones llegaran a nuestras vidas. Nos conocemos desde antes de nacer. Nuestras madres estaban todas en la misma clase de aeróbic para embarazadas, todas salían de cuentas a principios de septiembre. Creo que esto explica algo sobre nosotras. Todas tenemos en común que dimos demasiados botes con nuestra cabeza fetal.

Las cuatro nacimos con un margen de diecisiete días, primero yo, un poco pronto, a finales de agosto y la última Carmen, un poco tarde, a mediados de septiembre.

¿Te has fijado cómo la gente siempre da importancia a que un gemelo nació tres minutos antes que el otro? Para ellos parece realmente importante. Pues nosotras

somos así. Encontramos un significado enorme en el hecho de que yo sea la mayor -la más madura, la más maternal- y Carmen sea la pequeña.

Nuestras madres al principio eran muy amigas. Formaron un grupo y quedaban al menos tres días por semana hasta que comenzamos el parvulario. Se hacían llamar Las Septiembre y con el tiempo heredamos el nombre. Nuestras madres parloteaban en el jardín de la que fuese, bebían té frío y comían tomates cherry. Nosotras jugábamos y jugábamos y jugábamos, y de vez en cuando nos peleábamos. Sinceramente, de esa época recuerdo a las madres de mis amigas tan bien como a mi propia madre.

Nosotras cuatro, las hijas, recordamos esa época como la edad de oro. Gradualmente, mientras nosotras crecíamos, la amistad de nuestras madres se fue desintegrando. Después murió la madre de Bi. Entonces quedó un agujero gigantesco y ninguna supo cómo cerrarlo. O tal vez simplemente no tuvieron el valor de hacerlo.

La palabra amigas no da la impresión de abarcar lo suficiente para describir lo que sentimos mutuamente. Nos olvidamos de dónde comienza una y dónde termina otra. Cuando Tibby se sienta a mi lado en el cine, golpea el talón contra mi espinilla en la parte divertida o de miedo. Habitualmente ni me doy cuenta hasta que al día siguiente aparece el cardenal. En clase de historia Carmen inconscientemente me pellizca la piel suelta y áspera del codo. Bi apoya la barbilla en mi hombro cuando intento enseñarle algo en el ordenador y entrechoca los dientes cuando me doy la vuelta para explicar algo. Y, a menudo, nos pisamos los pies unas a otras (sí, yo tengo los pies grandes.)

Antes de los vaqueros compartidos no sabíamos cómo estar unidas cuando estábamos separadas. No éramos conscientes de que somos más importantes, fuertes y duraderas que el tiempo que pasamos juntas. Eso lo aprendimos el primer verano de los pantalones.

Y a lo largo de todo el año nos preguntamos qué nos depararía el segundo verano. Nos sacamos el carné de conducir. Tratamos de interesarnos por los estudios y los exámenes. Effie se enamoró (varias veces) y yo intenté desenamorarme. Brian se convirtió en visitante habitual en casa de Tibby y ella quiso hablar de Bailey cada vez menos. Carmen y Paul evolucionaron de hermanastros a amigos. Ninguna le quitamos el ojo nervioso, cariñoso, a Bi.

Mientras seguíamos con nuestra vida, los vaqueros vivían sosegadamente en la parte de arriba del armario de Carmen. Eran pantalones de verano; al menos eso era lo que habíamos acordado todas. Los veranos siempre habían marcado nuestra vida. Además, con el compromiso de no lavarlos, tampoco queríamos usarlos en exceso. Pero no pasó un día del otoño, el invierno ni la primavera sin que pensara

en ellos, acurrucados en el armario de Carmen, acumulando tranquilamente su magia para cuando los necesitáramos de nuevo.

Este verano comenzó de forma diferente al pasado. Excepto Tibby, que iba a un curso de cine en una universidad de Virginia, todas contábamos con quedarnos en casa. Estábamos todas expectantes por ver cómo funcionaban los pantalones cuando no estaban de viaje.

Pero Bi nunca se habían encontrado con un plan que no quisiera cambiar. Así que, desde el principio, nuestro verano no fue como habíamos esperado.

Salva a aquel cuyo corazón lo intentó. Lord Byron

Bridget estaba sentada en el suelo de su habitación con el corazón desbocado. Sobre la moqueta había cuatro sobres, todos dirigidos a Bridget y Perry Vreeland, todos con matasellos de Alabama. Eran de una mujer que se llamaba Greta Randolph, la madre de su madre.

La primera carta tenía fecha de hacía cinco años y los invitaba a asistir a un funeral en memoria de Marlene Randolph Vreeland en la iglesia metodista de Burgess, Alabama. La segunda era de hacía cuatro años e informaba a Bridget y Perry de que su abuelo había muerto. Incluía dos cheques sin cobrar de cien dólares cada uno y explicaba que el dinero era un pequeño legado del testamento de su abuelo. La tercera llevaba allí dos años e incluía un árbol genealógico detallado de las familias Randolph y Marven. «Vuestra ascendencia», había escrito Greta en la parte de arriba. La cuarta era de hacía un año e invitaba a Bridget y Perry a visitarla, por favor, cuando pudieran.

Hasta ese día, Bridget nunca había visto ni leído ninguna de esas cartas.

Las había encontrado en el estudio de su padre, archivadas con su partida de nacimiento, sus notas del colegio y su historial médico, como si le pertenecieran, como si él se las hubiera dado.

Le temblaban las manos cuando entró en la habitación de su padre. Acababa de llegar a casa del trabajo y, sentado en la cama, se quitaba los zapatos y los calcetines negros, como hacía siempre. Cuando era muy pequeña era algo que le gustaba hacer a ella misma y a él le gustaba decir que era su momento del día preferido. Incluso entonces, a Bridget le preocupaba que no hubiera suficientes momentos felices en su día.

—¿Por qué no me las has dado? -gritó. Dando zancadas se acercó lo bastante para que viera lo que sostenía-. ¡Están dirigidas a Perry y a mí!

Su padre la miró como si apenas pudiera oírla. La miraba siempre así, por alto que hablase. Sacudió la cabeza. Tardó un poco en comprender lo que Bridget agitaba ante su cara.

—No me hablo con Greta. Le pedí que no se pusiera en contacto con vosotros -dijo por fin, como si fuese sencillo y evidente, nada importante.

— ¡Pero son más! -chilló Bridget. Sí era importante. Para ella era muy importante.

Su padre estaba cansado. Vivía en las profundidades de su cuerpo. Los mensajes tardaban mucho en entrar y salir.

— Todavía eres menor de edad. Soy tu padre.

— Pero ¿y si las hubiera querido leer? -respondió.

Despacio, su padre consideró su cara de enfado.

Ella no quería esperar una contestación y permitir que él marcara el ritmo de la conversación.

— ¡Voy a ir! -gritó sin llegar a pensar en lo que estaba diciendo-. Me ha invitado y voy a ir.

Él se restregó los ojos.

— ¿Vas a ir a Alabama?

Bridget, desafiante, hizo un gesto afirmativo.

Su padre terminó de quitarse los calcetines y los zapatos. Sus pies parecían pequeños.

— ¿Cómo te las vas a arreglar para hacerlo? -preguntó.

— Es verano. Tengo algo de dinero.

Se quedó pensativo. Al parecer no se le ocurría una razón que lo impidiera.

— No simpatizo con tu abuela ni me fío de ella -dijo finalmente-. Pero no voy a prohibirte que vayas.

— Bien.

Mientras volvía a su habitación, su antiguo plan para el verano se disolvía y el nuevo amanecía a su alrededor. Iba a ir. Se alegraba de ir a algún sitio.

— Adivina qué.

Aquella era una frase de Bridget que siempre hacía a Lena incorporarse y atender.

-¿Qué?

— Me voy. Mañana.

— ¿Te vas mañana? -repitió Lena tontamente.

— A Alabama -respondió Bridget.

— Es una broma, ¿verdad? -Lena lo decía por decir. Era Bridget, así que Lena sabía que no era una broma.

— Me voy a ver a mi abuela. Me mandó unas cartas -explicó Bi.

— ¿Cuándo? -preguntó Lena.

— Pues... en realidad... hace cinco años. Entonces llegó la primera.

Lena se quedó helada ya que no sabía nada.

— Las acabo de encontrar. Mi padre no me las dio.

Bridget no parecía enfadada. Lo exponía como un hecho.

— ¿Por qué no?

— Culpa a Greta de un montón de cosas. Le dijo que no se pusiera en contacto con nosotros. Le molestó que lo intentase.

Lena era tan poco optimista en lo que se refería al padre de Bi, que aquello no le extrañó.

— ¿Cuánto tiempo estarás allí? -preguntó.

— No lo sé. Un mes. Tal vez dos -hizo una pausa-. Le he preguntado a Perry si quería venir conmigo. Ha leído las cartas, pero ha dicho que no.

A Lena tampoco le sorprendió eso. Perry había sido un niño muy dulce, pero había crecido para convertirse en un adolescente de vida reclusa.

Lena se alarmó ante el cambio de planes. Tenían pensado buscar trabajo juntas. En realidad, tenían pensado pasar todo el verano juntas. Pero al mismo tiempo se sintió insospechadamente reconfortada por la impulsividad de su amiga. Era algo que hubiera hecho Bi en los viejos tiempos.

— Te echaré de menos.

La voz de Lena tembló un poco. Se sintió curiosamente conmovida. Era natural que fuese a echar de menos a Bi. Pero Lena habitualmente detectaba que algo era triste antes de sentirlo. Ahora el orden se invertía. Le cogió desprevenida.

— Lenny, yo sí que te voy a echar de menos -dijo Bi rápido, cariñosamente, tan asombrada como su amiga por la emoción que a floraba en la voz de Lena.

Bi había cambiado mucho en el último año, pero unas cuantas cosas permanecían igual. La mayoría de la gente, incluyendo la propia Lena, se echaban atrás cuando percibían emociones descontroladas. Bi salía directamente a su encuentro. En ese momento, era algo que a Lena le gustó.

Tibby se marchaba al día siguiente y no había terminado de hacer la maleta ni había empezado a hacer la compra para su reunión en Gilda's. Estaba haciendo la maleta como una loca cuando apareció Bridget.

Bridget se sentó encima de la cómoda de Tibby y observó cómo tiraba todo el contenido de su escritorio al suelo. No encontraba el cable de la impresora.

– Mira en el armario -sugirió Bridget.

– Ahí no está -respondió Tibby arisca.

No podía abrir el armario porque estaba abarrotado de cosas que no podía guardar ni tirar (como la vieja jaula de su hámster). Tibby temía que con solo entreabrir la puerta, la montaña entera se fuese a desplomar y la enterrase viva.

– Apuesto a que se lo ha llevado Nicky -murmuró Tibby.

Nicky era su hermano pequeño, que tenía tres años. Cogía sus cosas y las rompía, habitualmente justo antes de que ella las necesitase.

Bridget no dijo nada. Estaba muy callada. Tibby se volvió para mirarla.

Alguien que no hubiera visto a Bridget durante el último año tal vez no la reconocería ahí sentada. No era rubia, no estaba delgada ni se estaba moviendo. Había intentado teñirse el pelo de un color muy oscuro, pero el tinte que había utilizado apenas había conquistado el famoso dorado que se adivinaba por debajo. Bi era tan delgada y musculosa que los aproximadamente siete kilos que había engordado durante el invierno y la primavera se asentaban pesada y descaradamente en los brazos, las piernas y el torso. Casi parecía que su cuerpo no estuviese dispuesto a asimilar la grasa extra. Solo la permitía posarse, justo en la superficie, deseando que pronto desapareciera. Tibby no podía evitar pensar que lo que quería la mente de Bi y lo que quería su cuerpo eran dos cosas distintas.

– Puede que la haya perdido -dijo Bridget solemnemente.

– ¿Perdido a quién? -preguntó Tibby, levantando la vista del desorden.

– A mí.

Bi golpeaba un talón contra el cajón cerrado.

Tibby se levantó. Abandonó su desorden. Con cautela retrocedió hasta su cama y se sentó con la vista puesta en su amiga. Aquel era un estado de ánimo singular.

Mes tras mes, Carmen había intentado sutilmente saber lo que pasaba en la mente de Bridget, pero no había obtenido resultados. Lena se había mostrado maternal y comprensiva, pero Bi no había querido hablar. Tibby sabía que aquello era importante.

Aunque Tibby era la menos mimosa del grupo, deseaba que Bi estuviera sentada a su lado. Y, sin embargo, sabía que Bridget estaba sentada en la cómoda por algún motivo. No quería estar sentada en un sitio bajo, mullido, de fácil acceso para el consuelo. También sabía que Bi había escogido a Tibby para esa conversación porque, por mucho que Tibby la apreciase, le escucharía sin abrumarla.

— ¿En qué sentido?

— Pienso en la persona que era y parece que ahora esté tan lejos. Ella andaba deprisa, yo despacio. Ella se acostaba tarde y se levantaba pronto, yo duermo. Me da la impresión de que si se aleja algo más, ya no tendré ninguna conexión con ella.

El deseo de Tibby de acercarse a Bi era tan fuerte que tuvo que clavar los codos en las piernas para lograr que no se movieran. Los brazos de Bi estaban enrollados alrededor del cuerpo, rodeándola.

— ¿Quieres... mantener la conexión con ella? -las palabras de Tibby eran lentas y quedas, como si llegasen hasta Bridget de una en una.

Bi había hecho todo lo posible por cambiar su persona ese año. Secretamente Tibby sospechaba el motivo. Bi no podía dejar atrás sus problemas, así que se había empeñado en cambiar su identidad, como un testigo protegido. Tibby sabía lo que se sentía al perder a un ser querido. Y también sabía lo tentador que resultaba desprenderse de esa parte triste y destrozada de uno mismo como un jersey que se ha quedado pequeño.

— ¿Que si quiero?

Bridget consideró las palabras detenidamente. Algunas personas -como Tibby, por ejemplo- tenían una tendencia a escuchar con prudencia, un poco a la defensiva. Bi era lo contrario.

— Creo que sí.

Las lágrimas inundaron los ojos de Bridget y pegaron las pestañas rubias formando pequeños triángulos. Tibby sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas.

— Entonces debes encontrarla -aseguró Tibby y le dolió la garganta.

Bi alargó un brazo y lo dejó ahí, la palma de la mano vuelta hacia el techo. Tibby se levantó sin pensar y tomó su mano. Bi apoyó la cabeza en el hombro de Tibby.

Tibby sintió la suavidad del pelo de su amiga y la humedad de sus ojos en la clavícula.

— Por eso voy -confesó Bridget.

Luego, cuando Tibby se separó de ella, pensó en sí misma. No era tan destructiva como Bi. Nunca había sido tan dramática. Por el contrario, se escabullía con cuidado de sus fantasmas, furtivamente.

A última hora de la tarde, Carmen estaba tranquilamente acostada en su cama. Acababa de llegar de casa de Tibby, donde habían aparecido también Bridget y Lena. Se iban a reunir otra vez esa noche en Gilda's para la segunda ceremonia anual de los pantalones. Carmen creía que en ese momento se iba a encontrar fatal, porque lamentaba no ir a ningún sitio. Pero con frecuencia encontraba las despedidas más fáciles de lo esperado. Despachaba la mayor parte de sus temores con antelación. Y además, ver a Bi le había puesto contenta. Bi tenía un plan y Carmen se alegraba. Carmen la echaría muchísimo de menos, pero algo dentro de Bridget había dado un giro a mejor.

El verano no parecía tener mala pinta visto desde allí. Habían echado a suertes el recorrido de los vaqueros y Carmen iba a ser la primera en tenerlos. Tenía los pantalones y había quedado para cenar la noche siguiente con uno de los chicos más guapos de su clase. Eso era el destino, ¿verdad? Seguro que significaba algo.

Todo el invierno había intentado imaginar lo que le depararían los vaqueros ese verano, y en ese momento, en la convergencia de su cita y los pantalones, veía la gran pista que esperaba. Aquel verano sería el de los pantalones del amor.

Carmen se incorporó al escuchar el sonido familiar de su ordenador. Era un mensaje de Bridget a través del messenger.

Beezy3: Haciendo maletas. ¿Tienes mi calcetín morado con el corazón en el tobillo?

Carmabelle: No. Ni que yo fuera a ponerme tus calcetines.

Carmen bajó la vista de la pantalla del ordenador a sus pies. Para su desolación, sus calcetines eran de dos tonos de morado ligeramente distintos. Giró el pie para ver el hueso del tobillo.

Carmabelle: Ejem. Posiblemente tenga el calcetín.

La puerta de la sala de aeróbic Gilda's tenía una cerradura que era ridículamente fácil de forzar. Pero cuando alcanzaron lo alto de las escaleras, el olor a sudor rancio era tan penetrante que Carmen se preguntó quién aparte de ellas querría estar allí, y por descontado tomarse la molestia de forzar la entrada.

Inmediatamente se pusieron a trabajar con aire de solemnidad. Ya era tarde. Bi iba a coger un autobús para Alabama a las cinco y media, y Tibby se marchaba al Williamston College por la tarde.

Siguiendo la tradición, Lena colocó las velas y Tibby sacó las gominolas con forma de lombriz, los gusanitos de queso deformes y las botellas de zumo. Bridget preparó la música, pero no puso nada.

Todos los ojos estaban fijos en la bolsa que llevaba Carmen en brazos. Cada una había escrito algo en los pantalones al final del verano pasado y después los habían guardado ceremoniosamente en septiembre, tras el cumpleaños de Carmen, el último de los cuatro. Ninguna los había visto desde entonces.

Se hizo el silencio cuando Carmen abrió la bolsa. Prolongó el momento, orgullosa de ser ella quien había encontrado los vaqueros, aunque también era cierto que casi los tira a la basura. Dejó que la bolsa cayera al suelo mientras los pantalones se desplegaban como a cámara lenta y formaban remolinos en el aire con sus recuerdos.

Con un silencio reverente, Carmen depositó los pantalones en el suelo y las chicas se colocaron en círculo a su alrededor. Lena desdobló el Manifiesto y lo puso encima. Todas sabían las reglas. No necesitaban mirarlas. Ya habían esbozado el recorrido de los pantalones y la logística era mucho más fácil ese verano.

Se cogieron de la mano.

— Ha llegado el momento -susurró Carmen.

El momento las rodeaba. Recordó el juramento del verano pasado. Todas lo recordaban. Lo entonaron juntas:

«En honor de los pantalones y del Clan. Y de este momento y de este verano y del resto de nuestra vida. Juntas y separadas.»

Era medianoche, el fin de estar juntas... y en otro sentido, el principio.

No hay como regresar a un sitio que permanece igual para descubrir lo que uno mismo ha cambiado. Nelson Mandela

Aunque el pueblo de Burgess, Alabama, población de 12.042 habitantes, era grande en la memoria de Bridget, no merecía gran cosa como parada en la línea de autobús Triangle. De hecho, Bridget casi se la pasó al quedarse dormida. Afortunadamente, se despertó con la sacudida cuando el conductor echó el freno de mano y, medio adormilada, correteó para recoger sus maletas. Se bajó del autobús tan deprisa que se olvidó el chubasquero hecho un ovillo bajo su asiento.

Caminó por la acera hacia el centro del pueblo, fijándose en las delgadas líneas rectas entre los adoquines. La mayoría de las hendiduras en la acera que uno veía eran juntas artificiales hechas en el cemento húmedo, pero aquellas eran de verdad. Bi pisó cada grieta decidida, desafiante, mientras sentía el sol que caía de lleno sobre su espalda y una explosión de energía en el pecho. Por fin estaba haciendo algo. No sabía qué exactamente, pero la actividad siempre le sentaba mejor que sentarse a esperar.

En un rápido repaso del centro del pueblo, observó dos iglesias, una ferretería, una farmacia, una lavandería, una heladería con mesas fuera y lo que parecía unos juzgados. Más abajo en Main Street vio un coqueto Bed and Breakfast, que sabía que sería demasiado caro, y a la vuelta de la esquina, en Royal Street, una casa victoriana menos pintoresca con un letrero rojo desgastado en el que se leía «ROYAL STREET ARMS» y debajo, «SE ALQUILAN HABITACIONES».

Subió los escalones y llamó al timbre. Una mujer menuda de unos cincuenta y tantos años abrió la puerta.

Bridget señaló el letrero.

—Me he fijado en su letrero. Querría alquilar una habitación para un par de semanas.

O un par de meses.

La mujer asintió con la cabeza, mientras estudiaba a Bridget detenidamente. Era su casa, como pudo ver Bridget. Era grande y probablemente había sido incluso espléndida, pero era evidente que ni a la casa, ni a ella, las cosas le iban bien.

Se presentaron y la mujer, la señora Bennett, enseñó a Bridget un dormitorio en el primer piso que daba a la fachada de la casa. Estaba amueblado de manera

sencilla, pero era grande y soleado. Tenía un ventilador en el techo, un hornillo eléctrico y una mini nevera.

— Esta comparte baño y cuesta setenta y cinco dólares por semana -explicó.

— Me la quedo -respondió Bridget.

Tendría que solucionar el tema de la identificación pagando un depósito gigantesco, pero había traído 450 dólares en metálico y con un poco de suerte pronto encontraría un trabajo.

La señora Bennett repasó las reglas de la casa y Bridget pagó.

Pensó con asombro en la rapidez y la facilidad con que se había realizado el acuerdo mientras trasladaba sus maletas a la habitación. Llevaba en Burgess menos

de una hora y estaba instalada. La vida itinerante no parecía tan difícil como la pintaban.

En la habitación no había teléfono, aunque sí había un teléfono de monedas en el pasillo. Bridget lo usó para llamar a casa. Dejó un mensaje a su padre y a Perry para decir que había llegado bien.

Tiró del cordón para encender el ventilador del techo y se tumbó en la cama. Se dio cuenta de que estaba golpeando el talón contra la pata metálica de la cama mientras pensaba en el momento en que se presentaría a Greta. Había intentado imaginarse el momento muchas veces y nunca no lo lograba. Simplemente no podía. No le gustaba. Lo que quería de Greta, aquello indeterminado, se rompería con el primer abrazo impuesto. No se conocían y, sin embargo, había muchísima pesadumbre entre ellas. A pesar de lo valiente que era Bridget, temía a aquella mujer y a todo lo que sabía. Bi quería saberlo y no quería saberlo. Quería averiguarlo a su manera.

Entonces sintió un conocido hormigueo de energía en las piernas.

Se levantó de la cama. Se miró en el espejo. A veces uno podía ver algo nuevo en un espejo nuevo.

En un primer vistazo vio el abandono habitual. Había comenzado cuando dejó el fútbol. No, en realidad había comenzado antes de eso, al final del verano anterior. Se había enamorado de un chico mayor. Se había enamorado más profundamente y había llegado más lejos de lo que pretendía. El truco que siempre usaba Bridget era estar en movimiento, se movía a un ritmo tan rápido que era emocionante e incluso temerario. Pero tras el verano se había detenido un momento y los acontecimientos dolorosos -acontecimientos viejos, supuestamente olvidados- la habían atrapado. En noviembre ya había dejado el fútbol, justo cuando los ojeadores de las universidades se aglomeraban a su alrededor. En

Navidad el mundo celebró un nacimiento y Bi recordó un fallecimiento. Había escondido su pelo bajo una capa de Castaño ceniza oscuro n.º 3. En febrero ya estaba durmiendo hasta tarde y viendo la tele, convirtiendo resueltamente bolsas de donuts y cajas de cereales en carga personal. Lo único que le había mantenido en el mundo era la atención constante de Carmen, Lena y Tibby. No le dejaban tranquila y las quería por ello.

Pero al contemplarse más tiempo en ese espejo, Bridget vio algo diferente. Vio protección. Tenía una capa de grasa en el cuerpo. Tenía una mano de pigmento en el pelo. Tenía la tapadera de la mentira si la quería.

No parecía Bridget Vreeland. ¿Quién decía que tenía que ser ella?

—Esto es como un ensayo, ¿verdad? -dijo la madre de Tibby emocionada mientras su padre aparcaba el monovolumen gris plata detrás de Lowbridge Hall.

Probablemente a Tibby no le habría molestado tanto si fuera la primera vez que su madre lo decía.

¿Le alegraba de verdad mandar a Tibby a la universidad? ¿Tenía que ser tan transparente? Ahora Alice podría disfrutar de su fotogénica familia joven sin la desconcertante adolescente enfurruñada que aparecía siempre en el fondo.

Se suponía que el hijo era quien se alegraba de marcharse de casa y los padres se entristecían. Por el contrario, Tibby estaba triste. La felicidad de su madre forzaba la inversión de papeles. «Las dos podríamos estar contentas», pensó Tibby fugazmente, pero su espíritu de contradicción lo rebatió.

Con cuidado, Tibby volvió a guardar su nuevo portátil en la funda. Era un regalo de cumpleaños adelantado de sus padres, otro ejemplo de cómo la compraban. Al principio Tibby se había sentido vagamente culpable por todas las cosas: la tele, la línea de teléfono independiente, el iMac, la cámara de vídeo digital. Luego decidió que podían ignorarla sin más o podían ignorarla y tener un montón de aparatos electrónicos sofisticados.

El campus de Williamston era una escena clásica de vida universitaria. Había caminos empedrados, césped exuberante, una residencia cubierta de hiedra. Lo único que no resultaba convincente eran los estudiantes con ojos como platos pululando por el vestíbulo. Eran como extras que hubieran soltado en un decorado de película muy realista. Todavía estaban en el instituto y tenían aspecto de impostores, igual que se sentía Tibby. Le recordaba las ocasiones en que Nicky recorría la casa con la mochila de Tibby a la espalda.

Una hoja de papel pegada junto al ascensor detallaba cómo estaban asignadas las habitaciones. Tibby la repasó ansiosa. «Una individual. Por favor, que sea una

individual». Ahí estaba. Habitación 6B4. Al parecer no había nadie más en la habitación 6B4. Apretó el botón del ascensor. Aquello marchaba bien.

— En poco más de un año estaremos haciendo esto otra vez. ¿Te lo puedes creer? -comentó su madre.

— Increíble -concedió su padre.

— Sí -respondió Tibby, poniendo los ojos en blanco.

¿Por qué estaban tan seguros de que iba a ir a la universidad? ¿Qué dirían si se quedase en casa y trabajara en Wallman's? Duncan Howe le había dicho en una ocasión que podría llegar a ayudante del encargado en pocos años si abandonaba la chulería y dejaba que se cerrase el piercing de la nariz.

La puerta de la habitación 6B4 estaba abierta y una llave colgaba de una chincheta en el tablón de anuncios. Había un montón de papeles sobre el escritorio que le daban la bienvenida y le informaba de la vida en el campus. Aparte de eso, había una cama individual, una mesilla, y una cómoda de madera muy estropeada. El suelo era de linóleo marrón con motas blancas esparcidas como vómito.

— Está... fenomenal -declaró su madre-. Mira la vista.

En sus cinco años de agente de la propiedad, la madre de Tibby había dominado el arte de la verborrea inmobiliaria: cuando no hay absolutamente nada con la menor gracia en la habitación, señalaba por la ventana.

Su padre dejó sus maletas sobre la cama.

— Hola.

Los tres se dieron la vuelta.

— ¿Eres Tabitha?

— Tibby -corrigió Tibby.

La chica llevaba una sudadera de Williamston. Su pelo castaño escapaba encrespado de la coleta en las raíces. Tenía la piel pálida y muchos lunares. Tibby contó los lunares.

-Soy Vanessa -dijo la chica, saludando a todos con un gran gesto semicircular-. Soy tu monitor de residencia. Estoy aquí para ayudar en todo lo que necesites. Ahí está tu llave -señaló-. Ahí está tu gorra de béisbol Tibby hizo una mueca al ver la gorra de Williamston colocada despreocupadamente en una esquina de la mesilla-. La documentación orientativa está en el escritorio y las instrucciones para el sistema de teléfonos están en la mesilla. No dudes en avisarme si puedo ayudarte en algo.

Dijo todo eso de carrerilla y medio de memoria, como un camarero con muchos especiales del día.

– Gracias, Vanessa -dijo su padre.

Tras rebasar su cuarenta cumpleaños le había dado por repetir mucho el nombre de todo el mundo.

– Fantástico -apuntó su madre.

Exactamente en ese momento se oyó el móvil de su madre. En lugar de unos pitidos, sonó un minueto de Mozart. A Tibby le daba vergüenza cada vez que lo oía. Que fuera la última pieza de música que Tibby se había esforzado en tocar antes de que su profesora de piano se rindiera por completo cuando tenía diez años, no ayudaba precisamente.

– Oh, no -dijo su madre después de escuchar un momento. Gimió y echó un vistazo al reloj-. ¿En la piscina...? Madre mía... De acuerdo -miró al padre de Tibby-
– Nicky ha vomitado en clase de natación.

– Pobre niño -respondió su padre.

Vanessa parecía atrapada e incómoda. Que Nicky vomitase en natación probablemente no estaba contemplado en su manual.

– Gracias -dijo Tibby a Vanessa, apartándose de la conversación de sus padres-. Te buscaré si necesito, ya sabes, preguntarte algo.

Vanessa asintió con un gesto.

– Vale. Habitación 6C1 -apuntó con el pulgar sobre su hombro-. Al fondo del pasillo.

– Genial -dijo Tibby mientras observaba cómo huía.

Cuando se giró de nuevo hacia sus padres, ambos estaban frente a ella. Tenían esa mirada.

– Cariño, Loretta tiene que llevar a Katherine a clase de música a la una. Tengo que volver corriendo para... -la madre de Tibby divagó un momento-. Estaba pensando... ¿Qué ha comido para desayunar...? -entonces se acordó de que estaba a punto de desilusionar a Tibby-. En cualquier caso, vamos a tener que cancelar nuestros planes para comer juntos. Lo siento.

– No importa.

Tibby ni siquiera quería comer con ellos hasta que anularon los planes.

Su padre se giró hacia ella y le dio un abrazo. Tibby le devolvió el abrazo. Todavía era su instinto. La besó en lo alto de la cabeza.

– Diviértete mucho, cariño. Te echaremos de menos.

– Vale -respondió ella sin creerle.

Alice se detuvo en la puerta y se dio la vuelta.

– Tibby -dijo al tiempo que abría los brazos como si no hubiera estado tan distraída que casi se olvida de despedirse.

Tibby fue hacia ella y también la abrazó. Por un instante se dejó hundir en el cuerpo de su madre.

– Hasta luego -dijo Tibby enderezándose.

– Te llamaré esta noche para asegurarme que estás bien instalada -prometió Alice.

– No tienes por qué hacerlo. Voy a estar bien -dijo Tibby resoplando.

Lo dijo para protegerse. Si su madre se olvidaba de llamar, lo que podría pasar, ambas lo tendrían como excusa.

– Te quiero -dijo su madre mientras se marchaba.

«Sí, vale», quiso decir Tibby. Con decírselo a sus hijos varias veces por semana, los padres podían sentirse bien. Casi no suponía esfuerzo y les daba muchos puntos parentales.

Agarró el libro de instrucciones del sistema de teléfonos del campus. Se inclinó sobre el manual y lo estudió cuidadosamente para no sentirse triste.

Cuando llegó a la página once, párrafo tres, Tibby ya había descubierto que no solo tenía su propio buzón de voz y su propia contraseña, sino que también había cinco mensajes en el buzón. Los escuchó y sonrió al oír las voces. Uno era de Brian. Uno era de Lena. Dos eran de Carmen. Tibby dejó escapar una carcajada. Incluso Bi había dejado un mensaje raspado desde una cabina en el camino.

De acuerdo, los lazos de sangre son los más fuertes. Pero los de amistad, decidió Tibby, lo son aún más.

– Cariño, solo quiero parar aquí un momento.

La madre de Lena la había reclutado para que se quedase en el coche mientras recogía algo de la farmacia y así no tener que aparcar. Pero inevitablemente, eso

conducía a otros recados. Así, mediante artimañas, se aseguraba un rato de plena dedicación a su hija. Lena se habría negado rotundamente pero todavía no tenía un trabajo para el verano, lo que minaba su sentimiento de valía personal.

Lena se recogió la abundante melena del cuello sudoroso. Hacía demasiado calor para techos de cristal. Hacía demasiado calor para aparcamientos. Hacía demasiado calor para madres.

— De acuerdo.

El «aquí» era Basia's, una boutique llena de mujeres como su madre.

— ¿Quieres que te espere para que no tengas que aparcar? -preguntó Lena cuando su madre se metía en una plaza amplia frente a la tienda.

— Claro que no -respondió su madre con ligereza, siempre sorda a la ironía en la voz de Lena.

Lena había pasado tanto tiempo echando de menos a Kostos durante el año que le había dado por imaginar que estaba presente. Era un pequeño juego particular. Y de alguna manera, su presencia imaginaria le proporcionaba una perspectiva acerca de su valor como persona. Ahora se lo imaginaba sentado en el asiento trasero del coche, escuchando a Lena que actuaba como una listilla desagrada.

«Qué antipática», imaginaba que pensaba Kostos mientras sudaba en el oscuro asiento de cuero.

« No, solo soy antipática con mi madre», imaginaba Lena que se defendía.

— Solo tardaré un minuto -prometió su madre.

Lena asintió condescendiente en provecho de Kostos.

— Quiero comprar algo para ponerme en el almuerzo de graduación de Martha.

Martha era la ahijada de su prima. O la prima de su ahijada. Una de las dos cosas.

— Vale.

Lena siguió a su madre fuera del coche.

Dentro de la tienda hacía tanto frío como en febrero. Eso era un punto a favor. Su madre fue directa a los percheros de ropa color beige. En una primera pasada escogió un par de pantalones de lino beige y una camisa beige.

— ¿Mono, no? -dijo, enseñándoselo a Lena.

Lena se encogió de hombros. Eran tan aburridos que los ojos se le pusieron vidriosos. Cada vez que su madre salía de tiendas siempre compraba cosas exactamente iguales a las que ya tenía. Lena oía la conversación con la dependienta. El vocabulario de su madre en materia de ropa le provocó un gesto de sufrimiento. «Pantalones... blusa... crema... crudo... topo». Su acento griego le avergonzaba todavía más. Lena huyó hacia la entrada de la tienda. Si Effie estuviera allí, estaría probándose alegremente prendas de flores en el probador de al lado de su madre.

En el mostrador Lena revolvió las gafas y los accesorios para el pelo. Echó un vistazo por el escaparate. ATNEIDNEPED ATISECEN ES, decía un letrero en la puerta.

Su madre finalmente redujo las montañas de beige a una «adorable blusa color cáscara de huevo» y una «monísima falda color trigo». Las remató con un gran broche que Lena no se pondría ni de broma.

Cuando por fin se marchaban, su madre se detuvo y agarró el brazo de Lena.

—Mira, cariño.

Lena hizo un gesto de asentimiento hacia el letrero.

—Ah, sí.

—Vamos a preguntar.

Su madre volvió adentro con un giro de 180 grados.

—He visto el letrero en la puerta. Me llamo Ari y esta es mi hija Lena.

El verdadero nombre de la señora Kaligaris era Ariadne, pero excepto su madre, nadie la llamaba así.

—Mamá -susurró Lena entre dientes.

Con varios cientos de dólares frescos en la caja registradora, la dependienta se presentó como Alison Duffers, encargada de la tienda, y escuchó atentamente la propuesta de la señora Kaligaris.

—Este trabajo podría ser perfecto, ¿no cree? -concluyó Ari entusiasmada.

—Bueno -comenzó Lena.

—Y Lena -interrumpió su madre, volviéndose hacia ella-, ¡piensa en los descuentos!

—Eh... ¡Mamá!

La señora Kaligaris cotorreó amigablemente y reunió un montón de información útil como el horario de trabajo (lunes a sábado de diez a seis), el sueldo (a partir de seis dólares con setenta y cinco centavos la hora más una comisión del siete por ciento), y el hecho de que necesitaría rellenar unos impresos y dar su número de seguridad social.

—Fantástico -la señora Duffers les dirigió una gran sonrisa-. Estás contratada.

—Oye, mamá -dijo Lena cuando se dirigían hacia el coche.

Aunque no era su intención, sonreía sin poder evitarlo.

-¿Sí?

—Creo que es a ti a la que acaban de contratar.

Carmen se estaba subiendo los pantalones vaqueros compartidos para su gran estreno del segundo verano cuando sonó el teléfono.

— ¡Adivina! -era la voz de Lena.

Carmen bajó la música.

-¿Qué?

— ¿Conoces esa tienda que se llama Basia's?

— ¿Basia's?

— Ya sabes, en una perpendicular de Arlington Boulevard.

— Ah, creo que ahí va mi madre a veces.

— Exacto. Pues he conseguido trabajo allí.

— ¿En serio? -preguntó Carmen.

— Bueno, en realidad, mi madre ha conseguido trabajo allí. Pero me presentaré yo a trabajar.

Carmen se rió.

— Nunca imaginé que harías carrera en el mundo de la moda.

Se estudió en el espejo.

— Muchas gracias.

—Oye, ¿de verdad crees que debería ponerme los pantalones esta noche? -preguntó Carmen casualmente.

—Claro. Te sientan fenomenal. ¿Por qué no?

Carmen se volvió para contemplarse por la espalda.

—¿Y si Porter encuentra raras las inscripciones?

—Si no es capaz de apreciar los pantalones, entonces sabes que no es el hombre para ti -respondió Lena.

—¿Y si me pregunta por ellas? -inquirió Carmen.

—En ese caso, estarás de suerte. No te quedarás sin temas de conversación en toda la noche.

Carmen podía ver a Lena sonriendo al teléfono. Una vez a Carmen le había preocupado tanto quedarse sin nada que decir al teléfono con Guy Marshall, que había escrito una lista de temas en una tarjeta rosa. Deseaba no habérselo contado a nadie.

—Voy a buscar mi cámara -anunció la madre de Carmen cuando apareció su hija en la cocina unos minutos más tarde.

Estaba vaciando el lavavajillas. Carmen levantó la vista de su padrastro junto a la uña del pulgar.

—Hazlo solo si quieres que me suicide. O cometa un homicidio. O matricidio, creo que se llama.

Continuó hurgando la piel del pulgar sin compasión. Christina se rió, tintineando la cesta de los cubiertos.

—¿Y por qué no puedo hacer una foto?

—¿Quieres que el chico salga espantado de casa? -Carmen frunció consternada sus doloridas cejas recién depiladas-. Solo es una cita tonta. No es el baile de fin de curso ni nada parecido.

A la despreocupación de Carmen le traicionaba el hecho de que se había pasado casi todo el día con Lena haciéndose manicura, pedicura, limpieza de cutis, la cera y tratamientos acondicionadores. En realidad, Lena había perdido interés después de la pedicura y se pasó el resto del tiempo leyendo Jane Eyre sobre la cama de Carmen.

La madre de Carmen la miró pacientemente y le ofreció su sonrisa mártir de madre de adolescente.

—Lo sé, nena, pero aunque sea tonta, resulta que es tu primera cita.

Carmen volvió unos horrorizados ojos como platos hacia su madre.

—Si dices eso cuando esté aquí Porter...

—Bueno. ¡De acuerdo!

Christina levantó una mano. Más risas.

En cualquier caso, no era su primera cita, se consoló Carmen malhumorada. Solo que por el momento no había tenido uno de esos rollos tipo años cincuenta, en los que el chico te recoge en tu casa y hace que pases una vergüenza inmensa a manos de tu madre.

Según el reloj de la cocina, eran las 8:16. Aquello era un asunto delicado. Habían quedado a las ocho. Si Porter llegaba antes de las 8:15, por ejemplo, parecería demasiado interesado. Transmitiría una fuerte impresión de pringado. Si, por el contrario, llegaba después de las 8:25, eso querría decir que ella no le gustaba tanto.

Las ocho y dieciséis marcaban el comienzo del periodo de gracia oficial. Nueve minutos de cuenta atrás.

Entró afanosa en su habitación para coger su reloj. Se negaba a ser víctima del malvado reloj de cocina por más tiempo. Con sus grandes números negros, inconfundibles rayas para los minutos y la implacable manecilla gorda del segundero, era el reloj menos indulgente de la casa. Según ese reloj, constantemente iba tarde al colegio y prácticamente nunca cumplía su hora de llegada de las doce. Se propuso regalar a su madre un reloj de repuesto para su cumpleaños. Unos de esos modernos relojes de museo sin números ni rayas de ningún tipo. Un reloj así le daría un respiro de vez en cuando.

El teléfono sonó en cuanto volvió a la cocina. Su mente se disparó. Era Porter. Seguro que se estaba estaqueando. O quizá Tibby, para decirle que no se pusiera las mulas de plástico que le hacían sudar los pies.

Estudió el panel de identificación de llamadas, esperando que apareciera su destino... Era... el despacho de abogados en el que trabajaba Christina. Bah.

—Es el acosador -dijo Carmen en tono arisco sin contestar el teléfono.

Christina suspiró y pasó delante de ella.

—Carmen, no llames al señor Brattle «el acosador».

Christina puso su cara de oficina ligeramente contraída y cogió el teléfono.

-¿Diga?

Carmen ya estaba aburrida por la conversación de su madre y ni siquiera habían empezado a hablar. El señor Brattle era el jefe de Christina. Llevaba un anillo de su universidad y usaba mucho la palabra «prever». Siempre llamaba por emergencias, como cuando no era capaz de encontrar el papel con membrete.

—Oh... sí. Claro. Hola -la cara de su madre se relajó. Sus mejillas se sonrojaron-. Lo siento. Pensé que eras... No -Christina soltó una risita.

No podía ser el señor Brattle. El señor Brattle ni una sola vez en toda su vida había dicho algo que pudiera provocarle a alguien una sonrisa, ni siquiera por casualidad. Vaya. Carmen estaba considerando ese misterio cuando sonó el telefonillo. Sin darse cuenta sus ojos se lanzaron sobre el malvado reloj de la pared. Por una vez las noticias no eran malas: 8:21. De hecho eran muy buenas. Pulsó el botón para abrir la puerta del portal. No sometería a Porter al trauma del telefonillo.

—Hola -le dijo, después de esperar el número apropiado de segundos antes de abrir la puerta.

Intentó aparentar que le había pillado lijando una cómoda en lugar de estar simplemente esperándole.

El estado del pelo de Porter (peinado, un poco largo), la expresión de su cara (alerta, interesada) no variaban ahora que estaba dentro de su casa en vez de estar junto a su taquilla en el pasillo del colegio. No veía una versión más íntima de él.

Llevaba una camisa gris y unos vaqueros bonitos. Lo que quería decir que ella le gustaba más que si se hubiera puesto una camiseta.

—Hola -saludó él, siguiéndola dentro de casa-. Estás muy guapa.

—Gracias -respondió Carmen.

Agitó un poco el pelo. Fuera o no fuera verdad, era lo que se debía decir.

—¿Estás, eh, lista? -preguntó animadamente.

—Sí. Voy a coger el bolso.

Entró en su habitación y agarró un bolso turquesa de peluche de la cama, donde estaba sentado como un objeto decorativo. Cuando salió esperaba que su madre se abalanzase sobre ella. Curiosamente, Christina seguía hablando por el teléfono de la cocina.

—Bueno, pues... Lista -dijo Carmen.

Se puso el bolso al hombro y vaciló junto a la puerta. ¿En serio iba a perderse su madre esta ocasión de oro para avergonzarla?

– Adiós, mamá -gritó.

Carmen pensaba salir pitando de allí, pero sin poderlo evitar se dio la vuelta para asegurarse. Su madre había aparecido en la puerta de la cocina, el teléfono al oído, y la despedía con la mano alegremente.

– Diviértete -articuló en silencio.

Muy raro.

Avanzaron uno al lado del otro por el pasillo estrecho.

– He aparcado justo fuera -le informó Porter.

Estaba mirando los pantalones. Tenía las cejas ligeramente levantadas.

Los estaba admirando.

No, le tenían confundido.

¿Era posible que no pudiera distinguir su confusión de su admiración? Tal vez eso no era una buena señal.

He pasado una noche absolutamente maravillosa, pero no ha sido esta. Groucho Marx

Bi habría pedido un plato enorme de espagueti. No le habría importado tener la pasta colgando de la boca como tentáculos. Claro que ella no creía en la lista de platos aceptables para una cita.

Lena sí. Habría pedido algo limpio. Una ensalada, quizá. Una ensalada limpia.

Tibby habría pedido algo que supusiera un reto, como pulpo. Habría desafiado a su pareja con el pulpo, pero no pediría algo que pudiera acabar entre los dientes y provocar un desasosiego auténtico.

—Pechuga de pollo -dijo Carmen al camarero de oscuras pecas, sin advertir que se trataba de un estudiante de segundo de la clase de alfarería de Tibby. El pollo era seguro y aburrido. Había estado a punto de pedir una quesadilla, pero se había dado cuenta de que podía dar pie a molestos temas étnicos. De pronto le paralizó el temor de que Porter pidiese algo tex-mex para que ella se sintiese como en casa.

—Yo tomaré una hamburguesa. Poco hecha -entregó su carta-. Gracias.

Muy masculino y nada de tonterías. Probablemente le habría molestado si hubiese pedido algo femenino y de moda como una crep.

Carmen hizo un ovillo con la servilleta entre las manos y le sonrió. Era muy guapo. Era alto. De hecho, parecía especialmente alto sentado frente a ella.

Hummm. ¿Quería decir que tenía las piernas cortas? Carmen tenía un temor irracional a las piernas cortas, puesto que sospechaba que ella misma las tenía así. Su mente se desató. ¿Qué pasaría si se enamoraba de él y se casaban algún día y tenían hijos con las piernas muy muy cortas?

—¿Quieres otra Coca-Cola Light? -preguntó él amablemente.

—No, gracias -negó con la cabeza.

Si se tomaba otra Coca-Cola Light, tendría que ir al baño enseguida y le daría la oportunidad de fijarse en sus piernas cortas.

—Y... ¿has pensado a qué universidad vas a ir?

Le pregunta quedó en el aire y Carmen deseó que pudiera reabsorberla. Aquella era el tipo de pregunta que habría hecho su madre si no hubiese estado al teléfono

cuando él llegó. No se preguntaba eso a un compañero en el sufrimiento. El problema era que ya habían cubierto todas las preguntas del tipo «¿Cuántos hermanos tienes?» incluso antes de pedir.

Gabriella, la prima mundana de Carmen, le había contado que podías juzgar el éxito de una cita por lo rápido que pasaba. Tal vez quedarse sin nada que decir antes de pedir la cena era una mala señal.

Carmen bajó la vista a su reloj. Congeló la mirada. Ay. ¿Estaba siendo maleducada? Rápidamente levantó los ojos.

Porter no parecía ofendido.

—Probablemente vaya a Maryland -respondió.

Carmen hizo un gesto de asentimiento con gran interés.

-¿Y tú?

Aquello iba bien. Eso les daría por lo menos tres frases de conversación.

—Williams es mi primera elección. Pero es bastante difícil entrar.

—Es una buena universidad -dijo Porter.

—Ya -accedió ella.

Su abuela odiaba cuando decía «ya» o «claro» en lugar de un simple «sí».

Porter asintió con la cabeza.

—Mi padre fue allí -dijo ella, incapaz de excluir un toque de orgullo de su voz.

Reconocía que insertaba ese apunte informativo en las conversaciones con demasiada frecuencia. Cuando no tenías un padre de verdad a tu alrededor, tendías a apoyarte más en los hechos.

En ese momento entró en el restaurante Kate Barnett con Judd Orenstein, vestida con la falda más corta que había visto Carmen en su vida. Era vaquera con el bajo de color amarillo limón. En ese caso el bajo prácticamente era la falda.

Carmen quería reírse de ello. Se moría de ganas. Pero echando un vistazo a Porter dudó que quisiera reírse con ella. Carmen cerró los ojos bien fuerte para no empezar a reírse y tomó una foto en su memoria para compartir más tarde con Tibby.

Una cita estaba bien. Una cita era algo estupendo. Pero si dijera, «A Kate Barnett le ha prestado la falda su hermana de cuatro años», su pareja pensaría que era una cotilla o incluso una bruja.

El problema con su pareja, se dio cuenta, es que era un chico. No sabía mucho acerca de ellos. Los personajes habituales en su vida se reducían a su madre, Bi, Tibby y Lena. Justo fuera de este círculo estaban su tía, su prima y su abuela. En el pasado se relacionaba bastante con el hermano de Bridget, Perry, pero eso fue antes de que él alcanzasen la pubertad, así que no contaba exactamente. Estaba Paul. Pero Paul era diferente. Paul era tan sólido y responsable como cualquier hombre de cuarenta años. Estaba en un plano superior.

En realidad a Carmen le encantaba el concepto de los chicos. Le gustaba cómo eran y cómo olían y cómo se reían. Había leído lo suficiente como para conocer las reglas y las complejidades de salir con chicos. Pero cuando una se ponía a ello, ir a cenar con uno era un poco como ir a cenar con un pingüino. ¿De qué demonios se hablaba?

Querido Kostos:

¿Cómo estás? ¿Cómo está tu bapi? ¿Cómo va el equipo de fútbol? ¡Imagina! Tengo un trabajo. En una tienda de ropa a un kilómetro y medio mas o menos de nuestra casa. Me pagan 6,75 dólares la hora más comisiones. No está mal, ¿Verdad?

Effie está trabajando como ayudante de camarero en el Olive Vine, ¿no te lo había contado? Los engatusó utilizando las siete únicas palabras que sabe de griego (la mayoría relacionadas con besarse). Anoche la oí en la ducha mientras practicaba la serenata de cumpleaños de Olive Vine.

Saluda a los mayores de mi parte.

Desde febrero, cuando había cortado con Kostos, Lena escribía esas breves cartas coloquiales, de amigo a amigo, una vez al mes aproximadamente. En realidad no sabía por qué seguía escribiéndole. Quizá era esa tendencia de las chicas a seguir siendo amigas de antiguos novios para que no fueran circulando rumores negativos sobre una. (Aunque en realidad no pensaba que Kostos lo hiciera.) O tal vez era para que no pudieran olvidarte por completo.

Sus viejas cartas habían sido diferentes, frecuentes y angustiadas. Escritas a lápiz antes que con bolígrafo. Se acercaba la carta al cuello para que pudiera absorber un poco de ella. La metía en el sobre, pero no lo cerraba hasta que pasaban unas horas. Lo cerraba, pero no pegaba el sello hasta que pasaba un día. Siempre dudaba en el buzón, vacilando antes de levantar la portezuela, vacilando antes de cerrarla, como si su futuro dependiera de ello.

Lena creía que como había cortado, dejaría de pensar en él y de echarlo tanto de menos. Creía que estaría libre. Pero no había resultado exactamente así. Bueno, quizá había resultado así para Kostos, por irónico que fuese. Aparentemente había

dejado de pensar en ella y de echarla de menos. (No pasaba nada.) Hacía meses que no le escribía una carta.

Lena estudió la parte de abajo del papel, preguntándose cómo despedirse.

Si no fuera porque ella misma sospechaba que quería a Kostos, habría escrito *Te quiere*, Lena, sin ningún problema. Escribía *Te quiere* como despedida en notas y cartas a gente a la que no quería en absoluto. Firmaba *Te quiere*, Lena en notas de agradecimiento a la tía Estelle (la chinche ex mujer de su tío). Cuando uno lo pensaba un poco, advertía que en general había una espantosa inflación de amor en las cartas. Es fácil escribir *Te quiere* cuando las palabras no tienen ningún significado.

¿Todavía quería a Kostos?

Como decía Tibby, dale a Lena a elegir entre A y B, y siempre escogerá C.

¿Lo quería?

A: No.

B: Sí.

C: Bueno, se podría sospechar que sí, teniendo en cuenta que pensaba mucho en él. Pero tal vez el verano pasado solo había existido una atracción. ¿Cómo distinguir la atracción del amor? ¿Y cómo podías pensar que querías a alguien a quien apenas conocías y no habías visto hacía casi nueve meses y probablemente no volverías a ver?

En aquellas últimas horas en Santorini, Lena creyó sin duda que lo quería. ¿Pero qué lunática basaría toda su vida en unas horas? Y en cualquier caso, sabía que no se podía fiar de su memoria empapada de deseo. Kostos, tal como lo recordaba, probablemente tenía cada vez menos en común con el auténtico a medida que pasaban los meses.

Se imaginó a los dos Kostos como si fueran las filminas de la mitosis que había visto en biología. Había empezado con una única célula que crecía y se expandía, estirándose y tirando hasta que -plas- dos células. Y cuanto más tiempo pasaban las dos células separadas (una se alejaba y ayudaba a hacer el cerebro, quizá, y la otra se alejaba y ayudaba a hacer, por ejemplo, el corazón) más diferentes se volvían...

Sí, su respuesta era rotundamente C.

Lena firmó la carta *Con cariño*, la dobló con cuidado y la deslizó dentro del sobre.

Mientras avanzaba por el pasillo con Porter, Carmen repasó los puntos fundamentales de la noche para poder responder a un millón de preguntas que seguramente haría su madre.

—¿Mamá? -dijo en voz baja al abrir la puerta.

Ahí estaba, Carmen Lucille, dieciséis años, casi diecisiete, en su casa a oscuras con un chico. Esperó que su madre apareciera de puntillas por detrás de una esquina, toda preocupada por pillarlos besándose.

Carmen esperó. ¿Qué estaba pasando? ¿Se había dormido su madre otra vez viendo las reposiciones de Friends?

—¿Mamá?

Carmen comprobó su reloj. Eran más de las once.

—Siéntate -invitó a Porter, señalando el sillón-. Vuelvo enseguida.

Miró en la habitación de su madre. Para su sorpresa, no estaba allí. Carmen empezaba a sentirse ligeramente asustada cuando encendió la luz de la cocina. Su madre no estaba allí, pero había una nota posada en el centro de la mesa.

Carmen:

He salido a cenar con un amigo del trabajo. Espero que hayas pasado una noche fabulosa.

Mamá

¿Un amigo del trabajo? ¿Fabulosa? ¿Se había intercambiado por error su madre con otra persona? Christina no decía «fabulosa». No tenía ningún amigo en el trabajo.

Atónita, Carmen volvió al salón.

—No hay nadie -dijo, sin percatarse de las posibles implicaciones de sus palabras hasta que miró a Porter.

No tenía exactamente un aspecto libidinoso, pero probablemente estaba preguntándose lo que quería decir. Ella le había invitado a subir, después de todo.

¿Su madre había dejado el piso a Carmen la noche de su primera cita oficial de verdad? ¿En qué estaba pensando?

Carmen podía conducir a Porter a su habitación y hacer absolutamente de todo si le apetecía. Sí, desde luego que podía.

Echó un vistazo a Porter. Por detrás tenía el pelo un poco de punta. Las suelas de sus zapatillas de tenis resultaban curiosamente anchas y planas. Miró a través

de la puerta abierta de su habitación. Le hacía sentirse ligeramente incómoda el hecho de que Porter pudiera ver su cama desde donde estaba sentado en el sillón. Hummm. Si te avergonzabas porque un tío la veía, probablemente era una señal de que no estabas lista para irte a la cama con él.

—Oye -dijo Carmen-. Mañana me tengo que levantar pronto para ir a misa.

Bostezó para darle más efecto. Empezó siendo fingido, pero a la mitad se convirtió en auténtico.

Porter se levantó deprisa. La combinación de Dios y el bostezo había dado resultado.

—Vale. Sí. Es hora de irme.

Parecía un poco decepcionado. No, quizá se sentía aliviado. ¿Era posible que no pudiera distinguir entre decepción y alivio? Tal vez a él no le gustaba. Tal vez se alegraba de marcharse. Tal vez pensaba que los pantalones escritos en sus piernas cortas eran la cosa más rara que había visto en la vida.

Tenía una nariz muy muy bonita, advirtió cuando se acercaba. Estaba de pie cerca de ella, un poco encorvado, los dos juntos en la entrada.

—Muchas gracias, Carmen, lo he pasado muy bien.

La besó en los labios. Fue rápido, pero no fue decepción ni alivio. Estuvo bien.

«¿Se lo había pasado bien?», se preguntó, reflexionando ante la puerta cerrada, ¿o lo decía por decir?

¿Sería su concepto de pasarlo bien diferente del suyo? A veces Carmen se maravillaba ante la cantidad ingente de ideas que atiborraban su mente. ¿Otras personas pensaban tanto como ella?

En realidad el éxito de una cita se basaba en expectativas y Carmen poseía un genio singular para apilar las suyas hasta el cielo.

Se giró para mirar el piso vacío. ¿Dónde demonios estaba Christina? ¿En qué narices estaba pensando su madre? ¿Cómo debía Carmen transformar la experiencia pura en una buena historia sin que estuviera su madre para contársela? ¿De qué iba?

Se dirigió a la cocina y se sentó nerviosa en la pequeña mesa de fórmica. En la época en la que sus padres todavía no se habían divorciado, vivían en una casa pequeña con jardín. Desde el divorcio su madre y ella vivían en ese apartamento. Su madre pensaba que no se podía tener césped sin un hombre para segarlos. La ventana de la cocina daba a otras tres ventanas de cocina. El área que las separaba era lo que los agentes inmobiliarios llamaban un patio, pero la gente de a pie

llamaba conducto de ventilación. Hacía mucho tiempo que Carmen se había acostumbrado a no meterse el dedo en la nariz cuando estaba en la cocina, ni nada parecido.

Aquello no podía ser. No podía acostarse sin más. Esa noche tenía que ser relatada. No podía llamar a Bridget en Alabama. Probó a llamar a la habitación de Tibby en la residencia, con la impresión de estar llamando a otro universo, un universo del futuro. Sonó y sonó. En ese universo del futuro, aparentemente, uno no estaba para contestar el teléfono a las once y media. Dudaba en llamar a Lena a esas horas por si acaso despertaba al padre de Lena y de paso a su mal humor, pero se animó y lo hizo de todos modos.

Se preparó mientras sonaban dos eternos timbrazos.

— ¿Diga? -era el susurro de Lena.

— Hola.

— Hola -Lena sonaba adormilada-. Hola. Hola. ¿Cómo ha ido tu cita?

— Ha estado... bien -declaró Carmen.

— Bien -coreó Lena-. ¿Entonces... te gusta?

— ¿Me gusta? -repitió Carmen, como si esa pregunta no fuese relevante del todo.

Había pensado en un montón de cosas a lo largo de la noche, pero realmente no había pensado en eso.

— ¿Crees que tiene las piernas cortas? -preguntó Carmen.

— ¿Qué? No. ¿De qué estás hablando?

— ¿Crees que yo tengo las piernas cortas? -aquella era claramente la pregunta más delicada.

— Carma, no.

Carmen se quedó pensativa un momento.

— Len, ¿alguna vez te quedaste sin nada que decirle a Kostos?

Lena se rió.

— No. Más bien tenía el problema de no ser capaz de callarme. Pero nos enrollamos justo al final del verano pasado, después de que ocurrieran un montón de cosas raras.

Habitualmente Carmen hablaba con Lena con tanta libertad como se hablaba a sí misma, pero por algún motivo se avergonzaba de admitir que su famosa boca

se había marchitado en presencia de un chico de carne y hueso. Por el contrario, se lanzó con una larga perorata sobre el paradero y las motivaciones de su madre.

Lena estuvo callada tanto rato que Carmen sospechó que se había dormido.

— ¿Len? ¿Len? ¿Entonces qué te parece?

Lena bostezó.

— Creo que está bien que tu madre haya salido a divertirse. Deberías acostarte.

— Estupendo -respondió Carmen enfurruñada-. Está claro quién necesita acostarse.

Después de la llamada Carmen no podía dormir, así que escribió un correo electrónico a Paul. Paul era tan parco en palabras que escribirle era un poco como escribirle a nadie, pero aun así lo hacía a menudo.

Después decidió escribir a Tibby. Empezó describiendo el aspecto de Porter. Iba a decir algo sobre el color de sus ojos, pero cuando se detuvo e intentó recordar los ojos de Porter cayó en la cuenta de que realmente no los había mirado.

Tienes dedos diferentes en la otra mano. Jack Handey

—Tomko-Rollins, Tabítha.

Tibby hizo una mueca. Silencio. Deseaba poder cambiar su partida de nacimiento. Y su expediente escolar y su tarjeta de la seguridad social.

—Es, eh, solo Rollins. Tibby Rollins -aclaró a la profesora de guión, la señorita Bagley.

—¿Qué es Tomko?

—Mi... segundo nombre.

La señorita Bagley revisó su lista de nuevo.

—Y entonces, ¿qué es Anastasia?

Tibby se hundió en su asiento.

—¿Un error?

Oyó risas a su alrededor.

—De acuerdo. Tibby, ¿no? Bien. Tibby Rollins -Bagley escribió una nota en la lista.

Era una de las muchas ironías en su vida que Tibby fuera el único miembro de una familia de cinco personas que todavía cargaba con el estúpido nombre de Tomko. Era el apellido de soltera de su madre. Cuando sus padres eran hippies y comunistas y feministas y de todo, su madre despreciaba a las mujeres que se cambiaban de apellido al casarse. Era Alice Tomko y había cargado a Tibby no solo con el nombre, sino con el guión. Trece años más tarde, cuando llegó Nicky, su madre ya había dejado de usar el nombre de Tomko.

—Solo sirve para complicarlo todo -había murmurado, para convertirse en Alice Rollins.

Vagamente simulaba que el nombre de Tomko tampoco existía ya para Tibby. Pero la partida de nacimiento no mentía.

Tibby tardó un rato en recuperar la dignidad suficiente para despegar los ojos de su escritorio y recorrer la sala. Reconoció de la residencia a una chica sentada dos asientos más atrás. A unos cuantos compañeros los había conocido en la cena y

la fiesta de presentación la noche anterior. Muchos tenían una mirada hambrienta. Necesitaban hacer amigos rápidamente; no importaba mucho con quién.

Dos no tenían la mirada hambrienta. Uno era un chico llamativamente guapo. Tenía el pelo largo por delante, despeinado y en medio de los ojos, como si se acabase de levantar. Estaba repantigado en su silla y sus pies sobresalían hacia la sala. La otra era una chica que estaba sentada junto a él. Tenía pelo corto a lo chico, negro y a con mechas granates, y llevaba gafas sin montura de cristales rosas. Su camiseta parecía de la talla más grande. Evidentemente ellos dos se conocían de antes.

Sophie, la chica de la 6B3 ya había invitado a Tibby para comer juntas ese día. Los chicos que compartían habitación en la 6D, Jess y el otro cuyo nombre también empezaba por «J», se habían mostrado interesados en quedar con Tibby esa noche. Pero Tibby advirtió que evitaba a todos los que, como ella, estaban desesperados y sin amigos.

Observó a Pelo revuelto y Gafas rosas. Gafas rosas susurró algo al oído de Pelo revuelto y este se rió. Tenía un aspecto un poco resacoso. Se hundió más abajo en su silla. Los oídos de Tibby cosquilleaban de ganas de saber lo que había dicho la chica.

A Tibby le gustaban aquellos dos que no necesitaban hacer nuevos amigos.

—Bueno, chicos -por fin Bagley había terminado con la lista-. Vamos a jugar a un juego para conocernos y ayudarnos a recordar los nombres de los demás.

Gafas rosas levantó una ceja a su amigo y se hundió en la silla con él. Tibby notó que ella también se dejaba resbalar un poco.

—¿Listos? Este es el juego: decid vuestro nombre y dos de vuestras cosas preferidas que empiecen por la misma letra que el nombre. Empezaré yo -Bagley estudió el techo un momento. Tenía treinta y tantos, adivinó Tibby. Sus cejas oscuras crecían hacia la nariz, estilo Frida Kahlo. Por algún motivo Tibby sospechaba que eso quería decir que no tenía marido-. Caroline. Eh, los cangrejos y... Caravaggio.

Tibby observó a Gafas rosas, que susurraba algo más a su amigo mientras una chica llamada Shawna contaba a todos que le gustaban los shish kebab y Shaquille O'Neal. Gafas rosas levantó la vista sorprendida cuando se dio cuenta de que era su turno. Evidentemente no había estado escuchando nada de lo que habían dicho los demás.

—Oh, eh... me llamo Maura y... ¿tengo que decir dos cosas que me gusten? -preguntó.

Bagley asintió con un gesto.

– Vale, eh, los chocolates Milk Duds y, eh... los scooters.

Unas cuantas personas se rieron por lo bajo. Tibby sacudió la cabeza. Si Maura hubiera dicho «motos» como una persona normal, lo habría hecho bien.

Pelo revuelto se llamaba Alex y le gustaban las avulardas y las avellanas. Alargó el sonido a. Tibby sospechaba que intentaba dejar en ridículo tanto a la profesora como a Maura. Pero tenía una voz bonita, un poco áspera, y dedicó a Maura una media sonrisa deslumbrante.

«Yo quiero una de esas», pensó Tibby de pronto.

Alex no llevaba calcetines con sus zapatillas Puma. Tibby se preguntó si le olerían los pies.

Le tocaba a Tibby.

– Me llamo Tibby -dijo-. Me gustan los caramelos Tater Tots y... los tornillos.

Tibby no sabía qué le había hecho decir semejante cosa. Lentamente se giró cuarenta y cinco grados y vio a Alex que la miraba desde debajo del pelo. Él le sonrió.

Pensándolo bien, sí sabía qué le había hecho decirlo. O quién, en todo caso.

Bridget dio un montón de pasos de más por el camino que llevaba hasta la casa de ladrillo de dos pisos. Pequeños hormigueros flanqueaban uno de los lados. En muchos sitios la hierba empujaba victoriosa a través del hormigón. Un felpudo decía EL HOGAR ESTÁ DONDE SE ENCUENTRA TU CORAZÓN en grandes letras decoradas con flores rosas y amarillas. Bridget recordaba el felpudo y también recordaba la aldaba de latón con forma de tórtola. O de paloma. Quizá era una paloma.

Llamó a la puerta un poco más fuerte de lo que pretendía. Necesitaba que todo siguiera su curso.

– Venga, venga -murmuró para sí.

Oyó pasos. Sacudió las manos para que circulase la sangre.

«Allá vamos», pensó Bridget al tiempo que giraba el pomo y se abría la puerta.

Y allí estaba ella.

La anciana era de la edad que debería tener Greta, aunque Bridget no pudo reconocerla.

— ¿Sí? -dijo la mujer, guiñando los ojos debido a la brillante luz del sol.

— Hola -dijo Bridget alargando una mano una mano-. Me llamo Gilda y me acabo de trasladar al pueblo hace un par de días. ¿Es usted Greta Randolph por casualidad?

La anciana asintió con la cabeza. Bueno, ahí quedaba eso.

— ¿Quieres pasar? -invitó la mujer.

Parecía un poco recelosa.

— Sí, gracias. Me encantaría.

Bridget la siguió sobre la moqueta blanca, asombrada por el olor de la casa. Era inconfundible, quizá algo raro... o tal vez era familiar. Le dejó sin respiración por un momento.

La mujer le invitó a sentarse en un sillón del salón con la tapicería a cuadros.

— ¿Quieres un vaso de té helado?

— Ahora mismo no. Gracias.

La mujer hizo un gesto de asentimiento y se sentó en un sillón orejero frente a ella.

Bridget no estaba segura de lo que buscaba, pero no era aquello. Greta Randolph tenía exceso de peso y la grasa estaba distribuida irregularmente por su torso. Tenía pelo corto gris, con aspecto de permanente. Los dientes eran amarillos. Su ropa parecía salida del hipermercado.

— ¿En qué te puedo ayudar? -preguntó mientras miraba detenidamente a Bridget, probablemente para asegurarse de que no birlaba ninguno de los cachivaches de cristal de la librería.

— Me han dicho sus vecinos que podría necesitar algo de ayuda en casa -ya sabe, pequeños arreglos. Estoy buscando trabajo -explicó Bridget.

La mentira salió sin esfuerzo. Greta se quedó confusa.

— ¿Qué vecinos?

Bridget señaló arbitrariamente a la derecha. Decidió que mentir era más fácil de lo que pensaba la mayoría de la gente. Lo cual era la clave, porque los mentirosos se aprovechan de la sinceridad general de todos los demás. Si todos mintiesen, entonces ya no sería fácil.

— ¿Los Armstrong?

Bridget asintió con un gesto.

La mujer sacudió la cabeza, perpleja ante la información.

— Bueno, todos necesitamos un poco de ayuda, supongo, ¿no?

— Por supuesto -respondió Bridget.

Greta lo pensó un momento.

— Sí hay un proyecto que tenía en mente.

— ¿Qué es?

— Me gustaría limpiar el ático y luego tal vez convertirlo en un pequeño apartamento y alquilarlo en otoño. Me vendría bien un dinero extra.

Bridget hizo un gesto afirmativo.

— Yo puedo ayudar.

— Te lo advierto: hay un montón de trastos ahí arriba. Cajas y cajas de cosas viejas. Mis hijos dejaron todas sus cosas en esta casa.

Bridget se encogió. No había imaginado que ese tema saldría tan rápido, ni siquiera indirectamente. De hecho, ahí sentada, había medio olvidado la relación que le unía a esa mujer.

— Usted me dice qué hacer y yo lo hago.

Greta asintió con la cabeza. Escudriñó el rostro de Bridget un minuto largo.

— ¿No eres de por aquí?

Bridget tamborileó los dedos de los pies dentro de sus deportivas.

— No, solo he venido, eh, a pasar el verano.

— ¿Vas al instituto?

— Sí.

— ¿Y tu familia?

— Están... -aquellas eran las respuestas que Bridget debía haber preparado de antemano-. Viajando. Yo quería ganar algo de dinero extra. Para la universidad el año que viene.

Se levantó y estiró un poco las piernas, con la esperanza de desviar las preguntas. Miró a través del pasillo el porche trasero y su memoria se agitó ante el gran cornejo rosa del jardín, con buenas ramas bajas para escalar.

Giró para mirar la repisa de la chimenea. Una fotografía enmarcada de su hermano mellizo Perry y ella de cuando tenían seis años le plantaba cara. Le cortó la respiración. Tal vez aquello no era tan buena idea. Volvió a sentarse.

Greta apartó los ojos de Bridget y consultó sus rugosos nudillos un rato.

– Bueno. Te pagaré cinco dólares la hora. ¿Qué te parece?

Bridget intentó controlar su expresión. Quizá ese era el nivel de sueldos en Burgess, Alabama, pero en Washington no trabajarías haciendo hamburguesas por esa cantidad.

– Eh, de acuerdo.

– ¿Cuándo puedes empezar?

– ¿Pasado mañana?

– Bien.

Se levantó y Bridget la siguió hasta la puerta principal.

– Muchas gracias, señora Randolph.

– Llámame Greta.

– De acuerdo, Greta.

– Te veré pasado mañana a... las ocho, ¿te parece bien?

– Sí... bien. Hasta entonces.

Bridget gimió por dentro. Se había vuelto demasiado vaga para madrugar.

– ¿Cómo me has dicho que te apellidabas?

– Oh. Eh... Tomko.

Era un nombre perdido al que le vendría bien un nuevo dueño, incluso provisionalmente. Además, le gustaba pensar en Tibby.

– ¿Cuántos años tienes, si no te molesta que te lo pregunte?

– Estoy a punto de cumplir diecisiete -respondió Bridget.

Greta hizo un gesto afirmativo.

– Tengo una nieta de tu edad. Cumplirá diecisiete años en septiembre.

Bridget dio un respingo.

— ¿De verdad? -le salió un gorgorito.

— Vive en la ciudad de Washington. ¿Has estado alguna vez allí?

Bridget negó con la cabeza. Era fácil mentir a los extraños. Era más difícil cuando sabían la fecha de tu cumpleaños.

— ¿De dónde eres, por cierto?

— Norfolk -Bridget no tenía ni idea de por qué había dicho eso.

— Has venido de muy lejos.

Bridget asintió con un gesto.

— Bueno, encantada de conocerte, Gilda -dijo su abuela.

— El restaurante era realmente fabuloso. Pensé que iríamos a uno del barrio sin más, pero había reservado mesa en Josephine. ¿Qué te parece? Temía no ir lo bastante arreglada, pero me dijo que estaba perfecta. Esas fueron sus palabras exactas. «Estás perfecta.» ¿Qué te parece? Tardé un rato largísimo en decidir qué pedir, no quería terminar con salsa bearnesa en la blusa ni lechuga entre los dientes.

Christina se rió con ganas, como si nadie se hubiera visto jamás en semejante apuro antes que su hija.

Carmen bajó la vista a su gofre integral. Los cuatro cuadros del centro eran una piscina repleta de caramelo y el resto estaba seco. Lo que contaba su madre era lo que debía estar contando Carmen. No dejaba de percibir la ironía con cierta dosis de acritud. Carmen no lo estaba contando porque su madre lo contaba y contaba y contaba y no se callaba.

Christina abrió los ojos desmesuradamente.

— Carmen, ojala hubieras probado el postre. Estaba para morirse. Se llama tarta tatin.

El exagerado acento francés con la entonación ascendente del puertorriqueño justo bajo la superficie impedía a Carmen estar tan enfadada con su madre como quería estarlo.

— Mmm -dijo Carmen sin entusiasmo.

— Fue tan amable. Todo un caballero. Me abrió la puerta del coche. ¿Cuándo fue la última vez que me ha pasado eso?

Christina la miraba como si de verdad quisiera una respuesta. Carmen se encogió de hombros.

— ¿Nunca?

— Estudió en la Universidad de Stanford. ¿Te lo había dicho ya?

Carmen asintió con la cabeza. Christina estaba tan patéticamente orgullosa que Carmen, sin poderlo evitar, pensó avergonzada en su propio orgullo la noche anterior, cuando dijo que su padre había estudiado en Williams.

Cuidadosamente Carmen inclinó la botella de caramelo, para intentar llenar cada cuadro individual de su gofre con su propio charco.

— ¿Cómo has dicho que se llama?

— David.

Parecía que Christina saboreaba el nombre incluso más que la tarta tatin.

— ¿Cuántos años tiene?

Christina se desinfló un poco.

— Treinta y cuatro. Pero eso solo es una diferencia de cuatro años.

— Más bien cinco -dijo Carmen. Era un comentario mezquino disfrazado de verdad. Su madre cumpliría treinta y nueve antes de un mes-. Pero parece realmente simpático -añadió Carmen para compensar.

Eso era todo lo que necesitaba su madre.

— Lo es. De verdad que lo es.

Y prosiguió sin interrupción con su cháchara sobre lo simpático que era durante dos gofres más. Que si le había llevado café a la oficina unas cuantas veces y le había ayudado cuando se quedó bloqueado su ordenador.

— Lleva tres años de abogado -cotorreó Christina informativamente como si a Carmen le importase algo-. No empezó a estudiar derecho enseguida. Trabajó en un periódico de Memphis. Creo que eso es lo que le hace tan interesante -Christina lo dijo como si la palabra solo mereciese haber sido utilizada en esa única ocasión.

Carmen se sirvió un vaso de leche. No se había tomado un vaso de leche desde que tenía trece años. Se preguntó, con una curiosidad más bien científica, cuánto rato seguiría hablando su madre si ella no decía absolutamente nada.

— Siempre ha sido muy simpático y amable, pero nunca me imaginé que quisiera llevarme a cenar. ¡Jamás!

Christina aprovechó la oportunidad para dar la vuelta varias veces por la pequeña habitación. Sus zapatos de domingo hacían clac clac contra el suelo de linóleo de color melocotón.

—Ya sé que probablemente no es buena idea salir con alguien de la oficina, pero por otro lado, no trabajamos en el mismo departamento, ni siquiera en el mismo piso.

Hizo un gesto con el brazo, aprobando graciosamente el concepto de romance en la oficina incluso antes de terminar de desaprobarlo.

—Es que, anoche, al verte salir, me sentí tan vieja y sola al pensar en cómo será cuando no estés el año

Aquí viene. ¡Y ahora esto! Es una oportunidad que cae del cielo, me parece a mí.

Carmen no quiso apuntar que Dios tenía un montón de otras cosas en qué pensar.

—No debería adelantarme. ¿Y si no va a ninguna parte? ¿Y si no está buscando una relación seria? ¿Y si está en un momento distinto del mío?

Lo primero, Carmen odiaba cuando su madre usaba la palabra «momento» como si fuese una gran metafísica. Y segundo, ¿desde cuándo estaba su madre buscando una relación? No había salido con un tío desde hacía años.

No responder no surtió efecto. Ni siquiera ir al baño cortó el chorro de palabras de su madre. Carmen se preguntó si con marcharse de casa haría que su madre dejase de hablar.

Finalmente Carmen consultó el reloj. Nunca estaba de su parte. Por primera vez en la historia su madre no decía que llegaban tarde a la iglesia.

—Deberíamos irnos -sugirió Carmen.

Su madre asintió y la siguió amigablemente desde la cocina, hablando todo el tiempo. No se interrumpió hasta que llegaron al parking de la iglesia.

—Dime, nena -preguntó Christina a la vez que dejaba caer las llaves dentro del bolso y se dirigía con Carmen hacia la iglesia-, ¿cómo fue tu cena?

Lenny:

Ya sé que estás a unas manzanas de distancia y que estaré entregándote los pantalones en mano dentro de unos cinco (vale, diez) minutos, cuando te recoja (tarde, sí) para ir a trabajar. Pera me he puesto un poco triste al no escribir una carta desde un sitio lejano y

entonces pensé, oye, sólo porque podamos mandarnos cartas y llamarnos y vernos cada vez que queramos este verano no significa, que no te pueda escribir una carta desde un sitio cercano, ¿verdad? ¿Acaso es un delito?

Así que, Lenny, ya sé que no es como el verano pasado. No me echas de menos porque ayer me viste varias veces y luego casi entraste en coma con mi charla de anoche. Pero aunque estés a punto de verme y posiblemente de chillarme por llegar tarde (otra vez), todavía puedo aprovechar esta oportunidad para decirte que eres la mejor, más estupenda y alucinante Lenny del mundo y que te quiero un montón.

Haz locuras con los pantalones, Carmen electrificante

Los hombres ocasionalmente tropiezan con la verdad, pero la mayoría se levantan y escabullen como si nada hubiera ocurrido. Winston Churchill

Lena no hizo ninguna locura con los pantalones puestos. El primer día los dejó en casa, en su habitación encima de una pila de cartas de Kostos. El segundo día se los puso para trabajar, le valió una reprimenda de la señora Duffers y se los tuvo que quitar antes de comer. Los dejó sobre una silla al fondo de la tienda, donde los vio una clienta y los quiso comprar.

Su corazón todavía latía desenfrenado a causa del horror de esa experiencia cuando entró Effie. Era la hora de cerrar y Lena no había terminado de ordenar los probadores.

– Adivina quién ha llamado hoy -demandó Effie.

– ¿Quién? -Lena odiaba las adivinanzas de Effie, sobre todo cuando estaba cansada.

– Adivina.

Effie la siguió al fondo a los probadores.

– ¡No!

Effie puso cara de enfado.

– Vale. Vale -levantó los ojos al cielo pidiendo paciencia-. La abuela. He hablado con ella.

– ¿Ah, sí? -Lena dejó de recoger ropa-. ¿Cómo está? ¿Cómo está Bapi?

– Genial. Celebraron una fiesta enorme de aniversario en el viejo restaurante el mes pasado. Estuvo todo el pueblo.

– Ooh.

Lena se lo imaginaba. Su mente vagó lentamente hasta Fira, hasta la vista de la Caldera desde la terraza del restaurante que tenían sus abuelos.

– Qué bonito -dijo distante.

Por supuesto, recordar la bahía le hizo pensar en Kostos. Pensar en Kostos le provocaba una sensación de revoloteo en el fondo del abdomen.

Lena carraspeó y continuó recogiendo ropa.

— ¿Cómo están los Dounas? -preguntó sin alterarse.

— Bien.

-¿Sí?

Lena no quería preguntar por Kostos directamente.

— Sí. La abuela me ha contado que Kostos llevó una chica de Ammoudi a la fiesta.

Lena se esforzó por no mover la cara ni un solo milímetro.

Effie bajó las cejas.

— Lenny, ¿por qué pones esa cara?

— ¿Qué cara?

— Pues... esa -Effie señaló el rostro tenso y angustiado de Lena-. Tú eres la que cortaste con él.

— Lo sé -Lena golpeó el espejo espasmódicamente con el pie-. ¿Qué intentas decir?

Lena necesitaba hacerse la tonta. De otro modo podía echarse a llorar.

— No te entiendo. Si te sientes así, ¿por qué cortaste con él? -preguntó Effie, aparentemente ajena al hecho de que no mantenían la misma conversación.

— ¿Sentirme, cómo? ¿Cómo sabes si me siento así o asá? -preguntó Lena y empezó a ordenar los pantalones por tallas.

Effie sacudió la cabeza, como si Lena fuera una idiota sin remedio que inspiraba lástima.

— Por si te alegra, te diré que a la abuela no le gusta la chica que llevó.

Lena fingió con mucho esfuerzo que eso no le importaba.

— Y también me ha dicho literalmente: «Esa chica no es ni la mitad de guapa que Lena».

Lena siguió fingiendo.

— ¿Te ayuda eso un poco? -le quiso sonsacar Effie.

Lena se encogió de hombros impasible.

—Entonces yo le he dicho: «Abuela, esa chica probablemente no cortó con él sin ningún motivo».

Lena tiró la ropa al suelo.

—Olvídalo -declaró-. No te voy a llevar en coche al trabajo.

—¡Lenny! ¡Me lo habías prometido! -exclamó Effie-. Además, ¿a ti qué te importa? Creía que habías dicho que Kostos no te importaba.

Effie siempre ganaba. Siempre.

—No me importa -musitó Lena tontamente.

—Entonces llévame al trabajo como habías prometido -Effie era un genio para convertir un favor en una obligación.

El cielo se había puesto tan oscuro que Lena no podía creer que no fuese de noche. Cobijando los pantalones con un brazo, cerró la puerta con llave y bajó la reja. Ya en la calle, pesadas gotas de lluvia templada aterrizaron en el pelo y cayeron por la frente. Effie corrió al coche y Lena fue andando, protegiendo los pantalones bajo la camisa. Le gustaba la lluvia.

El restaurante Olive Vine estaba a menos de tres kilómetros de la tienda. Effie irrumpió en el restaurante con un par de zancadas gigantes.

Lena se alejó. El viento soplaba y los limpiaparabrisas chirriaban. Le gustaba estar sola al volante cuando nadie la esperaba en ningún sitio. En algún momento durante los últimos meses había entrado en la fase de conducir en la que ya no tenía que pensar conscientemente en cómo hacerlo. No tenía que pensar «Vale, intermitente. Freno. Gira». Conducía sin más. Le quedaba la mente libre para divagar.

Vio que pasaba junto al buzón en el que echaba las viejas cartas, antes de dejar de quererle tanto. O antes de empezar a fingir que no le quería tanto.

Todavía sujetaba los pantalones cerca del cuerpo. Los llevaba puestos cuando Kostos y ella se habían besado tan exquisitamente justo al final del verano pasado. Respiró hondo. Quizá unas cuantas células suyas todavía seguían adheridas al vaquero. Quizá.

Tener los pantalones con ella en una noche lluviosa como esa, lejos de Kostos, le causaba un profundo sentimiento de melancolía.

Así estaban las cosas. Kostos tenía una novia nueva. Lena tenía una hermana malvada y un trabajo en el que vendía ropa beige.

¿Quién, exactamente, había salido ganando?

Al principio Bridget pensaba que no recordaba nada de Burgess. Luego, al pasear por el pueblo, unas cuantas cosas le avivaron la memoria. Una era la máquina de cacahuets que estaba fuera de la ferretería. Incluso con seis años le había parecido extraño y anticuado que la máquina de chicles dispensara cacahuets. Y sin embargo, ahí estaba. Tenía la intensa sospecha de que los cacahuets tenían tantos años como ella.

Otra cosa que recordó fue el cañón negro oxidado de la Guerra Civil, en un jardín con césped frente a los juzgados. Una pirámide de balas de cañón pegadas se levantaba junto a la base. Se acordaba de cómo hacía el payaso, metiendo la cabeza como si fuera un personaje de dibujos animados y haciendo reír a Perry.

También se acordaba de cómo escalaba el muro alto junto al banco y de su abuela, que chillaba para que bajase. De pequeña había sido un auténtico mono. Era la mejor del barrio subiéndose a los árboles, incluso mejor que los niños y los mayores. Se sentía tan ligera y flexible entonces en comparación con ahora.

Bridget dejó que le guiaran los pies, porque al parecer tenían mejor memoria que su cabeza. Caminó a lo largo de Market Street hasta que el pueblo comenzaba a dispersarse un poco. Había hortensias en flor delante de todas las casas: grandes bolas moradas.

Pasada la iglesia metodista, se extendía una amplia pradera, verde y exuberante. Se prolongaba a lo largo de tres manzanas, flanqueada por viejos robles gigantes y bonitos bancos de hierro. En el extremo más lejano observó dos porterías de fútbol que delimitaban un precioso campo verde de reglamento. Se quedó sin aliento al contemplarlo. Notaba un chirrido que retumbaba en su cerebro mientras buscaba entre muchos archivos polvorientos e ignorados.

Se sentó en un banco y cerró los ojos. Se acordaba que corría y se acordaba de un balón de fútbol y entonces comenzó a recordar muchas muchísimas cosas, todas de golpe. Se acordó de su abuelo enseñándoles a Perry y a ella cómo dar patadas a un balón cuando solo tenían tres o cuatro años. Perry lo odiaba y no paraba de tropezarse con los pies, pero a Bridget le había encantado. Se acordaba de cómo se cogía las manos detrás de la espalda para recordarse que el fútbol era solo patadas.

Recordaba cómo le había regateado a su abuelo y cómo gritó orgulloso tras ella, «¡Chicos, creo que tenemos una futbolista nata!», a pesar de que no había nadie más en el campo.

El verano en que ella tenía cinco años su abuelo la colocó en la liga de niños de Limestone County, entre sonoras protestas de los demás padres. Bridget se

acordaba de cómo había obligado a su abuela a cortarle el pelo, corto como un niño, y también recordaba a su madre llorando al verla al final del verano. Bridget contribuyó a que los Burgess Honey Bees ganaran el trofeo dos veranos seguidos y los padres dejaron de protestar.

Se había olvidado de aquel equipo hasta ese mismo instante. Y en aquella época había sido muy importante para ella la coincidencia de su apodo y el nombre del equipo. «¡Bi es todo Bee! ¡Bi es la más Bee!», gritaba su abuelo desde la banda y se creía tan gracioso. A su padre nunca le habían gustado los deportes, pero a su abuelo le encantaban.

¿Habían avisado a su padre cuando murió su abuelo?

Dejó vagar la mente. Nunca se había parado a pensar en cómo había empezado el fútbol para ella, pero había sido así. Ese fue el principio.

Había algo extraño en su memoria y ya lo había notado antes. Cuando tenía once años y ocurrió aquello tan terrible, su memoria se había borrado. Todo lo de esa época y lo anterior lo había olvidado por completo o lo recordaba como si le hubiese ocurrido a otra persona. Después de que muriera su madre, la habían obligado a ver a un psiquiatra durante unos cuantos meses, y este había dicho que su cerebro había formado cicatrices. Nunca le había gustado esa imagen.

Se quedó allí sentada con la cabeza cicatrizada apoyada en el respaldo del banco un buen rato, hasta que, como en un sueño, oyó pasos y gritos y el querido bum del pie contra el balón de fútbol. Abrió los ojos y observó, sorprendida, a un grupo de chicos que tomaba el campo. Eran unos quince o veinte y parecían de su edad, quizá un poco mayores.

Cuando un chico pasó a su lado, no pudo evitar dirigirse a él.

— ¿Eres parte de un equipo? -preguntó ella.

Él asintió con un gesto.

— Los Burgess Mavericks -respondió.

— ¿Todavía hay una liga de verano? -inquirió Bridget.

— Por supuesto.

El sujetaba un balón de fútbol. Bridget no había tocado un balón desde hacía más de nueve meses y lo miró con añoranza.

— ¿Entrenáis ahora? -quiso saber.

— Los martes y los jueves por la tarde -respondió él a la manera gangosa de Alabama.

Daba la impresión de que la gente hablaba con más sílabas en el sur. Recordaba que le encantaba el acento y escuchaba cómo se insertaba por arte de magia en sus propias vocales y consonantes hacia mediados de agosto. Y luego volvía al norte, sus amigas se reían de cómo hablaba, y hacia octubre ya había desaparecido de nuevo.

El chico no dejaba de girar la cabeza para ver las series que comenzaban sobre el campo. Era educado, pero no quería hablar más con ella.

—¿Y jugáis los sábados? -preguntó Bridget.

—Sí. Todo el verano. Me tengo que ir.

—Vale. Gracias -dijo tras él, cuando el chico se reunió con sus amigos en el campo.

Todavía le resultaba extraño cómo se relacionaba con el mundo. Un año antes ese mismo chico habría echado un vistazo a su pelo y estaría encantado de contarle cualquier cosa que quisiera saber. Se habría chuleado y habría gritado para que sus amigos vieran que hablaba con ella.

Entre los trece y los dieciséis años Bridget había atraído más silbidos, números de teléfono y burdos intentos de ligar de los que podía contar. No porque era había sido- guapa. Lena era guapa, real y singularmente guapa, y los chicos en su mayoría parecían asustados cuando pasaba. Pero Bridget había sido delgada y llamativa y extrovertida y, por supuesto, tenía el pelo.

Los observó mientras peloteaban y corrían unas series. Cuando empezaron un partidillo de entrenamiento se acercó un poco a la banda. Ya habían aparecido algunas chicas -probablemente novias. Mientras estudiaba los rostros de los jugadores, unos cuantos dejaron de ser extraños para transformarse en antiguos compañeros de equipo ante sus ojos. Asombroso. Había un chupado que reconocía, ¿cómo se llamaba? Corey no-sé-qué. Y el centrocampista pelirrojo. Estaba y jugaba casi exactamente igual que cuando tenía siete años. Estaba segura de reconocer a uno de los porteros y también estaba... ¡No! Bridget se llevó las manos al pecho. El nombre saltó directamente a su mente: Billy Kline. ¡Alucinante! Era el segundo mejor jugador del equipo y su mejor amigo fuera del campo. Lo recordaba perfectamente. Probablemente incluso tenía una o dos cartas suyas guardadas en casa, en alguna parte.

Increíble.

Le sentaban bien los años, advirtió inevitablemente. Era esbelto y musculoso a la vez, su tipo preferido. Tenía el pelo más oscuro y ondulado, pero la cara era la misma. Cuando era pequeña le encantaba su cara.

Lo contempló con el corazón desbocado y la mente disparada. Su casa estaba cerca del río. Habían pasado horas y horas juntos buscando piedras, convencidos de que cada una era una antigua flecha y de que la venderían por un dineral al museo de antropología.

Billy centró desde la banda. Ella se apartó de prisa de su camino. Él la miró y miró a través de ella.

Bridget no temía que la reconociese. En los viejos tiempos era delgada, tenía el pelo amarillo y estaba llena de alegría. Ahora era gorda, tenía el pelo castaño y estaba llena de pesadumbre. Hasta el punto de que podría ser otra persona.

Era un alivio en cierto sentido. En ocasiones era un alivio ser invisible.

Tibby se sentó en la periferia de un grupo de chicos del programa de cine. Había mucha ropa oscura y calzado pesado, y bastantes piercings que brillaban a la luz del sol. Le habían invitado a sentarse con ellos mientras terminaban todos de comer antes del taller. Tibby sabía que, fundamentalmente, la habían invitado porque tenía un pendiente en la nariz. Aquello le molestaba casi tanto como cuando la gente la excluía porque tenía un pendiente en la nariz.

Una chica que se llamaba Katie se quejaba de su compañera de habitación mientras Tibby mordisqueaba con desgana su ensalada de pasta. Tenía tanto sabor como su manga. Comía y asentía, comía y asentía.

Tibby comprendió que era una ventaja que hubiera nacido con amigas, porque hacer amigos se le daba fatal.

Unos minutos más tarde siguió al grupo por las escaleras del edificio de Artes hasta el aula. Se sentó en un extremo para que hubiera asientos libres a su lado. En parte quería limitar su compromiso con ese grupo. Fundamentalmente estaba esperando a Alex. Su corazón se aceleró cuando llegó con Maura y se sentó a su lado. Maura se sentó al otro lado. De acuerdo, eran las dos únicas sillas juntas que quedaban libres en el aula.

El instructor, el señor Russell, organizó sus papeles.

—De acuerdo, chicos -levantó las manos-. Como ya sabéis, en este taller se completará vuestro proyecto. En esta clase no se trata de escuchar, sino de hacer.

Alex tomaba apuntes en su carpeta. Tibby no pudo resistirse a echar un vistazo.

«Clase para hacer.»

¿Era una broma? Miró a Tibby. Sí, era una broma.

—Cada uno de vosotros va a hacer un corto este verano y tenéis casi todo el tiempo para hacerlo. Vais a pasar muchas horas en el mundo real y poco tiempo en esta aula.

Alex estaba haciendo un dibujo. Era el señor Russell, solo que su cabeza era muy pequeña y sus manos muy grandes. Era un dibujo bastante bueno. ¿Sabía Alex que Tibby estaba espiando? ¿Le importaba?

—El trabajo -prosiguió el señor Russell- consiste en hacer una pieza biográfica. Dedicad la película a alguien que haya desempeñado un papel importante en vuestra vida. Podéis utilizar un guión y actores o hacer un documental. A vuestra elección.

Tibby tenía una idea de lo que quería hacer. Acababa de aparecer en su mente. Había aparecido como la imagen de Bailey. Su amiga Bailey, el verano pasado, sentada frente a la persiana entrecerrada de la ventana de la habitación de Tibby, con el sol que se filtraba en el último mes de sus doce años de vida. A Tibby le provocó dolor de ojos. Miró a su izquierda.

«A vuestra elección», había escrito Alex con una caligrafía enrevesada bajo el dibujo del señor Russell.

Tibby se frotó los ojos. No, no quería desarrollar esa idea. No podía desarrollar esa idea. No se permitió ni siquiera dar a esa idea en su mente una etiqueta con nombre. Dejó que se fuera flotando como había venido.

El resto de la clase se sintió agobiada por la sensación de la idea, a pesar de que la idea en sí había desaparecido. Se olvidó de Alex y sus apuntes. Parecía que sus ojos enfocaban solo un punto a pocos centímetros de su cara.

Se olvidó de él hasta que estaba hablando justo al lado de su oído. Tardó un poco en darse cuenta de que le hablaba a su oído. O más bien, a ella.

—¿Quieres tomar un café? -parecía que preguntaba.

Maura también la miraba expectante.

—Oh... -cuando las palabras de Alex se reorganizaron en el orden apropiado, Tibby descubrió que estaba encantada-. ¿Ahora?

—Claro -al parecer Maura había pasado a ocuparse de la planificación-. ¿Tienes otra clase?

Tibby se encogió de hombros. ¿Tenía otra? ¿Acaso importaba? Se levantó y se echó el bolso al hombro.

Se sentaron al fondo del cafetería en el centro estudiantil. Descubrió que tanto Alex como Maura eran de Nueva York, lo que Tibby podía haber adivinado.

También descubrió que la habitación de Maura estaba en el séptimo piso de la residencia de Tibby. Maura estaba especialmente interesada en Vanessa, la monitor de residencia.

— ¿Has visto su habitación?

La atención de Tibby se iba desviando hacia Alex. Maura no estaba dispuesta a permitirse.

— En serio, ¿la has visto?

— No -respondió Tibby.

— Está llena de juguetes y peluches. Te lo juro. Esa chica es de otro planeta.

Tibby hizo un gesto afirmativo. No lo dudaba, pero estaba más interesada en escuchar a Alex hablar sobre su proyecto.

— Es puro nihilismo. Imagínate Kafka, pero con un montón de explosiones - describió.

Tibby se rió con sentimiento, a pesar de que no sabía lo que significaba «nihilismo» y no podía nombrar ni una sola obra que hubiera escrito Kafka. Era un escritor, ¿verdad?

Alex tenía una sonrisa irónica.

— Kafka con toques del Schwarzenegger de la primera época y todo tiene lugar en Pizza Hut.

«Qué listo es», pensó Tibby.

— ¿Y qué tiene eso de biográfico? -preguntó.

Alex se encogió de hombros y le dirigió una sonrisa recortada.

— No sé -respondió, como si le diera igual.

— ¿De qué va a tratar tu proyecto? ¿Lo sabes ya? -preguntó Maura.

Tibby ni siquiera se permitió la idea de su primera idea, aunque proyectaba una sombra muy por encima de su cabeza.

— No lo sé... Creo que probablemente...

Tibby no tenía ni idea de cómo iba a terminar esa frase. Bajó la vista a las Pumas de Alex. Quería que su película fuese divertida. Quería que Alex le sonriese como había hecho en clase de Bagley.

Pensó en lo que ya había filmado ese verano. Había pillado un momento desternillante de su madre atareada en la cocina ajena al hecho de que tenía la piruleta de Nicky pegada detrás de la cabeza. Era una gracia boba, pero era divertido.

–Creo que probablemente haré una cómica... sobre mi madre.

Carmen deseaba que el trayecto hasta casa de los Morgan fuese más largo para poder quejarse más tiempo. Notaba que para Lena era lo bastante largo.

–Lo entiendo, de verdad que sí -aseguró Lena amablemente, pero con una paciencia decreciente mientras aparcaba delante de la gran casa de madera blanca-. Solo digo que tu madre no ha tenido una cita en mucho tiempo. Es emocionante para ella.

Lena echó un vistazo al rostro serio de Carmen.

–Pero claro, no es mi madre. Si lo fuera, quizá me sentiría exactamente igual que tú.

Carmen la estudió con recelo.

–No. No lo harías.

Lena se encogió de hombros.

–Bueno, no creo que mi madre haya besado jamás a otro hombre aparte de mi padre, así que es bastante difícil de imaginar -razonó diplomáticamente-. Pero si lo hubiera hecho...

–Serías amable al respecto -terminó Carmen.

–Nadie es amable con su madre -apuntó Lena.

–Tú sí -acusó Carmen.

–Oh no, yo no -dijo Lena con sentimiento.

–Te enfadas y quizá te pones huraña a veces, Len, pero no eres descaradamente insufrible.

–Enfadada y huraña pueden ser incluso peor que insufrible -rebatió Lena.

La brillante puerta roja se abrió y Jesse Morgan apareció saludando con la mano desde el escalón.

–Me tengo que marchar -dijo Carmen-. ¿Me puedes recoger? Yo conduzco mañana.

–No puedes conducir mañana. Si lo haces, llegaré tarde otra vez -respondió Lena.

–No llegarás tarde. De verdad. Me levantaré pronto. Lo prometo.

Carmen prometía eso a menudo, pero nunca llegaba a hacerlo.

–Uf, vale.

Lena siempre le daba otra oportunidad. Era un pequeño ritual que tenían.

–Hola, Jesse -dijo Carmen mientras se apresuraba por el camino.

Le agarró la cabeza con una rápida llave al pasar por la puerta. Jesse tenía cuatro años y le gustaba controlar quién iba y venía por Quincy Street. Además, le gustaba chillar cosas desconcertantes a la gente en la acera desde la ventana de su habitación en el primer piso.

Carmen fue directamente al fondo a la cocina, donde la señora Morgan estaba limpiando Krispies del suelo con una mano y sujetando a Joe, de nueve meses, con la otra.

Carmen ya había aprendido a no darle a los niños Krispies, porque eran bastante difíciles de limpiar.

Aquello era algo que una persona de fuera comprendería en un día, pero que a una madre nunca se le ocurriría. Los Krispies mojados y aplastados eran parte de la carga incuestionable de la señora Morgan.

–Hola a todos -saludó Carmen.

Le tendió los brazos a Joe, pero él se aferró a su madre. Joe se llevaba bien con Carmen, pero solo cuando su madre no estaba en casa.

–Hola, Carmen. ¿Cómo estás? -la señora Morgan tiró unos paquetes envueltos en plástico del frigorífico a la basura-. Voy a hacer algunos recados. Volveré a las doce. Llevo el móvil si me necesitas.

Prolongando lo inevitable, Joe contempló a Carmen desde el hombro de su madre donde apoyaba la cabeza. Carmen recordaba lo que había dicho Lena acerca de no ser amable con su madre. Joe era bueno con su madre. La adoraba. ¿Había sido amable Carmen con su madre cuando era un bebé? Tal vez solo eras amable cuando eras muy pequeño o muy mayor.

Entonces cogió en brazos al bebé de la señora Morgan, el cual no paraba de retorcerse y protestar.

En cuanto le instaló en el suelo con el juego de la construcción, el niño se quitó el calcetín y empezó a chuparlo. El calcetín tenía un pequeño dibujo de goma de tres en raya en la planta. Carmen adivinó que era para crear tracción.

– No, Joe. No te comas los calcetines.

Jesse miraba cómo pasaban los coches por una pequeña ventana a un lado de la puerta principal.

– Oye, Jesse, ¿qué ves?

Jesse no respondió. A Carmen le gustaba el hecho de que aunque los mayores sentían la necesidad de relacionarse con un montón de preguntas y frases inútiles, los niños raramente sentían la necesidad de responder.

– Tengo pis -dijo después de un rato.

Carmen cogió a Joe en brazos y siguió a Jesse al piso de arriba. Por algún motivo, a Jesse solo le gustaba usar el baño de arriba. Decidió cambiar el pañal a Joe mientras estaba allí. Le tumbó sobre el cambiador y le dejó morder el tubo de pomada. ¿Sería malo el óxido de cinc si se ingería?

Abrió el cajón superior de su cómoda y admiró el ordenado muestrario de calcetines, todos cuidadosamente emparejados, todos de colores primarios, todos con pequeños tres en raya en la planta. La señora Morgan parecía una mujer inteligente para estar derrochando tanta energía en calcetines. ¿No había estudiado Derecho? ¿Podías estar demasiado preparada para ese trabajo?

Carmen pensó en su madre, sentada en la mesa de la cocina de la antigua casa mientras rayaba con un tenedor la suela de los zapatos nuevos de Carmen para que Carmen no se resbalase en los pulidos suelos de casa de Lena.

Una vez abajo, Carmen llamó a su madre a la oficina.

– Hola -dijo cuando respondió su madre.

Eso era en realidad todo lo que quería decir.

– Hija, me alegro de que hayas llamado -Christina estaba sin aliento-. Voy a salir a cenar con David esta noche. Si no te parece mal. Hay... lasaña en el congelador.

Su madre sonaba distraída. No distraída como si buscara la grapadora, sino profundamente distraída.

– ¿En serio? ¿Otra vez? -Carmen hizo una pequeña pausa, deseando que su madre captase su humor.

—No llegaré tarde -le aseguró su madre-. Esta semana es de locos.

—Bueno. Vale -el tono de Carmen bajó-. Adiós.

Sin duda había existido un tiempo, quizá tan recientemente como el día anterior, en el que a Carmen le habría encantado la idea de tener la casa para ella sola durante una noche. Pero en ese momento no.

Una hora más tarde comprobó si tenía mensajes. Había uno de Paul, que respondía a su llamada. Había uno de Porter. La famosa llamada después de la cita. Si un chico llamaba antes de tres días, le gustabas. Si esperaba una semana, quería decir que no tenía nada mejor y que probablemente solo quería probar suerte. Si no llamaba, bueno, eso era una pista evidente.

La llamada de Porter cayó justo dentro del plazo de tres días. Y una hora antes, aquello también le hubiera importado.

Tibby:

Bueno, aquí están los pantalones. Debo admitir que no he causado una revolución exactamente. Ponte en lugar de mi jefa y piensa cómo una cincuentona moderna.

En cualquier caso, no sé qué te habrá dicho Carmen, pero para mí no supone un problema que Kostos tenga novia. Soy yo la que corté con él, ¿no te acuerdas?

Diviértete con los pantalones. Te echo de menos. Póntelos esta noche si sales en plan guay y sofisticado con tus nuevos amigos cineastas guay y sofisticados.

Con cariño, Lena

... Solo ves hasta donde iluminan tus faros, pero puedes hacer todo el camino así. E.L. Doctorow

A Lena le encantaba la cocina de Carmen. Le resultaba segura y acotada, a diferencia de la gran remodelación en su casa, con todo el blanco y acero reluciente, y las bombillas halógenas demasiado brillantes. Además, a Lena le encantaba la comida que tenía la cocina de Carmen. Era todo aguacates y patatas light y té de hierbas -cosas de chicas. Nada de los gigantes paquetes de doce cervezas e interminables chuletas de cerdo que atestaban la nevera de su casa. Había muchas menos concesiones en un piso para dos que en una casa para cuatro.

— Cariño, ¿te apetece un vaso de té helado?

Lena miró a la madre de Carmen. Aparentemente estaba reorganizando las ollas en uno de los armarios de la parte baja. Tenía el pelo recogido en una coleta y aparentaba tener veinte años. Christina siempre estaba guapa, pero Lena nunca la había visto tan animada y alegre como estaba ese día.

— Me encantaría -respondió Lena.

Carmen repasaba la cartelera en el periódico.

— Yo también tomaré uno -dijo sin levantar la vista.

— ¿Cómo está tu madre? -preguntó Christina por encima del ruido del grifo.

Siempre preguntaba eso a Lena de manera ligeramente culpable, como si estuviera intentando recoger su ropa de la tintorería sin el recibo.

— Está bien.

— Y ¿qué tal tu novio? ¿Cómo se llamaba?

— Kostos -dijo Lena a regañadientes, siempre reacia a comentar su vida sentimental-. Pero ya no es mi novio. Cortamos.

— Ooh. Lo siento. ¿Era demasiado difícil por la distancia?

A Lena le gustaba esa explicación. Era concisa y no le hacía parecer necesariamente una lunática.

— Sí. Exacto.

Christina cogió una jarra llena del frigorífico.

— Me recuerda a tu madre. Debe saber por lo que estás pasando.

Lena se quedó desconcertada.

— En realidad no hemos hablado de ello.

Christina no parecía comprender que no todas las madres hablaran de todo con sus hijas todo el tiempo.

— De todas formas, no creo que sepa nada de relaciones a distancia -apuntó Lena.

Christina alineó tres vasos.

— Por supuesto que sí. Salió con Eugene durante cuatro o cinco años.

Lena miró dubitativa a Christina.

Christina y la madre de Lena hacía mucho que ya no eran íntimas. Aparentemente la memoria de Christina empezaba a liarse, tal vez como resultado de su propia relación sentimental.

— ¿Quién es Eugene?

Carmen se había despegado de la cartelera. Miraba intermitentemente a Lena y a Christina.

— ¿Que quién es Eugene? -repitió Christina.

Su expresión mudó lentamente de sorpresa a incertidumbre y después a preocupación.

— Eh...

Dio la espalda a las chicas y sirvió el té.

— ¿Mamá? ¡Oye! ¡Ooooooye!

Christina tardó un buen rato en remover el azúcar. Cuando se dio la vuelta de nuevo, su rostro ya no parecía accesible.

— Déjalo. Puede que me haya liado. Fue hace mucho tiempo.

Christina era una persona adorable con un gran corazón y muy dulce, pero era una mala actriz y una mentirosa pésima. Lena había creído al principio que estaba confundida. Ahora estaba segura de que no.

Los ojos de Carmen confluían como el rayo de un láser sobre la cara de su madre.

— ¿Que lo deje? ¿Estás bromeando?

Christina echó una mirada ansiosa a la puerta.

— Tengo que llamar a Mimmy, cielo. Ya es tarde.

— ¿No nos lo vas a contar? -Carmen parecía a punto de explotar.

Los ojos de Christina revoloteaban nerviosos.

— No hay nada que contar. Estaba confundida. Estaba pensando en otra persona. No es importante.

Cerró la boca de golpe y se marchó de la cocina deprisa. Sabía tan bien como cualquiera que Carmen no dejaba escapar a alguien fácilmente.

— ¿No es importante? -repitió Lena débilmente.

Carmen lanzó a Lena una mirada de entendida.

— Eso evidentemente significa que sí lo es.

— ¿Quién es Eugene?

Lena lo dejó caer silenciosamente entre la cena y el postre mientras su madre metía los platos en el lavavajillas. Lena estaba recogiendo la mesa. Se encontraban las dos solas en la cocina. Effie estaba en casa de una amiga y su padre leía el periódico en el comedor.

— ¿Qué? -Ari se dio la vuelta.

— ¿Quién es Eugene?

Lena advirtió inmediatamente que su madre se había alterado.

— ¿Por qué me preguntas eso?

Su madre sujetaba un plato en cada mano.

— Solo... quería saberlo.

— ¿Quién te ha hablado de él?

— Nadie -respondió Lena.

Si su madre no iba a proporcionar información, entonces ella tampoco estaba dispuesta a dar ninguna. Además, no quería causarle problemas a la madre de Carmen.

El rostro de Ari adoptó un aire frustrado y desarreglado. Parecía que estaba haciendo cálculos a toda prisa.

—No sé de qué estás hablando.

—¿Entonces por qué estás susurrando?

Lena no tenía intención de torturar a su madre, pero estaba resultando así.

—No estoy susurrando -replicó su madre también en un susurro.

Lena abandonó. Aquello estaba un poco fuera de control. Quería la información, desesperadamente. Cuanto más difícil era de conseguir, más importante parecía. Por otro lado, la expresión en el rostro de su madre le asustaba un poco.

El padre de Lena entró en la cocina.

—¿Qué tal un poco de tarta de queso? -preguntó amigablemente.

La madre de Lena le lanzó una mirada que decía, sin ninguna duda, «No abras la boca o te castigaré en casa sin salir hasta que seas una anciana».

—Me voy arriba -informó Lena a la encimera de granito.

—¿No quieres algo dulce? -insistió su padre.

Ambos compartían la afición por los postres.

—Esta noche no -dijo ella.

—¿Crees que mamá tuvo un novio antes que papá? -preguntó a Effie cuando esta apareció en su cuarto un rato más tarde.

—No. Nadie importante.

—¿Por qué estás tan segura? -inquirió Lena.

—Porque nos lo habría contado -razonó Effie.

—Tal vez no. No nos cuenta todo.

Effie puso los ojos en blanco.

—Mamá tiene una vida muy aburrida. Quizá no haya nada que contar.

Lena lo consideró un rato.

—Creo que mamá tuvo un novio que se llamaba Eugene. Creo que ella vivía aquí y él vivía en Grecia y creo que pudo quererlo en serio.

Effie levantó las cejas.

—¿De verdad?

Lena asintió con la cabeza.

—Pues yo creo que deberías limitarte a tu trágica historia de amor.

—David quiere invitarnos a las dos a cenar -anunció Christina esa noche, como si hubiera aparecido un presentador estrella con el gran premio del concurso de la tele.

—¿Por qué?

—¡Carmen! -Christina estaba demasiado contenta para enfadarse-. ¡Porque te quiere conocer!

Christina tenía el libro de cocina *Cuida tu peso* abierto sobre la encimera y una cebolla chisporroteaba en la sartén.

—¿Cuándo?

—¿Mañana por la noche? -sugirió Christina.

—Voy al cine con Lena.

—¿El jueves?

—Trabajo de canguro.

—¿El viernes?

Carmen observó a su madre algo enfadada. Habitualmente uno captaba la indirecta al tercer intento.

—Voy... a salir con Porter -dijo, satisfecha con su respuesta a pesar de que era mentira.

Su madre no era la única en el mundo que tenía novio.

La mirada de Christina pasó de decepcionada a complacida.

—¡Tráele! ¡Saldremos juntos, los cuatro!

—David nos quiere invitar a cenar -anunció Carmen al teléfono una hora más tarde. Su tono era algo diferente al de su madre.

Tibby suspiró.

– Parece que se está convirtiendo en algo serio. Ya sabes, el momento de conocer a los padres. Solo que al revés.

– Le dije que iba a salir con Porter y quiere que venga él también.

– ¿Dobles parejas con tu madre? -dijo Tibby, disfrutando al menos en parte de lo absurdo del caso.

– Lo sé -gimió Carmen-. Puede que sea mejor así. Tendré otra cosa a la que prestar atención. Y quizá los chicos puedan hablar de coches o algo así.

– Quizá.

Tibby parecía dudar.

– El único problema es que en realidad no tenía planes de salir con Porter. Me lo inventé.

– Pero Carmen.

– Ya, así que ahora se lo tengo que pedir.

Tibby se rió, pero Carmen sabía que era con simpatía.

– ¿Te gusta? -le preguntó.

– ¿Quién?

– ¡Porter!

– Ah. Eh, supongo que sí.

– ¿Lo supones?

– Es muy guapo. ¿No crees?

– No está mal -dijo Tibby un poco impaciente-. Pero Carmen, no deberías invitarle a salir si no te gusta. Le estás mandando el mensaje equivocado.

– ¿Quién ha dicho que no me gusta? A lo mejor sí me gusta -saltó Carmen.

– Vaya. Haces que parezca tan romántico.

Carmen se rió. Mordisqueó un pellejo suelto junto a la uña del dedo pulgar.

– ¿Te he contado que mi madre nos ha puesto a dieta?

– No.

—Sí.

—Pobrecilla.

—Bueno, pero he ido al súper y he comprado tres sabores distintos de helado. Tibby se rió de nuevo. — Esa es mi chica.

Oye, Bí :

Soy una colgada tremenda, pera eso no es una novedad. El gran, acontecimiento en mi calendario es una cita de dobles parejas con mi madre. Lo digo absolutamente en serio.

¿Cómo ha ocurrido esto? Hace una semana los planes más emocionantes de mí madre consistían en una cita con el dentista. Ahora tiene planes con David noche sí, noche no.

No digas que te alegras por ella. Lo dijiste la última vez. Tú no eres la que está comiendo pizza congelada.

Anoche salió y llevaba una camisa corta. Te juro que se le veía el ombligo. Nada agradable, Bí.

Esta mañana la llamé a la oficina para ver si podía ir a la película de la sesión de diez y dijo «Usa tu juicio» ¡ja! ¿Como es que mí juicio nunca era bastante bueno para usarlo antes de que apareciese David?

¿Me estoy comportando coma una niñata egoísta? Sé sincera.

Pero no demasiado sincera.

Escribe pronto y cuéntame todo lo de Gilda Tamka. Te echo tanto de menos.

Con cariño, Carmen «la niñata» Lowell

—Vente con nosotros a desayunar si te apetece -dijo Maura esa noche cuando se cerraba la puerta del ascensor-. Vamos a pasear por la carretera hasta el pueblo.

—Vale -respondió Tibby a través de la puerta.

Al ser de Nueva York, a Maura y a Alex les gustaba bromear sobre el hecho de que otros sitios no tenían aceras, solo carreteras. Tibby asentía como si fuera también neoyorquina, y no un producto puramente suburbano.

La luz parpadeante del portátil dormido le dio la bienvenida.

—Hola -saludó Tibby al ordenador.

—Hola -le devolvió el saludo.

Tibby dio un respingo. Sintió que la sangre circulaba veloz por el cuerpo.

El ordenador se rió. Tenía la voz de Brian. Tibby encendió la luz del techo.

— ¡Dios mío! ¡Brian! Casi me matas del susto.

Él se acercó a ella y le dio un tirón del brazo.

— Hola, Tibby.

Su sonrisa era gigantesca.

La sonrisa de Tibby también era gigantesca y automática. Le había echado de menos.

— ¿Qué haces aquí?

— Te echaba de menos.

— Yo también te echaba de menos -respondió ella sin pensar.

— Y además, he decidido que te iba a llevar a casa.

— ¿Quieres decir para el fin de semana?

— Sí -respondió él.

— Para eso quedan tres días.

— Eso es verdad -se encogió de hombros-. Te he echado de menos.

— ¿Cómo has entrado?

— Alguien me ha abierto abajo -señaló su puerta-. Y esa cerradura se puede forzar con cualquier cosa.

— ¿De verdad? Eso me tranquiliza.

Echaba de menos a Bi cuando pensaba en forzar cerraduras.

— ¿Te importa si...? -señaló un saco de dormir verde oscuro enrollado en el suelo.

— ¿Vas a dormir aquí? -terminó ella.

Él hizo un gesto afirmativo.

— No. Claro. Quiero decir, ¿dónde ibas a ir si no?

Él parecía un poco indeciso.

— ¿Estás segura de que no pasa nada?

Cuando se puso a pensarlo, Tibby cayó en la cuenta de que era bastante significativo tener un chico toda la noche en tu habitación. En realidad, en ese sentido, era como la universidad.

Pero pensándolo bien, Brian no era un chico. Bueno, sí lo era, hablando con propiedad. Pero Tibby no actuaba ni se sentía con él como con ningún otro chico que hubiera conocido antes. Por mucho que lo apreciase, Brian era tan sexy como un calcetín de deportes.

Analizó a Brian un momento. Era gracioso lo mucho que había cambiado desde el día que lo conoció. Era mucho más alto. (Contribuía el hecho de que había estado cenando en casa de Tibby dos o tres noches por semana.) Se lavaba el pelo a veces. (Tibby se duchaba a todas horas; sospechaba que había aprendido con el ejemplo.) Usaba cinturón. (Vale, puede que se lo hubiera comprado ella.) Pero todavía era Brian.

— Si los monitores te ven me puedo meter en un lío -dijo Tibby.

Brian asintió solemnemente.

— Yo también he pensado en eso. Me aseguraré de que nadie me vea.

— Vale.

Sabía que sus padres no se enfadarían. Ese no era el problema.

El se sentó en la mesilla.

— Ayer vi a Nicky y a Katherine -le contó.

— ¿Ah, sí?

— Katherine se cayó por las escaleras. Quería que tú la curaras.

— ¿Me quería a mí?

— Sí.

Tibby sintió las mejillas encendidas. En general se mantenía al margen de esos dos pequeñajos. Sabía cuánto deseaban sus padres que se relacionara con ellos. Cada vez que Tibby permitía a Katherine subírsele encima, sentía el oportunismo de su madre, su interés constante por una canguro gratis. Cuando Bugs Bunny miraba al Pato Lucas en la isla desierta, veía un apetitoso gran pato asado. Cuando Alice miraba a Tibby, veía una canguro adolescente capacitada.

— Estuve jugando a Dragón Spots con Nicky.

— Le habrá encantado.

Brian estaba alimentando una afición temprana a los videojuegos en Nicky.

Le hizo sentirse un poco incómoda el hecho de que Brian siguiera yendo a su casa cuando ella no estaba allí. ¿Era Tibby quien le caía bien o los pequeñajos Rollins?

— ¿Cómo va todo por aquí? -preguntó Brian.

Miró las notas y los bocetos esparcidos sobre el escritorio.

— Bastante bien.

— ¿Cómo va tu película? ¿Has decidido ya sobre lo que va a tratar?

Tibby había hablado con Brian muchas después de decidir el tema y, de hecho, ya había empezado a trabajar en ello. Pero por algún motivo, no había contado nada a su amigo sobre el proyecto real. Reunió los bocetos en un montón.

— Creo que sí.

— ¿De qué?

— A lo mejor sobre mi madre.

No le apetecía explayarse. El rostro de Brian se iluminó.

— ¿En serio? Es una idea genial.

Brian tenía la molesta tendencia de apreciar a Alice.

— Sí.

— ¿Qué tal tus amigos? -preguntó Brian-. Me refiero a los que has conocido aquí.

Sus cejas se juntaron en un pico sobre la nariz con esa actitud seria que tenía.

— Son... -iba a decir «simpáticos», pero la palabra no encajaba. «Geniales» también parecía llevar la connotación equivocada-, majos.

— Los conoceré mañana, espero.

Brian comenzó a desenrollar su saco de dormir.

— Claro -respondió ella. Aunque no lo tenía tan claro.

Él guardaba su cepillo de dientes y el dentífrico en una bolsa de plástico arrugada de supermercado. El neceser de Tibby era de grueso plástico transparente color azul con una cremallera.

— Ve tú primero -ofreció ella. Se asomó por la puerta. El baño solo estaba a unos metros por el pasillo-. Ya puedes.

Mientras lo esperaba, decidió pescar la manta extra del estante del armario para darle un poco de comodidad añadida sobre el duro suelo. Un gran sobre acolchado con la letra de Lena cayó con la manta.

Parecía que el sobre la miraba con actitud crítica. Ella sabía que los pantalones estaban dentro y, sin embargo, ni siquiera lo había abierto. ¿Por qué?

En realidad sabía por qué. Cuando viese los pantalones recordaría el verano pasado y a Bailey y a Mimi y todo lo demás. Tendría que ver el torcido corazón rojo que había bordado a un lado de la rodilla izquierda. Tendría que recordar aquellos largos días extraños tras el funeral de Bailey, cuando se sentaba sola en el porche trasero cerrado con mosquiteras para dar interminables puntadas irregulares. Quizá no estaba preparada para pensar en ello en ese momento.

Unos minutos después la habitación estaba a oscuras y Tibby y Brian permanecían acostados de espaldas mirando al techo. Su primera noche durmiendo en la misma habitación con un chico.

—¿Has dejado Travel Zone? -preguntó Tibby.

—Sí.

Brian iba de trabajo en trabajo. Era un genio de Internet y de la informática en general. Podía conseguir un trabajo de veinte dólares a la hora, hiciese lo que hiciese.

Se quedaron callados. Tibby escuchaba la respiración de Brian. Notaba que todavía no estaba dormido. Sentía la garganta tensa y dolorida.

En los primeros meses de su amistad se habían dado momentos de silencio desbordante entre ellos y Brian había sacado el tema de Bailey. Era difícil para Tibby cada vez que lo hacía. Un tiempo después, le pidió que no lo hiciera. Ella dijo que cuando estuvieran juntos en silencio, ambos sabrían en quién estaban pensando.

Aquella noche, en esa pequeña habitación de la residencia, en aquel sitio extraño, los dos sabían en quién estaban pensando.

Únicamente los amantes se visten de sol.

E.E. Cummings

David no tenía ninguna deformidad física evidente. Todos los dientes estaban en su sitio. Incluso tenía pelo. Carmen repasó la ropa de David con un vistazo rápido. Aceptable. No llevaba una camiseta de Star Trek ni nada parecido. Estudió sus pies buscando pistas de zapatos ortopédicos.

—Este es Porter -dijo Carmen-. Porter, mi madre, Christina -se volvió hacia David-. Y este es David.

Observó a Porter y David dándose la mano, mientras intentaban aparentar que no se encontraban en la cita más estrambótica de su vida.

—Porter termina el instituto el año que viene -informó Christina a David, como si fueran amigos de toda la vida-. El y Carmen son amigos del colegio.

Carmen torció el gesto en su interior. Parecía que Christina sentía la necesidad de dejárselo todo muy claro a David.

La maitre los condujo a su mesa. Era una mesa junto a la pared con asiento corrido. Carmen se lamentó de que fuera de ese estilo. Christina y David se sentaron a un lado y Carmen y Porter al otro. David se pegó a Christina y tendió un brazo lánguido alrededor de su cintura. Carmen sintió que se le tensaba la espalda.

Entonces Carmen miró fijamente a su madre, preguntándose qué demonios podía ver en ella aquel hombre no deforme. ¿Se daba cuenta David de que su madre era vieja? ¿Que usaba bragas altas en lugar de tipo bikini? ¿Que cantaba canciones de los Carpenters y ni siquiera lo hacía bien? ¿Era un chalado de algún tipo cuyo fetiche eran las secretarias hispanas de bufete de abogados?

Pero lo cierto era, advirtió Carmen al contemplar el rostro animado de su madre, que Christina era bastante guapa. Tenía un pelo abundante que se ondulaba agradablemente en los hombros. Ni siquiera necesitaba teñírselo. No era una supermodelo, pero tampoco era obesa exactamente. Tenía una bonita risa, libre y tintineante, y la usaba a menudo. En especial cada vez que David abría la boca.

—¿Carmen?

Porter la estaba observando con la mirada expectante de quien acaba de preguntar algo, posiblemente más de una vez.

Carmen abrió la boca.

-¿Eee?

— ¿O no? -insistió él educadamente.

-¿Eeeh?

Ahora los tres la miraban de esa manera. Carmen carraspeó.

— Lo siento. ¿Qué?

— ¿Quieres compartir los tallarines al sésamo como entrante? -preguntó Porter, probablemente arrepintiéndose de la idea después de tener que preguntarlo varias veces.

— Ah. Sí, claro -dijo incómoda.

Le parecía la caricatura de una cita de dobles parejas lo de comer del mismo plato. ¿Pero no sería grosero decir que no después de haberle ignorado?

— ¿Nos puede traer un plato más? -preguntó Carmen a la camarera mientras pedían. Entonces tuvo la sensación de ser tan remilgada como Lois, la abuela de Tibby, que tenía ochenta y un años.

Se sintió tan romántica como la abuela Lois al dividir los tallarines y cortar los suyos con el tenedor.

Su madre no se parecía en absoluto a la abuela Lois. Se inclinaba hacia David, riéndose de algo que había dicho. Tenía las mejillas sonrojadas. Se comió parte del plato de David sin asomo de vergüenza.

— ¿A que están buenos? -preguntó él.

La voz y los ojos de David preguntaban a Christina y a nadie más. Para el caso, podía estar preguntándole si lo quería. Y ella podía estar contestando que sí. Tenían los ojos pegados uno en el otro de una forma que resultaría vergonzosa si ellos estuvieran mínimamente avergonzados.

Ellos eran la caricatura. «Vuestra felicidad es genérica», pensó Carmen hiriente.

— ¿Carmen?

Porter tenía otra vez esa mirada extraña.

— Lo siento -se disculpó Carmen-. ¿Qué decías?

Todavía no se encontraba lo bastante cómodo con ella para sacarla de sus divagaciones mentales, y mucho menos, para meterse con ella. Solo parecía desconcertado. Un poco como el marido de la abuela Lois. El difunto marido.

— Nada. No te preocupes.

Carmen cortó más tallarines, mientras experimentaba la extraña sensación de observar cómo avanzaba la cena sintiéndose totalmente ausente.

En un momento dado, advirtió que la conversación ronroneante se había interrumpido. David la miraba.

—Me ha contado tu madre que este verano estás trabajando de canguro para los Morgan.

David le dirigía una de sus miradas penetrantes. Una mirada directa, sin titubeos como diciendo: «vengo en son de paz». Los ojos de Carmen revolotearon y bailaron por el restaurante.

—Sí. ¿Los conoces?

—Jack Morgan es un socio del despacho. Unos niños muy monos, ¿no? Ese pequeñajo, ¿cómo se llama?

Carmen se encogió de hombros.

—¿Jesse?

—Sí. Jesse. Es un elemento -David se rió-. En el picnic de la empresa se dedicó a contar todos los cubitos de hielo.

Christina y Porter se rieron. Carmen olvidó hacerlo.

—Me llamó mal bicho desde la ventana de su habitación cuando pasé ayer a recoger a Carmen -Carmen pensó que a su madre le hacía mucha gracia eso de que la llamasen «mal bicho».

Carmen no estaba segura de haber querido reconocer algo así delante de su pareja.

Carmen observó, medio en trance, cómo David besaba el pelo de su madre. Entonces Porter dijo algo, pero Carmen no oyó el qué.

Cuando por fin llegó la cuenta, David pagó de forma decidida, pero sin chulería.

—La próxima -dijo a Porter respetuosamente, mientras Porter rebuscaba en su cartera.

David se levantó galantemente y fue a buscar la chaqueta de Christina de la percha. Carmen echó un vistazo rápido para ver si tenía las piernas cortas. No eran cortas.

Lena se levantó de la cama y puso el CD de Lucinda Williams que Kostos le había devuelto en enero. Tibby se había marchado, Bi se había marchado y Carmen tenía su demente cita de dobles parejas. La música hizo que Lena anhelase una sensación que había tenido en Santorini y había perdido. Apenas la había tenido. Tal vez solo la había atisbado. No le podía dar un nombre. Era áspera y desgarrada y peligrosa, pero también vertiginosa y maravillosa.

Lena sabía que había pasado demasiado tiempo de su vida en un estado de temor pasivo, esperando que algo malo ocurriese. En una vida así, el alivio era lo más próximo a la felicidad.

Lena consideró su temor. ¿De dónde venía? ¿Qué temía? No le había ocurrido nada terrible. ¿Era un caso de vidas pasadas? De otro modo, no había vivido lo suficiente para explicarlo. A menos que su tiempo de vida se contase como los años de vida de un perro. ¿Vivía en años de perro? ¿Vivía acaso?

Fue al armario y sacó la desgastada bolsa de zapatos. Extendió las cartas sobre la cama. Intentaba no hacer aquello demasiado a menudo, sobre todo desde que había oído lo de la novia, pero esa noche no lo podía evitar.

Antes leía las cartas de Kostos tan a menudo que había extraído todos los matices posibles, todos los significados, todas las gotas de emoción. Las había exprimido tanto que estaba sorprendida de que no se convirtiesen en polvo. Recordaba la alegría cuando llegaba una carta nueva -llena de potencial, sin leer. Recordaba haber pensado que la multitud de sentimientos nuevos, aún sin sentir, hacía que el sobre resultase pesado entre sus manos.

Se sentó cruzada de piernas y abrió una a una como hipnotizada. Al principio le sorprendía frecuentemente la formalidad de la redacción de Kostos, y se recordaba constantemente que no era americano ni tampoco un adolescente. Después había caído todo y solo era él.

La primera era de principios del pasado mes de septiembre, poco después de que dejara a Kostos y Santorini para volver a casa.

Los recuerdos están tan cerca que siento tu presencia en todas partes. Y miro hacia delante con claridad y tristeza, imaginando el momento en que los recuerdos sean distantes. No seré capaz de recordar tus útiles de pintura esparcidos por la roca plana de Ammoudi ni tus pies descalzos inundados de sol sobre el muro del jardín de Valia. Ahora los veo. Pronto los recordaré. No quiero que pasen más horas que me separen de ti. Esta tarde estaba haciendo las maletas para ir a Londres y odiaba tener que dejar este sitio donde estuvimos juntos.

La siguiente, enviada más tarde ese mes, tenía matasellos de Inglaterra, donde se había trasladado Kostos para estudiar en la London School of Economics.

Somos cinco en un piso de tres dormitorios. Karl de Noruega, Yusef de Jordania y un par de ingleses del norte que acaban de instalarse. Londres es ruidoso y brillante y emocionante. Lo he deseado durante mucho tiempo y aun así, es increíble estar aquí. Las clases comienzan el martes. Anoche me tomé un par de pintas (se dice un par, no importa cuántas sean) con Yusef en un pub de nuestra calle. No pude evitar hablarle de ti. Lo entendió. Tiene una novia esperando en su país.

La siguiente carta era de octubre. Recordaba su sorpresa ante el matasellos griego. Estaba escrita justo después de que el abuelo de Kostos tuviera un infarto. Kostos había regresado diligentemente a su casa en Santorini. En lugar de estudiar macroeconomía con profesores de fama mundial, estaba haciendo piezas para barcos en la arcaica forja de la familia. Así era Kostos.

Lena, por favor, no te preocupes por mí. Volver fue decisión mía. De verdad. La universidad no se irá a ningún sitio. Ya he recibido un aplazamiento. No ha supuesto ningún problema encontrar otro chico para el piso. No lo siento. Mi bapi se está recuperando rápidamente. Hoy se sentó en la forja conmigo mientras trabajaba. Asegura que estará en plena forma para Navidad y que yo volveré a la universidad en año nuevo, pero no necesito correr. Me ocuparé del negocio de Bapi primero.

Fui a nadar a nuestro olivar la noche que volví. Estaba loco de alegría pensando en ti.

Inicialmente había escrito «haciendo el amor contigo», luego lo había tachado unas mil veces. Pero cuando Lena leyó la carta por detrás con la luz apropiada, pudo leer las palabras censuradas. Y por muchas veces que las leyera, su impacto nunca decaía. Cada palabra estallaba como fuegos artificiales en su mente. Anheló. Agonía. Dicha. Dolor.

¿Había hecho el amor con su nueva novia? La idea le abrasaba el cerebro como un carbón encendido, y la desterró lo más rápido que pudo.

La siguiente carta que extrajo del montón era de diciembre. Las cartas de ese periodo todavía evocaban una punzada de vergüenza en el pecho de Lena. Únicamente se alegraba de no tener en su posesión sus propias cartas.

Lena, tu última carta sonaba tan distante. Intenté llamarte el lunes. ¿Te dieron el mensaje? ¿Estás bien? ¿Cómo están tus amigas? ¿Y Bi?

Me digo que estabas abatida el día que escribiste. Estás bien y estamos bien. Espero que sea verdad.

Luego vino el fatídico enero. Todo el valor que había brotado dentro de ella el mes de agosto se había marchitado en el frío invierno. Se había vuelto hermética e impermeable de nuevo. Había escrito una carta cobarde y él había respondido.

Tal vez sea demasiado lejos. El océano Atlántico parecía tan pequeño en septiembre. Ahora incluso la Caldera me parece tan imponente como la frontera de una distancia insuperable. Tengo sueños en los que nado y nado y siempre termino en una costa diferente de esta isla. Tal vez hemos estado separados demasiado tiempo.

Y entonces cortó de pleno mientras se prometía que recuperaría su integridad. Pero no estaba íntegra otra vez. Todavía lo echaba de menos.

Por supuesto que lo entiendo, Lena. Sabía que esto podía ocurrir. Si estuviera en Londres, estudiando sin parar en la universidad, todo me parecería distinto. Pero estar aquí en esta isla, deseando estar en otro sitio... Te echaré de menos.

Durante largas noches de muchos meses imaginó que él la echaba de menos. Despacio, parando y rebobinando y parando otra vez, imaginó escenas retumbantes, narcóticas y, a veces muy eróticas, de lo que podía ocurrir cuando dos personas que se echaban tanto de menos se veían por fin. No importaba que Lena fuera vergonzosa, desinformada y virgen hasta la médula. Una chica podía soñar.

Pero ahora Kostos tenía una novia. La había olvidado. Nunca volverían a verse.

Los sueños no eran tan agradables cuando no tenían ninguna probabilidad de hacerse realidad.

Brian estaba vestido y sentado pacientemente en el escritorio cuando Tibby se despertó a la mañana siguiente.

Ella se avergonzó del pelo de punta que tenía cuando se levantaba de la cama. Lo aplastó con ambas manos.

— ¿Tienes hambre? -preguntó él amigablemente.

Ella se acordó del desayuno. Se acordó de la cafetería en el pueblo y de pasear por la carretera. Tenía intención de contarle a Brian los planes para que se apuntara. Tenía intención de hacerlo, pero no lo había hecho.

— Tengo una clase pronto -replicó ella.

— Ah.

Brian no se molestó en ocultar su desilusión. No jugaba a ninguno de esos juegos en los que uno intenta actuar como si le importara menos de lo que realmente le importa.

—¿Quedamos para comer? -preguntó Tibby-. Compraré sandwiches en la cafetería y nos los comeremos junto al estanque.

A él le gustó esa idea. Hizo lo que tuviera que hacer en el baño mientras ella se vestía. Bajaron juntos. Ella planificó su escapada. No es que fuera tan complicado. Brian nunca sospecharía de ella que fuera tan mezquina.

Tibby señaló hacia el edificio del centro estudiantil.

—Tienen Dragón Master en el sótano.

—¿Ah, sí? -Brian parecía más interesado en la universidad de lo que jamás había estado.

—Sí. Te veré allí a las doce.

Sabía que Brian podía jugar durante horas por un dólar.

Se escabulló hacia el Masters Hall. La habitación de Alex estaba en el bajo. Ahí era donde solían quedar. Estaba sentado frente a su ordenador con los auriculares puestos. Maura estaba leyendo una de sus revistas de hip-hop en la cama. Ninguno de los dos levantó la vista ni dijo nada.

Tibby se quedó merodeando por la puerta; sabía que saldrían cuando estuvieran listos. Estaba satisfecha con la forma en que había aprendido sus códigos de conducta.

Supuso que Alex estaría mezclando la música. Había montañas de CDs sobre el escritorio. En su mayoría material realizado en casa o de sellos desconocidos que Tibby solo podía fingir que conocía. Desenchufó los auriculares para que Maura y ella pudieran oír el final. Había una molesta resonancia aguda y algo como un rechinar bajo de fondo. No estaba segura de si eso era música. Alex parecía satisfecho. Tibby asintió con un gesto, deseando encontrarle el sentido.

—Eh, Tomko. Necesito cafeína -dijo él, se levantó y las condujo afuera.

Tibby se preguntó si se habría quedado despierto toda la noche.

Se suponía que debían firmar cada vez que salían del campus, pero Tibby ya no se lo recordaba.

Anduvieron algo menos de un kilómetro y medio por el arcén de la carretera mientras los coches y los camiones pasaban zumbando.

Tibby se entristeció un poco cuando la camarera, la del pelo gris con la visera, le trajo una pila enorme de tortitas. A Brian le encantaban las tortitas como al que más.

Alex estaba hablando del chico con granos de la habitación de al lado que se pasaba el tiempo jugando al ajedrez, uno de sus objetivos preferidos de burla.

Tibby pensó en Brian, con su camiseta de Dragón Master y sus gruesas gafas manchadas con la pesada montura dorada.

Se rió de algo que dijo Alex. Su risa sonó falsa en sus propios oídos.

Dudó. ¿No había traído a Brian porque le preocupaba lo que pensarían de él Alex y Maura? ¿O porque estaba preocupada por lo que Brian pensaría de ella?

No me va demasiado bien con los pantalones ahora mismo, así que pensé que te los mandaría y ya está.

De todas formas, estoy pensando en ti todo el tiempo. Me alegré tanto de que llamaras anoche. Encontrar a Greta tan rápido me hace estar segura de que vas por buen camino.

Trata bien al gran estado de Alabama, Bi, y recuerda cuánto te queremos.

Tibby

La vida no es justa. Solo es más justa que la muerte, nada más.

William Goldman

Los primeros días en el ático de Greta fueron de puro trabajo físico, que consistió en bajar cajas de montañas gigantescas y cargar con muebles y montones de libros hasta el sótano.

La mañana del quinto día aparecieron los pantalones compartidos en el buzón que Bridget había contratado en la oficina de correos. Se alegró en un principio porque estaba a punto de comenzar el trabajo más duro en el ático y los necesitaba. Pero la ansiedad le invadió cuando volvió a su habitación.

Dio vueltas por la moqueta mientras abría el paquete. Contuvo la respiración y metió todas las partes que tenía flácidas, y empezó a subírselos. Encontró resistencia en los muslos. Debía parar. No podía seguir subiendo. ¿Qué pasaría si los rasgaba? ¿No sería horrible?

Se los quitó de prisa y se puso unos pantalones cortos con la respiración acelerada.

No quería analizar demasiado las implicaciones de aquello. No tenía por qué significar nada. Necesitaba bajar unos cuantos kilos. Se sentó en la cama, apoyó la cabeza en la pared e hizo todo lo posible por no llorar.

Abrazó los pantalones. No iba a dejarlos ahí sin más e ignorarlos. Tal vez no hacía falta llevar los pantalones puestos para que funcionase su magia. ¿No? ¿Tal vez?

Atontada, Bridget salió de la habitación abrazándolos. Los llevó así todo el camino hasta casa de Greta, donde abrió y entró por la puerta lateral, como le habían dicho. Greta estaba en la cocina, pinchándose un dedo para sacar sangre. Rápidamente Bridget apartó la mirada. Ya sospechaba que Greta era diabética. Había visto por ahí los artilugios conocidos. Bridget sabía lo que era la diabetes porque su madre la había padecido durante los últimos años de su vida.

– Buenos días, Greta -saludó con los ojos bajos.

– Buenos días -respondió Greta-. ¿Quieres algo de desayuno?

– No, gracias -dijo Bridget.

– ¿Zumos de naranja?

—No. Me subiré un poco de agua si no te importa.

Fue al frigorífico a servírsela ella misma.

Greta miraba los pantalones con los ojos guiñados.

—¿Son tuyos?

Bridget asintió con la cabeza.

—¿Quieres que te los lave? Un poco de lejía limpiaría toda esa guarrería sin dejar rastro.

Bridget puso cara aterrada.

—¡No! No, gracias -los abrazó protectora-. Me gustan como están.

Greta cloqueó y sacudió la cabeza.

—Cada uno es libre de ponerse lo que quiera -musitó.

«No hay magia en ti», pensó Bridget.

Hacía calor en la casa y por lo menos siete grados más en el ático. Bridget ya estaba empapada de sudor cuando llegó a lo alto de la escalera.

Había dejado una pila de cajas en una esquina donde ponía MARLY en rotulador negro. Ahí se complicaban las cosas. Era al mismo tiempo lo que buscaba y lo que temía. Depositó los pantalones en una estantería y se puso a trabajar. Acercó las manos a la primera caja y sin permitirse pensar demasiado, la abrió.

Con cuidado sacó algunos cuadernos. Eran del colegio. Bridget sintió un ligero dolor en el pecho al ver la cuidadosa letra inclinada de su madre. «Ciencias Sociales, Inglés, Álgebra». Había un sobre lleno de fotografías debajo de ellos. Había cumpleaños, fotos tomando helado, una feria del colegio. Era como si su madre atrapara los ojos de Bridget en cada foto. Su pelo resplandecía y su rostro nunca estaba quieto. Bridget siempre había sabido que tenía el pelo de su madre.

La caja contenía muchas ilustraciones, en su mayoría sobre platos de papel y cartulina que se deshacía. Bridget rescató lo que pudo y tiró el resto a una bolsa de basura.

La siguiente caja parecía datar del instituto. Bridget vadeó entre libros de texto y cuadernos antes de llegar a las fotografías. Marly bailando, Marly de animadora, Marly posando para fotos cursis en bañador, Marly coqueteando, Marly yendo a fiesta tras fiesta con una pareja orgullosa tras otra. Había cuatro anuarios, cada uno lleno de fotografías del mismo tipo. Marly predominaba exageradamente en cada uno. Catorce números amarilleados del periódico The Hunstville Times contenían

la fotografía de Marly. Había docenas de fotos más, recortadas de los semanarios locales. En todas Marly estaba magnífica. Era como una estrella de cine, sonriendo, riendo, gritando, pavoneándose. Bridget se sintió orgullosa sin poder evitarlo. No era solo su belleza -aunque era despampanante, reflexionó Bridget-, sino su intensidad en cada foto.

Bridget estaba profundamente impresionada por aquella chica, pero no tenía la impresión de conocerla personalmente. Aquella Marly no estaba relacionada de ninguna manera evidente con la mujer que había conocido como su madre. Durante menos de un segundo Bridget vislumbró una imagen más reciente de su madre, en la habitación oscura donde había reposado día tras día.

— ¡Gilda!

Eran las doce. Greta la llamaba para comer.

Bridget bajó las escaleras aturdida. Observó a Greta colocando sobre la mesa sandwiches de mortadela y patatas fritas, sus artríticos dedos nudosos tardaron una cantidad de tiempo desmedida en doblar la servilleta de papel.

«¿Cómo demonios pudo salir ella de ti?», se preguntó Bridget de pronto.

Carmen pasó la tarde en casa de Lena haciendo bizcocho de chocolate y galletas, y preparando paquetes para Bridget y Tibby. Cuando llegó la hora de cenar, se alegró especialmente de estar en casa de Lena. En realidad no le encantaba lo que cocinaba el padre de Lena ni los halógenos súper brillantes sobre la mesa ni el olor de la laca de uñas de secado rápido de Effie que le impregnaba la nariz. Pero se alegraba de no estar en su casa vacía por tercera noche consecutiva.

Esa noche su madre y David habían ido a un partido de béisbol. Su madre se había recogido el pelo en una coleta y colocado una gorra de los Orioles que Carmen encontraba francamente ridícula.

— Esto está delicioso, señor Kaligaris -observó Carmen mientras hundía el tenedor en algo que llevaba espinacas.

— Gracias -respondió él asintiendo.

— Carmen -dijo Effie, que cogía su tenedor con delicadeza para no estropearse las uñas-. Me han contado que tu madre está locamente enamorada.

Carmen tragó de golpe.

— Sí, algo así.

Clavó los ojos en Lena, en busca de señales de deslealtad.

—No me lo ha contado Lena -dijo Effie, que captó las vibraciones-. Me lo ha contado Melanie Foster. ¿La conoces? Es una camarera del Ruby Grill. Vio a tu madre y a su novio besándose en la mesa.

—¿Tenemos que oír esto? -preguntó Lena.

Carmen sintió que la cosa de espinacas volvía a subir.

—¿Él no te cae bien? -preguntó Effie.

—No está mal -respondió Carmen de forma escueta.

La señora Kaligaris parecía interesada, avergonzada y ligeramente horripilada al mismo tiempo.

—Qué bien que tu madre haya conocido a alguien que realmente le interesa.

—Supongo que está bien -afirmó Carmen tras un silencio.

Adoptó una expresión hermética. Effie, que no era tonta, dejó caer el tema.

Carmen echó un vistazo al reloj.

—Hablando del rey de Roma... se supone que viene a buscarme en cualquier momento -miró en torno a la mesa para asegurarse de que todos más o menos habían terminado la cena-. Probablemente debería buscar mis cosas -recogió su plato-. Siento... bueno... lo de comer y salir corriendo.

—No pasa nada, cariño -respondió la señora Kaligaris-. Yo siento que esta noche estemos cenando tan tarde.

Los Kaligaris siempre cenaban tarde. Carmen pensaba que era la costumbre griega.

Durante los cincuenta y cinco minutos siguientes Lena estuvo sentada con Carmen en el salón, esperando a Christina.

—Al menos podría llamar -dijo Carmen.

Lo había dicho ya unas cuantas veces. De pronto se le ocurrió que era el tipo de comentario que solía hacer su madre sobre ella.

Lena bostezó.

—Se tardan siglos en salir del estadio. Estoy segura de que está atascada en el parking o algo así.

—Es demasiado mayor para ir a un partido de béisbol -musitó Carmen.

La señora Kaligaris bajó en albornoz para coger algo de la cocina. Casi todas las luces de la casa estaban apagadas.

—Carmen, sabes que te puedes quedar a dormir si quieres.

Carmen asintió con un gesto. Tenía ganas de llorar.

A las 10:44 un coche se detuvo fuera. El coche de David.

Lena, la más madrugadora, estaba prácticamente dormida en el sillón. Se espabiló y tocó el codo de Carmen, mientras esta se encaminaba indignada hacia la puerta.

—No pasa nada -dijo Lena suavemente.

—Nena, ha sido de locos -saltó Christina en cuando Carmen abrió la puerta del coche-. Lo siento muchísimo.

La cara de Christina estaba demasiado alegre y emocionada para aparentar que lo sentía tanto o que de verdad le importaba.

—Carmen, me siento responsable. Discúlpame -se excusó David con sentimiento.

¿Entonces por qué sonríes así?, quiso preguntar Carmen.

Cerró dando un portazo y se quedó en silencio.

Christina y David se susurraron cosas cuando aparcaron delante de casa. Carmen no hizo esfuerzo alguno por oír lo que decían. Salió disparada del coche para no tener que presenciar el beso de buenas noches.

Carmen no intentó detener la puerta del ascensor, así que su madre tuvo que correr para llegar a tiempo. En el sitio reducido del ascensor, Carmen percibió con disgusto que el aliento de su madre olía a cerveza.

—Cielo, de verdad -dijo Christina-. Sé que llegamos tarde, pero si hubieras visto el tráfico... El estadio estaba lleno y... bueno, nunca te ha importado quedarte más tiempo en casa de Lena...

Sus ojos tenían una mirada brillante y achispada. Quería desesperadamente que Carmen dejara pasar aquello y seguir en su mundo feliz.

Carmen avanzó delante de su madre por el pasillo y usó sus llaves para abrir la puerta. No lo iba a dejar pasar.

—Te odio -le dijo a su madre, llena de vergüenza y desesperación mientras se marchaba enfadada a la cama.

Esa noche Tibby se quedó en su habitación con Brian. Podría haberle colado en la cafetería, pero rechazó la idea. En lugar de eso, pidieron una pizza, que les llevaron a la habitación. Después los dos se tumbaron en el suelo con lápices, bolígrafos y papel. Brian tenía la radio sintonizada en una emisora de música clásica.

—¿Qué es eso? -preguntó mientras miraba el camino de recuadros que estaba dibujando Tibby en dos hojas grandes de papel.

—Es como... un storyboard, supongo.

El asintió con la cabeza interesado.

Brian también estaba muy ocupado. Estaba dibujando un cómic, supuso Tibby. Sus personas tenían la cabeza y los ojos grandes. No estaban demasiado bien. Le recordaban a esos cuadros cursis de niños tristes con ojos brillantes. Brian se mordía la mejilla por dentro cuando se concentraba. Movía los labios de un lado al otro cuando sombreaba con el lápiz.

Tibby estaba pensando en sus fotogramas cuando advirtió la música. Era un tipo de sinfonía, quizá. Se dio cuenta de que Brian silbaba. Lo alucinante era que silbaba siguiendo la música. Cientos de notas y parecía acertarlas todas.

Se detuvo y lo miró. Él no se fijó en ella. Estaba sombreando y silbando.

La música era preciosa, fuera lo que fuera. ¿Cómo se la sabía Brian tan bien? ¿Cómo se la sabía nota a nota? Tibby levantó las manos de los papeles. Apoyó la barbilla en una mano. ¿Había silbado siempre tan bien?

Tibby no quería decir nada. Temía que si lo hacía, podría parar y no quería que lo hiciese.

Apoyó la cabeza en el suelo. Cerró los ojos. Un escalofrío subió revoloteando por su cuero cabelludo.

Tenía ganas de llorar y no tenía ni idea de por qué. Las hojas se arrugaron bajo su mejilla.

Sombreando y silbando. Los violines chirriaban y volaban. Los violoncelos contraían el fondo de su estómago. El piano aporreaba, sin más compañía que los silbidos durante un rato.

De pronto se acabó. Tibby se quedó inexplicablemente triste. Sentía como si hubiera vivido en el mundo de la música, cálido y jubiloso, y de repente la hubiesen despertado. Hacía frío ahí fuera.

Contempló a Brian. Estaba callado dibujando. Todavía no había levantado la vista.

— ¿Qué era eso? -preguntó por fin.

— ¿El qué?

— Esa música.

— Eh... Beethoven, creo.

— ¿Sabes cómo se llama la pieza?

— Es un concierto de piano. El quinto, tal vez.

— ¿Cuántos hay?

Brian levantó los ojos para mirarla, un poco sorprendido por su intensidad.

— ¿Conciertos de piano? ¿Que escribiera Beethoven? Eh, no estoy seguro. Quizá solo cinco.

— ¿De qué lo conoces?

Se encogió de hombros.

— Lo he oído un montón de veces. Lo ponen en la radio de vez en cuando.

Los ojos de Tibby taladraron los suyos con tal fuerza que Brian percibió que quería saber más.

— Además, mi padre solía tocarlo.

Tibby tragó abruptamente. Bajó los ojos, pero Brian no lo hizo.

— Mi padre era músico, pianista. ¿Lo sabías? Murió.

Tibby se quedó boquiabierta. No, no lo sabía. No sabía nada de la vida de Brian y aquel era un punto difícil para empezar. Volvió a tragar mientras apretaba el dedo contra la punta del lápiz.

— ¿Ah, sí? Quiero decir, ¿era músico?

— Sí.

Brian se quitó las gafas y Tibby se asombró de lo hundidos que tenía los ojos. Él se esmeró mucho en frotar las gafas con el bajo de su camiseta.

— ¿Tocaba eso?

— Sí.

—Oh.

Tibby se mordió furiosamente la mejilla por dentro. ¿Qué tipo de amiga era que ni siquiera sabía aquello, lo más importante? Sabía que Brian había tenido una vida solitaria y triste hasta entonces. Lo sabía y, sin embargo, nunca se había preocupado por averiguar el motivo. Lo evitaba como evitaba tantas cosas.

Y Tibby tuvo la certeza, de esa manera que a veces se saben con seguridad las cosas, de que Bailey lo sabía. Bailey sabía que el padre de Brian era músico y que estaba muerto. Bailey probablemente sabía cómo había muerto. Probablemente lo había descubierto antes de que pasara una hora tras conocer a Brian.

Tibby, por el contrario, había pasado cientos y cientos de horas con Brian esforzándose por mantener la comodidad de no saber.

| !

Algunas cosas hay que creerlas para verlas. Ralph Hodgson

—Rusty se está desmarcando.

Billy Kline se dio la vuelta y avanzó dos pasos hacia Bridget.

—¿Perdona?

—Ese Rusty. Tu compañero de equipo. Es más rápido de lo que crees.

A Bridget nunca se le había dado bien mantener la boca cerrada en el campo de fútbol.

El sacudió la cabeza, como si quisiera confirmar la existencia de la chica extraña sentada en la banda dándole consejos.

Ella se encogió de hombros. Estaba sentada al sol mordisqueando una brizna de hierba, como solía hacer cuando era una niña pequeña en ese mismo campo. Se había olvidado de lo mucho que le gustaba ver partidos, incluso cuando era una panda de aficionados.

—Solo era una idea -apuntó.

Él estaba bastante mono cuando fruncía el ceño.

—¿Te conozco?

Ella sonrió al oír su acento, su voz de persona mayor. No lo pudo evitar. Volvió a encogerse de hombros.

—No sé. ¿Me conoces?

Su forma de ser parecía desconcertarle.

—Creo que te he visto unas cuantas veces en el campo, supongo.

—Eso es porque soy fan vuestra -respondió ella.

Él asintió como si lo más probable es que fuera una loca peligrosa y se volvió al campo.

Si ella todavía fuera la antigua Bi, él habría sabido que estaba ligando y muy probablemente ya le habría pedido salir. Tal como era, no lo hizo.

Durante los últimos minutos del partido Rusty se desmarcó y Billy, después de esperar un segundo, le pasó el balón. Prácticamente sin defensores, Rusty marcó.

Bridget lo celebró desde la banda. Billy se giró para verla y sonrió sin poder contenerse.

Carmabelle: Oye, Len. He hablado con Tibby, por fin. Le dije que estaríamos cuando llegas a casa sobre las siete. Brian está de visita y la trae en coche.

Lennykl62: Yo también he hablado con ella. Qué graciosa. Todavía no tiene ni idea de que Brian está enamorado de ella.

Carmabelle: ¿Crees que Brian la quiere de esa manera?

Lennykl62: Creo que la quiere de todas las maneras.

— Tibby, apágalo. Por favor.

— Vale. Iré a filmar a otro -dijo Tibby.

Por muy contenta que estuviera Lena de ver a Tibby, no estaba contenta de ver su videocámara. Siempre se sentía espantosamente incómoda delante de ella.

— ¿Quieres hacer una docena más o lo dejamos por hoy? -preguntó la madre de Tibby levantando una bolsa de papel marrón llena de mazorcas de maíz-. Lo que tú quieras.

Lena echó una mirada a su reloj. Le quedaba media hora antes de tener que estar en el trabajo.

— Yo lo haré -se ofreció.

De hecho le entretenía quitar las hojas al maíz. Estaba sentada en la mesa redonda de la cocina de los Rollins. La madre de Tibby estaba haciendo una ensalada para la fiesta del Cuatro de Julio al día siguiente y Loretta, la asistente, estaba fuera vigilando cómo Nicky y Katherine se salpicaban en la piscina hinchable del jardín.

Lena tomó una mazorca de maíz de la bolsa y cuidadosamente peló las hojas. Nunca sabías cuándo te ibas a encontrar una oruga blanca y gorda o un asqueroso agujero negro lleno de bichillos correteando. Aquella parecía perfecta. Le gustaban los hilos porque le recordaban el pelo que tenía antes Bridget.

— Lena, ¿cómo está tu novio? -preguntó la madre de Tibby.

Movió las cejas como si quisiera indicar que aquello era un cotilleo y que ella era una más de las chicas por querer saberlo.

Lena intentó no hacer un gesto de dolor descarado. No se sentía cómoda con el término «novio», ni siquiera cuando tenía uno y, además, odiaba que todos conocieran su vida privada.

—Cortamos -dijo sin darle importancia-. Ya sabes, todo el tema de la distancia.

—Es una pena -se lamentó Alice.

—Sí.

No podía evitar sentir que las madres estaban demasiado interesadas en el tema «novios», como si la vida empezase realmente una vez que los novios habían aparecido. A Lena le sentaba mal. Esperó en silencio un rato a que la conversación decayese antes de introducir uno nuevo.

—¿Eh... Alice?

Tan pronto como las chicas aprendieron a hablar, la madre de Tibby había insistido en que la llamasen por su nombre de pila.

-¿Sí?

A Lena se le había ocurrido aquella idea por primera vez hacía unos días. Inicialmente la había desechado por ser demasiado diabólica. La verdad sea dicha, era poco típica de ella. Pero en ese momento se le presentaba la oportunidad perfecta y no creía que fuese a hacer daño a nadie.

Respiró hondo. Quería asegurarse de que su voz salía casual e inocente.

—¿Te habló alguna vez mi madre de Eugene?

Alice se detuvo sobre las patatas. En la habitación iluminada por el sol, Lena veía las pecas de Alice por toda la cara, como las de Tibby, pero mucho más tenues.

—¿Eugene? -sus ojos adoptaron una mirada ligeramente vidriosa y nostálgica-. Claro. Ese era el chico griego del que estaba tan enamorada tu madre, ¿verdad?

Lena aspiró. Había obtenido la información más rápido de lo que esperaba.

—Sí -respondió y se sintió falsa por fingir que ella ya lo sabía.

Alice todavía tenía una expresión distante.

—Le rompió el corazón, ¿no?

Lena se volvió hacia el maíz. La sangre se le agolpó en la cabeza y se sonrojó. No esperaba oír aquello.

—Sí, supongo que sí.

Alice dejó el cuchillo y levantó los ojos al techo. Parecía que estaba disfrutando su paseo por la galería de recuerdos.

—Dios, recuerdo cuando vino de visita, cuando tú no eras más que un bebé - miró a Lena-. Estoy segura de que te lo habrá contado.

Lena se mordió la mejilla por dentro.

—Eh... puede que sí.

Empezaba a encontrarse violenta. Había hallado más tesoro de lo que estaba preparada para llevarse a casa. Un tesoro tan abundante que dejaba de resultarpreciado.

Lena no podía dejar de mirar a Alice. Tenía la sensación de que no ponía suficiente cuidado, que no le importaban lo suficiente los secretos de los demás.

—Bueno, estoy segura de que te lo contará en algún momento -dijo Alice en voz baja. Parecía considerar que había dicho más de lo conveniente. Se volvió hacia las patatas-. De todas formas, ¿por qué preguntabas por él?

Esa era una buena pregunta. Lena intentó pensar muy rápido en una buena respuesta.

Afortunadamente, Katherine entró tambaleándose por las puertas corredizas, llorando y resbalándose e intentando explicar algo sobre Nicky y su cubo. Dejaba un rastro de agua y tierra y pedacitos de hierbas sobre el suelo limpio de la cocina. Lena se sintió agradecida tanto a Katherine como a Nicky, porque la madre de Tibby instantáneamente ahuyentó a la niña de la cocina y empezó a limpiar el suelo, al tiempo que enviaba todos los recuerdos de Eugene, el rompecorazones, de vuelta a la memoria lejana.

Bridget se despertó empapada de sudor. Hacía calor, ese era el motivo, pero también eran sus sueños. Por el día estudiaba y tocaba las cosas de su madre y, por la noche, soñaba con ellas. Los sueños le daban una visión tan fragmentada de Marly como las cajas del ático. Había cientos de episodios dramáticos, pero escasa información de la persona que los había protagonizado.

Bridget se había acostumbrado a disfrutar de duchas largas durante el último año, pero allí, en el segundo piso del Royal Street Arms, en aquel baño que compartía con dos trabajadores canosos, terminaba muy rápido. Se consolaba

pensando que el agua teñida de marrón que escapaba por el desagüe era del tinte del pelo, pero aun así, tenía la desagradable sensación de estar ensuciándose en la ducha en vez de estar lavándose.

Greta la esperaba con el desayuno listo. Zumo y tostadas integrales con mantequilla y mermelada, justo lo que le gustaba. Lo había mencionado de pasada unos días antes y Greta lo había tenido todo preparado al día siguiente.

Bridget comió y bebió deprisa. No le apetecía charlar con Greta. Quería volver a su madre.

Arriba Bridget se encontró con un impreso de admisión a Sheperd's Hill en una de las cajas. Estaba fechado el año después de que Marly se graduase del instituto. Al principio Bridget supuso que era una escuela de verano o un campamento para animadoras o algo así, pero no lo era. Bridget comprendió, con el corazón rebotando ruidosamente, que era un psiquiátrico. Por el informe, Bridget vio que Marly había estado allí algo menos de tres meses. Le habían recetado un medicamento llamado litio. Un médico informaba de que Marly había mencionado el suicidio. Bridget observó la cuidadosa letra negra doblarse e inclinarse mientras se le humedecían los ojos.

Dejó los papeles en el suelo y se sentó en la ventana, viendo cómo avanzaba por la calle el camión de correos. No creía que pudiera continuar.

Había estado tan emocionada y deslumbrada por las imágenes de la joven Marly, la belleza del pueblo, que casi se había permitido olvidar cómo terminaba la historia de verdad.

Se alegró cuando Greta la llamó para que bajase a comer. Bridget había mencionado el día anterior que últimamente no estaba comiendo verdura, y se enterneció cuando vio las zanahorias cuidadosamente peladas en su plato.

—Gracias, Greta -agradeció Bridget.

—Bah, no es nada, cielo.

Desde la primera semana Greta había dejado de llamarla Gilda y había empezado a llamarla cielo.

Se comieron los sandwiches en silencio, pero después de terminar Greta no se levantó de la mesa. Parecía que ese día le interesaba más la compañía de Bridget que su esfuerzo.

—Tuve dos hijos, ¿lo sabías? Probablemente lo has adivinado por todas las cosas de arriba.

Bridget hizo un gesto afirmativo. Aquello era otra cosa que quería y temía al mismo tiempo.

— Mi hija murió hace seis años y medio.

Bridget asintió mientras se miraba las manos.

— Lo siento mucho.

Greta también asintió, despacio y con todo el cuerpo.

— Era una chica guapísima. Se llamaba Marlene, pero todos la llamaban Marly.

Bridget no pudo levantar la mirada todavía.

— Era famosa en el condado de Limestone cuando tenía tu edad. La gente decía que si se hubiera presentado a Miss Alabama, habría ganado.

— ¿De verdad?

Lo absurdo de ese comentario le dio a Bridget, de alguna manera, la oportunidad de recobrar la compostura.

— Sí -Greta sonrió-. Pero estaba demasiado ocupada saliendo con chicos. No quiso aprender a manejar el bastón de majorette o lo que sea que tengan que hacer las chicas del concurso.

Bridget también sonrió.

— Fue reina de las fiestas del colegio cuando era pequeña, y de mayor también. Te puedo asegurar que eso nunca había ocurrido antes.

Bridget asintió, tratando de aparentar que estaba lo bastante impresionada para satisfacer el orgullo de Greta.

— ¿Quieres más té helado? -preguntó Greta.

— No, ya tengo bastante. Gracias -Bridget se levantó-. Debería volver al trabajo.

Greta hizo un gesto con la mano.

— Ahí arriba es como un horno. ¿Por qué no te quedas aquí sentada un rato más?

— De acuerdo -accedió Bridget.

Greta sirvió más té frío para las dos. A pesar de que Bridget había dicho que no quería, resultó que en realidad sí lo quería.

— ¿Cielo?

-¿Sí?

— ¿Tus padres saben dónde estás?

Bridget sintió la cara caliente.

— Sí.

Era verdad. Su padre en singular, por lo menos.

— Sabes que puedes usar mi teléfono cuando lo necesites.

— De acuerdo. Gracias.

— Me dijiste que estaban viajando, ¿no?

Bridget asintió con la cabeza, mirando fijamente su té helado. No quería que Greta hiciera más preguntas. De acuerdo, mentir era fácil, pero Bridget ya no lo disfrutaba. Deseaba que sus mentiras se evaporasen sin más cuando hubiera terminado con ellas.

Bridget carraspeó.

— ¿Marly fue a la universidad por aquí? -preguntó.

A Greta parecía gustarle hablar de su hija.

— Fue a Tucaloosa. Allí es donde también fue su padre.

— ¿Se lo pasó bien allí?

— Bueno... -Greta lo consideró. Bridget supo que sería sincera, incluso antes de que abriera la boca-. Allí tuvo algunos problemas.

Bridget sorbió su té.

— Marly era muy temperamental. Arriba como una cometa un día y sin poder salir de la cama al día siguiente.

Bridget volvió a asentir y apoyó toda la planta del pie sobre el suelo de la cocina. Era difícil para ella escuchar aquello. Resultaba demasiado familiar.

— Cayó como un plomo en su primer año de universidad; no estoy exactamente segura de los detalles. Un médico diagnosticó una enfermedad mental y la internó en un hospital unos cuantos meses. Creo que le vino bien, aunque ella entonces lo aborreció.

Bridget supo que esa era la parte de Sheperd's Hill.

—En el segundo año de universidad se enamoró de su profesor de historia, un joven europeo. Era una locura para una chica de diecinueve años, pero que me parta un rayo si no se casó con él.

Bridget estaba sorprendida. Sabía que su padre había enseñado en Alabama y que el camino de sus padres se había cruzado por primera vez entonces, pero no tenía ni idea de que fuera así.

—Fue triste, porque Franz, ese era su marido, perdió el trabajo por esa razón.

Bridget hizo un gesto de asentimiento. Eso explicaba por qué su padre había pasado de un trabajo en la universidad a enseñar en un instituto privado.

—Consiguió trabajo en la ciudad de Washington, y allí es donde se fueron.

—Oh.

Greta la observó pensativa.

—Pareces cansada, cielo. ¿Por qué no te das una buena ducha en el aseo de invitados, te acuestas y te duermes una siesta?

Bridget se levantó tan agradecida que quería besar a Greta en la cabeza. Porque una siesta y una ducha era exacta, exactamente lo que más necesitaba.

Bi:

Ojala pudiera llamarte. Odio no poder mandarte cartas ni llamarte cincuenta veces al día. No tengo suficiente paciencia para las cartas. Pero seguiré escribiéndote de todas maneras, tengo que estar contigo de alguna manera.

Me encantó saber lo de tu abuela y la de Billy. Podías haber mencionado, sin embargo, que tu abuela todavía no sabe quien eres. (Me lo cuenta Tibby, por cierto.) ¿Cuándo se lo vas a decir? ¿En qué ayuda que no la sepa?

No soportaría aburrirte ahora con batallitas sobre mi mal comportamiento con mi madre y mi agonizante vida sentimental. Quizá más tarde.

Lláname esta semana. De lo contrario, no más bizcochos, ¿entendido?

Con cariño, Carma

El tiempo es lo que impide que las cosas ocurran todas a la vez. Graffiti

Ahora era Lena la que intentaba estar un rato con su madre en lugar de al revés. Llevaba días esperando con ansiedad una invitación para aguardar en el coche mientras su madre devolvía películas de vídeo o lo que fuese. Pero ya había comprendido que su madre la evitaba.

¿Por qué sería?, se preguntaba. ¿Qué significaba Eugene para ella? ¿Por qué tenía que ser tan reservada en lo referente a él?

Continuó con su racha de comportamiento diabólico cuando terminó su jornada de trabajo esa tarde y llamó a su madre para que la fuera a buscar. Lo cierto era que de verdad no tenía coche, y que de verdad llovía. Y de verdad había una blusa bastante atractiva -beige, por supuesto- que pensaba que su madre querría ver.

Una vez que estuvieron juntas en el coche de camino a casa, Lena atacó.

—Oye, mamá...

-¿Sí?

—Ya sé que te sientes violenta por algún motivo, pero ¿podrías decirme por favor quién es Eugene? Solo a mí. No lo contaré en las noticias ni nada parecido. No diré nada a nadie, ni siquiera a papá, si tú no quieres.

Su madre apretó los labios. Aquello no era un buen principio.

—Lena -sonaba como si intentara ser paciente y no fuera fácil.

—Sí -respondió Lena tímidamente.

—No quiero hablar de ello. Creo que lo he dejado bastante claro.

—¿Pero por quéééé?

Lena sabía que solo podía sonar así de plañidera con su madre. Hizo un esfuerzo por no pensar en Kostos ni en su nueva novia.

—Porque no quiero. Es asunto mío y no me apetece contarlo. ¿Comprendido?

—Sí -respondió Lena, abocada al silencio.

¿Qué otra cosa podía decir?

—No quiero que vuelvas a sacar el tema.

– De acuerdo.

La lluvia comenzó a rebotar contra el parabrisas. Los rayos crujían en el cielo. Aquello tenía los ingredientes de una buena tormenta de verano. A Lena le encantaban.

– ¿Y qué pasará la próxima vez que no te quiera contar algo de mi vida? - preguntó Lena.

Tuvo que añadirlo. No podía retirarse con las manos totalmente vacías.

Ari suspiró.

– Depende de lo que sea. Pero solo para dejar las cosas claras, yo soy la madre y tú la hija.

– Eso lo sé -musitó Lena.

– No siempre es justo.

«Nunca es justo», quiso decir Lena, pero por una vez logró mantener la boca cerrada.

Su madre aparcó en la entrada de su casa. Apagó el motor, pero no hizo ademán de salir.

– Lena, ¿te puedo preguntar algo?

– Sí -respondió Lena, deseando y esperando que su madre de pronto hubiera decidido cambiar de opinión.

– ¿Quién te habló de Eugene?

Aquello no era lo que esperaba. Se retorció las manos y carraspeó.

– Me parece que eso no te lo quiero contar.

El pequeño Joe estaba jugando con coches en el suelo y Jesse estaba viendo un programa de televisor de gatos donde alguien hablaba inglés con acento chino. Carmen se sentía un poco culpable por no esforzarse más para ganarse el sueldo, pero a Jesse le gustaba mucho ese programa y era en el canal infantil, así que eso quería decir que era bueno para él, ¿no?

Además, tenía un montón de cosas de qué preocuparse y lo podía hacer mejor si los niños estaban callados. Quería llamar a Bridget porque hacía ocho días que no había oído su voz; pero no podía, así que llamó a Lena al trabajo.

— Mi trabajo es mucho más duro que el tuyo -dijo Lena acusadora cuando respondió.

— Estás tan equivocada. ¿Alguna vez has pasado un rato con un niño de cuatro años? -demandó Carmen.

Eso era parte de una discusión continua.

— ¿Y cómo es que siempre me estás llamando si es tan difícil?

— Porque me preocupo mucho por ti.

Lena se rió.

— En serio, ahora mismo la Duffer me está acribillando con la mirada. No puedo hablar.

— ¿Sabes algo de Bridget? -preguntó Carmen.

— No.

De pronto un aullido llenó la habitación. Luego dos más intensos. Jesse estaba cogiendo los coches de Joe.

— ¿Ves? -dijo Carmen con suficiencia a Lena antes de colgar.

— ¡Jesse! -terció Carmen-. ¡Deja que Joe juegue con los coches!

— ¡Nooooo! ¡Son mííííosl

— Vamos, Jesse. Déjale los coches. ¿No quieres que esté callado para que puedas oír la tele? -Carmen se sentía tan abominable como si le estuviera ofreciendo un cigarrillo.

— ¡No! -chilló Jesse.

Arrancó el coche de la mano regordeta de Joe. El grito de Joe fue tan arrebatado que no hizo ruido. Su cara se puso morada, excepto las arrugas alrededor de la nariz y la frente, que se pusieron verdosas.

— Jesse, ¿no puedes compartir? -suplicó Carmen.

Cuando el grito de Joe finalmente adquirió ruido, casi voló el tejado de la casa.

Carmen recogió a Joe del suelo y lo paseó por la habitación.

— ¿Quieres jugar con mi móvil? -preguntó desesperada.

Era el pasatiempo prohibido preferido de Joe. Una vez había llamado al padre de Carmen a la oficina.

Tendió el teléfono al niño bruscamente e hizo una mueca al ver que accedía al menú de llamada rápida. La cara de Joe recuperó un color normal al momento.

—Cuidado, cielo, que me quedo sin saldo -rogó Carmen mientras él apretaba todos los botones.

Joe se acercó a zancadas y alargó una mano.

—Quiero el teléfono -declaró.

Carmen suspiró. Ahí estaba fuera de su territorio. ¿Qué sabía ella de compartir? Era hija única. Nunca había compartido nada. Se había perdido esa lección. Carmen estaba dispuesta a abandonar toda esperanza cuando Joe magnánimo entregó el móvil a Jesse. Jesse en realidad no quería el móvil si no lo quería Joe, así que lo dejó caer al suelo. Entonces Jesse amablemente ofreció el coche amarillo a Joe y se quedó con el azul. Cinco minutos más tarde, ambos niños gateaban contentos por el suelo con un coche cada uno. Sentada en el sillón, Carmen observó a los niños jugando y se preguntó si quizá esa lección que se había perdido realmente contenía algo valioso.

—Por la izquierda no vale nada -dijo Bridget a Billy.

Billy, aunque todavía la temía, se había acostumbrado un poco a ella.

Burgess jugaba el tercer partido de la temporada y todavía no habían cosechado una victoria. Era el primero que presenciaba Bridget y lo observó tan ávidamente como si fueran los Mundiales.

Billy se acercó un poco a ella. La camiseta del equipo verde oscuro le hacía juego con los ojos.

Bridget bajó la voz y se inclinó hacia él.

—El portero de Mooresville. Nada por la izquierda.

Sabía que Billy quería ignorarla, pero no podía hacerlo del todo.

Dos posesiones más tarde, Billy chutó fuerte y abierto por el lado izquierdo del portero. Entró en la red sin resistencia.

Todos chillaron en la banda. Billy se giró hacia Bridget apuntando con el pulgar hacia arriba. Era un gesto tonto, pero ella le sonrió de todos modos.

Burgess ganó 1-0. Los chicos del equipo y sus amigos, y todas sus guapas admiradoras salieron a celebrarlo; Bridget se fue a su pensión sola. Pero estaba demasiado acelerada para quedarse en la habitación, así que desenterró las

zapatillas de correr del fondo de la maleta. Hacía meses que no las usaba. Se las puso y salió.

Corrió a lo largo de Market Street todo el camino hasta el río. Recordaba el bonito sendero que lo bordeaba cubierto de maleza. El sitio de las puntas de flecha. En la otra margen del río vio los antiguos y descuidados robles, que daban cobijo a malas hierbas resistentes y plantas trepadoras a expensas de sus propias ramas debilitadas.

Había corrido tantos kilómetros en su vida que daba la impresión de que su cuerpo agradecía el ejercicio. Por otro lado, comenzó a quejarse cuando llevaba solo un kilómetro y medio bajo el calor de julio. Sentía todo el peso extra en las caderas y los hombros y los brazos. Desbarataba su ritmo y desbarataba su respiración.

Por un instante se acordó de los pantalones compartidos. Esa misma mañana los había enviado por correo. Ni siquiera se los había puesto. Se enfadó consigo misma y eso le hizo correr más rápido y más lejos. Y cuanto más corría, más sentía que llevaba una carga y que quería quitársela.

Lena recordaba perfectamente la última vez que la familia Rollins había hecho su barbacoa del Cuatro de julio, porque había vomitado encima del mantel de cuadros rojo y blanco. Siempre había echado la culpa a la sandía, pero uno nunca podía estar seguro. Aquel verano ella tenía diez años.

La barbacoa había sido una tradición anual desde que eran bebés, pero el año en que cumplían once, esa tradición entró en un largo paréntesis. Aunque nadie lo reconoció nunca, Lena sabía que era por la madre de Bridget. Las relaciones entre los mayores nunca fueron fáciles después de aquello.

No estaba segura de por qué se había resucitado ahora, seis años después. Por un momento temió que fuera porque Bi estaba de viaje ese verano, pero se dio cuenta de que la madre de Tibby había enviado las invitaciones antes de que Bi se marchara impulsivamente.

Lena tuvo otra duda perturbadora: ¿Había sido la causa aquella fiesta de que Bi quisiera marcharse?

En realidad Lena no lo creía. Bi había soportado de buen grado reuniones más duras que esa. En mayo había decidido inexplicablemente ir a la cena anual de atletismo para madres e hijas, a pesar de todos sus esfuerzos por organizar otros planes para ella esa noche.

Cuando con toda su familia Lena apareció en la cuidada y ajardinada casa de los Rollins, Lena se prometió a sí misma no pasarse con la sandía.

—¿Quién ha preparado este estupendo maíz? -preguntó la madre de Tibby, a modo de saludo, cuando Lena y su familia se acercaban al jardín trasero. Lena comprobó que el maíz, moteado de amarillo claro y oscuro, estaba apilado como una pirámide sobre una fuente azul.

—Yo -dijo modestamente.

Vio a las madres abrazarse y besarse, una palmada en el hombro, una mejilla cada una. Lena se fijó que su madre parecía especialmente tensa. Los padres se dieron la mano y hablaron con voz más grave de la que usaban en casa.

Lena divisó a Carmen de pie a unos metros de su madre. Carmen llevaba una falda vaquera corta deshilachada, una camiseta de tirantes blanca y un pañuelo rojo que recogía su larga melena detrás de la cabeza. Siempre provocaba la admiración de Lena. Ese día Carmen había logrado estar sexy y patriótica al mismo tiempo.

Tibby estaba merodeando por la periferia del jardín con su cámara de vídeo. Llevaba una camisa verde militar con manchas de lejía y unos raídos pantalones cortos de color caqui. No estaba sexy ni patriótica.

Las tres chicas se encontraron pronto, como gotas separadas de mercurio, y se agruparon juntas a un lado de la terraza. Observaron mientras Christina y Ari repetían los rígidos gestos de abrazo y beso.

—¿Qué le pasa a tu madre? -preguntó Carmen.

—No parece muy contenta, ¿verdad? -admitió Lena.

—¿Todavía está enfadada contigo por el asunto de Eugene? -inquirió Carmen.

—Eso creo -respondió Lena-. Está rara.

Carmen miró hacia el cielo.

—Echo de menos a Bi.

—Yo también la echo de menos -reconoció Tibby.

Lena se puso triste. Cogió una mano a Tibby y una a Carmen. Se dieron un apretón y se soltaron antes de que se pusieran ñoñas. A veces hacían eso cuando faltaba una de ellas.

—Todavía tiene los pantalones -reflexionó Carmen.

—Espero que se encuentre bien -añadió Lena.

En silencio consideraron en lo que Bi se podía estar metiendo en Alabama armada con los pantalones.

– Me tengo que ir -Tibby levantó la cámara-. Este fin de semana estoy trabajando duro.

– ¿Sigues en pie lo de esta noche?

– Claro -dijo Lena sin entusiasmo.

Todos los años por el Día de la Independencia, un buen grupo de chicos de su instituto se reunía junto al estanque para escuchar las bandas y ver los fuegos artificiales. Lena sentía que le correspondía ir como adolescente que era, pero no le gustaban las multitudes y no le gustaban las fiestas.

Effie apareció con dos hamburguesas, una montaña de ensalada de patata y dos mazorcas de maíz.

– ¿Tienes hambre? -preguntó Lena.

Effie la ignoró.

– Quiero esa falda -le soltó a Carmen.

– Te la presto -ofreció Carmen magnánima.

Como hija única, Carmen apreciaba el interés de Effie.

Lena analizó la fiesta. En los viejos tiempos estaba llena de tipos alternativos. Los padres de Tibby eran los jóvenes enrollados. Siempre había alguien que sacaba una guitarra y tocaba música folk y alguna melodía suelta de Led Zeppelin que sus padres nunca conocían demasiado bien por ser griegos. Lena sospechó tiempo después que muchos de los mayores estaban fumando marihuana en pipa en el sótano, mientras los crios se perseguían por el césped. Seis años más tarde, los amigos de los Rollins eran mucho menos desaliñados. La mayoría tenía bebés y niños pequeños.

De pronto Lena comprendió por qué había renacido aquella fiesta. Las «Septiembre» y sus padres eran vestigios de la primera fase de los Rollins como padres. La madre de Tibby los había invitado otra vez en honor a los viejos tiempos, pero aquella fiesta en realidad era para sus amigos de la segunda fase, los padres de todos los amigos de Nicky y Katherine. De hecho, Lena sospechaba que le iban a abordar para hacer de canguro antes de que terminara la noche.

Le entristeció un poco. Entendió mejor lo que suponía para Tibby. Consideró cómo le hubiera descrito aquella sensación a Kostos si todavía le estuviera escribiendo cartas de verdad. Quizá era solo la tristeza del paso del tiempo. Quizá era un tipo de pena producida por la vida cotidiana.

Lena, Effie y Carmen comieron sentadas en la hierba y contemplaron a los bebés que correteaban. Después Lena observó con cierta aprensión, cuando sacaron las

bandejas de postres, a los niños pequeños mientras devoraban kilos de sandía rosa chorreante.

El sol apenas había empezado su descenso cuando apareció la madre de Lena a su lado con aspecto de encontrarse mal.

—Lena, nos vamos a ir. Tú te puedes quedar si encuentras a alguien que te lleve a casa.

Lena levantó la vista hacia ella sorprendida.

—¿Os vais ya? Todavía es pronto.

Ari le lanzó una mirada de «No quiero hablar de ello». Lena había recibido muchas de esas últimamente.

—Yo también voy -indicó Lena.

Cuando estaba en una fiesta, Lena frecuentemente añoraba estar en la habitación de su casa. Incluso Effie decidió marcharse con ellos. Lena supuso que era porque los únicos chicos disponibles tenían menos de cuatro años.

Por el rabillo del ojo, Lena vio a la madre de Carmen llamando a Carmen por señas. Christina tenía su propia versión del semblante que presentaba Ari. ¿Qué estaba pasando?

Ari se fue directa al coche sin despedirse. Lena se acercó corriendo al lado de Carmen.

—¿Qué pasa? -murmuró.

—No lo sé -Carmen estaba igual de desconcertada.

Las dos abordaron a Tibby en la cocina vacía.

—¿Qué pasa? -le preguntaron.

—No lo sé -Tibby parecía impresionada-. Estaban encerradas en el comedor, las tres. Tu madre cree que mi madre y la madre de Carmen te contaron algún secreto enorme sobre Eugene. Estaban susurrando, pero se notaba que estaban mosqueadas.

Lena gimió. Oyó el motor que se revolucionaba fuera.

—Os llamaré más tarde. Mi madre está a punto de marcharse.

Las tres se abrazaron de prisa y se despidieron como amigas, mientras sus madres se marchaban enfadadas.

Lena se sentó en el asiento trasero de camino a casa con una tristeza desconocida. Había tenido alguna esperanza. En cierta manera había tenido la fantasía de que sus madres recordarían lo mucho que querían a sus hijas y se apreciaban unas a otras y sin esfuerzo retomarían su vieja amistad otra vez.

Lena sintió que comprendía a lo que se enfrentaba Carmen con sus padres divorciados. Es un deseo humano básico anhelar que las personas que uno quiere se quieran unas a otras.

Lena observó el rostro tenso de su madre en el espejo retrovisor. Effie lanzó miradas interrogantes a Lena. Su padre, aparentemente ajeno a todo, terminó un trozo de sandía que se había traído. Por lo menos Lena no había vomitado.

Carmen.

Deja de preocuparte, ¿vale? No lo dijiste por teléfono ayer, pero me di cuenta. Así que déjalo. Estoy bien. Necesito estar aquí y muy pronto incluso puedo comprender por qué. ¿He mencionado a Billy? Uh?, supongo que sí. Unas quince veces.

Así que aquí tienes los pantalones otra vez. ¿No te parece que han dado la vuelta de prisa esta vez o sólo es mi impresión? No te puedo contar cómo me fue con los pantalones. No puedo hablar de ello. Tienes que esperar al final del verano y entonces tendré grandes cosas que contar. Estoy segura.

Oye. Diviértete en la súper esta de los Rollins. Dale a Nicky y Katherine una pequeña tortura de cosquillas de mi parte. Y dile a Lena que no se pase con la sandía.

Ama, ama, ama. De todas las maneras, todo el tiempo, Carmabelle.

A veces necesitas desordenarlo todo. Loretta, la asistente de los Rollins

Tibby sintió el calor del cuerpo de Alex cuando se inclinó hacia ella. La barbilla de Alex probablemente estaba a menos de quince centímetros de su hombro.

— Me encanta -afirmó él.

«A mí sí que me encanta», pensó ella.

Era una serie de fragmentos rápidos sobre su madre, en los que no tenía suficiente tiempo. En realidad había sido una encerrona. Tibby le había dicho que quería hacer una entrevista y Alice había pasado la mayor parte del fin de semana dándole largas. Primero con una toalla en la cabeza y laca de uñas secándose en los pies. «Cariño, ¿lo podemos hacer más tarde?». Luego, asomando la cabeza por la puerta del baño. «Cielo, es que ahora mismo no tengo tiempo». Luego, frustrada y brillante hasta los codos de carne picada mientras preparaba las hamburguesas para la barbacoa. «¿Puedes esperar hasta que termine de hacer esto?».

Tibby editó los fragmentos cada vez más cortos y más rápidos al irse sucediendo. Gradualmente incrementó la velocidad del vídeo de manera que la voz de su madre se hizo más aguda y sus movimientos cada vez más entrecortados al avanzar el documental.

— ¿Por qué no metes esto? -preguntó Alex.

Era un primer plano del líquido rojo de un polo que chorreaba por el antebrazo de Nicky.

— ¿Por qué? -preguntó ella.

— Porque es un plano chulo. Además, no quieres que resulte demasiado predecible.

Tibby giró la cabeza ligeramente para poder ver más de Alex. Estaba al mismo tiempo intimidada y desilusionada. A él se le daba tan bien el cine; mientras que ella tenía ideas predecibles.

Sutilmente la estaba empujando más allá del puro humor de payasada con el que había empezado, hacia un retrato más oscuro y caótico. Tibby sabía que era más hiriente, pero también era un reto.

Metió de regalo un plano suelto de un parche de césped amarillo de su jardín rodeado de verde.

– Brillante -declaró Alex asintiendo.

Era un buen maestro. Ella era una buena alumna. Y Tibby sintió un pequeño placer malvado al reconocer que Alex se había tomado tal interés en su película y que Maura apenas había comenzado a filmar.

Tibby fue transportada todo el camino hasta su residencia sobre la palabra «brillante».

Cuando llegó a su habitación, allí estaba Brian.

– Hola -dijo sorprendida.

– He vuelto. ¿No te importa?

Ella lo negó con la cabeza. Una parte de ella no estaba tan segura.

– Quería ver cómo iba quedando tu película.

– Gracias -dijo Tibby.

Sabía que la semana anterior se había hecho indispensable en una tienda de fotocopias cercana cuyo ordenador estaba en las últimas. Por lo menos había estado trabajando.

Observó la ropa descuidada de Brian. ¿Cómo sería su casa, que tenía aparentemente tan pocas ganas de estar en ella? Le intrigaba y, sin embargo, no se lo preguntaba a Brian. Durante años su vida había sido un videojuego delante del 7-Eleven. Ahora, al parecer, era Tibby.

– Tengo que trabajar un montón -aseguró ella-. Tengo que enseñar el primer corte el domingo. Vamos a celebrar un pequeño festival de cine el día de la visita de los padres -explicó.

– No importa. Yo también tengo cosas que hacer.

Brian se sentó en el suelo con sus cuadernos y lápices para demostrarlo.

Tibby abrió su ordenador sobre el escritorio. Debía incorporar la música esa noche. Creía que sabía las canciones que quería, pero ahora que había visto lo que estaba montando Alex, le preocupaba que las suyas fueran demasiado... «predecibles». Pensó en todas las cajas de CDs de Alex escritas a mano. Probablemente conocía a todos los músicos en persona. Se sentía como una quinceañera ñoña por comprar todos sus CDs en la tienda de discos del centro comercial.

Se dispuso a encontrar canciones menos conocidas de grupos menos conocidos. Podía crear una mezcla y variar la velocidad de forma que las canciones resultaran casi irreconocibles.

Puso la secuencia en la que había trabajado con Alex. La volvió a poner. Dio entrada a la canción que quería y la aceleró a una velocidad desenfrenada. Estaba profundamente concentrada cuando advirtió que Brian miraba por encima de su hombro. Se dio la vuelta, intentando tapanle la vista de la pantalla con la cabeza.

-¿Qué?

-¿Es eso?

-Una parte -respondió ella un poco a la defensiva.

Los ojos de Brian mostraban preocupación.

-¿Crees que tu madre se puede enfadar si la sacas en el baño con una toalla en la cabeza?

Lo preguntó como una duda de verdad, no como una acusación.

Ella lo miró como si fuera medio anormal.

-Es una película. Sus sentimientos no cuentan. Se supone que es... no sé, arte.

Brian no se retractó, fuera o no fuera arte.

-Pero si la ve, se puede entristecer -insistió sencillamente.

-Para empezar, no la va a ver. ¿En serio crees que mi madre se presentó aquí el día de la visita de los padres? No tiene tiempo de leer mis notas.

-¿Pero no te sentirás culpable si haces una película sobre ella que no le dejarías ver?

-¡No estoy diciendo que no se la dejaría ver! -soltó Tibby-. No pasa absolutamente nada si lo hace. No me importa. Solo digo que no hay ninguna posibilidad de que vaya a venir al festival, así que es irrelevante.

Brian no dijo nada más y no siguió viendo la película. Dibujó en silencio mientras ella ponía una sección ruidosa de una canción una y otra y otra vez a distintas velocidades. Esa noche no se silbó.

—Supongo que todavía está enfadada. No estoy segura. No me habla -dijo Lena, apretando el teléfono al oído con el hombro mientras usaba ambas manos para colgar blusas.

Había siempre tanta ropa que volver a colocar. Por cada veinte prendas de ropa que se probaba una denta, habitualmente compraba una. Y cuando Lena tenía algo que ver en ello, no compraba ninguna. Lena no tenía dotes de vendedora.

—Qué fiesta tan surrealista. Por lo menos tengo grabada una buena parte -comentó Tibby.

Lena advirtió la música inconexa en el fondo. Tibby era demasiado avanzada para que le gustase algo que simplemente sonaba bien.

—¿Filmaste la discusión? -preguntó Lena con pesadumbre.

No estaba segura de por qué la discordia de las madres le inquietaba tanto. Bueno, a menos que uno considerase que era todo culpa suya. Estaba ese detalle.

—Una parte. Borré el final por error, cuando estaba filmando a mi madre corriendo por la casa con una toallita de bebés pegada al tacón.

Lena se rió sin fuerza.

—Oh.

—Mi madre es un caso. Cuando me marché todavía estaba murmurando que tu madre debería ser más abierta contigo. Como si mi madre se tomase diez segundos para contarme algo.

Lena apresó un montón de perchas bajo un brazo.

—Sí -asintió distraída.

Se hizo el silencio al otro lado de la línea.

De pronto Lena se dio cuenta de que había infringido una regla básica. Podías despotricar contra tu madre. Podías escuchar pacientemente mientras tu amiga despotricaba sobre su madre. Pero nunca debías despotricar contra la madre de una amiga ni unirte a las críticas mencionadas anteriormente.

Lena no había tenido intención de hacerlo, pero ya era demasiado tarde.

—Tampoco es la única -replicó Tibby, en voz un poco baja.

—Sí. No. Quiero decir, no.

Lena intentaba colocar una blusa resbaladiza en una percha. Nunca se le había dado bien hacer dos cosas a la vez.

—Y quizá no debías haberla presionado para que te dijera aquello sobre ese tío.

—Tibby, no la presioné -Lena se detuvo. Sí lo había hecho-. Quiero decir, siento haberlo hecho, pero en cualquier caso, no tenía por qué -sin querer, Lena apretó un número con la mejilla. Biiüip.

—¿No tenía por qué qué? -soltó Tibby combativa-. ¿Contarte todas esas cosas que estabas intentando lograr que te contara?

—No, quiero decir que...

—Perdona. Eh, ¡oye!

Una mujer hacía gestos a Lena desde un probador. Lena oía su voz y veía el brazo.

Agobiada, Lena dejó que las blusas se deslizaran hasta sus pies. Pisó la manga de una de ellas.

—Tibby, no... no... puedo...

—Lo triste es que mi madre pretendía decirlo en plan amigas.

La frustración de Lena rebotó.

—¡Tibby! ¡No estoy criticando a tu madre! ¡Tú eres la que está haciendo una película de ella arrastrando una toallita por toda la casa!

Tibby se quedó callada. Lena se sintió fatal.

—Tib, lo siento -se excusó débilmente.

—Tengo que colgar. Adiós -dijo Tibby y colgó.

Las cuatro tenían un principio por el cual nunca se colgaban el teléfono, por muy enfadadas que estuvieran. Tibby había estado a punto de hacerlo.

—¿Perdona? -volvió a llamar la diente.

Lena sintió ganas de llorar. Se arrastró hasta el probador.

—¿Sí? ¿Le puedo ayudar en algo?

—¿Tenéis estos en una talla más grande?

La mujer agitó unos pantalones por encima de la cortina.

Lena los cogió y se dirigió a los percheros. Parecía que las mujeres siempre se llevaban al probador la talla que deseaban tener, en lugar de la talla que de verdad les cabría. Lena encontró los pantalones en una talla doce.

– Aquí los tiene -dijo.

Un minuto más tarde la mujer apareció con la talla doce. Era una pelirroja desvaída y tenía la piel pálida.

– ¿Qué te parece? -preguntó a Lena con mirada esperanzada.

Lena estaba angustiada. Todavía miraba fijamente el teléfono como si la hubiera pellizcado.

– Bueno, yo diría que le están un poco justos.

Lena tendía a favorecer la verdad por encima de la caridad.

– Oh. Puede que tengas razón.

La mujer se apartó de prisa del espejo.

– Creo que podemos tenerlos en una catorce -ofreció Lena.

Por lo visto la mujer no quería planteárselo. Se marchó unos minutos después sin comprar nada. Mejor no comprar nada que ver la vida desde la talla catorce cuando pensaba que era una talla diez.

Lena todavía sostenía el teléfono mientras veía cómo su única clienta se marchaba de la tienda. Quizá no era ningún misterio el motivo por el que Lena no ganaba comisiones.

Carmen marcó el número de móvil de su madre desde su propio móvil. Se metió un dedo en el oído que quedaba libre para amortiguar el ruido de la cafetería.

No estaba disponible. Christina lo había apagado. ¡Increíble! ¿Y si Carmen hubiera tenido un accidente? ¿Y si estuviera tirada en una cuneta, sangrando? Deseó estar tirada en una cuneta, sangrando.

– ¿Pasa algo? -preguntó Porter.

Carmen se dio cuenta que sin querer había puesto cara de tirada-en-una-cuneta-sangrando.

– No -intentó recomponer la cara-. Solo que no encuentro a mi madre.

– ¿Es urgente? Porque podemos...

«No, no es urgente», estuvo a punto de soltarle Carmen. «No tengo absolutamente nada que decirle. Solo quiero molestarla y estropear su cena».

Los labios de Porter se movían y al parecer estaba sugiriendo cómo ponerse en acción, pero Carmen no estaba escuchando.

Hizo un gesto con la mano.

—No te preocupes. No es nada -se quedó mirando desalentada su batido rosa.

—Bueno, pues...

Porter apartó su batido. En su favor, no hizo el ruidoso esfuerzo borbollante de sorber para apurar lo último. Sacó su cartera.

—Le película empieza dentro de quince minutos. Deberíamos marcharnos.

Carmen asintió con un gesto ausente. Su mente ya estaba centrada en otro asunto. Su madre había estado zumbando por la casa todo el día como si tuviera cafeína en las venas. Había puesto papel nuevo en los estantes de la cocina y colocado tulipanes sobre la chimenea del salón. Carmen creía que Christina hacía más que repartir felicidad y belleza por el mundo, pero ahora tenía una sospecha más tenebrosa. ¿Y si Christina había accedido a que Carmen fuera a la película de las diez y veinte porque tenía la intención secreta de llevar a David a casa? ¿Y si iban a...?

Nada, nada. Carmen no debía pensar en eso.

Pero en serio, ¿pensaba su madre que estaba bien llevarse a un hombre a casa, a la casa de Carmen, y... y...?

Carmen ya estaba enfadada. Eso no podía ser.

Se acercó la palma de la mano a la cabeza.

—¿Sabes, Porter?

Él la miró dubitativo con la cuenta en la mano.

-¿Qué?

—Creo que tengo sinusitis -podía haber dicho simplemente dolor de cabeza, pero eso sonaba más auténtico-. Creo que debería pasar de la película esta noche.

—Vaya. Es una pena.

Parecía decepcionado. Y por primera vez parecía que había comprendido que le estaban vacilando.

—Lo siento -se excusó ella.

Lo sentía de verdad. No quería ser la borde que estuviera vacilándole.

– Te llevaré a casa -musitó Porter, poniéndose de pie.

– Puedo ir andando -musitó ella en respuesta.

– No voy a dejar que te vayas andando a casa si estás enferma -replicó.

Había un destello en sus ojos que la desafiaba. Transmitía un cierto entendimiento.

Unos minutos más tarde Carmen abrió la puerta del piso con una cantidad de ruido exagerada. Pensó en entrar en silencio, pero Dios sabía lo que podía ver si llegaba sin avisar un poco. Cerró de un portazo tras ella. Hizo sonar las llaves de nuevo. Dio varios pasos hasta el salón y las volvió a tintinear una vez más.

Silencio.

No estaban en la cocina ni en el salón. Eso dejaba básicamente el dormitorio de Christina, la peor de todas las alternativas. Carmen tomó aliento y se aventuró en esa dirección, sin estar totalmente segura de lo que haría cuando llegase allí.

Con el corazón palpitando entró en el corto pasillo que llevaba al dormitorio. Un paso. Dos.

Se detuvo. La puerta estaba abierta. Ya lo veía. La cama de Christina estaba tal como la había dejado: cubierta por una montaña de modelitos descartados para su cita.

– ¿Hola? -dijo Carmen al aire.

Su voz se quebró. Resultaba patética.

Allí no había nadie. A pesar de que aquello debía haber alegrado a Carmen, en realidad la entristeció.

Se sentó tensa en la cocina. Advirtió después de un rato que todavía sujetaba su bolso y sus llaves.

El miedo es ese pequeño cuarto oscuro en el que se revelan los negativos.

Michael Pritchard

El reloj de la cocina literalmente se había parado. Estaba estropeado. Tenía que ser eso. No se había movido desde las 12:42. O las... oh, 12:43.

Era demasiado tarde para llamar a alguien. Carmen no quería mandarle un correo a Paul. No quería leer la hiel que se desprendería de sus dedos. Si lo expresaba con palabras y llegaba a escribirlas, Paul podía tomarse todo el tiempo que quisiera para juzgarla de esa manera silenciosa que era habitual en él. Probablemente lo guardaría en el disco duro. Quizá lo reenviaría a toda su agenda de direcciones por equivocación.

Tuvo una idea. Haría un paquete con los pantalones para Tibby. Era una actividad absolutamente sana. Llevaba todo el día pensado en hacerlo. Metería la carta y escribiría la dirección en el paquete y todo eso.

Llegó andando a su habitación, como en trance. Trasladó montañas de aquí a allá sin ton ni son. Se olvidó de lo que estaba buscando hasta que se acordó. Buscó con más ahínco. Con cierto esfuerzo concentró toda su mente en la tarea. Los pantalones compartidos. Los pantalones. Sagrados. Ni hablar de perderlos.

Robóticamente rebuscó en sus cajones. No estaban en sus cajones. Ni estaban en la montaña enorme de ropa al pie de la cama.

De pronto los visualizó en la cocina. Sí, los había llevado hasta la cocina esa tarde. Se arrastró hasta la cocina otra vez y revisó la pequeña habitación.

No estaban sobre la encimera.

La preocupación por su madre comenzó a competir con la preocupación por los pantalones. Repasó la ropa limpia, por si acaso un accidente terrible había llevado a los pantalones a un contacto prohibido con la lavadora. Fue como si huesos y músculos se aceleraran. Miró en el cesto de la ropa sucia del baño. La preocupación por los pantalones oficialmente estaba comenzando a desbancar a la preocupación por su madre.

Carmen iba corriendo desesperada hacia el armario de la ropa blanca cuando se abrió la puerta principal y ambas preocupaciones aparecieron en el umbral.

Al ver a su madre Carmen se detuvo, derrapando como un personaje de dibujos animados. Se le abrió la boca.

–Hola, cariño. ¿Qué haces todavía levantada?

Su madre parecía cohibida, no estaba preparada para encontrarse a Carmen en ese momento.

Carmen boqueó y tragó aire como un pez. Sus pulmones tenían poca profundidad. Señaló.

-¿Qué?

Christina presentaba su sonrojo permanente. Transmitía tanto euforia como vergüenza. En ese momento estaba pasando de la primera a la segunda.

Carmen apuntó con el dedo en el aire, incapaz de reunir las palabras que pudieran expresar su indignación.

Tú...! ¡Los...!

Christina parecía perpleja. Todavía arrastraba briznas de felicidad. Parte de ella aún estaba en el coche con David. No había entrado por completo en la pesadilla doméstica que representaba Carmen.

–¡Mis pantalones! -aulló Carmen como un animal-. ¡Los has robado!

Christina bajó la vista a los pantalones confundida.

–No los he robado. Los habías dejado fuera en la encimera de la cocina... Pensaba...

–¿Qué pensabas? -tronó Carmen.

Su madre dio la impresión de encogerse. Estaba intimidada. Hizo un gesto hacia los pantalones. Lanzó una mirada suplicante a Carmen.

–Creía que quizá los habías dejado como una -Carmen impertérrita taladraba a su madre con la mirada.

–Como una... -Christina parecía atormentada-. Como una ofrenda de paz, supongo -terminó suavemente.

Si Carmen hubiera tenido un mínimo de amabilidad, se habría echado atrás. Era un tipo de equivocación enternecedora, potencialmente delicada en todos los sentidos.

–¿Pensabas que yo quería que te pusieras los pantalones compartidos? ¿De verdad lo has pensado? -la ira de Carmen estaba creciendo tanto que ella misma la temía-. ¿Me tomas el pelo? Los había sacado para mandárselos a Tibby. Nunca, nunca, jamás...

– Carmen, basta -Christina levantó las manos-. Lo entiendo. Me he equivocado.

– ¡Quítatelos ya! Ya. ¡Ya, ya, ya!

Christina se volvió. Sus mejillas estaban de un rojo encendido y tenía los ojos brillantes.

La vergüenza de Carmen se intensificó.

Lo horrible del tema era que Christina estaba guapísima con los pantalones, esbelta y joven. Le sentaban bien. Los pantalones querían a Christina y creían en ella, tal como habían querido a Carmen el verano anterior, cuando Carmen se los había merecido. Ese verano evitaban a Carmen. En cambio, habían escogido a su madre.

Christina había aparecido en la puerta hacía unos instantes con un aspecto libre, feliz y optimista, como jamás la había visto Carmen. Parecía deslizarse sobre un tipo de magia que Carmen no lograba encontrar. Y en ese momento Carmen la odiaba por ello.

Christina le tendió una mano, pero Carmen se negó a tomarla. Por el contrario, Christina se cogió su propia mano.

– Cariño, ya sé que estás molesta. Pero... pero... -las lágrimas le bailaban en los ojos mientras se estrujaba las manos-. Esta... relación con David. No cambiará nada.

Carmen apretó la mandíbula. Ya se conocía el discurso. Cuando tus padres estaban a punto de arruinarte la vida, usaban esa expresión.

Su madre podía decirlo en serio. Incluso podía creer que era cierto. Pero no lo era. Cambiaría todo. Ya lo había hecho.

Tíb:

No eres peor que yo. Yo soy peor que tú, Creetelo. Podemos seguir discutiéndolo después, cuando estés en casa.

Aquí tienes los pantalones. Estrictamente hablado se suponía que ahora le tocaba a Lena, pero a ambas se nos ocurrió que serían un acompañante genial para el estreno de tu película. Dáselos a Lena después de dejar a todos alucinados, Tibaa-dee.

Con cariño de tu amiga que ya no se merece la felicidad ni nada agradable,

Carmen

Antes de ir paseando a casa de Greta, Bridget se examinó en el espejo que había sobre la cómoda. La verdad es que era un alivio no verse más que la cara. Se inclinó hacia delante e inspeccionó la parte de arriba de la cabeza. Había crecido una raíz de más de dos centímetros y no era del mismo color. Incluso la parte teñida se estaba decolorando por trozos y le daba al pelo un extraño aspecto manchado.

Ya no le entusiasmaba el color castaño, pero tampoco quería arriesgarse a perder su tapadera, así que desenterró una gorra de béisbol de una pila de ropa sucia y se la puso en la cabeza. Voila. No era precisamente lo más chic. «Perdóname, Carmen», pensó mientras salía por la puerta.

El ático ya empezaba a estar arreglado. Bridget había limpiado y organizado montones de libros, abrigos y revistas, y había llevado todo al sótano, excepto las dos últimas cajas de Marly. Despejadas la mayor parte de las cosas que lo abarrotaban, Bridget podía apreciar lo que era la habitación. Era una clásica buhardilla a la antigua, estrecha y con el techo inclinado; pero también romántica. El techo era alto en el centro y caía hasta un metro y medio a la altura de las ventanas. Pero había muchas ventanas, tres en cada uno de los cuatro lados, y parecía que captaban una luz preciosa.

«Es obvio que necesita una mano de pintura», decidió Bridget, mirando alrededor.

Por el momento, decidió enfrentarse a otra de las cajas de Marly. Ahí, como sospechaba, era donde su padre aparecía en escena. Había dos trabajos que había escrito Marly para su clase (con calificación de sobresaliente y notable «Unas ideas fantásticas; hay que desarrollarlas», había escrito él en el segundo). Había muchas fotos de ella con sus amigos como una adorable y jovial estudiante. No había ninguna foto de ella en la cama. No había ninguna foto de ella en Sheperd's Hill.

Luego estaban las fotografías de la boda, la mayoría tomadas en los escalones de la iglesia baptista del pueblo. Bridget las estudió detenidamente, interesada por su tono furtivo. Su padre parecía embriagado de amor, pero tendía a merodear por los bordes de las fotos, con postura rígida. Su familia no estaba. Allí no tenía ningún colega ni amigo, por lo que podía determinar Bridget. Era una boda, desde luego, pero no era la boda que hubiera esperado de la famosa Marly Randolph, una chica que podría haber sido Miss Alabama si hubiese querido.

Bridget estaba prácticamente segura de que su madre no estaba embarazada entonces y, sin embargo, había llevado la vergüenza al novio de todos modos. Le había hecho caer en desgracia. Su padre lo había sacrificado todo para casarse con ella y Bridget se preguntó si Marly le había perdido el respeto por ese motivo. Quizá el profesor Vreeland había sido un premio solo mientras no lo podía tener.

En el fondo de esa caja estaba el vestido de novia. Bridget lo sacó con la sensación de tener litros extra de sangre que latían en la cabeza y el corazón. Estaba tan arrugado y descolorido que era difícil creer que una vez hubiese sido bonito. Bridget se lo acercó a la cara. ¿Quedaba algo del olor de su madre?

Ya estaba lista para bajar. Se puso la gorra de béisbol, aunque hacía demasiado calor para cubrirse la cabeza. Tenía la imagen de Greta preparando la comida y le resultaba profundamente reconfortante.

– Me alegro de verte aquí abajo -dijo Greta alegremente.

Bridget se dejó caer en una silla de la cocina.

– Mañana empiezo a pintar, si te parece bien.

– ¿Vas a pintar el ático? ¿Tú? ¿Has pintado alguna vez?

Bridget negó con la cabeza.

– Pero me las arreglaré. No te preocupes. No puede ser tan difícil, ¿verdad?

Greta le sonrió.

– Eres una buena chica y muy trabajadora.

Bridget estuvo a punto de decir, «Gracias, abuela», y se sorprendió de sí misma.

Con una sensación de paz, contempló a Greta poniendo la mesa para comer. Había evolucionado a lo largo del verano. Ahora había zanahorias todos los días y a veces queso cheddar curado o pavo en lugar de mortadela. Bridget sabía que Greta la observaba muy atentamente y se grababa en la memoria sus preferencias. Pero incluso al cambiar el menú, la comida siempre era a la misma hora, sobre los mismos platos y con las mismas servilletas de papel amarillo. Así había sido siempre Greta, comprendió Bridget. Así había sido en esa casa desde hacía mucho tiempo.

– Mi Marly tuvo dos niños, ¿lo sabías? -dijo Greta mientras observaba a Bridget terminando su sandwich.

Bridget tragó de golpe.

– Habías mencionado que tenías una nieta.

– Sí. La hija de Marly. Marly tuvo mellizos. Una niña y un niño.

Bridget tiró de un hilo en el bajo de sus pantalones cortos en lugar de fingir sorpresa ante esa información.

—Calculo que los bebés llegaron unos dos años y medio después de que se casaran.

Bridget asintió con la cabeza, todavía mirando hacia abajo.

—El embarazo le sentó bien a Marly. Fue una época feliz para ella. Pero, madre mía cuando llegaron -Greta sacudió la cabeza al recordarlo-. Mellizos. ¿Te lo imaginas? Cuando uno necesitaba comer, el otro necesitaba dormir. Cuando uno necesitaba estar dentro, el otro necesitaba salir. Me fui a vivir con ellos los primeros seis meses.

Bridget levantó la vista.

—¿De verdad?

—Claro -respondió Greta. Su rostro estaba pensativo-. Solo que, volviendo la vista atrás, quisiera haber hecho menos y enseñado más. Marly lo pasó mal cuando me fui.

Independientemente de cómo fue después de eso, Bridget presintió que si Greta estaba allí, sus primeros seis meses en el mundo debieron ser agradables.

—Adoraba a esos niños -continuó Greta, sacudiendo la cabeza. Tenía lágrimas en los ojos y Bridget temió por los suyos-. Esa niña pequeña. Vino al mundo con las opiniones claras, te lo aseguro.

Bridget consideró el tremendo fraude de estar sentada escuchando a su abuela hablar sobre ella. Pero de repente quería saber aquello. Le hacía sentirse bien.

—Tenía una carita que te podías morir -prosiguió Greta y luego dio la impresión que se arrepentía de su forma de expresarse-. También tenía una personalidad muy peleona. Era cabezota e independiente y podía hacer cualquier cosa que quisiera a la primera. Dios mío, su abuelo pensaba que esa niña era el ombligo del mundo.

Bridget solo escuchaba y confiaba en que no pasaba nada si no asentía ni levantaba la vista. Aquello era lo que quería, para lo que había venido: información a distancia. Solo que ya no parecía distante.

—Creo que a veces era difícil para el niño. Era más callado y más prudente. Se perdía un poco, con la todopoderosa Bi desfilando alrededor.

Bridget dio un respingo cuando mencionó su nombre. Se sintió triste por Perry. Sabía que así había sido toda su vida.

Los ojos de Greta deambularon hasta el reloj en la pared de la cocina.

—Madre mía. Mírame, hablando sin parar. Probablemente quieres volver al trabajo, ¿no?

Bridget no quería volver a trabajar. Quería quedarse allí y escuchar a Greta. Pero consiguió levantarse.

—Sí, vaya, se ha hecho tarde.

Bridget se detuvo un instante en la puerta. No quería volver arriba en ese momento.

—Debería comprar la pintura -comentó.

Los ojos de Greta se iluminaron.

—¡Sí! ¿Qué te parece si te acerco a Wal-Mart en el coche?

A Bridget le gustó la idea.

—Perfecto -respondió.

Tibby vio una nota amarilla en la ranura de su buzón a la entrada de la residencia. Le informaba de que había recibido dos paquetes y que la su monitora los tenía. A Tibby no le entusiasmaba la idea de visitar a Vanessa, con sus muñecos y sus lunares. La habitación de Vanessa era uno de los objetivos preferidos del desprecio de Maura. Por otro lado, Tibby tenía la curiosidad del cineasta que le empujaba por lo menos a echar un vistazo a aquel sitio.

—Pasa -dijo Vanessa cuando Tibby llamó a la puerta.

Tibby abrió la puerta despacio. Vanessa se levantó de la silla del escritorio y se acercó a la puerta.

—Hola. Eh... Tibby, ¿no? ¿Has venido a por tus paquetes?

—Sí -respondió Tibby mientras intentaba echar un vistazo por encima de Vanessa.

Vanessa aparentemente lo notó.

—¿Quieres pasar? -preguntó educadamente.

Vanessa llevaba una camiseta de Williamston y unos vaqueros de cintura alta de señora mayor. Parecía nerviosa cuando Tibby la siguió dentro de la habitación. Tibby no pudo dejar de preguntarse por qué una persona tan torpe en el trato social se había presentado como voluntaria para ser monitora.

Vanessa buscó los paquetes mientras Tibby examinaba la habitación. La luz no era muy potente por lo cual los objetos se presentaban lentamente. Había, desde luego, un montón de peluches. Encima de todos los estantes y sobre la cama. Pero al estudiarlos más detenidamente, Tibby advirtió que no eran nada ñoños. No eran como ningún peluche que ella hubiera visto antes. Contra su voluntad, Tibby se acercó a un armadillo acurrucado en la librería.

—¿Lo puedo coger? -preguntó Tibby.

—Claro -respondió Vanessa.

—Dios. Tiene... tantas partes -musitó Tibby asombrada, mientras retiraba las capas de gruesa tela rugosa que hacía el caparazón.

—Lo sé. Me costó siglos.

Tibby se giró para mirarla incrédula.

—¿Tú has hecho esto?

Vanessa asintió con la cabeza. Su cara se puso rosa. Tendió los paquetes a Tibby.

—¿Los has cosido tú?

Vanessa hizo un gesto afirmativo.

Tibby sintió que se le abrían los ojos mientras contemplaba todos los demás animales repartidos por la habitación: tucanes de colores brillantes, osos koalas, un perezoso con dos dientes que colgaba de la puerta del armario.

—Es imposible... -dejó escapar.

Vanessa asintió de nuevo.

—¿De verdad?

Vanessa se encogió de hombros. Intentaba decidir si Tibby estaba impresionada o si Tibby pensaba que estaba para encerrarla.

—Son... increíbles -afirmó Tibby con sinceridad-. Quiero decir, son geniales. Son tan bonitos.

Vanessa sonrió, aunque sus brazos permanecieron protectores alrededor de su cintura.

Tibby cogió una rana amarillo brillante con puntos negros. No estaba pensando cuando se escuchó decir:

—Dios, a mi hermano pequeño le encantaría. Se volvería loco.

Vanessa relajó los brazos. Se rió un poco.

– ¿De verdad? ¿Cuántos años tiene?

– Casi tres y medio -respondió Tibby, que comenzaba a recordar dónde estaba y por qué estaba allí. Devolvió el armadillo y la rana a su sitio y cogió sus paquetes.

– Muchas gracias -dijo, avanzando hacia la puerta.

Su estómago se revolvía de manera desagradable.

– Oh, de nada -respondió Vanessa.

Los elogios de Tibby habían cambiado la actitud de Vanessa.

– Eh, Tibby -dijo Vanessa a su espalda.

Tibby volvió la cabeza.

-¿Sí?

– Siento no haberme pasado nunca por tu habitación. Yo... no soy exactamente la mejor monitora del mundo.

Tibby giró todo el cuerpo. Al ver el rostro interesado de Vanessa y su leal camiseta, de pronto tuvo ganas de llorar. No podía soportar que Vanessa creyera que era una mala monitora, a pesar de que lo era.

– No, no. En serio. Eres genial -mintió Tibby-. Si tengo algún problema, sé dónde venir -añadió sin convicción.

Por su expresión, Vanessa sabía que Tibby no lo decía en serio, aunque apreciaba el esfuerzo.

– El dinero cubre parte de la matrícula -explicó Vanessa.

– Me encantan tus animales, en serio -añadió Tibby al salir por la puerta.

Cuando avanzaba por el pasillo, Tibby sintió un vacío bajo las costillas al rebobinar todos los chistes y comentarios insidiosos de Maura sobre los peluches de Vanessa. Maura, la artista creativa, que ni siquiera podía terminar su guión; mientras Vanessa, la colgada, había creado un mundo a partir de retales. ¿Y era Maura la que Tibby se había esforzado en tener como amiga?

De vuelta en su habitación, Tibby recordó los paquetes. Uno contenía los pantalones compartidos. Tibby sentía demasiada vergüenza para mirarlos en ese momento. El otro era de sus padres. Lo abrió para encontrar un bizcocho de chocolate cubierto de papel de aluminio y tres dibujos en cartulina. Uno era un garabato firmado con el nombre de Katherine. El segundo era un garabato firmado

con el nombre de Nicky. El tercero era un autorretrato infantil que había dibujado su madre con ceras. Mostraba un ceño fruncido y una lágrima azul en la mejilla. Decía: «¡Te echamos de menos!»

«Yo también», pensó Tibby. Su boca tembló al tiempo que producía una lágrima que hacía juego con la del dibujo.

Paul había dicho una vez a Carmen que podías distinguir a un borracho de un bebedor, porque un bebedor podía parar y un borracho no.

Carmen era una borracha. Pasaba del alcohol; la ira era su modo de autodestrucción. No podía parar y la gente normal sí podía.

Su arrebató de ira la noche anterior había sido tan grande que casi se ahoga en él. Esa mañana se despertó con resaca, con el sudor del remordimiento. Desde la cama escuchó a su madre haciendo café, como siempre hacía los domingos por la mañana. Después oyó a su madre salir del apartamento en silencio. Christina iba a la esquina a comprar el periódico. Siempre lo hacía.

Momentos después de cerrarse la puerta, sonó el teléfono. Carmen se tambaleó hacia la cocina vestida con una camiseta y braguitas. El contestador saltó después de sonar dos veces. Los dedos de Carmen estaban preparados para coger el auricular cuando oyó la voz que se grababa en la cinta.

—Tina... contesta si estás ahí...

Carmen se apartó del teléfono.

—¿Tina...? Vale, no estás. Oye, me gustaría recogerte a la una para llevarte a casa de Mike y Kim. Luego tal vez podíamos ir a Great Falls, si te apetece una caminata. Llámame si hoy estás libre, ¿de acuerdo? Llámame en cuanto llegues a casa.

David hizo una pausa. Emitió un gracioso ronroneo y bajó la voz.

—Te quiero. Me encantó lo de anoche. Pienso en ti todo el tiempo, Tina -pareció que se reía de sí mismo-. Hace unas horas que no lo decía -carraspeó-. Llámame. Adiós.

Carmen sintió una extraño desasosiego bajo las costillas, que vaciaba todo lo que quedaba de su buena voluntad y arrastraba detrás hostilidad y miedo. Había tantos aspectos alarmantes y amenazadores en el mensaje, que sus demonios apenas sabían dónde empezar.

¿Mike y Kim? Una pareja de amigos. Una pareja de amigos para la pareja feliz. Su madre nunca había tenido parejas de amigos antes. Tenía a su hermana y a su

prima y a su madre y una o dos madres solteras amigas. Fundamentalmente tenía a Carmen.

Carmen nunca había percibido la antigua vida de su madre como un premio de consolación. Pero de pronto, eso es lo que parecía. Ahora que tenía un novio y parejas de amigos. Ahora que había ganado el primer premio.

Hasta ese momento Carmen había pensado que su madre había escogido su vida. Que la quería. ¿Había deseado otra cosa todo el tiempo? ¿No había tenido nunca lo que deseaba? ¿Era Carmen una segunda elección?

«Pensaba que éramos felices juntas.»

Quizá si tuviera hermanos o hermanas y un padre alrededor, no importaría tanto. Pero su madre y ella dependían la una de la otra de una forma profunda y tácita. Estaba motivado por amor y lealtad, pero debajo había temor y soledad también, ¿no es así? Carmen siempre volvía a casa a cenar. Actuaba como si fuera una comodidad natural, pero no le gustaba que su madre cenase sola. ¿Qué sentía en realidad Christina por Carmen? ¿Era amor? ¿Era obligación? ¿Era que no tenía nada mejor?

Carmen tenía sus amigas, y contaba con ellas, pero nunca olvidaba que tenían hermanas y hermanos de verdad. Una parte profundamente insegura de Carmen recordaba que si hubiera un incendio, ellas tendrían que salvar a sus hermanos y hermanas primero. La persona que salvaría a Carmen en un incendio era Christina, y viceversa. Carmen y su madre podían fingir que el mundo era grande y variado, pero ambas sabían que en el fondo se reducía a ellas dos.

Carmen volvió a pensar en la noche del pasado mes de junio, hacía un mes aproximadamente, cuando todos aquellos problemas comenzaron. La noche de su primera cita con Porter. Carmen se había marcado un farol y le habían descubierto. Había hecho el amago de romper un acuerdo que no sabía que existía y no pretendía romper.

A Carmen no le gustaba el cambio y desde luego no le gustaban los finales. Mantenía las flores hasta que estaban marchitas y pegajosas, y crecían algas en el agua del jarrón.

«No quiero novios», tuvo ganas de decir. «Quiero todo como era antes.»

De pie sobre el contestador, que ahora parpadeaba como loco, Carmen apretó con el pulgar el botón de play. Sintió que aborrecía a David mientras la espontaneidad de su sentimiento se secaba al escucharlo otra vez. ¿Se había olvidado de que Christina vivía con su hija? ¿Que era vergonzoso e inapropiado dejar mensajes íntimos, prácticamente eróticos, retumbando por la casa? ¿Importaba Carmen tan

poco que David se había olvidado de ella por completo? ¿La había olvidado Christina también?

Llegó dando tumbos a su habitación y se tiró boca abajo sobre la cama revuelta. Oyó el teléfono que sonaba de nuevo. No se movió. El contestador hizo clic.

— ¿Eh... Christina? Soy Bruce Brattle. Estoy en la oficina y tenía una pregunta breve. Llámame si puedes.

Larga pausa seguida de un bip.

Unos minutos más tarde oyó a su madre abrir la puerta. Christina fue directa al contestador y dio al botón de play. Se oyó el mensaje de Bruce Brattle. Solo ese. Carmen sintió que el corazón le palpitaba un poco. Podía haber corregido el error con decírselo a su madre. Lejos de eso, se durmió.

Un poco más tarde, en un sombrío sueño nada misterioso, el apartamento ardía. David valientemente salvaba a Christina, mientras Carmen terminaba achicharrada.

Los centauros también fueron invitados, pues aunque salvajes y anárquicos, eran, no obstante, parientes lejanos. Libro de mitos griegos de D'Aulaires

El domingo por la tarde Tibby se cambió para ponerse los pantalones compartidos antes de ir al auditorio del Centro de Artes. Brian no estaba allí y se sintió aliviada. Pensaba salir de celebración con Maura y Alex después del festival. Había dudado entre invitar a Brian también o inventar alguna excusa para librarse de tener que llevarlo.

Se puso los pantalones sin permitirse mirar ni pensar demasiado. Aquellos eran los pantalones, después de todo, y ella era afortunada, muy afortunada por tenerlos para la primera proyección pública de una de sus películas. Si todo en su vida funcionaban como debía, sería la primera de muchas. Se situó delante del espejo largo, admirando cómo le sentaban e ignorando las inscripciones. Era difícil de comprender, pero su pelo tenía mejor aspecto cuando llevaba los pantalones. Incluso parecía que tenía un poco más de pecho, o por lo menos algo de pecho.

Los latidos de su corazón se aceleraron cuando vio la multitud en el auditorio. La mayoría de los estudiantes estaban sentados con sus padres. Tibby se sentó sola al fondo con dos asientos libres a su lado. Cuando vio a Alex y Maura en el pasillo, los llamó con un gesto, mientras se sentía ligeramente culpable por no dejar un asiento para Brian. Luego mantuvo la cabeza baja. Tal vez no la vería.

Primero el profesor Graves, jefe del programa del cine, dio la bienvenida a todo el mundo; después empezó la función. Entre los seis primeros cortos hubo un par de dramas familiares, una larga entrevista con la abuela del cineasta, una historia de aventuras evidentemente rodada en el campus de la universidad, pero que aparentaba ser el campo y una ridícula película romántica.

Alex estuvo moviéndose y haciendo comentarios irónicos todo el tiempo. Tibby se rió de ellos al principio, pero entonces se fijó en que Maura también se reía al otro lado, así que dejó de hacerlo. Le daba la impresión de que Maura era una chica tonta. Por muchas gafas rosas que llevase, era una seguidora sin criterio, una persona intrascendente y Tibby sintió que actuaba igual que ella.

Las luces se encendieron. Tibby sabía que su película estaba en el segundo de los tres grupos.

— ¡Tibby! -oyó un susurro silbante.

Miró alrededor casi frenéticamente.

— ¡Tibby!

La voz venía de una fila del medio en el lado izquierdo del auditorio y pertenecía inconfundiblemente a su madre.

Tibby sintió una sacudida dentro del pecho. Se olvidó de respirar.

Su madre le saludaba con la mano como loca. Tenía una sonrisa enorme en la cara. Evidentemente estaba encantada de estar allí y complacida por haber logrado sorprender a su hija.

Y qué sorpresa. Tibby se forzó a sonreír también. Saludó con la mano.

— Esa es mi... -comenzó a decir aturdida.

Dejó que se apagase su voz. Se levantó, con la idea de ir de alguna manera a sentarse con su madre, pero no había ningún sitio libre y las luces comenzaban a apagarse para el próximo grupo de películas.

En ese momento los ojos de Tibby se posaron también sobre Brian, sentado en el lado derecho, casi equidistante de su madre. El la miraba como si hubiera sabido todo el tiempo dónde estaba. ¿Sabía también que su madre estaba allí?

Le había asegurado a Brian que no pasaba nada si su madre veía su película, que no le importaba. Pero por la sacudida y el vuelco de su estómago, le estaba pareciendo que tal vez sí le importaba.

Su madre había venido hasta allí como una sorpresa agradable. Con una sensación de fatalidad en el corazón, Tibby esperó a que apareciese la siguiente sorpresa.

Pusieron dos cortos antes del de Tibby, pero no se enteró de nada.

Su corto comenzó despacio, con un primer plano de una inocente piruleta rojo cereza. Luego la música subió y la piruleta se volvió malvada. El plano se abrió para revelar que estaba adherida a la parte de atrás de una cabeza castaña bien peinada. El público rompió a reír, justo como Tibby deseaba que hiciese. Pero la risa cayó como esquirlas de cristal que le acribillaban.

Uno tras otro, todos los segmentos conectaron con el público, exactamente como todo cineasta soñaría que ocurriera. La risa aumentó a casi histeria cuando la cámara siguió la parte de atrás de un elegante zapato de salón con tacón que arrastraba una toallita de bebé por toda la casa.

Tibby no fue capaz de volver la cabeza en la dirección del asiento de su madre hasta el final, después de que hubiera terminado y hubiera comenzado otra

película que, rogaba Tibby, empezase a cambiar el ánimo. Tibby se sentía como una cobarde integral mientras miraba fijamente la pantalla que tenía delante.

Podía esquivar los ojos, pero no había pensado en taparse los oídos. Oyó que sorbían a su izquierda. Esperaba y deseaba que se lo hubiera imaginado. Cerró los ojos con mucha fuerza. Si alguna vez en la vida se pudiera transportar de un sitio a otro, lo hubiera hecho entonces.

Movió la cabeza imperceptiblemente a la izquierda e hizo lo demás con las órbitas de los ojos. Necesitaba ver a su madre, pero no podía mirarla de frente, ni siquiera en la oscuridad. Forzando los ojos al extremo más alejado de su visión, pudo ver que la cabeza de su madre estaba inclinada.

Las manos de Tibby encontraron su rostro. ¿Qué había hecho?

Alex se estaba burlando de algo en la pantalla. Tibby estaba perdida. Estaba en otro lugar. No volvió a levantar la vista hasta que las luces se habían encendido y la mitad de la gente se había marchado.

— ¿Tibby? -Alex la miraba.

-¿Sí?

— ¿Vienes?

Miraba hacia la cara de Alex, pero no la veía.

Se giró en una dirección y estaba Brian de pie al final de su fila, esperándola. Cuando se giró en la otra dirección, vio que su madre se había marchado.

Christina no se alejaba más de metro y medio del teléfono. Incluso se lo llevó con ella cuando fue al baño. Esperó hasta las dos de la tarde para tragarse su orgullo y preguntarle a Carmen si había llamado alguien mientras había estado fuera.

Carmen se encogió de hombros, sin mirarla a los ojos.

— Ha saltado el contestador -dijo.

No era mentira.

— ¿El mensaje del señor Brattle? -preguntó Christina.

Carmen volvió a encogerse de hombros.

Christina asintió con la cabeza. Su esperanza frágil hecha añicos.

Era un comportamiento femenino tan patético que Carmen sintió la ira revolviéndose en su estómago de nuevo.

— ¿Estás esperando alguna llamada en concreto? -preguntó Carmen.

Christina desvió la mirada.

— Bueno, pensaba que David podría...

Su voz sonaba débil. La frase se fue apagando en lugar de llegar al final.

La boca de Carmen se llenó de cosas terribles. Arriba en alguna parte noble de su mente, se dijo que debía irse a su habitación y cerrar la puerta. Por el contrario, abrió la boca.

— ¿Te resulta imposible estar un día sin David? -soltó.

Las mejillas de Christina se pusieron coloradas.

— Claro que no. Solo que...

— Estás dando un ejemplo horrible, sabes. Destrozando toda tu vida por un tío. Vigilando el teléfono todo el día esperando que llame.

— Carmen, eso no es justo. Yo no hago...

— ¡Sí lo haces! -insistió Carmen. Acababa de tomar la primera copa tentadora y ya no había forma de pararla-. Sales todas las noches. Te vistes como una adolescente. ¡Usas mi ropa! ¡Te das el lote en los restaurantes! Es una vergüenza. Te estás poniendo en un ridículo espantoso, ¿no te das cuenta?

Durante días la felicidad había elevado a Christina a un estado de benevolencia en el que absorbía el enfado de Carmen con paciencia y comprensión. Ahora Carmen sentía cómo su madre volvía a caer a la tierra, y le satisfacía.

Las mejillas de Christina ya no estaban tiernamente sonrosadas, estaban a manchas rojas. Su boca dibujó una línea adusta.

— Eso que dices es muy desagradable, Carmen. Y no es verdad.

— ¡Si es verdad! ¡Melanie Foster te ha visto dándote el lote en el Ruby Grill! ¡Se lo ha contado a todo el mundo! ¿Cómo te crees que me sienta eso?

— No nos estábamos dando el lote -se defendió Christina con vehemencia.

— ¡Sí que estabais! ¿Crees que no sé que te estás acostando con él? ¿No dice la iglesia que debes casarte antes de hacer eso? ¿No es eso lo que siempre me has dicho?

Era una sospecha fundada y, por la mirada herida en el rostro de Christina, Carmen supo que había acertado. Era el equivalente a lanzar la bomba H y Carmen lo había hecho sin prepararse para las consecuencias. Sintió náuseas con los ojos clavados en Christina. Una buena parte de ella quería que su madre lo negase, pero no lo hizo.

Christina miró al suelo y se retorció las manos.

—No creo que eso sea asunto tuyo -susurró con rabia.

—Si es asunto mío. Se supone que eres mi madre -replicó Carmen.

Su madre ya estaba lo bastante enfadada por las dos.

—Soy tu madre -le devolvió Christina.

Carmen sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas. No estaba preparada para mostrarse vulnerable ante su madre. Lejos de eso, se llevó su corazón desbordado a la intimidad de su habitación, donde podía considerar qué tenía dentro.

—Hola -saludó Brian desde el pasillo, un poco más allá de donde estaba ella.

Parecía triste. Intentó sostener la mirada a Tibby un momento más para comprender qué le pasaba.

Tibby bajó los ojos. No quería que viese nada.

Brian se quedó ahí. Iba a esperarla, por supuesto. Alex y Maura lo miraban, preguntándose evidentemente quién era el colgado con la camiseta de La guerra de las galaxias y las grandes gafas.

Tibby tomó aire. Tenía que decir algo.

—Eh, este es Brian -dijo inexpresiva.

Su voz sonó como si procediera de un cuerpo distinto del suyo. Señaló a Alex.

—Este es Alex -señaló a Maura-. Y ella es Maura.

A Brian no parecían interesarle Alex y Maura. Todavía miraba solemnemente a Tibby con sus ojos marrón oscuro. Ella deseó que se marchara.

—Qué hay -dijo Alex fugazmente a Brian y le dio la espalda incluso antes de terminar de saludarle. Se giró hacia Tibby-. Vamos.

Aturdida asintió con un gesto y comenzó a seguir a Alex y Maura fuera del auditorio. No estaba pensando. Naturalmente Brian la siguió.

Los cuatro terminaron de alguna manera en un restaurante mexicano a dos manzanas de allí. Alex parecía molesto por no haberse librado de Brian. Maura, sin disimulo, puso los ojos en blanco para mostrar su desagrado.

Aquel habría sido un buen momento para que Tibby explicase que Brian no era en realidad un acosador peligroso, sino uno de sus mejores amigos, que no solo pasaba en su casa todo el tiempo, sino que además estaba viviendo en su habitación de la residencia. No lo hizo. No era capaz de mirar a Brian, mucho menos de decir su nombre.

Se sentían violentos en el ruidoso bar. Alex pidió con éxito tres cervezas enseñando su carné de identidad falso. Se inclinó mucho hacia Tibby y brindó con su botella contra la suya.

– Bien hecho, Tomko. Has robado el festival.

Tibby sabía que intentaba felicitarla, no hacerle llorar.

– Ha sido alucinante -asintió Maura.

– No ha sido alucinante -replicó Brian, pegado al lado de Tibby-. Su madre estaba entre el público.

Aparentemente Brian opinaba que si eran amigos de Tibby, debían saberlo. Su mano encontró el codo de Tibby. Estaba sufriendo por ella.

La parte sobre su madre no dio la impresión de calar en Alex, que se bebió casi toda la cerveza.

– ¿Dices que su película no es buena? Ha sido descojonante.

Brian sacudió la cabeza.

– No lo ha sido.

Era sincero al fin y al cabo.

Alex guiñó los ojos.

– ¿Cuál es tu problema?

Brian no miró a Alex.

– Estoy preocupado por Tibby.

– ¿Estás preocupado por Tibby? -la ironía en el ambiente era tan densa que Tibby casi podía olerla-. Vaya, qué buen colega. ¿Por qué no vas a preocuparte por ella a otro sitio?

Brian miró a Tibby. La mirada decía: «Vamos, Tibby, vuelve conmigo. Somos amigos, ¿no?»

Pero Tibby se quedó ahí boqueando, como si alguien hubiera atacado sus cuerdas vocales con un machete.

Alex dio un paso adelante. Se estaba poniendo gallito.

— ¿Qué parte de la palabra «márchate» no entiendes?

Brian dedicó una última mirada agonizante a Tibby y después se marchó.

Tibby sintió que las lágrimas le llenaban los ojos. ¿Qué había hecho? Tibby se rodeó el muslo con la mano. Bajo sus dedos estaba el tejido de los pantalones compartidos con las cuidadosas puntadas que había dado al final del verano pasado. Miró hacia abajo y recorrió con el dedo índice el contorno del corazón que había cosido con lana roja. Sus ojos estaban demasiado llenos de lágrimas para leer las palabras que había bordado debajo. Podía sentir el peso de su cuerpo sentado hora tras hora en el porche de atrás, bajo el calor sofocante de los últimos días de verano; las piernas se le dormían mientras daba miles y miles de puntadas, hacia adentro y hacia fuera, con sus tozudos dedos torpes.

El producto de todo ese empeño era un corazón raído y tres pequeñas palabras torcidas. Bailey estuvo aquí.

¿Había estado allí Bailey? ¿De verdad? ¿Qué pruebas había de ello?

El corazón de Tibby se sintió privado de ella en ese instante.

Se llevó ambas manos a las mejillas. Necesitaba estabilizar la cabeza.

Alex todavía gruñía tras Brian. Se giró para mirar a Tibby muy enfadado.

—Y, Tibby -su voz estaba cargada de crítica-. ¿Tú de qué vas con esos pantalones?

f

Si siembras espinas, no vayas descalzo.

Proverbio italiano

Tibby condujo a Earl, su querido Pontiac, hacia el norte. Cuando paró en Front Royal a echar gasolina, sacó su agenda. Nunca había estado en casa de Brian, por extraño que pareciese, pero sí tenía su dirección. Cuando Nicky cumplió tres años, había insistido en mandar a Brian la invitación a su fiesta.

Eran casi las diez y media cuando llegó a Bethesda. El barrio de Brian estaba a un kilómetro y medio del suyo, pero las casas eran más pequeñas y más nuevas. Serpenteó un rato antes de encontrar su casa. Era de ladrillo rojo de un solo piso. Siempre le habían molestado los arbustos perfectamente podados y los maceteros de vistosas flores en las ventanas de su casa, pero aquel sitio sencillo y descuidado no parecía ser mejor. La única luz procedía de un destello azul de televisión a un lado de la casa.

Tibby llamó a la puerta tímidamente. Era tarde y ella era una desconocida para su familia. Esperó unos minutos y volvió a llamar.

Un hombre abrió la puerta. Era gordo y casi calvo. Parecía medio dormido.

-¿Sí?

— ¿Está, eh, Brian en casa?

Él se enfadó.

—No.

— ¿Sabe dónde está?

—No. Brian lleva unos días fuera.

Tibby comprendió que aquel era su padrastro.

— ¿Cree que... su madre lo puede saber?

La paciencia del hombre se había agotado.

—No. No lo creo. De todas maneras, ella no está.

—De acuerdo -dijo Tibby-. Siento haberle molestado.

Se sentó en el coche y apoyó la cabeza sobre el volante. Se sentía triste por Brian de más formas de las que podía nombrar.

Condujo despacio hacia su antiguo refugio, el 7-Eleven de Rogers Boulevard. Estaban cerrando y no estaba allí. Siguió otra manzana hasta el pequeño parque donde a veces se quedaban después de una buena tarde de Dragón Master.

Lo vio, un perfil oscuro sentado en una mesa de picnic. Su mochila y el saco de dormir a su lado.

Avanzó sigilosamente un poco más. Desgraciadamente Earl estaba de un humor ruidoso esa noche. Brian levantó la vista y vio su coche y a ella dentro. Cogió su mochila y su saco de dormir y se alejó andando.

Tibby no podía ir a casa. No podía enfrentarse a su madre. Era demasiado tarde para irrumpir en casa de Lena o de Carmen. Además, se odiaba demasiado a sí misma como para dar la cara ante sus amigas.

El corazón bordado en los pantalones le injuriaba. Le hizo llorar. No podía soportarlo más. Se quitó los pantalones y condujo hasta casa de Lena. Reinaba el silencio y la oscuridad. Dobló los pantalones hasta dejarlos tan planos como era posible y los empujó por la ranura del correo. Luego se dio la vuelta y condujo otra vez hacia Williamston, cubierta solo por su vergüenza y su ropa interior.

Lena estaba tumbada en el suelo de parquet sintiendo lástima de sí misma y en general odiando todo y a todos los que conocía.

Si hubiera sido capaz de forzarse a pintar, lo habría hecho. Pintar y dibujar siempre le hacían sentirse segura. Pero había veces que te sentías desgraciada y querías que se te pasara, y otras veces que te sentías desgraciada y decidías seguir siendo desgraciada. De cualquier manera, no había nada atractivo en el mundo.

Hacía calor como solo en Washington D.C. a finales de julio podía hacer calor. El padre de Lena no era partidario del aire acondicionado central porque era griego y su madre odiaba el que se pone en la ventana porque era ruidoso. Lena se desvistió hasta quedarse en sujetador (heredado de Carmen, que siempre se los compraba demasiado pequeños) y boxer blancos. Colocó el ventilador en el suelo, de forma que le enfocase directamente a la cabeza.

A Lena le gustaba fastidiar, enfadar y provocar a su madre, pero odiaba estar peleada con ella. Odiaba explotar así con Tibby. Odiaba la tensión entre su madre y Christina y Alice. Odiaba a Kostos y a su nueva novia. Odiaba a Effie por contárselo. (Quería a su abuela porque no le gustaba la novia de Kostos.)

A Lena no le gustaban las peleas. No le gustaba chillar y colgar el teléfono. Soportaba lo de no hablarse, pero no después de tres días.

Lena era una amante de la regularidad. Había comido mantequilla de cacahuete con pan integral las últimas 307 comidas. No necesitaba otro estímulo.

Oyó el timbre de la puerta. Se negaba a abrir. Que abriese Effie.

Esperó y escuchó. Por supuesto Effie abrió. A Effie le encantaba que llamasen a la puerta y al teléfono.

Después Lena oyó a Effie chillar emocionada. Lena escuchó con más atención. Intentó adivinar quién podía ser. Effie no acostumbraba a chillar al mensajero, pero nunca se sabía. O quizá era una de sus amigas con un corte de pelo nuevo o algo así. Eso podía provocar un chillido a Effie.

Lena se concentró en los sonidos. Se esforzó por oír al visitante, pero no lograba distinguir la voz. No ayudaba precisamente que Effie hablase cinco veces más alto que una persona normal.

Estaban subiendo las escaleras. Los pasos no sonaban como la artillería rápida de Effie subiendo con una de sus amigas. La segunda serie de pasos era más lenta y pesada. ¿Era un chico? ¿Estaba subiendo Effie a un chico en mitad de la tarde?

Oyó una voz. ¡Era un chico! ¡Effie iba a llevar a un chico a su habitación y muy probablemente a darse el lote con él!

De pronto Lena advirtió que las dos series de pasos no habían girado hacia la habitación de Effie como esperaba. Iban en dirección a la habitación de Lena.

Con un estallido de pánico Lena advirtió que su puerta estaba abierta. ¡Estaba casi desnuda y un chico iba hacia su habitación y su puerta estaba abierta! Bueno, no era como si lo hubiera visto venir. Podía contar las veces que había subido un chico por esa escalera con los dedos de una mano. Sus padres eran muy estrictos en ese aspecto.

Lena estaba paralizada en el suelo. Los pasos estaban cerca. Si se levantaba de un salto a cerrar la puerta, la verían. Si se quedaba donde estaba, la verían. Si se levantaba y cogía su albornoz...

— ¿Lena?

Al oír el tono de voz de su hermana, emoción al borde de la histeria, Lena se levantó de un salto.

— ¡Lena!

Ahí estaba Effie. Ahí había un chico desde luego. Uno alto, conocido y exageradamente guapo.

Effie se había tapado la boca con la mano a la vista de lo que llevaba y no llevaba Lena.

El chico parecía embelesado y divertido. No apartó la mirada tan rápido como debería haberlo hecho.

Lena estaba confusa. Su corazón zumbaba como un coche de carreras. La garganta se le hinchó dolorosamente de la emoción. Sintió que subía calor de todas las partes de su cuerpo.

— ¡Kostos! -dijo débilmente.

Después le dio un portazo en las narices.

Bridget había memorizado el programa de Greta. Los lunes por la tarde jugaba al bingo en la iglesia. Los miércoles jugaba al bridge con sus vecinos de enfrente. Ese día era jueves, el día que Greta iba al supermercado a hacer la compra semanal y gastar dinero comprando un chuletón. El tercer jueves de cada mes su hijo Pervis iba desde Huntsville a cenar y Greta compraba dos chuletones. Bridget se ofreció a acompañarla. El verdadero gancho para Bridget era el frío del pasillo de la carne. Se había convertido en una chica de placeres sencillos.

— ¿Cómo es tu hijo? -preguntó Bridget, que observaba perezosamente las señales que pasaban volando en la autopista.

— Callado. No muy sociable -respondió Greta.

— ¿Qué hace en Huntsville?

— Servicios de mantenimiento en el centro espacial -miró a Bridget con confianza-. Es una forma sofisticada de decir portero. Limpia y saca brillo a los suelos.

-Oh.

Recordaba a su tío Pervis siempre en su habitación, siempre en la ventana mirando por el telescopio. Una vez cuando ella era más mayor, había estado en Washington y se había quedado una noche con ellos. Era la única vez que ella recordaba que hubiese ido de visita. Había montado su telescopio, lo había preparado y ajustado todo, y le había dejado mirar. Pervis vio miles de dibujos conocidos en el cielo y Bridget vio caos.

— Su padre y yo ahorramos y lo llevamos allí a un campamento del espacio el verano que tenía nueve años. Creo que no quiso marcharse nunca. Es feliz con eso.

— ¿Se llegó a casar? -preguntó ella.

—No. Siempre ha sido muy tímido con las chicas. No lo veo casándose. Tiene sus amigos radioaficionados. Eso es prácticamente todo lo que socializa.

Bridget asintió. Pervis había alcanzado su sueño de trabajar en el centro espacial y, sin embargo, pasaba los días mirando hacia abajo.

Pensar en Pervis le hizo pensar en Perry, que era como él en muchos sentidos, sin contar lo de radioaficionados. Bridget por fin había hablado unos minutos por teléfono con Perry la noche anterior. Había mostrado curiosidad por Greta, pero con reservas. No quería oír nada sobre Marly.

En el supermercado Greta desfiló resueltamente con su carro y sus cupones de descuento, mientras Bridget vagaba por los pasillos de refrigerados y congelados, y permitía que su mente viajara a sitios a los que nunca había ido antes.

Pensó en Perry y pensó en su padre. Quizá la tragedia unía a algunas familias, pero no a la suya. Su padre nunca hablaba de lo que había ocurrido. Nunca hablaba de cosas que podían llevar a hablar de lo que había ocurrido. Había tantas cosas de las que no podían hablar, que habían dejado de hablar de prácticamente todo.

Se imaginó a su padre cuando no estaba en el colegio, sentado en la sala, con los auriculares oyendo la radio. Nunca ponía la radio para toda la habitación, ni siquiera cuando estaba solo.

Perry pasaba el tiempo delante del ordenador. Jugaba a complicados juegos fantásticos en Internet. Pasaba más tiempo tratando con extraños que con personas que conocía. Bridget a veces se olvidaba de que vivía en la misma casa que él, y por descontado, que eran mellizos.

Era una lástima. Sabía que lo era. Se preguntó si podía haberse aferrado más a ellos, a Perry y su padre. Tal vez si hubiera hecho todo lo posible, habría logrado conservar entre ellos la relación de familia y conservar en su casa el ambiente de un hogar. Por el contrario, parecía que todos salían flotando por debajo del techo, hacia la estratosfera, más y más lejos, orbitando alrededor de nada.

Lena dio vueltas por su habitación, con la cara ardiendo. Kostos estaba allí. Kostos estaba en su casa. Kostos en tres dimensiones. En persona, de carne y hueso, Kostos.

¿Era real? ¿Estaba sufriendo alucinaciones? ¿No hacía tanto calor, no?

Lo había soñado. Había soñado con él. Sus rodillas flojearon por la desilusión que provocó esa idea. Dios, cómo quería que fuese real.

Estaba igual. Estaba mucho mejor.

¡La había visto en sujetador! Ay madre.

Nadie en el mundo aparte de su madre, su hermana y sus tres mejores amigas la veían jamás sin ropa. Era una persona púdica. ¡Lo era! Ni siquiera le gustaban los probadores, a menos que tuvieran puertas que cerrasen del todo. ¡Kostos la había visto medio desnuda dos veces!

¡Kostos estaba abajo en casa de Lena! Effie lo había llevado abajo. Estaban en la cocina. Es decir, si él de verdad existía y todo aquello no era un sueño, estaban en la cocina.

¡Había ido a verla! ¡Desde tan lejos! ¿Eso qué quería decir?

¡Un momento! ¡Tenía una novia! ¿Eso qué quería decir?

Lena estaba dando vueltas en círculos tan cerrados que se estaba mareando. Enderezó el paso y se encaminó a la puerta.

«¡Oh! Vestirse. Ah, sí».

Los pantalones compartidos estaban posados en la silla de su escritorio, esperando pacientemente. ¿Acaso sabían algo? ¿Lo veían venir? Lena los ojeó suspicaz antes de subírselos. ¿Exactamente qué se proponían aquellos pantalones? ¿Iban a sumirla en la tristeza antes de hacerla feliz? No, por favor.

Se metió una camiseta blanca por la cabeza. Echó un vistazo rápido al espejo. Tenía la cara brillante de sudor. El pelo estaba sucio. Tenía un orzuelo en un ojo. Uf.

¿Y si Kostos la recordaba guapa y cuando la viera ahora pensaba: «¿Dios, qué ha pasado? ¿Para esto he venido de tan lejos?» Su rostro había hecho zarpar al menos un barco y ahora el barco iba a darse la vuelta y regresar.

¿Y si ya no estaba esperándola en la cocina? Tal vez estaba marchándose de la ciudad a toda prisa pensando: «Vaya, cómo cambian las cosas». Probablemente estaba esperando el autobús en la estación.

Desesperada, Lena se pintó con perfilador de labios. Era naranja. Su mano temblaba demasiado para seguir la línea. Quedaba horrible. Corrió al baño y se lo lavó. Se lavó también el resto de la cara, para que no estuviera tan brillante. Se recogió el pelo sucio hacia atrás en un moño.

Estupendo. Si él pensaba que se había vuelto fea, estupendo. Si eso era lo que le interesaba, entonces lo sentía. Además, ¡tenía otra novia!

Lena se miró en el espejo desalentada. Su abuela pensaba que era más guapa que la nueva novia de Kostos. ¿Qué sabía la abuela? Su abuela pensaba que Sophia Loren era lo máximo en belleza. No importaba lo que hubiera dicho la abuela; ¡Lena desde luego no era más guapa que la nueva novia de Kostos!

Lena se obligó a parar. Se forzó a tomar aire, probablemente por primera vez en los diez últimos minutos.

«Tranquila. Tranquilízate». Necesitaban silenciar la mente. «¡Cállate!», le chilló.

«Aaaah. Vale».

Kostos estaba abajo. Iría abajo. Le diría hola. Eso es lo que haría.

«Respira hondo. Vale. Tranquila.»

Lena tropezó en lo alto de la escalera y se agarró a la barandilla antes de caer todo un piso. Más inspiraciones. Entró en la cocina.

El estaba sentado a la mesa. Levantó la vista hacia ella. Estaba todavía más... de lo que era antes.

—Hola -saludó él y le dirigió una pequeña sonrisa interrogativa.

¿Le temblaba a Lena todo el cuerpo o solo se lo parecía? Sus pies descalzos estaban sudando a chorros. ¡Y si resbalaba y caía en un charco de su propio sudor de pies!

Él la miró. Ella lo miró. Se imaginó una nube de romanticismo inundando y envolviéndola con su gracia y su luz favorecedora, que le daba buenas ideas sobre lo que decir. En cualquier momento.

¡Vamos! Él era un chico, ella era una chica. Él era un chico con otra novia, pero en fin. ¿No se suponía que el destino debía tomar las riendas en ese momento?

Se quedó ahí plantada. Se quedó mirándolo fijamente.

Incluso Effie parecía preocupada por ella.

—Siéntate -ordenó a Lena.

Lena obedeció. Estaba más segura si estaba sentada.

Effie le pasó un vaso de agua. Kostos ya tenía uno.

Lena no se atrevió a tocar el vaso por si le temblaba la mano.

—Kostos va a trabajar un mes este verano en Nueva York. ¿No es increíble? -observó Effie.

El corazón de Lena se lo agradeció a su hermana. En ocasiones Effie sabía cómo cuidarla.

Lena asintió con la cabeza mientras intentaba procesar esa información. No se fiaba todavía de sus cuerdas vocales para la tarea de decir algo.

—Un viejo amigo del colegio de mi padre dirige allí una agencia de publicidad -explicó Kostos. Le respondía a Effie, pero sus ojos seguían fijos en Lena-. Me ofreció ser becario hace meses. Mi abuelo ya está mucho mejor, así que pensé que lo intentaría.

Eran demasiadas ideas para que Lena las almacenase en la mente. Deseó tener una cabeza distinta para cada idea. Primero estaba el padre de Kostos. Kostos nunca había hablado de él antes de aquello. Era tan directo y tan valiente al respecto, que a Lena le provocó una sensación dolorosa.

Luego venía lo de estar en Nueva York. ¿Por qué no se lo había dicho? ¿Lo había estado planeando antes de cortar? ¿Había influido el recuerdo de ella para algo en sus planes?

—Siempre he querido conocer Washington -prosiguió él-. He crecido con la revista Smithsonian -sonrió más para sí mismo que a ellas-. Mi abuela pensó que me conectaría con mi lado americano.

Así que no había ido a Estados Unidos a ver a Lena, evidentemente. Qué desilusión. No había ido a Washington a ver a Lena. Pero había ido a esa casa para verla. Al menos había hecho eso, ¿no? ¿O se había tropezado con el umbral de su puerta de camino al metro? ¿Iba a salir de pronto su novia de la despensa o algo así?

—Espero que no os importe, venir así sin avisar -se excusó él-. Resulta que vivís muy cerca de la casa donde estoy invitado.

«Cómo no», pensó Lena con acritud.

—Lo siento si te he pillado en... un mal momento.

Eso se lo dijo a Lena y sus ojos tenían una mirada traviesa. Incluso sexy, habría pensado ella si no supiera que a él ya no le gustaba.

—¿Dónde estás viviendo? -preguntó Effie.

—Con otra familia amiga. Ya sabéis cómo son los griegos, un amigo en cada puerto. ¿Conocéis a los Sirtis de Chevy Chase?

—Sí. También son amigos de nuestros padres -respondió Effie.

—Se han empeñado en enseñarme todo Washington, y en presentarme a todas las familias griegas de Washington, Maryland y Virginia.

Effie hizo un gesto de asentimiento.

—¿Cuánto tiempo te quedas?

—Solo hasta el domingo -respondió él.

Lena quería tirarle un plato a la cabeza. Se sentía como si fuera a llorar. ¿Por qué actuaba Kostos como si no se conocieran? ¿Como si ni siquiera fueran amigos? ¿Por qué ni siquiera la había llamado para decirle que iba? ¿Por qué había dejado ella de importarle?

A Lena le picaron las lágrimas en los ojos. Se habían besado. Kostos había dicho que la quería. Ella nunca jamás había sentido por nadie, nadie, lo que sentía por él.

«Tú cortaste con él», le recordó una voz combinación de Effie y Carmen en su mente.

«Pero eso no quería decir que tenías permiso para dejar de quererme», tuvo ganas de decirle.

¿Acaso era tan profundamente fácil de olvidar?

Tenía ganas de subir corriendo a su habitación y sacar todas las cartas de su bolsa de zapatos y restregárselas por la cara. «¿Ves?», le gritaría. «¡No soy una desconocida!»

Kostos se levantó.

—Me tengo que ir. Debo estar en la National Gallery antes de que cierre.

Lena cayó en la cuenta de que todavía no había dicho una palabra.

—Bueno, ha sido genial verte -aseguró Effie.

Miraba a Lena con lástima, como diciendo: «¿Cómo puedes ser tan colgada?»

Las dos chicas lo siguieron hasta la puerta principal.

—Cuidaos -dijo él.

Estaba mirando a Lena.

Ella lo miró con pura desesperación. Sentía que sus ojos le parpadeaban desde las profundidades de la cabeza. Habían pasado meses separados, echándose de menos el uno al otro, deseando fervientemente una carta, una llamada o una foto y ahora estaba allí, lo bastante cerca para poder besarle, tan desgarradoramente guapo, y ¿se iba a marchar así y no verla nunca más?

Él se dio la vuelta. Salió por la puerta. Avanzó por el camino que llevaba a la casa. Se marchaba de verdad. Se giró una vez para mirarla.

Ella corrió tras él. Puso su mano en la suya. Dejó que le cayeran las lágrimas; no le importaba que las viese.

—No te vayas -le rogó-. Por favor.

En realidad no lo hizo. Subió corriendo a su habitación y se echó a llorar.

Por favor, concédeme una segunda gracia. Nick Drake

Tibby no podía soportar otra hora en su habitación. Habían pasado casi veinticuatro insoportables horas desde que había vuelto tarde de Washington la noche anterior. Odiaba esa habitación. Odiaba todo lo que había pensado y sentido y hecho en ella. No era capaz de irse a la cama. No tenía un sitio seguro donde estar y el peor era su propia mente, en la que su conciencia había derrocado al gobierno habitual. Sermoneaba y arengaba a Tibby, y no se quería callar, por muy cruelmente que ella le amenazase.

Desesperada se metió en el coche y fue conduciendo hasta Washington. Ni siquiera sabía dónde se dirigía hasta que apareció en el supermercado de MacArthur Boulevard.

Se encontraba a medianoche en la caja con un manojo de claveles naranjas de aspecto patético. Pero entonces su conciencia también rebatió aquello. Las flores se morirían, y de cualquier manera, a ninguna de las dos les gustaban mucho las flores. Entonces tuvo una inspiración. Había una cosa que les encantaba a ambas.

Tibby fue al pasillo de los cereales y encontró una caja amarillo brillante de cereales con frambuesas.

Aparcó al pie del cementerio y subió por los caminos y siguió las pequeñas colinas esculpidas con su bolsa de plástico en la mano. El suelo estaba blando y sus zapatos se hundían en la tierra. Le produjo desasosiego. Se detuvo a quitárselos. Mejor pisar descalza y con delicadeza sobre la hierba.

Habían puesto la lápida de Bailey después de su última visita al cementerio.

Tibby apoyó la caja amarilla de cereales en el mármol gris. No, los colores resultaban demasiado chillones para un cementerio. Abrió la caja y sacó la bolsa. Eso, así estaba mejor. Guardó después la caja vacía otra vez en la bolsa de plástico.

Se quedó un poco preocupada por algo al examinar la lápida. Sacó un rotulador de su bolso y por detrás de la piedra, muy muy pequeño, escribió MIMI con clara letra mayúscula. No quería que Bailey estuviera sola ahí dentro, ni que Mimi quedase sin identificar por completo.

Se tumbó en la hierba. Su ropa se estaba empapando, pero no le importaba. Briznas de hierba recién cortada cubrían sus pies descalzos y mojados. Se giró para apoyar la mejilla en el suelo.

—Hola -susurró.

Sus lágrimas calaban la tierra. Pensó que le gustaría que el resto de ella también se calase con las lágrimas.

«¿Se está mejor ahí arriba?», quiso preguntar.

¿Cómo se había permitido Tibby alejarse tanto? ¿Dónde había estado? Toda su vida desde que Bailey había muerto le parecía de pronto como el vagabundeo lejano de un amnésico, lleno de confusión y olvido.

Alargó un brazo y tocó la lápida fría con la punta de tres dedos.

«Recuérdamelo», tuvo que pedir. «No sé lo que debo hacer».

Su oído estaba apretado contra el suelo junto con su mejilla. Entonces escuchó.

—Lenny, tú cortaste con él -observó Bridget amablemente, después de escuchar pacientemente la avalancha de tribulaciones de Lena, a pesar de que era medianoche.

—Pero yo no me he olvidado de él -gimió Lena al teléfono.

Bi se quedó callada un momento.

—Len -dijo tan suavemente como le fue posible-. Cortar con alguien es un poco como olvidarse de él. Estás diciendo que ya no quieres estar con él.

—Pero quizá yo no lo decía en ese sentido -objetó Lena llorosa.

—Pero quizá él lo entendió así -respondió Bi.

—Pues no tenía por qué ir y buscarse una nueva novia -replicó Lena acusadora.

Bridget reprimió un suspiro.

—Tú cortaste con él. Vi tu carta. El tiene permiso para buscarse una novia después de eso. Es justo -su voz se suavizó de nuevo-. Sé que estás muy triste y lo siento, pero tienes que pensar cómo se ve esto desde su punto de vista.

—¿Qué puedo hacer? -preguntó Lena.

Tenía que hacer algo. Se sentía tan desesperada que ni siquiera soportaba estar en su propia piel. Hubiera preferido atizarse en la cabeza con su carpeta de historia que sentir lo que estaba sintiendo.

Por eso había cortado con él. Para no tener que soportar todo eso. Ese deseo y anhelo y no estar con él. ¿Por qué había salido tan mal?

—¿Lena? Sí

— ¿Todavía estás ahí? — Sí.

— ¿Sabes lo que tienes que hacer? — No -mintió ella. — Piénsalo un momento.

Lena lo pensó. Sí lo sabía. Pero no lo podía admitir, porque entonces quizá tendría que hacerlo. — No puedo -dijo apenada.

— Vale -respondió Bi.

— Mamá -Tibby tocó el hombro de su madre-. ¿Mamá?

Alice abrió los ojos. Estaba desorientada. Eran las tres de la mañana. Se sentó en la cama.

Ante los ojos dubitativos de Tibby, su madre instintivamente llevó las manos al rostro triste de su hija. Los ojos de Alice estaban llenos de preocupación porque Tibby no estaba donde se suponía que debía estar. Alice recordó que quería a Tibby antes de recordar lo enfadada que estaba con ella.

Torpemente Tibby la rodeó con los brazos. Sus sollozos eran secos y silenciosos. «Acéptame de nuevo», quería decir. «Déjame ser tu niña otra vez».

La noche de la pelea, Carmen se quedó sentada durante muchas horas a oscuras en su habitación. Una de esas horas, pudo oír una tensa conversación susurrada procedente de la habitación de su madre. Carmen supo que Christina estaba hablando con David. Había vertido gasolina alrededor de la tierna relación de su madre y la llamada de teléfono perdida había resultado la cerilla encendida. Carmen escuchó con espantosa satisfacción culpable cómo la desesperada y desgarrada de Christina cortaba con un confuso y luchador David. Pudo escuchar la sensación claramente, incluso sin oír las palabras concretas.

Más tarde esa misma noche, cuando Carmen fue a buscar un vaso de zumo de naranja, no pudo evitar echar un vistazo a la habitación de su madre. Carmen desvió la mirada rápidamente, pero había visto la cara de Christina surcada de lágrimas y sus ojos hinchados.

El día siguiente, lunes, su madre volvió directamente a casa del trabajo y preparó un pollo asado. Ella y Carmen comieron prácticamente en silencio.

El martes por la noche Christina alegó que tenía dolor de cabeza y se quedó en su habitación. Carmen hizo una incursión a la cocina para buscar helado y se fijó que uno de los tarros de helado había desaparecido.

El miércoles por la noche Carmen fue a casa de Tibby, sintiéndose culpable por dejar a su madre sola en casa. Cuando regresó Carmen oyó las risas enlatadas de una reposición de Friends a través de la pared de la habitación de su madre.

David no había llamado y al parecer Christina no lo había vuelto a llamar. Por lo que podía deducir, de verdad habían terminado.

Carmen había querido destruir la relación y lo había conseguido.

Oh, Bi:

¿Recuerdas el verano pasado, lo furiosa que estaba con mi padre y con Lydía, y como mi ira crecía tanto que intenté que cayeran todos conmigo? ¿Lo recuerdas?

Buena, ¿sabías que hay dos tipos de personas en el mundo? Está el tipo que aprende de sus errores y el que no. Adivina de qué tipo soy yo.

Ya sé que siempre encuentras de quererme, a pesar de lo horrible que soy. Espero ya haber agotado las oportunidades.

Con cariño y desesperación!,

Carmen.

El sábado Bridget fue a correr por la mañana antes del partido de fútbol. Había recorrido seis kilómetros. Lentos, pero seguro. Cuando llegó al campo estaba sudorosa y pegajosa, pero contenta, con aquella felicidad que solo le producía correr.

Ocupó su sitio habitual en la banda. Billy la buscó. Se relajó al verla allí. Bridget notó que pasó cerca de ella en el primer cuarto, por si acaso tenía algo que decir. Ella solo le saludó.

Al final del primer tiempo, Burgess iba perdiendo por un gol. Billy se acercó tranquilamente.

— ¿Qué te parece? -preguntó.

A ella le divertía aquello.

— Creo que vuestro centrocampista es un desastre -respondió.

Billy parecía alarmado.

— ¿En serio?

— Sí, sí.

— ¿Por qué?

– Si Corey no puede centrar el balón, dile que se dedique al tenis.

Billy desapareció un momento y regresó con Corey. Dio un pequeño empujón a Corey hacia Bridget.

– Escúchala -ordenó Billy.

– Corey.

– Sí.

– Centra. Centra el balón. Tienes buen dominio, pero chutando a puerta no vales nada.

La indignación invadió el semblante de Corey.

Billy estaba serio.

– Tiene razón -proclamó.

Sonó el silbato y Billy arrastró a Corey de vuelta al partido. Ella advirtió enseguida que Corey comenzó a pasar el balón.

Aquello era algo que a Bridget le encantaba de los chicos. Se tomaban bien los insultos.

Burgess ganó 2-1 y hubo las celebraciones habituales en el campo después del silbato final. Bridget coreó y chilló, sumándose a ellos. Todos los chicos del instituto se agruparon para salir después. Corey ya estaba besándose con su novia junto a la portería. Billy se acercó hasta ella Bridget.

– ¿Quieres venir con nosotros?

Bridget lo consideró. Estaba bien que preguntase, pero no lo había preguntado de una manera que le apeteciera ir. Lo había preguntado de una manera que le daba a entender que estaba agradecido. Entre agradecido e interesado había un abismo.

– No. Gracias de todas formas -respondió ella.

Por el contrario, fue paseando hasta la carretera 65. Una pandilla del instituto la adelantó. Estaban apretujados en un descapotable y ella andaba sola por el arcén. Sabía cómo quedaba ante ellos y no le importaba. Algunas chicas no soportaban estar solas. Bridget era diferente. Iba al cine, a restaurantes, incluso a fiestas, sola. Quería a sus tres amigas más que a nada en el mundo, pero prefería estar sola que pegarse a gente cuando le apetecía.

Cuando llegó al supermercado compró un montón de cosas, lo más importante: un balón de fútbol. Hizo autostop a la vuelta, se bajó en los juzgados y comprobó

que sus pies la desviaban hacia el campo de fútbol otra vez. Ya había oscurecido, pero unas cuantas luces potentes iluminaban tres zonas de césped.

Con un revoltijo de emociones en el pecho, sacó el balón de su caja y lo olió. Tenía lágrimas en los ojos. Lo dejó caer al suelo. Le encantaba cuando estaba limpio y brillante, pero también le encantaba polvoriento.

Había abandonado el fútbol el pasado mes de noviembre porque no quería que la gente siguiera contando con ella. No quería más que dormir. Durante todo el otoño e invierno había observado cómo sus antiguas compañeras de equipo y prácticamente todos los relacionados con el departamento de deportes en el colegio la miraban en los pasillos como si ella misma se hubiera amputado las piernas.

Pero amaba el fútbol. Lo amaba en cada uno de sus músculos. Lo había echado de menos profunda y dolorosamente. Su cuerpo necesitaba estar en movimiento. Era una persona ávida de actividad.

Había soñado con volver a poner el pie en contacto con el balón. Patada. Allá iba. Giraba suavemente. Le dio otra patada. Una nube de polvo se elevó del suelo. Su corazón galopaba alocadamente. Corrió para seguir su paso. Controlar, correr, controlar. Dejó que los hexágonos y pentágonos borrosos la hipnotizaran. Aquello estaba bien, eso nada más. No necesitaba ningún partido ni entrenadores ni público animando ni reclutadores de la universidad. Solo necesitaba aquello.

—Hace tres días que no se ha levantado de la cama -dijo Carmen sorbiendo su café con leche-. Me siento fatal. Quiero que pueda contar conmigo, pero ni siquiera me mira.

Tibby estaba escuchando, pero no estaba escuchando como Carmen hubiese deseado. No estaba asintiendo y animándola a seguir. Estaba sentada muy callada, desgajando su cruasán con los dedos.

Por fin levantó la vista.

—¿Carma?

-¿Sí?

—¿Se lo has dicho ya a tu madre?

Carmen removi6 su café.

—¿Decirle el qué?

—Que David llamó el domingo.

Carmen se quedó sorprendida. Ya había confesado su remordimiento por aquello.

—No.

—¿Crees que... lo vas a hacer?

—¿Decírselo?

—Sí.

Carmen echó una ojeada hacia la carta sobre un gran tablón, intentando cambiar de tema.

Tibby la miraba directamente.

—¿Oye, Carma?

-¿Eh?

Carmen estaba considerando la diferencia de precio entre un café con leche grande, supergrande y magnífico. Y de todas formas, ¿por qué ya nadie llamaba pequeño a nada? Cuando uno pedía un café con leche, si lo pedía pequeño, la cajera miraba como si uno fuera deficiente. «¿Quieres decir grande?», corregía condescendiente. ¡Pequeño es un término relativo, quería gritarles Carmen.

—¿Carma?

-¿Eh?

La cara de Tibby mostraba un interés tan inusual que Carmen supo que debía prestarle atención.

—Quizá deberías decírselo. No lo arreglará todo, pero puede que se anime.

—¿Que se anime, quién? -soltó Carmen suspicaz.

—Ella. Tú. Ambas -respondió Tibby cautelosa.

La boca de Carmen se abrió antes de que pudiera pararla.

—Ni que tú fueras la experta en relaciones madre-hija -escupió.

Tibby bajó la vista hasta la pila de migas que había sido su cruasán. Parecía que las facciones se encogían en su cara.

—No lo soy. Para nada. Evidentemente.

—Lo siento, Tib -dijo Carmen reflexionando y se cubrió la cara con las manos.

Tibby ya estaba deprimida. Su expresión era frágil y sus facciones resultaban delicadas en su pecosa cara. Carmen se odió por entristecer a Tibby todavía más.

—No pasa nada -Tibby se levantó-. Tienes razón -barrió las migas de la mesa con la mano-. Me tengo que ir. Dije a mi madre que recogería a Nicky después de su clase de natación.

Carmen también se levantó. Deseaba que aquella conversación hubiera terminado de forma diferente.

—¿Cuándo vuelves a Williamston?

Tibby se encogió de hombros.

—En un par de días.

—Llámame luego, ¿vale?

Tibby hizo un gesto afirmativo.

—Por favor no estés enfadada conmigo -suplicó Carmen.

—No lo estoy -Tibby ofreció una sonrisa. Era débil, pero no era falsa-. En serio. No lo estoy.

Carmen asintió con la cabeza, aliviada.

—Pero Carma...

-¿Sí?

—Deberías hablar con tu madre.

Carmen sintió ganas de llorar mientras observaba a Tibby salir por la puerta y cruzar el parking. Sabía que una amiga peor habría hecho que se sintiera mejor.

El poder corrompe. El poder absoluto tiene bastante atractivo. John Lehman

Carmen estaba fatal. Tibby estaba fatal. Lena estaba peor que fatal. Carmen reflexionó sobre eso mientras caminaba hacia el Burger King. La única que se escapaba de estar fatal en ese momento era Bridget, que solía llevarse la palma de fatalidades. Aquel se estaba perfilando como un verano extraño.

Carmen tenía el día libre, así que se pasó la hora de la comida de Lena sentada con ella en el parking de detrás de la tienda. Bueno, Carmen fue la que estuvo sentada principalmente, mientras Lena daba vueltas obsesionada.

Carmen abrió la puerta y disfrutó de la ola de aire frío de la tienda. Mientras se adaptaba a la luz, Carmen guiñó los ojos para observar a una chica rubia de pie en el mostrador. Quizá era porque sabía que estaba Kostos en la ciudad, pero Carmen no se podía librar de la sensación de ver visiones de gente que conocía. En la acera, en el vestíbulo de su edificio, fuera de la tienda de Lena.

Carmen avanzó hacia el mostrador al tiempo que estudiaba la espalda de la chica rubia. Llevaba vaqueros cortos deshilachados y el pelo rizado de permanente, y estaba contando el cambio. «Imposible», se dijo Carmen. No podía ser.

Y, sin embargo, mientras Carmen pedía patatas fritas no podía dejar de mirar hacia la chica. No podía ser quien se imaginaba que era, porque la chica en la que pensaba Carmen no llevaba el pelo permanentado y nunca se hubiera puestos unos pantalones cortos como aquellos. Y además, vivía en Carolina del Sur.

Aun así Carmen esperó impacientemente a que la chica se diera la vuelta. Estaba tardando tanto en contar el cambio que realmente podía ser ella, consideró Carmen.

Por fin, la chica se dio la vuelta y miró de frente a Carmen. Después de un momento de sorpresa, su cara se iluminó.

—Dios mío -musitó Carmen.

La chica se acercó deprisa, con su refresco y una bolsa de viaje colgada al hombro.

—¡Carmen!

Carmen se quedó paralizada. Aparentemente Kostos no era el único fantasma del verano pasado que había regresado.

— ¿Krista?

Krista parecía emocionada y a la vez cohibida.

— No me lo puedo creer.

— ¿Qué haces aquí?

— Venía a buscarte -respondió Krista. Rebuscó en el bolsillo delantero de sus pantalones cortos y con algo de esfuerzo sacó un pedazo de papel arrugado-. He llamado a tu casa hace unos minutos, pero nadie respondía.

En el trozo de papel Krista había escrito la dirección y el teléfono de Carmen.

— Vaya... ¿de verdad? Bueno... -Carmen quería preguntar el porqué sin parecer maleducada-. ¿Estás aquí con... amigos?

A Carmen le fascinaba el lápiz de ojos y los pantalones cortos y la pequeña camiseta de tirantes roja.

Tenía que ser Krista, pero Carmen no lograba creer que fuera Krista.

— No. Solo yo.

— Ah -dijo Carmen.

Lo único que permanecía igual, que convencía a Carmen de que aquella chica era de hecho Krista y no una impostora, era el collar de cuentas.

Carmen pagó sus patatas de prisa.

— ¿Quieres... sentarte un momento? -preguntó mientras se dirigía a una mesa.

Por mucho que fuera una fugitiva, Krista no podía olvidar sus modales aunque quisiera. Se quedó de pie junto a su silla hasta que Carmen se sentó.

— ¿Eh, está tu madre en la ciudad? -preguntó Carmen.

Le daría al misterio una dimensión totalmente distinta el hecho de que Lydia y posiblemente su padre estuvieran en la ciudad sin ni siquiera haber llamado a Carmen.

El semblante de Krista se ensombreció ligeramente.

— No -carraspeó-. En realidad me he escapado de ella.

Carmen sintió que sus cejas salían disparadas hacia arriba.

— ¿De verdad? ¿Por qué?

Krista miró alrededor por si acaso alguien podía oír.

– Mi madre me ha estado fastidiando, por eso.

Carmen se quedó atónita y no intentó disimularlo.

– ¿Sabe ella que estás aquí? -preguntó despacio, como si estuviera hablando con Jesse Morgan.

– No.

Krista tenía una mirada atemorizada y, sin embargo, victoriosa.

– Krista -Carmen la estaba mirando fijamente-. ¿Va todo bien? Estás muy... diferente.

Krista jugueteó con el papel de su pajita.

– He querido ir a mi rollo este año y mi madre monta un drama por todo.

Carmen asintió con la cabeza tontamente.

– Me acordé de cómo te marchaste a Washington el verano pasado sin decírselo a nadie. Eso es lo que me dio la idea.

Carmen se puso las manos sobre el regazo para que Krista no advirtiera que hurgaba los pellejos alrededor de la uña del pulgar.

– Pero yo vivo en Washington.

Krista hizo un gesto afirmativo, mientras una mirada dubitativa le invadía los ojos.

– Por eso he venido. Esperaba que a lo mejor me podía quedar contigo un tiempo.

Carmen pensó que podía explotar.

– ¿Quieres quedarte con mi madre y conmigo?

Se preguntó si Krista se habría parado a pensar que Christina era la ex mujer de su padrastro.

Krista asintió con un gesto.

– Si no os importa. Siento no haber llamado antes -bajó la cabeza ligeramente-. Debía haberlo hecho.

– No, no. No pasa nada. No te preocupes -Carmen se sorprendió a sí misma al tocar la muñeca de Krista para tranquilizarla-. Te puedes quedar con nosotras unos días.

Krista señaló el lóbulo de su oreja. Estaba rojo e hinchado.

— Me hice dos agujeros y a mi madre le dio un ataque. Eso fue parte de la pelea que me hizo venir hasta aquí.

Carmen distraídamente palpó los dos agujeros en su oreja.

— Krista, ¿has hablado con Paul?

Los ojos azules de Krista parecían redondos dentro del círculo de lápiz de ojos. Sacudió la cabeza.

— ¿Alguien sabe que estás aquí?

— No. Y por favor no se lo digas -respondió seria.

Krista todavía hablaba con tono interrogante y aquello minaba el ímpetu de su rebelión.

Carmen tragó saliva. ¿Cómo podía no decírselo a Paul? Se puso de pie.

— Quizá deberíamos marcharnos -dijo.

Cogió la bolsa llena de patatas fritas que había comprado como sorpresa para su madre y le hizo un gesto a Krista para que la siguiera.

Su casa estaba a solo dos manzanas. Mientras subía en el ascensor, Carmen se preguntó qué diría su madre herida cuando le presentase a la hija de la mujer de su ex marido y mencionase que quizá se quedaría un tiempo con ellas.

Alarmada Carmen:

Tú nunca nunca nunca, jamás de los jamases, te quedarás sin oportunidades. ¿Acaso no lo sabes?

Tienes razón. Hay dos tipos de personas en el mundo. El tipo que divide el mundo en dos tipos de personas y el tipo que no lo hace.

Con cariño siempre, no importa lo que hagas,

Cuando Tibby tenía once años, el año que murió la madre de Bridget, se le ocurrió la idea secreta de que su familia podía adoptar a Bridget. A su manera de once años, Tibby había percibido que el señor Vreeland se había vuelto demasiado retraído para seguir ocupándose de su hija. El hermano de Bi, Perry, apenas salía de su habitación, satisfecho con sus juegos en el ordenador. Bi era tan bulliciosa y entusiasta, mientras su casa estaba quieta y vacía. Tibby había sufrido mucho por su amiga.

En su corazón de once años Tibby sabía que era una hermana para Lena, Carmen y Bi, pero ansiaba ser también una hermana oficial. Había razonado que Carmen vivía solo con su madre y que Lena ya tenía una hermana, lo cual quería decir que la suya era la familia para Bridget. Había hecho un minucioso dibujo de cómo quedaría su habitación con dos camas y dos cómodas y dos escritorios.

Tibby recordaba lo lejos y extenso que había permitido que vagase su imaginación. Había hecho planes para compartir su paga. Benevolentemente había determinado que Bi no debería hacer ninguna tarea en casa el primer año y después podían repartírselas. Imaginaba a sus padres, en especial a su padre, animando a Bridget en sus partidos de fútbol. Se preguntaba si Bi alguna vez se llamaría Bi Rollins, y si alguna vez un extraño vería a Tibby y a Bi comiendo en un restaurante con sus padres y pensaría que se parecían.

Cuando Tibby tenía trece años su madre se había quedado embarazada y Tibby se había convertido efectivamente en hermana oficial. Se convirtió otra vez en hermana oficial cuando cumplió quince años. A Tibby siempre le había parecido que aquel era un caso en el que Dios escuchaba tus plegarias y las tomaba un poco demasiado al pie de la letra.

Por alguna razón, Tibby se había llevado el viejo dibujo de su habitación a Williamston. De hecho, lo primero que hizo cuando abrió la puerta de su cuarto fue apoyar el dibujo sobre la cómoda, delante del espejo. Escudriñó el diminuto rectángulo que había dibujado para representar la jaula de Mimi. Recordaba haberla dibujado a una distancia igual de las dos camas, para que Bi también pudiera disfrutar de Mimi y no tuviera envidia.

Se preguntó qué pensaría Alex si viera ese dibujo. ¿Qué pensaría si le dijera que había estado profundamente encariñada con su hámster hasta que había muerto cuando ella tenía casi dieciséis años?

¿Qué pensaría Bailey de Alex?

Sabía lo que pensaría Bailey de Alex. Si lo intentaba, podía ver a través de los ojos de Bailey, y era como poner un espejo ante el mundo. Bailey sabría que Alex era un fantasma y no le dedicaría ni un pensamiento. Había tantos otros personajes genuinos ahí fuera, personas en las que Bailey sí querría pensar.

Eso le hizo a Tibby acordarse de Vanessa. Sacó de la maleta otra de las cosas que se había llevado de casa. Era una bolsa transparente llena de gominolas de animales: serpientes, monos, salamandras, tortugas, peces. Se la había dado Nicky. Tibby calculó que había aproximadamente un animal azucarado por cada comentario cruel de Maura sobre Vanessa, cada comentario sin gracia que Tibby obedientemente había reído con ellos.

Cuidadosamente Tibby ató un lazo verde alrededor de la parte de arriba. Usó el filo de las tijeras de su escritorio para hacer que las puntas se enroscaran. Adjuntó una nota breve. Gracias por ser una monitora genial, escribió con buena letra y sin firmar. Lo dejó fuera de la habitación de Vanessa. Llamó a la puerta y se retiró deprisa antes de que Vanessa la viera.

Era realmente una tontería, pero al menos Tibby estaba haciendo el tipo de tontería de la que se podía sentir satisfecha.

—Paul, coge el teléfono -ordenó Carmen tras la puerta cerrada de su habitación.

Probablemente no habría bramado al contestador de aquella forma si lo estuviera llamado a casa, a casa de su padre y su madrastra en Charleston. Pero Paul se iba a quedar en la universidad la mayor parte del verano, recibiendo clases extra y jugando al fútbol.

—Oye, compañero de habitación de Paul. Oye, tú. Coge el teléfono. Por favor.

No hubo respuesta. La gente de las residencias universitarias parecía que nunca estaba en casa.

Colgó y mandó un mail.

Paul. ¡Oye! Llámame enseguida. ¡Ahora mismo!

Apretó el botón de Enviar.

Llegó de puntillas hasta la puerta y la abrió sin hacer ruido. Krista todavía estaba dormida.

Parecía que escaparse de casa le sentaba bien. Cuando Carmen se escapó había dormido de forma irregular y en arrebatos cortos. Había tenido un dolor de estómago constante. Krista parecía repleta de apetito. Carmen le había ofrecido una patata frita de la bolsa que había pensado dar a su madre y Krista agradecida se había comido la bolsa entera. Luego se había dormido menos de cinco minutos después de caer en el sofá cama. Hacía más de dos horas que no se había movido.

Carmen estaba a la mitad de la revista CosmoGIRL! cuando por fin sonó el teléfono. Saltó antes de un cuarto de llamada.

-¿Diga?

—¿Carmen?

Incluso en una emergencia la voz de Paul llegaba despacio.

—Paul. ¡Paul! -susurró-. ¿Sabes quién está durmiendo en mi sofá cama en este mismo instante?

Paul se quedó callado. Era la persona equivocada para jugar a las adivinanzas.

—No -dijo finalmente.

La información era demasiado absurda para soltarla sin crear expectación, ¿pero qué opción tenía?

—¡Krista!

Tardó un poco en asimilarlo.

—¿Por qué?

—¡Se ha escapado!

—¿Por qué?

Paul no sonaba lo bastante sorprendido.

—Parece que no se ha llevado muy bien con tu madre últimamente. Se pelearon. No lo sé. Se hizo agujeros en las orejas o algo así -Carmen hizo una pausa-. ¿Has... visto a tu hermana recientemente?

—En abril.

—Tiene un aspecto muy... diferente del verano pasado. ¿No crees?

—¿En qué sentido?

—Uf, no sé... maquillaje, el pelo diferente, ropa diferente. Ya sabes.

—Está intentando ser como tú.

A Carmen le dio la impresión de que sus pulmones encogían. No había suficiente aire para hacer las palabras.

Ese era su Paul. Decía una palabra por cada mil de Carmen, pero lograba que todas contasen.

Carmen no sabía a qué significado implícito responder. Cuando logró algo de aire en los pulmones, escogió lo evidente.

—¿Estás diciendo que visto como una fulana?

—No.

Paul a menudo se quedaba desconcertado por la manera que ella interpretaba sus palabras.

— Bu... bueno -balbuceó Carmen. Tal vez fuera mejor una táctica distinta-. ¿Por qué crees que está intentando ser como yo?

— Te admira.

— ¡Venga ya! ¿En serio?

Carmen lo dijo más alto de lo que pretendía. Oyó que sus palabras retumbaban en el salón.

— Sí.

— ¿Por qué?

Carmen tuvo que preguntarlo, aunque sabía que Paul era una persona nefasta para sonsacarle un halago.

Él hizo una larga pausa.

— No lo sé.

«Genial. Gracias».

— Bueno, ¿qué puedo hacer? -susurró Carmen.

Oyó pasos. Tenía que colgar. Carmen no podía permitir que Krista supiera que le había traicionado a la primera oportunidad.

— ¡No le puedo decir que te lo he contado! -añadió Carmen-. Prometí no decírselo a nadie.

— Deja que se quede contigo unos días -sugirió Paul-. Yo iré pronto.

— Está despierta. Me tengo que ir. Adiós.

Carmen colgó justo cuando Krista llamó a su puerta.

— Hola -dijo Krista débilmente, con el dibujo de la manta impreso en su mejilla.

Cualquier rastro de valentía que le había llevado hasta allí se estaba desvaneciendo.

Carmen de repente sintió ternura hacia Krista. Tal vez solo era porque tenía una tremenda debilidad por los aduladores.

Al fijarse un momento, Carmen vio que el peinado nuevo de Krista era una aproximación verdaderamente triste de su propio pelo ondulado. Mientras el pelo de Carmen era abundante y oscuro, el de Krista era rubio y escaso. El pelo de Krista era bonito tal cual, pero no aguantaba una permanente. Los vaqueros cortados de Krista eran muy similares a un par que había llevado Carmen el

verano anterior en Charleston, pero su efecto sobre las piernas como palos de Krista de color blanco azulado era radicalmente diferente. El lápiz de ojos negro que usaba Carmen a menudo se fundía con sus pestañas oscuras, pero hacía que Krista se pareciera vagamente a una drogadicta.

— ¿Puedo? -preguntó Krista, que vacilaba en la puerta.

Una drogadicta muy educada.

— Claro. Pasa -Carmen le hizo un gesto hacia adentro-. ¿Has dormido bien?

Krista asintió con la cabeza.

— Gracias. ¿Qué hora es? -preguntó.

Carmen se volvió hacia su radio despertador.

— Las cinco y media. Mi madre llegará a casa dentro de un rato.

Krista volvió a asentir. Parecía indecisa tras la siesta.

— ¿Crees que esto le parecerá bien?

— ¿«Esto» quiere decir tú?

Krista hizo un gesto afirmativo. Sus ojos se agrandaron como lo hacían el verano anterior siempre que Carmen soltaba un taco.

— Sí. No te preocupes -Carmen la llevó a la cocina y sirvió un vaso de zumo de naranja para cada una-. Bueno... eh. ¿No te gustaría no sé... llamar a tu madre?

— Preferiría no hacerlo -Krista sacudió la cabeza-. Estará furiosa conmigo.

— Probablemente el enfado ya esté muy superado. Seguro que ahora está muy preocupada. ¿Sabes? Podrías decirle solo que te encuentras bien.

Krista parecía parcialmente convencida. Carmen recordaba que se dejaba influir.

— Quizá la... llame mañana.

Carmen asintió. Lo entendía. Si uno se plantaba, debía aguantar veinticuatro horas, por lo menos.

Krista se bebió el zumo en silencio durante un rato.

— ¿Así que has tenido una buena pelea con tu madre, eh? -preguntó Carmen, con voz dulce.

Krista hizo un gesto de asentimiento.

—Últimamente nos peleamos mucho. Dice que soy una maleducada. Odia toda la ropa que me pongo. No soporta cuando levanto la voz -Krista se colocó un fosco mechón rubio detrás de la oreja. Carmen se quedó atónita al escuchar un fondo endurecido de ira en la voz de Krista-. Quiere todo callado y perfecto en su casa. Ya no me apetece ser llamada y perfecta.

Carmen sabía que había dejado un rastro de veneno en el pequeño mundo ordenado de Lydia el verano anterior, pero no sabía que Krista se lo estaba tragando.

—No te culpo -respondió Carmen.

Krista tocó el borde de su vaso de zumo de naranja. Saltaba a la vista que ansiaba hacerle confidencias a Carmen.

—Si actúo como ella quiere que actúe, soy invisible -su voz sonaba quejumbrosa-. Si actúo como yo quiero, dice que le estoy arruinando la vida.

Aparentemente Krista escrutaba el rostro de Carmen en busca de sabiduría de algún tipo.

—¿Tú qué harías?

Carmen consideró la posición de responsabilidad a la que le habían elevado.

¿Qué haría ella? ¿Qué haría ella, Carmen?

Quejarse, resistir, protestar. Tirar piedras por la ventana de la casa de su padre y su madrastra. Escaparse como una cobarde. Atormentar a su madre. Actuar como una niñata egoísta. Destrozar la felicidad de Christina.

Carmen abrió la boca para intentar dar algún consejo. La volvió a cerrar.

Había una palabra para ello. Empezaba con h. No solo indicaba que eras un tremendo desperdicio como persona, sino de alguna manera también parecía indicar que eras desagradable.

¿Qué era?

Ah, sí. Hipócrita.

Nada le quita el sabor a la mantequilla de cacahuete como el amor no correspondido. Charlie Brown

Tibby depositó la pila de CDs sobre el mostrador.

—No era ninguno de estos -dijo-. El que estoy buscando, no es solo de piano. Tiene también otros instrumentos.

El hombre hizo un gesto afirmativo. Tenía unos cuarenta y tantos, calculó Tibby. Llevaba mocasines en los pies y tenía el corte de pelo de una persona a la que no le importa su pelo.

—¿Piano y otros instrumentos? -preguntó él.

—Era un concierto.

Los ojos de Tibby se iluminaron.

—Sí. Creo que tienes razón.

—¿Estás segura de que es de Beethoven?

—Creo que sí.

—Crees que sí.

Por su aspecto parecía que él necesitaba una taza de café.

—Prácticamente segura del todo -añadió ella de prisa.

—Vale, pues, si es de Beethoven, hay cinco. Probablemente el más conocido es *El emperador* -explicó él pacientemente.

Tibby estaba agradecida. Aquel hombre ya había dedicado buena parte de su tiempo a su problema.

Afortunadamente no había mucho que hacer sección de música clásica a las diez cuarenta la mañana.

—¿Lo puedo escuchar?

—Tengo una copia para escuchar por algún sitio. Puede que tarde unos minutos en encontrarla. ¿Quieres volver más tarde?

El hombre parecía esperanzado.

Tibby no quería volver más tarde. Lo necesitaba ya

– ¿Puedo esperar? Lo necesito urgentemente.

Disponía de nueve días y tenía tanto, tantísimo trabajo que hacer. Observó cómo buscaba demasiado despacio.

– ¿Puedo ayudar a buscar?

De mala gana él le permitió pasar detrás del mostrador y buscar en una caja.

– Aquí -dijo el hombre por fin, triunfante un CD.

– ¡Bien! -exclamó ella.

Lo agarró y corrió al poste con auriculares para escuchar. Lo supo tras solo unos segundos.

– ¡Es este! -prácticamente chilló.

– ¡Estupendo! -respondió él, casi tan emocionado como ella.

Tibby tenía ganas de darle un abrazo.

– Gracias. Muchísimas gracias.

– De nada -respondió él alegremente -. Rara vez tengo una emergencia en este trabajo.

De vuelta en su habitación de la residencia frente al ordenador. En una mano estaba el DVD con todas las preciadas imágenes de vídeo que había sacado de su equipo de casa. En la otra estaba el concierto para piano *El emperador*.

Metió el CD en la ranura y clavó los ojos en la pantalla en blanco. Dejó que sonara por encima y a su alrededor. No se movió. Aún no podía. Puso la mano sobre el DVD y la retiró otra vez.

Era difícil. No había vuelto a ver nada de aquello desde el verano pasado. Miles de veces se había intentado justificar pensando que no estaba preparada. Pero quizá nunca fuera a estar preparada. Quizá simplemente debía forzarse a hacerlo.

Sacó el DVD de su caja de plástico. Lo dejó sobre el escritorio. La música se precipitaba y remontaba. Su corazón latía veloz.

Llamaron a la puerta. Su cabeza subió de golpe. Bajó la música. Carraspeó.

– ¿Sí? -le salió oxidado.

Se abrió la puerta. Era Alex.

—¿Qué tal? -saludó. Su cara parecía más indecisa que nunca-. Has vuelto. ¿Dónde has estado?

Tibby pateó la pared bajo el escritorio.

—Tuve que irme a casa unos días y ocuparme de un par de cosas.

Él asintió con la cabeza. Hizo un gesto hacia el ordenador.

—¿Estás trabajando en la película?

Ella lo consideró.

—No en la que estás pensando. No en la de mi madre.

-¿No?

—Ya no voy a hacer esa.

Había querido tirar la película al váter, pero se había obligado a conservarla como castigo.

—¿Qué vas a hacer como proyecto?

—Estoy haciendo una película nueva.

—¿Estás empezando una nueva? ¿Ahora?

—Sí.

—Ya. ¿Crees que la puedes hacer en unos días?

—Eso espero.

Se mostraba tan distante todo el tiempo, pero evidentemente se había tomado aquello muy en serio. Tibby comenzaba a entender de qué iba. Podía mofarse y ridiculizar todo lo que quisiera, pero también quería entrar en la Universidad de Brown. Era un arriesgado fingido, un rebelde falso. Hacía falta serlo para reconocer a uno.

—¿De qué trata?

Miró protectora su DVD. No podía compartir aquello con Alex. Aquello era mucho más difícil y peligroso que propinarle desagradables puñaladas traperas a su madre.

—Todavía no lo sé.

Se dio la vuelta hacia el escritorio. Él se giró para marcharse.

— ¿Qué estás escuchando?

Por un momento Tibby consideró seriamente renegar de la música que había pasado más de una hora buscando. Fingir que había sintonizado la emisora equivocada en la radio.

— Beethoven -dijo sin embargo-. Es el concierto *El emperador*.

Él la miró un poco extrañado. Se dio la vuelta para marcharse otra vez. El corazón de Tibby latía desbocado.

— ¿Oye, Alex? -dijo.

-¿sí?

— ¿Sabes ese tío, Brian? ¿Al que no le gustó mi película?

Alex hizo un gesto afirmativo.

— Es uno de mis mejores amigos. Prácticamente vive en mi casa.

Alex parecía confundido. Y después incómodo.

— Podías haberlo mencionado antes -comentó fríamente.

Tibby asintió con la cabeza.

— Sí, debí hacerlo -un impulso temerario le trepaba por las costillas como si fueran una escalera, avanzando hacia la boca-. ¿Y sabes qué más?

El sacudió la cabeza muy ligeramente. No quería saber más.

El corto que hice es horrible. Es cruel, frívolo y estúpido.

Alex quería marcharse de la habitación. No era el tipo de persona que tolerase bien los enfrentamientos.

— ¿Y sabes qué más?

Alex avanzó hacia la puerta. Pensó que Tibby estaba loca.

¡Vanessa, la monitora de la residencia, es mejor artista de lo que Maura o tú o yo seremos nunca! -gritó tras él.

No estaba segura de si había oído esa última parte y no le importaba. No lo decía en provecho de Alex de todas maneras.

Lena se paseaba con la sensación de haber metido el dedo en un enchufe y haberlo dejado ahí. Sentía escalofríos y sacudidas constantes, seguidos de la sen-

sación de tener todo el cuerpo revestido de pelusa de secadora. Él estaba allí. ¡Él estaba allí! ¿Y si nunca le volvía a ver?

En el desayuno había estado tan abstraída que había untado de mantequilla la tostada de su madre, al olvidar la guerra fría que mantenían desde que descubrió a Eugene.

En el trabajo sus ojos constantemente se desviaban para mirar por la ventana. Kostos vivía cerca. Podía pasar andando por delante en cualquier momento. La zona metropolitana de Washington era un lugar de encuentro en potencia. Quizá lo vería antes de que pasaran cinco minutos. Quizá nunca lo volvería a ver. Temía desesperadamente ambas posibilidades al mismo tiempo.

Fue andando en semitrance todo el camino a casa desde el trabajo, mientras imaginaba que cada autobús que pasaba llevaba a Kostos, que la miraba por la ventana.

Cuando entró por la puerta de casa sintió algo extraño. Effie estaba poniendo la mesa. Effie estaba poniendo demasiados cubiertos a la mesa.

Cuando Effie vio a Lena casi explota.

—Kostos viene a cenar -escupió sin aliento.

Escalofríos, sacudidas, pelusa de secadora. Lena se llevó la mano a la cabeza. Parecía que ya no mantenía el equilibrio sobre su cuello.

-¿Qué?

—Sí. Mamá lo ha invitado.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Ha hablado con la señora Sirtis. La señora Sirtis le dijo que Kostos estaba en la ciudad. Mamá no se podía creer que no lo supiéramos y que no le hubiéramos invitado, siendo casi de la familia, prácticamente el nieto de Valia y Bapi.

Lena se quedó ahí parpadeando. Habían pasado de ella. No era importante para nadie. Kostos era amigo de todo el mundo menos de ella.

Lena no solo estaba enfadada y celosa de la novia nueva de Kostos, también estaba enfadada con todos los de la familia Kaligaris y todos los Sirtis también, incluso los que no conocía.

—¿Crees que mamá está intentando torturarme? -preguntó Lena.

—¿Sinceramente? Creo que ni siquiera ha pensado en ti.

Vale. Eso no era un consuelo.

Effie observó la mirada afligida en el rostro de Lena.

—Quiero decir, sabe que Kostos y tú os gustabais el verano pasado. Sabe que escribiste unas cartas. Probablemente piensa que perdisteis el contacto. ¿Alguna vez has hablado con ella sobre eso?

—No.

—Ves, ahí lo tienes -confirmó Effie.

Lena estaba que echaba humo. ¿Desde cuándo había que contarle todo a una madre?

—¿A qué hora viene? -preguntó Lena.

—A las siete y media -dijo Effie comprensivamente; sentía lástima por Lena.

Lena se tuvo lástima porque su hermana pequeña le tenía lástima. Miró su reloj. Tenía cincuenta minutos. Subiría a su habitación y se daría una ducha y se vestiría, y cuando bajase sería una persona diferente.

O se acostaría en su cama y se dormiría hasta la mañana siguiente y probablemente nadie se daría ni cuenta.

Carmen no pudo dejar de sentirse triste cuando vio a su madre en la puerta más tarde esa misma noche. Era una Cenicienta poscalabaza. La magia había desaparecido. Hacía tres semanas Christina había aparecido en la misma puerta con los pantalones vaqueros compartidos. Entonces se alzaba y resplandecía como una mujer que era amada.

Esa noche parecía claramente falta de amor. Llevaba el pelo y los ojos y su expresión para que nadie se fijara en ella. Todo su cuerpo parecía inclinado hacia el suelo.

—Hola, mamá -saludó Carmen al salir de la cocina con Krista detrás.

Hizo un gesto hacia Krista. Con el lápiz de ojos corrido por la siesta, Krista resultaba aun más peculiar.

—Esta es Krista. Es, como si dijéramos, eh, la hijastra de papá -Carmen intentó suavizarlo.

Christina levantó la cabeza y pestañeó. Hace unas semanas había estado demasiado feliz para que nada le inmutase. Ahora estaba demasiado triste. Asintió con la cabeza.

—Hola, Krista.

Se reservó la mirada de confusión total para Carmen.

—Krista está, eh, pasando unos días fuera de casa y esperábamos que se pudiera quedar aquí un tiempo.

Lanzó a su madre una mirada que decía que sabía que era extraño y si podían hablarlo más tarde. Señaló la cama revuelta que ya había transformado el pequeño salón.

—Ya sabes... en el sofá cama.

—Bueno, supongo que sí -el desconcierto de Christina aparentemente no se había endurecido en juicios de ningún tipo-. Si a su madre le parece bien, claro.

—Gracias -musitó Krista-. Muchas gracias, señora... -su voz se fue apagando; miró algo desesperada a Carmen en busca de ayuda.

—Señora Lowell -suministró la señora Lowell.

Lo embarazoso de la situación por fin resultaba obvio para Krista. Su madre también era la señora Lowell. Toda la parte superior del cuerpo de Krista, de los hombros al cuero cabelludo, se puso rosa.

—Lo siento.

La cena fue una de las comidas menos agradables que Carmen recordaba. Krista intentó educadamente mantener una conversación amena, pero todos los caminos llevaban a Al. Christina se lo tomaba con filosofía, pero era evidente que solo pensaba en irse a la cama.

—¿Quieres salir a tomar un helado? -preguntó Carmen a su madre mientras recogían-. Estábamos pensando ir a Háagen-Dazs.

Christina suspiró.

—Marchaos vosotras. Yo estoy agotada.

Casi tenía un aire de disculpa, lo que hizo sentirse fatal a Carmen. Christina no había salido de casa durante días, excepto para ir a trabajar. Pero no estaba enfadada con Carmen. Solo estaba triste. Se había rendido a su suerte. Era como si no tuviera derecho a ser feliz.

«¿Por qué me has dejado estropearlo todo?», quiso preguntar Carmen a su madre. Tenía el deseo perverso de que las consecuencias desagradables de sus diatribas se disolviesen mágicamente a las pocas horas. Deseaba que sus víctimas se recuperaran de golpe, como los personajes de dibujos animados después de aplastarles la cabeza con una sartén. Por el contrario, los restos perduraban, mucho más tiempo que su ira.

Krista buscaba algo en su bolsa de viaje. Fue hasta la puerta calzada con un par de chanclas de plástico azul exactamente igual que un par que reposaba en el armario de Carmen. Krista miró expectante a Carmen. Las puntas de las orejas sobresalían entre su triste pelo despeinado. Carmen se sintió como un agente de destrucción.

«¿Por qué quieres ser como yo?», Carmen quiso preguntar a Krista.

Carmen siempre había querido sentirse importante. Pero no quería ser tan importante.

Lena estaba limpia. Se había lavado el pelo. Olía bien.

Cuando entró Kostos por la puerta, intentó evitar que se le cayera la cabeza.

Lo observó, como en un sueño, mientras saludaba a su padre. Observó cómo besaba a su madre en ambas mejillas. Observó cómo abrazaba a Effie. Observó cómo a ella no le abrazaba, sino que le daba la mano. Mientras la estrechaba, sintió que su mano estaba varios cientos de grados bajo cero.

Observó cómo hablaba griego con sus padres, quizá incluso contó un chiste, porque sus padres se rieron y le sonrieron como si fuese un superhéroe y un cómico fundidos en una sola persona.

Lena se lamentó de no saber griego. De pronto se sintió como un delfín que no sabía nadar.

Se sentaron en el salón. Su padre le ofreció vino. Kostos era un hombre, prácticamente. Era deslumbrante. Era el sueño de cualquier padre.

Su padre ofreció a Lena zumo de manzana. Se sintió en comparación como una cría. Como si ni siquiera hubiera llegado a la pubertad. Era mejor que hubiera cortado con él, porque se había ahorrado el mal trago de descubrir que no era lo bastante buena para él. Bueno, en realidad, no se había ahorrado ese mal trago, ¿no?

Lena intentó recordar las cosas que podían gustar de ella. Intentó recordar las razones por las que le podía haber gustado a Kostos. No podía pensar en ninguna. Quizá debería irse arriba y ya está.

En la cena, Lena se sentó a su lado.

Kostos contó una historia graciosa de Bapi Kaligaris, de cuando la abuela había intentado que se pusiera zapatos nuevos de piel de anguila en lugar de los blancos que eran sus preferidos.

— ¡Estos son buenos zapatos! -bramó Kostos en una imitación perfecta de Bapi-.
¿Estás intentando convertirme en un dandi?

El padre de Lena parecía tan lleno de alegría y añoranza, que Lena casi temía que se echase a llorar.

Kostos era todo lo que ella recordaba de él. ¿Por qué había tenido tan poca confianza en él? ¿Tan poca confianza en su propia memoria? ¿Por qué había sido tan impaciente?

Mientras Lena comía una chuleta de cordero sintió un zapato que rozaba la planta de su pie descalzo. Casi se atraganta con la comida. Un cosquilleo le subió por la pierna hasta la punta del cuero cabelludo. Todo su cuerpo estaba alerta. Todas las terminaciones nerviosas estaban enviando información a su cerebro en un enredado atasco.

¿Lo había hecho intencionadamente? Su corazón rugió al compás. ¿Estaría intentando decirle algo? ¿Mandarle un pequeño mensaje?

No se atrevía a volver la cabeza para mirarlo. Ni siquiera lograba terminar de masticar el pedazo que tenía en la boca. ¿Sabía él que ella estaba desesperada? ¿Quería infundirle un pequeño rayo de esperanza?

Tú cortaste con él, puntualizó inmediatamente el combinado de Carmen-Effie-Bridget.

¡Pero no he dejado de quererlo!

Vale.

Lo admitía. Por fin lo había reconocido. Finalmente había escogido y había escogido la opción B. Continuó masticando. Sí, lo quería. Lo quería y él ya no la quería a ella. Esa era la dura y triste realidad. Se hubiera mudado a Alaska para no tener que reconocerlo, pero ahora lo había admitido. Ya estaba hecho. Era horrible, pero sentaba bien ser sincera.

Los nervios de la planta de su pie llamaban a Kostos. El más ligero toque significaría todo para ella. Llegó. Un roce suavísimo. Bajó la vista.

No era el pie de Kostos. Era el de Effie.

Hay dos tragedias en la vida. Una es no lograr lo que anhela tu corazón. La otra es lograrlo. George Bernard Shaw

Lena tardó horas en dormirse y, una vez que lo consiguió, tuvo un sueño que la despertó de nuevo.

El sueño tenía la apariencia raída, de medio pelo, de una anticuada proyección de filmas de ciencias. Oía el zumbido de la película que corría por el proyector y el ventilador que enfriaba la luz. La película mostraba dos células tremendamente magnificadas, que se movían a través de una imagen toscamente dibujada del cuerpo humano. Una célula viajaba desde el cerebro y la otra desde el corazón. Las células se encontraban en torno a la clavícula. Rebotaban rebotaban rebotaban hasta que ambas membranas cedían al tiempo y se unían.

En el sueño Lena levantaba la mano y se escuchaba preguntando al señor Briggs, su profesor de biología:

— ¿Eso puede ocurrir, verdad?

Entonces se despertó.

Cuando se despertó fue al baño, porque de verdad tenía que hacer pis. Y mientras hacía pis, se hartó de sí misma. Se cansó de no ser capaz de decir lo que quería ni de hacer lo que quería ni siquiera de querer lo que quería. Estaba cansada sí, pero no podía dormir.

Se sentó en el alféizar de la ventana un buen rato y miró la luna en cuarto creciente. Era la misma luna que brillaba sobre Bridget y Carmen y Tibby y Kostos y Bapi y todas las personas a las que quería, cerca y lejos.

No, no iba a dormir más esa noche. Se puso los pantalones compartidos bajo el camisón y la cazadora vaquera por encima. Antes de que pudiera pensárselo mejor, bajó y salió por la puerta. La cerró con mucho cuidado tras ella.

Había un kilómetro y medio aproximadamente hasta casa de los Sirtis, y Lena lo recorrió con un sentimiento temerario en su corazón. Ya había asumido la peor situación posible. No podía empeorar más.

Pero descubrir si podía mejorar era una deuda que tenía consigo misma.

Había estado en casa de los Sirtis suficientes veces para saber dónde se encontraba la habitación de invitados. Pero mientras se deslizaba por un lado de la

casa, temió de pronto que tuvieran una alarma antirrobo y que pudiera hacerla saltar. Se imaginaba las sirenas ululando y los perros ladrando y a Kostos observando, mientras los policías se llevaban a Lena esposada sobre las mangas de su camión. Quizá no se había mentalizado para lo peor de todo.

Era una suerte que el dormitorio de invitados estuviera en la planta baja, porque se le daba mal escalar y tenía una puntería terrible.

Las luces estaban apagadas en la habitación. Naturalmente. Eran casi las tres de la mañana. Vadeó entre los arbustos que rodeaban el lado de la casa. Se sentía muy ridícula. Llamó con suavidad a la ventana. Volvió a llamar. ¿Y si despertaba a toda la casa? ¿Cómo lo explicaría? Toda la comunidad griega murmuraría sobre Lena, la depredadora sexual.

Sintió cómo se movía antes de verlo en la ventana. El corazón de Lena parecía un cohete que giraba sobre en su caja torácica y hacía saltar por los aires todo lo que estaba a su alcance. Kostos la vio y abrió la ventana.

Si la visión de Lena con su camión y los vaqueros, llamando a la ventana a las tres de la mañana, le daba la impresión de ser una pesadilla viviente, no lo demostró. Sin embargo, sí parecía sorprendido.

— ¿Puedes salir?

Aquellas eran las primeras palabras que le había dicho desde que él había llegado. Se sentía orgullosa de tener suficiente aliento para lanzarlas a sus oídos.

Él hizo un gesto afirmativo.

— Espera. Ahora voy -respondió.

Lena salió con esfuerzo de los arbustos y perdió un poco de su camión por el camino.

La camiseta blanca de Kostos parecía azul a la luz de la luna al avanzar hacia ella. Se había puesto unos vaqueros encima de los boxer.

— Ven conmigo -dijo.

Ella lo siguió al jardín de atrás, a una esquina resguardada por altos árboles viejos. Él se sentó y ella también se sentó. Su cazadora vaquera estaba caliente de la caminata. Se la quitó. Se quedó en cuclillas primero, luego bajó a la hierba húmeda para sentarse con las piernas cruzadas.

El cielo estival le parecía mágico al levantar la vista. Se sentía como una inconsciente y no tan asustada.

Él observaba su cara muy detenidamente. Estaba esperando que ella dijera algo. Ella era quien lo había sacado de la cama en mitad de la noche.

—Solo quería hablar contigo -explicó ella con un tono un poco más elevado que un susurro.

—Vale -respondió él.

Lena tardó un rato en lograr que las palabras subieran y salieran.

—Te he echado de menos -confesó.

Le miró a los ojos. Solo quería ser sincera con él.

Él sostuvo su mirada. No apartó los ojos.

—Quisiera no haber interrumpido nuestras cartas -añadió ella-. Lo hice porque temía que iba a echarme de menos y a querer estar contigo todo el tiempo. Me sentía cansada. Quería sentir que mi vida me volvía a pertenecer.

Él asintió con la cabeza.

—Eso lo entiendo -dijo.

—Sé que ya no sientes lo mismo por mí -reconoció Lena valientemente-. Sé que ahora tienes una novia y todo eso -cogió una brizna de hierba y la enredó entre los dedos-. No espero nada de ti. Solo quería ser sincera, porque no lo había sido antes.

—Oh, Lena.

Kostos tenía la cara crispada. Se sentó en el césped y se cubrió la cara con las manos.

Lena se encontró mirando sus manos en vez de sus ojos. Bajó los suyos a la hierba. Quizá ya no quería hablar con ella.

Por fin apartó las manos.

—¿De verdad que no lo sabes? -dijo; lo hizo como en un gemido.

Las mejillas de Lena se encendieron. Le subió un sollozo a la garganta. Esperaba que él se mostrase comprensivo con ella, en cualquier circunstancia. Ahora sentía que le abandonaban las fuerzas.

—No -respondió humildemente, con la cabeza agachada.

Lena oía las lágrimas en su voz.

Él se enderezó y se giró hacia ella. Su cuerpo estaba frente al suyo, a menos de treinta centímetros.

Ante el asombro de Lena, Kostos cogió una de sus manos entre las suyas. Parecía que sufría por la tragedia en su rostro.

—Lena, por favor, no estés triste. Nunca estés triste porque creas que yo no te quiero -la miraba fijamente.

Ella tenía lágrimas asomando a los párpados y no estaba segura de en qué dirección iban a ir.

—Nunca he dejado de hacerlo -aseguró Kostos-. ¿No lo sabías?

—No me escribiste más. Tienes una nueva novia.

Él soltó su mano. Lena deseó que se la quedase.

—¡No tengo una nueva novia! ¿De qué estás hablando? Quedé con una chica un par de veces cuando me sentía fatal pensando en ti.

—Viniste desde Grecia hasta aquí sin ni siquiera decírmelo.

Él se rió a medias; más de sí mismo que de ella.

—¿Por qué crees que he venido?

Lena tenía miedo de responder. Las lágrimas rebasaron sus párpados y cayeron como grandes arroyos por su cara.

—No lo sé.

Kostos alargó una mano hacia ella. Puso un dedo en su muñeca. Dejó que subiera flotando hasta tocar una lágrima.

—Desde luego no porque quiera hacer carrera en publicidad -aclaró.

Por una parte la mente de Lena estaba girando enloquecida y por otra estaba centrada y tranquila. La sonrisa que mostró amenazaba con desaparecer en cualquier momento.

—¿No es por el Smithsonian?

Él se rió. Lena de pronto deseó que la tocara otra vez. Donde fuese. El pelo. La oreja. La uña del pie.

—No es por eso -respondió él.

—¿Por qué no dijiste nada? -quiso saber ella.

— ¿Qué podría haber dicho?

— Podías haberte alegrado de verme o haberme dicho que todavía te importaba -sugirió ella.

Él volvió a soltar su risa compungida.

— Lena, sé cómo eres.

Lena también quiso saberlo.

— ¿Cómo soy?

— Si me acerco, sales corriendo. Si me quedo quieto, entonces quizá, lentamente, puede que vengas.

¿Ella era así?

— Y Lena, además...

-¿Sí?

— Me alegro de verte y todavía me importas -añadió él.

Tenía un tono distendido, pero aun así ella se animó.

— Y yo que había perdido toda esperanza -confesó.

Kostos colocó sus manos sobre las de ella y las apretó contra su pecho.

— Nunca pierdas la esperanza -replicó.

Ella se acercó a él despacio, se puso de rodillas y buscó su boca con la suya. Lo besó suavemente. El gimió de forma callada. La rodeó con los brazos y la besó profundamente. Se dejó caer hacia atrás y le atrajo hasta la hierba encima de él.

Lena se rió y entonces se besaron un rato más. Rodaron por el césped y se besaron y se besaron hasta que un niño en una bici lanzó el periódico frente a la casa y los separó de un susto.

El sol iluminaba el cielo desde abajo mientras Kostos tiraba de ella para levantarla del césped.

— Te acompañaré a casa -dijo.

Estaba descalzo y tenía briznas de hierba pegadas por toda la camiseta. Tenía el pelo de punta por un lado. Ella, a su vez, no podía sino imaginarse la pinta que tenía. Se rió casi todo el camino. Él le cogía la mano.

Justo antes de llegar a casa de Lena, él se detuvo y la besó un poco más. Dejó que se marchara. Ella no quería marcharse.

–Guapísima Lena -dijo él, tocando su clavícula-. Vendré a buscarte mañana.

–Te quiero -dijo ella valientemente.

–Te quiero -respondió él-. Nunca he dejado de hacerlo.

Le dio un pequeño empujón hacia la puerta.

Ella no quería marcharse. No quería estar en ningún sitio sin él. Consiguió alejarse con bastante esfuerzo.

Se dio la vuelta para dar un último vistazo.

–Nunca dejaré de hacerlo -prometió él.

Bridget dio un paso atrás y miró el ático con la sensación de haber cumplido. Había dado dos capas de pintura color marfil. Había pintado el techo blanco mate y las molduras de esmalte. Había pintado el suelo de tablones anchos de un precioso color verde, el color que recordaba el golfo de California los días soleados del verano pasado.

Como sorpresa adicional para Greta, había montado una bonita cama de hierro blanco que estaba guardada. Había encontrado un colchón decente. Había lijado una cómoda antigua y la había pintado con la misma pintura marfil que había usado para las molduras. En una escapada a supermercado había comprado sábanas blancas y unas sencillas cortinas blancas de encaje, ambas baratas, pero bonitas.

El toque final era un gran manojo de hortensias moradas que había cogido en el jardín de atrás mientras Greta estaba fuera. Había encontrado una jarra de cristal y las había colocado sobre la cómoda encima de un retal de tela azul.

Aparte de la única caja que quedaba en una esquina de la habitación, todo estaba perfecto.

Se lanzó abajo con enorme estruendo.

–¡Greta! ¿Estás ahí?

Greta estaba pasando el aspirador. Apretó el interruptor con el pie.

–¿Qué pasa, cariño?

–¿Estás lista? -preguntó Bridget sin esforzarse por disimular su entusiasmo.

— ¿Para qué? -respondió Greta, haciéndose la tonta.

— ¿Quieres ver el ático?

— ¿Ya lo has terminado? -preguntó Greta con un tono que implicaba que Bridget debía ser la chica más lista del mundo entero.

— Yo te seguiré -ordenó Bridget.

Greta se tomó la subida con calma. Bridget advirtió la textura grumosa bajo su piel y las fibrosas venas moradas que se extendían por sus pantorrillas.

— ¡Ta-chán! -coreó Bridget mientras se inclinaba por encima de Greta para abrir la puerta con una fioritura en lo alto de las escaleras.

Greta soltó una exclamación ahogada. Como si estuviera en una película, se tapó la boca totalmente abierta con la mano. Estudió la habitación un buen rato, cada parte de ella.

— Oh, cariño -musitó. Cuando se dio la vuelta, Bridget vio que tenía lágrimas en los ojos-. Es tan bonita.

Bridget no recordaba haberse sentido tan orgullosa.

— Queda bien, ¿no?

— Has construido un pequeño hogar aquí arriba, ¿verdad?

Bridget asintió con la cabeza. Sin pensarlo exactamente de esa manera, era lo que había hecho.

Greta sonrió.

— No te tenía por el tipo de chica que hace bricolaje, debo admitirlo.

— ¡Yo tampoco! -respondió Bridget con las cejas altas en la frente-. Deberías ver mi habitación en casa.

Se quedó callada. No tenía intención de sacar ningún tema relacionado con su casa.

Su abuela lo dejó pasar.

— Te has dejado la piel en este trabajo, cariño, y te estoy muy agradecida.

Bridget arrastró los pies modestamente.

— No ha sido nada.

— Y ya tengo a alguien en mente para que se mude aquí.

El rostro de Bridget se derrumbó y no intentó ocultarlo. De hecho no había imaginado a alguien mudándose allí y echándola. ¿Había terminado Greta con ella? ¿No tenía más trabajo para ella? ¿De verdad se había acabado?

— ¿Ah, sí? -dijo, intentando no llorar.

— Sí. Tú.

-¿Yo?

Su abuela se rió.

— Claro. Prefieres estar aquí que en esa pensión decrepita, ¿no?

— Sí -respondió Bridget, con el corazón por las nubes.

— Así que ya está decidido. Ve a buscar tus maletas.

Carmen descubrió una escena extraña cuando entró en la cocina a la mañana siguiente. Su madre y la hijastra de su padre estaban sentadas, una frente a otra, en la pequeña mesa redonda, comiendo amigablemente huevos escalfados.

— Buenos días -dijo Carmen adormilada.

Casi deseaba que todo el episodio de Krista hubiera sido un sueño.

— ¿Quieres un huevo escalfado? -preguntó Christina.

Carmen sacudió la cabeza.

— Odio los huevos escalfados.

Krista dejó de masticar el trozo mismo que tenía en la boca. Tenía una mirada de ansiedad, como si desease que se le hubiera ocurrido a ella odiar los huevos escalfados.

Carmen retrocedió deprisa.

— En realidad no los odio. En realidad me gustan. Buen alimento para el cerebro. Solo que no me apetece.

Era un asunto complicado, que alguien te tomase como su modelo. Creaba mucha presión, especialmente por la mañana.

— ¿Trabajas hoy de canguro? -preguntó Christina.

Carmen sacó los cereales y un cuenco.

—No. Los Morgan se marcharon ayer por la tarde de vacaciones. No trabajo hasta el martes.

Su madre asintió distraídamente. No parecía que Christina hubiera escuchado su propia pregunta y, mucho menos, la respuesta de Carmen.

Christina se levantó para servir más café y Carmen advirtió de pronto la falda que llevaba. Era de tablas grises y blancas, y Christina ya la tenía antes de que Carmen empezase el jardín de infancia. Había modelitos de primera y modelitos de segunda, pero aquella falda pertenecía al banquillo.

—¿Vas a llevar eso a trabajar? -preguntó Carmen, que olvidó disimular su incredulidad.

¿Cuánto tiempo había pasado desde que ninguna de las dos había hecho la colada?

Era fácil herir a su madre últimamente, así que a Carmen no debió sorprenderle ver que desaparecía hacia su habitación.

Unos minutos más tarde Carmen levantó la vista de sus cereales para ver a Krista contemplando inmóvil su huevo escalfado a medio comer y a Christina con los pantalones del día anterior.

Era patético. Era horrible. Carmen se odiaba a sí misma y las odiaba por escucharla.

—Oye, tengo una idea -dijo en una voz demasiado alta a las dos-. A partir de ahora que nadie escuche nada de lo que digo.

Lena se quedó en la cama hasta mediado el día siguiente, solo ella y su corazón repleto, pensando en todo lo que había ocurrido. Quería guardarse lo suyo para sí misma, como tendía a hacer a menudo. Pero también quería compartir la noticia, así que se alegró cuando sonó el teléfono y era Bridget.

—¡Adivina qué! -soltó Lena inmediatamente.

-¿Qué?

—Sí lo sabía.

—¿Sí sabías qué?

—Sí sabía lo que tenía que hacer.

— ¿Con Kostos?

— Sí. ¿Y sabes qué más?

— ¿Qué?

— He hecho lo que tenía que hacer.

Bridget soltó un grito.

— ¿Lo has hecho?

— Lo he hecho.

— Cuéntame.

Lena le contó todo. Era difícil pasar una experiencia tan privada y visceral a palabras, pero también tenía la impresión tranquilizadora de que así lo estaba reteniendo.

Bridget volvió a chillar cuando terminó.

— ¡Lenny, estoy tan orgullosa de ti!

Lena sonrió.

— Yo también lo estoy.

Tibberon: C, ¿has hablado ya con Lena? Sonaba tan risueña que pensé que estaba hablando con Effie. Me alegro por ella. Sin embargo, también da un poco de miedo. Quiero que siga siendo Lenny. Con una Effie ya es suficiente.

Carmabelle: He hablado con ella. Es increíble. Los pantalones del amor están en ello otra vez. Excepto para mí. ¿Qué pasa conmigo, Tib? Quiero decir, ¿aparte de todo lo habitual?

¿Qué es lo que expresas en tus ojos? Para mí es más que todas las palabras que he leído en mi vida. Walt Whitman

En ocasiones debías echarle narices. Tenías que lanzarte y hacer lo que debías hacer, se dijo Tibby. De otro modo terminabas pegada a la pared, arrastrándote temerosa por el borde toda tu vida.

Eso es lo que había dicho y eso es lo que iba a hacer. Metió el disco en su ordenador.

Estudió los archivos. No lograba acordarse de qué era cada uno. Se le daba bien poner etiquetas, pero a Bailey no, y Bailey había sido su asistente personal y supuesto genio organizativo. Pero claro, Bailey tenía doce años. Tibby escogió uno y pinchó dos veces. Tenía que empezar por algún sitio.

Una imagen se materializó en su pantalla. Era el plano de situación del día en el 7-Eleven. Era de su primer día de filmación el verano anterior. Tibby lo recordaba claramente. Era el día que había conocido a Brian.

La imagen pasó del expositor de chicles sobre el mostrador al hombre que trabajaba en la caja. Exactamente como lo recordaba, se cubrió la cara con las manos mientras chillaba: «¡Nada de cámaras! ¡Nada de cámaras!». Tibby sintió la sonrisa en su cara.

Entonces cambió el plano y Tibby soltó una exclamación. Ahí estaba. Tibby sintió como si todos los nervios de su cuerpo estuvieran alerta. Era la cara de Bailey, en primer plano. Sintió una oleada de emoción que la golpeaba como un saco de arena en la cabeza. Gruesos lagrimones flotaban frente a sus ojos. Sin pensar, el dedo de Tibby presionó la tecla de Pausa. La resolución empeoró, pero la imagen era todavía más sorprendente. Tibby se inclinó tan cerca que la punta de la nariz tocaba la pantalla. Se apartó. Casi temía que la cara desapareciera, pero no lo hizo.

Bailey miraba por encima del hombro a Tibby. Estaba riéndose. Estaba ahí. Ahí mismo.

Tibby no la había visto desde la última noche de su vida.

Se había imaginado el rostro de Bailey al menos un millón de veces desde entonces hasta ahora, pero cuanto más se alejaba de la Bailey real, menos preciso parecía. Se alegraba de ver la cara real otra vez, los ojos de Bailey.

Beethoven sonaba alegremente. Bailey estaba riéndose.

Tibby dejó que la sensación la envolviera. Podía quedarse ahí sentada y llorar todo lo que quisiera. Podía esconderse bajo el escritorio. Podía dar vueltas en el parking. Podía vivir peligrosamente. Podía forzarse a hacer cosas que eran difíciles. Podía.

Por una vez Tibby estaba en el medio de todo y veía mucho mejor desde allí.

La madre de Carmen estaba trabajando, Krista dormía y los Morgan estaban en la playa. Bridget estaba en Alabama y Lena estaba en la tienda y Tibby estaba en Virginia y Carmen mientras tanto estaba sentada frente a su armario.

Su armario estaba tan lleno de porquerías que solo era un vestidor de nombre. A Carmen le encantaba comprar, pero odiaba tirar cosas. Le encantaban los principios, pero odiaba los finales. Le encantaba el orden, pero odiaba limpiar.

Sobre todo, le encantaban las muñecas. Tenía una colección que solo podía pertenecer a la hija solitaria de unos padres atormentados por los remordimientos.

Le encantaban las muñecas, pero no se le daba bien cuidarlas. Sacó entonces las tres cajas de cartón repletas de muñecas que vivían bajo su ropa colgada. Durante su infancia las había apreciado mucho. Había jugado con ellas incluso después de que dejaran de hacerlo las demás niñas que conocía. Pero sus esfuerzos por lavarlas y peinarlas y vestir las y mejorarlas, sus numerosos cambios de imagen entusiastas, les habían dado el aspecto de veteranos de una guerra larga y extenuante.

Angélica, la del pelo castaño y la peca, tenía el pelo a lo chico desde que Carmen intentó ondularse con unas tenacillas. Rosmarie, la pelirroja, tenía dos ojos amoratados porque en una ocasión Carmen había aplicado maquillaje de ojos con un rotulador. Rogette, su muñeca de color preferida, llevaba un trapo espantoso medio cosido de cuando Carmen se había aficionado a coser para imitar a su tía Rosa. Sí, Carmen las había querido, pero no tendrían peor aspecto si se hubiera propuesto destrozarlas.

—¿Carmen?

Carmen dio un brinco. Dejó caer a Rogette. Escudriñó en la oscuridad de la habitación.

—Siento haberte sorprendido.

Cogió a Rogette y se levantó.

—Madre mía. Paul. Hola.

—Hola.

Llevaba a los hombros una de esas mochilas grandes de excursionista.

—¿Cómo has entrado? -preguntó ella.

—Krista.

Carmen hizo una mueca. Se mordisqueó el pulgar.

—¿Está despierta? ¿Está bien? ¿Está enfadada conmigo?

—Está comiendo cereales.

Al parecer eso respondía a las tres preguntas. Carmen todavía sujetaba a Rogette. La sostuvo en alto.

—Te presento a Rogette -dijo.

—Ah, muy bien.

—Estaba haciendo limpieza en el armario.

Él asintió con la cabeza.

—Soy lo que se dice un torbellino social. Ya sabes, mil cosas que hacer, gente que ver.

Paul tardó mucho tiempo en comprender que estaba bromeando.

—¿Se lo dijiste a tu madre? -preguntó Carmen.

—Ya lo sabía -respondió Paul.

—¿No pasa nada entonces? ¿Crees que Krista está bien?

Paul hizo un gesto afirmativo. No parecía preocupado.

—¿Y... qué tal la universidad? -quiso saber ella.

—Está bien.

Carmen se había imaginado que la universidad tendría el efecto de relajar a Paul y volverle menos educado, pero por la forma de quedarse a la puerta de su habitación, dudaba que hubiera ocurrido. Se lo imaginó como el único miembro sobrio de la hermandad Delta Kappa Epsilon.

—¿Son interesantes las clases de verano? ¿Y el fútbol? ¿Bien?

El asintió con la cabeza. Paul era a la charla insustancial lo que Carmen al autocontrol. Se hizo el silencio.

— ¿Y tú? -preguntó él.

Carmen suspiró y respiró muy hondo para empezar con su respuesta.

— Uf, fatal, la verdad -agitó las manos-. He destrozado la vida de mi madre.

Paul miró a Carmen de la forma que a menudo la miraba. Como si fuera la protagonista de un documental especial de Discovery Channel.

Krista apareció en la puerta detrás de Paul. Llevaba el ejemplar de la revista CosmoGIRL! de Carmen. La agitó un par de veces. No parecía en absoluto molesta porque Paul estuviera allí.

— Voy a salir a comprar batidos para todos.

— Vale -Carmen hizo un gesto con la mano-. ¿Necesitas dinero?

— No. Tengo.

Paul parecía divertido. Krista también estaba aprendiendo a hablar como Carmen.

Carmen señaló su cama.

— Siéntate.

Se subió encima de su escritorio y se sentó balanceando los pies en el aire.

Paul hizo lo que le decían. Cohibido, apartó una pila de ropa de en medio. No se hacía a sentarse en la cama de una chica tan fácilmente como otros chicos.

Se sentó con los pies apoyados en el suelo y los hombros rectos. Carmen se sintió orgullosa de lo guapo que era, alto y fuerte, con sus dulces pestañas largas y oscuras que enmarcaban sus ojos azul marino. Nunca actuaba como si fuera guapo.

No iba a esperar a que Paul retomase la conversación. Estaría esperando hasta la semana siguiente.

— Paul, ¿te acuerdas del tío este, David, que mencioné en mi correo? ¿El tío al que le gustaba mi madre?

El hizo un gesto afirmativo.

— Bueno, pues le gustaba de verdad. Vamos, que la quería. Y ella también se estaba enamorando de él -levantó la mirada hacia él-. Increíble, ¿no?

Paul se encogió de hombros.

— Vale, bueno -Carmen subió los talones a la silla y se abrazó las rodillas-. Esta es la parte de la historia en la que Carmen es mala.

Paul escuchaba pacientemente. Conocía varias historias así.

—Me volví loca. No lo puedo explicar. Mi madre salía todo el tiempo. Se vestía como una niña de catorce años. Incluso me cogió los... No importa. Bueno, me sentía como si ella tuviera toda esa felicidad... y yo no tuviera nada.

Paul asintió otra vez.

—Y yo... le grité. Le dije que la odiaba. Le dije un montón de cosas horribles. Destrocé su relación. Cortó con él.

Paul se mostraba interesado. Tenía los ojos guiñados de la concentración, como si estuviera haciendo lo posible por comprender a la inescrutable de Carmen.

Qué bien estaba tener cerca a un chico como Paul.

Había presenciado a Carmen en su peor comportamiento posible el verano anterior y aun así seguía a su lado. De acuerdo, no hablaba mucho, pero a lo largo del año se había convertido en un amigo de verdad, leal. Nunca ignoraba un correo electrónico, nunca se olvidaba de responder a sus llamadas. Tenía problemas reales de qué preocuparse. Su padre era un alcohólico tan enfermo que había estado en rehabilitación cantidad de veces desde que Paul tenía ocho años. Antes de que el padre de Carmen se casara con la madre de Paul el verano pasado, Paul se había ocupado de su madre y su hermana como si fuera el cabeza de familia. Y sin embargo, no importaba sobre qué tonterías desvariase Carmen, siempre escuchaba como si fuera importante. Nunca protestaba ni se mostraba horrorizado, ni le decía que se callara.

—Estabas celosa -dijo por fin.

—Sí. Estaba celosa. Y fui egoísta y ruin.

Grandes lágrimas bailaban de pronto en los ojos de Carmen. Deformaban la visión de la pobre Rogette que permanecía tirada en el suelo. A Carmen se le daba mal amar. Amaba con demasiada fuerza.

—No quería que fuese feliz sin mí -la voz de Carmen salió temblorosa.

Sin apenas hacer ruido, Paul apareció a su lado, sentado junto a ella en el escritorio.

—Nunca sería feliz sin ti.

Lo que había querido decir Carmen era que no quería que su madre fuera feliz sin que ella fuera feliz también. Pero al rebotar las palabras de Paul en su cerebro, se preguntó si tal vez no habría entendido él algo que ella no entendía.

¿Había tenido celos de su madre? ¿O había tenido celos de David?

Paul entrelazó el brazo con el suyo. Carmen lloró. No fue gran cosa, quizá, pero parecía mucho.

Kostos sí fue a buscarla, pero no cuando ella lo esperaba. Lena lo esperaba y lo deseaba desde el desayuno, pasando por la comida y la cena, pero no llegó hasta que ella ya estaba en la cama. Oyó la bellota contra su ventana.

Con el corazón que le subía hasta casi salirse del pecho, se acercó a la ventana y lo vio. Saludó y bajó corriendo las escaleras y salió por la puerta de atrás lo más rápido que pudo. Prácticamente se tiró a sus brazos. El fingió que caía de espaldas. Se tambaleó unos cuantos pasos gigantescos y le hizo caer con él.

—Shhhh -dijo ella al reírse.

Buscaron el sitio más íntimo que pudieron encontrar en su jardín. Estaba a un lado de la casa bajo el magnolio de hojas frondosas. Si sus padres se enteraban, ni siquiera el deslumbrante de Kostos podría salvarla.

Ella estaba en camisón. El estaba vestido más apropiadamente.

—He soñado contigo todo el día -confesó ella.

—He soñado contigo todo el año -respondió él.

Empezaron despacio, besándose. Eso fue todo lo que necesitaron durante mucho mucho tiempo, hasta que ella metió las manos bajo su camisa. Él permitió que explorara su pecho y sus brazos y su espalda, pero al final se retiró.

—Me tengo que marchar -dijo compungido.

—¿Por qué?

Él la besó.

—Porque soy un caballero. No puedo fiarme de que seguiré siéndolo mucho más tiempo.

—Quizá no quiero que te fíes -dijo ella atrevida, dejando que sus hormonas hablaran por ella.

—Oh, Lena.

Kostos sonaba como si estuviera parcialmente bajo el agua. No la miraba como si quisiera irse. La besó un poco más y se apartó.

—Hay unas cuantas cosas que tengo unas ganas tremendas de hacer contigo.

Ella asintió con un gesto.

—No has hecho... estas cosas antes, ¿verdad? -preguntó él.

Lena negó con la cabeza. De repente temió que pensara que era una inepta.

—Con mayor motivo -prosiguió él-. Tenemos que ir despacio. Darle su valor.

A ella le emocionó su honor. Sabía que tenía razón.

—Yo también quiero hacer esas cosas. Algún día.

Kostos la abrazó y la estrechó tan fuerte que tuvo que reprimir un grito.

—Tenemos tiempo. Haremos todas esas cosas millones de veces y seré la persona más feliz del mundo.

Se besaron y se besaron más hasta que al final ella tuvo que dejarle marchar. Lena quería engullir todo su futuro en esa única noche.

—Me tengo que ir mañana por la mañana -comentó él.

Los ojos de Lena se llenaron instantáneamente de lágrimas.

—Pero volveré. No te preocupes. ¿Cómo iba a aguantar tan lejos? Volveré el fin de semana que viene. ¿Te parece bien?

—No sé si puedo esperar -respondió ella con dolor de garganta.

Él sonrió y la abrazó un último instante.

—En cualquier sitio en cualquier momento. Si estás pensando en mí, puedes estar segura de que estoy pensando en ti.

Billy prácticamente asaltó a Bridget de camino a la ferretería, donde iba a comprar piezas para arreglar la puerta del frigorífico de Greta. Ahora pagaba sus setenta y cinco dólares semanales a Greta y estaba ocupada arreglando todo lo destartado de la casa: las malas hierbas del jardín, la mesa de café coja, la pintura que se pelaba en la parte de atrás de la casa. Bridget llevaba la ropa de correr, tenía el pelo recogido en un pañuelo y estaba eufórica porque había estado pensando en Lena.

—No viniste al entrenamiento el jueves -observó él.

Bridget se quedó mirándolo.

-¿Y?

—Sueles venir.

—Tengo una o dos cosas más en qué pensar, ¿sabes? -replicó.

Billy parecía ofendido.

—¿Como qué?

Ella estaba dispuesta a devolverle la mirada ofendida, pero entonces Billy se rió. Su risa era tan atragantada y desbordante como cuando tenía siete años. Le encantaba su sonido. Ella también se rió.

—Oye, ¿te puedo invitar a un batido o algo? -preguntó él.

No estaba ligando, pero se mostraba realmente amigable.

—Vale.

Cruzaron la calle y se sentaron en una mesa fuera, a la sombra. Él pidió un batido de menta con chocolate y ella una limonada.

—¿Sabes qué?

—¿Qué? -preguntó Bridget.

—Tu cara me resulta familiar.

—¿Ah, sí?

—Sí. ¿De dónde eres?

—De Washington -respondió ella.

—¿Por qué has venido tan lejos?

—Solía venir aquí cuando era pequeña -explicó ella, con ganas de que preguntase más.

Pero no preguntó nada más. Ni siquiera escuchó la última parte de lo que dijo, porque en ese momento dos chicas se detuvieron al pasar por la acera. Una era una morena muy pechugona y la otra una rubia bajita que llevaba unos pantalones estrechos y muy bajos de cintura. Bridget reconoció a las chicas del campo de fútbol. Sonrieron y tontearon con Billy, mientras Bridget se volvía a atar los cordones.

—Lo siento -se excusó Billy cuando se marcharon-. Estuve colado por esa chica durante un año.

Bridget se entristeció. Recordaba cuando era ella la que tenía colados a los chicos y no la chica a la que se lo contaban.

—¿Cuál de ellas? -quiso saber.

— Lisa, la rubia -respondió él-. Tengo debilidad por las rubias -añadió.

Instintivamente Bridget se tocó el pelo a manchas recogido bajo el pañuelo. Llegaron los refrescos.

— ¿Cómo sabes tanto de fútbol? -preguntó él.

— Solía jugar -respondió Bridget.

Sujetó la pajita entre los dientes.

— ¿Eras buena? -inquirió Billy.

— No se me daba mal -dijo ella con la paja en la boca.

Él asintió con la cabeza.

— Irás al partido el sábado, ¿verdad?

Ella se encogió de hombros, solo por hacerle sufrir un poco.

— ¡Tienes que estar allí! -parecía preocupado-. ¡Todo el equipo se acojonará si no estás!

Bridget sonrió, divirtiéndose. No estaba colado por ella, pero aquello no estaba mal.

— Uf, bueno, vale.

— Krista va a llevar a su madre a comer a Roxie's -explicó Carmen a su madre mientras comían gofres.

Al y Lydia habían llegado la tarde anterior para hacer las paces con Krista y llevarla a casa.

Christina sonrió. Era el espectro de una sonrisa, en realidad, pero decididamente alborozada comparada con su expresión de las últimas semanas. Roxie's, famoso por su clientela de drag queens, estaba en un extremo del barrio de Adams Morgan. Krista había oído a Tibby hablar de ese sitio, con grandes ojos fascinados. Carmen estaba bastante satisfecha de su protegida. Krista estaba perdiendo, pero no sin oponer resistencia.

— ¿Al también?

— No, es un día madre-hija. Krista se va a casa con ellos mañana.

Su madre asintió pensativa.

—Krista me cae bien.

—Es agradable. No está mal -Carmen desgajó la mitad del gofre y lo estrujó dentro de la boca-. ¿Vienes esta noche? -preguntó después de masticar y tragar.

El rostro de su madre adoptó de nuevo su expresión de paciencia distante.

—Supongo que sí.

Al igual que toda pareja tiene una identidad en el matrimonio, también tiene una tras el divorcio. Los padres de Carmen practicaban el «divorcio amigable». Eso quería decir que cuando Al y Lydia quedaban para cenar en un restaurante con Carmen, Al iba a invitar a Christina a salir para que conociera a su esposa de último modelo, y Christina iba a aceptar.

—¿No te preocupa conocer a Lydia?

Christina lo consideró mientras chupaba su tenedor vacío.

—No.

-¿No?

Su madre era una estoica. Su madre era valiente. Carmen quizá era adoptada.

Christina parecía como si fuera a decir algo más, pero se contuvo.

—No.

Durante esas últimas semanas habían estado juntas solo en apariencia. Carmen quería un millón de cosas de su madre, pero temía presionarla. No se merecía nada.

Desde luego había comido y dormido, aunque no lograba recordar exactamente qué ni cuándo.

Tibby había perdido la cuenta del tiempo y el espacio, e incluso de cuándo había ido al baño por última vez. Había un montón de imágenes de vídeo que repasar, especialmente después de haber llamado a la señora Graffman y haberle pedido unas cuantas cintas de su colección. Debía ser extremadamente escrupulosa en cuanto a conservar todo su material original, y cada fase de la edición requería concentración profunda.

En el transcurso de su trabajo, había descubierto rápidamente que lo que había filmado para su documental el verano anterior no valía nada. Lo más bonito

asomaba por los bordes. Eran las tomas descartadas y las que quedaban colgando - Bailey montando el plano o desmontándolo, Bailey cuidadosamente ajustando el micrófono de jirafa.

A Tibby también le encantaban los fragmentos en los que el ojo de Bailey estaba detrás de la cámara. Bailey tenía un estilo extraordinariamente paciente. A diferencia de Tibby, no tenía prisa por moldear todo con forma de historia. No empujaba a sus personajes a decir lo que ella quería que dijeran.

La única parte que había filmado Tibby que valía algo era su entrevista con Bailey. Bailey estaba sentada en la silla junto a la ventana, tan luminosa como un ángel, con los pantalones compartidos arrugados sobre los pies. Había incluso un plano de Mimi, como un bulto durmiendo. Por muchas veces que lo viera, a Tibby le hipnotizaba el rostro valiente y franco de Bailey, el alma que se insinuaba.

Ese día estaba trabajando en la música. Era fácil, en realidad, porque solo iba a poner Beethoven de principio a fin. Pero al escucharlo, la música no tenía exactamente el efecto que quería.

Echó la cabeza hacia atrás. Estaba mareada. Había estado despierta un montón de horas. El festival al final del verano iba a celebrarse dentro de cuatro días.

La particularidad que le encantaba de la música entrañaba a Brian silbándola. De alguna forma, en su obsesión privada le pareció que aquello era arte. Kafka y explosiones en Pizza Hut no. Eran los altos y bajos del silbido de Brian.

El hizo que su mundo fuera un camino cubierto de hierba frente a sus pies vagabundos. W.B. Yeats

Había sido un verano de comidas incómodas. Carmen se sentó entre Lydia y Krista. Christina se sentó entre Al y Paul.

A Carmen le horrorizaban tanto los largos silencios deprimentes que con toda seguridad iban a soportar, que había llegado a preparar unos cuantos temas de debate:

Las películas del verano

Secuelas - ¿Una buena idea o inherentemente problemáticas?

Palomitas - ¿Exactamente qué es esa porquería mantequillosa? (Dejar hueco a Christina para que cite datos calóricos asombrosos.)

Protección solar (Un regalito para las madres)

SPF - ¿Qué quiere decir de verdad?

La peor quemadura - (Aparentemente vacante. Permitir que gane Al con la vieja historia de cuando navegó por las Bahamas.)

Ozono. (Permitir que todos estén de acuerdo en que les gusta. No les gustan los agujeros.)

Viajar en avión -¿Ha empeorado? (Permitir que los adultos se explayen a su gusto.)

(Si la situación se hace desesperante) conflicto Israel/Palestina.

Pero curiosamente, la hoja de papel se quedó en su bolsillo. Escuchó en silencio mientras la conversación realizaba su valiente salida por sí misma: Lydia describió Roxie's y sorprendió a Carmen al ser capaz de reírse de ello. Que Lydia se riese hizo que Christina también se riese. Fue como un pequeño milagro.

Luego Krista contó cómo se había perdido durante tres horas y veintidós minutos en el metro de Washington. Eso inmediatamente lanzó a Al a un largo resumen educativo de los distintos colores y líneas y transbordos del sistema de transporte público de Washington. Incluso reprodujo su mapa para ilustrarlo.

Después, de alguna manera, aquello llevó a la historia de cómo Al y Christina se perdieron la noche que llevaban a casa desde el hospital a una recién nacida Carmen. Carmen se sabía la historia bien y habitualmente odiaba escucharla, porque la gracia siempre era contar que Carmen lloraba o que Carmen regurgitaba. Pero esa noche escuchó en trance mientras sus padres se turnaban, uno y otro narrando las diferentes partes de la historia, graciosos y amigables. Lydia se rió y sufrió con aprecio. Al sostenía la mano de Lydia por encima de la mesa, para que supiera que no pasaba nada, que ahora la quería más a ella.

Al pidió el vino con un divertido acento italiano. Krista jugueteó con sus cuentas y susurró algo agradable a su madre. Lydia insistió en que Christina probase un poco de su ensalada «divina» de maíz y langosta.

Carmen se sintió sonrojada y templada de satisfacción al contemplar los rostros animados a su alrededor. Aquella era su familia, por extraño que pareciese. Había pasado de tres tocados a seis completamente desbaratados.

Paul la miró. «Todo va bien», le pareció que decía.

Ella sonrió. Y el auténtico filón era que le había tocado Paul en el reparto. Paul, que era la persona más amable y más paciente que conocía.

Volvió a pensar en el verano anterior, el día que conoció a Lydia, Krista y Paul. Estaba furiosa con su padre. Había creído que era un final, pero había resultado ser un principio.

Miró a su madre, lo sobrellevaba con dignidad. Al y Lydia eran una pareja; Christina estaba sola. Christina siempre lo sobrellevaba con dignidad. Ser una madre sola con un trabajo de jornada completa. Ser una persona con el corazón roto.

Su madre también se merecía un principio.

A las 9:15 sonó el teléfono y Lena se abalanzó sobre él. El teléfono era su peor enemigo y su mejor amigo, pero nunca sabía cuál hasta que contestaba.

— ¿Diga? -dijo sin apenas ocultar su ansiedad.

— Hola.

En ese momento el teléfono fue su mejor amigo.

— Kostos -cómo le gustaba su nombre. Le gustaba simplemente decirlo-. ¿Dónde estás?

— En la estación de metro.

Su estómago comenzó el ciclo de centrifugado. Se obligó a parar, a frenarlo.

— ¿En... qué... ciudad?

— En tu ciudad.

— No -por favor, por favor-. ¿De verdad? -su voz sonaba chillona.

— Sí. ¿Puedes venir a buscarme?

Él se rió.

— En el lado de Wisconsin Avenue.

— Adiós.

Casi parecía demasiado bueno para ser verdad que aún tuviera los pantalones compartidos. Se los puso y mintió deprisa a su madre acerca de ir a tomar un helado con Carmen. Salió volando por la puerta y se metió en su coche, bendiciendo a sus padres por permitirle usarlo cuando quisiese.

Él estaba allí esperándola, una silueta firme sobre ambos pies. No era un sueño ni un engaño. Bajó con el botón la ventanilla del lado del copiloto para que pudiera ver que era ella. Apenas había entrado en el coche y ya estaba besándola en la boca mientras retenía la parte de atrás de su cabeza con las manos.

— No soportaba estar lejos -dijo sin aliento-. Cogí el tren en cuanto salí de trabajar.

Él la besó más y un poco más hasta que finalmente ella recordó que estaba al volante de un coche en una calle principal. Levantó la vista, eufórica, intentando enfocar las fugaces luces de la calle.

— ¿Dónde podríamos ir?

Kostos mostraba una cara entusiasta, fija en la suya. No le importaba.

— ¿Crees que deberíamos hacer algo más aparte de besarnos? -preguntó ella-. Quiero decir, ¿deberíamos mantener la apariencia de una cita? ¿Tienes hambre o algo así?

El cuerpo de Lena ansiaba sobre todo los besos.

Él se rió.

— Sí tengo hambre. Quiero salir a cenar contigo. Pero, no, en realidad no quiero hacer nada que me impida tocarte más de unos minutos.

El amor inspiró a Lena.

– Creo que tengo una idea.

Condujo hasta el supermercado. Allí compró galletas y un litro de leche semidesnatada. Encontraron muchas maneras de tocarse incluso bajo las luces deslumbrantes del supermercado -las manos de él en su cintura, la cadera de ella contra la suya, los labios de él, brevemente, en su cuello.

Intentó conducir de la forma más tranquila posible, entre las arboledas de Rock Creek Parkway, aunque él le besó el codo y le tocó el pelo. Fueron bordeando el río Potomac, y las resplandecientes caras de mármol de los estatuas se alzaron a su alrededor como una ciudad de la antigüedad. La carretera estaba casi vacía. El agua centelleaba y los puentes de pálidos arcos eran tan bonitos que se quedaron sin habla.

Por una vez aparcar allí fue fácil. Llevaron su botín en una bolsa de papel marrón hasta los amplios escalones de piedra blanca y levantaron la mirada reverente al señor Lincoln, entronado e iluminado con reflectores en su templo de mármol.

– Este es el momento más bonito para ver los monumentos, pero nunca viene nadie -explicó Lena, haciendo un gesto al vacío de su alrededor.

Hay quien pensaría que la mirada solemne de un gran presidente puede enfriar la pasión de una persona, pero Lena discrepaba. Comieron y se besaron, cada vez más hondo y más entregados. Lena picoteó trocitos de galletas y Kostos la contempló con su camiseta de tirantes verde. Contempló sus hombros, su cuello, su boca como extasiado. Su belleza vista con los ojos de Kostos le producía a Lena una satisfacción que jamás había sentido.

¿Le estaba haciendo tan feliz como él le hacía a ella? ¿Era acaso posible? Claro que, ¿podía sentirse ella tan bien, tan compenetrada si él no lo sentía también, al menos un poco?

Parecía una transición apropiada acercarse hasta las mismas estrellas, pero uno no lograba verlas cuando estaba demasiado cerca de las luces. Así que deambularon por los cuidados caminos hasta un claro resguardado y oscuro, donde se tumbaron de espaldas y enlazaron un tobillo. Era muy considerado por parte del resto del mundo dejarlos completamente solos.

El aire templado era dulce esa noche. Las densas hojas del verano eran dulces. Esa noche, incluso la basura que desbordaba de la papelera era dulce.

Algunas noches las estrellas parpadeaban y provocaban fríamente desde una gran distancia. Otras noches parecía que ardían e invocaban a uno de una manera personal. Aquella noche era una noche de la segunda clase. Lena agradeció que

fuera verano y que cuando estuvieran juntos no hubiera un techo que comprimese sus sentimientos.

Primero solo se tocaron sus tobillos. Después los antebrazos y las manos. Después, valientemente, Lena se encontró con todo su cuerpo sobre el de Kostos, hundiéndose en todos sus huecos.

— ¿Es demasiado rápido? -preguntó ella.

— No -lo dijo con decisión, como si temiera que pudiese parar-. No y sí. Demasiado rápido y demasiado despacio -su pecho se movió al reírse-. Pero por favor no pares.

Ella dejó que sus manos flotaran sobre su estómago.

— ¿Crees que podrías dejar de ser un caballero por un rato y empezar otra vez mañana?

Suavemente él la giró, de modo que estaba encima de ella, pero suspendía la mayor parte de su peso en las manos. Enterró su cabeza en el cuello de Lena.

— Quizá. Un poco.

Quedó amortiguado por el lóbulo de su oreja. Un pequeño escalofrío exaltado le recorrió la espalda.

Saboreando su presente y su futuro muy cercano, Lena observó cómo se doblaba sobre su estómago y besaba su piel privada. Levantando despacio su camiseta para descubrir pedacitos de ella poco a poco, Kostos prodigó besos sobre su ombligo y subió hacia sus costillas. Con pura y delicada incredulidad ante esa insospechada posibilidad externa de placer, Lena sintió cómo desabrochaba su sujetador y deslizaba el ligero algodón de su camiseta sobre su cabeza. El la miró con toda la veneración con que la había contemplado cuando había visto tanto de ella en el olivar el verano anterior. Pero entonces se pertenecía solo a sí misma y se había cubierto el cuerpo como una loca con las manos. Aquella noche le pertenecía a él y quería por encima de todo que él la viese.

Sin esperar, le quitó también a él la camiseta. Apretó su persona desnuda contra el cuerpo desnudo de Kostos.

La memoria es algo curioso y sin duda miente. Pero aquella noche, la visión de Kostos al descubierto a la luz de la luna era tan bonita como el Kostos desnudo que había visto en la laguna en Santorini y que había imaginado todas aquellas veces desde entonces. Su espíritu inundó su cuerpo de punta a punta y de un extremo a otro, y pensó en el verso de una canción que le encantaba.

«Toda tu vida, solo esperabas este momento para ser libre.»

A Carmen le gustaba la idea de hacer galletas con Jesse y Joe. Mientras cogía alegremente los trocitos de caramelo y el azúcar de colores del estante del supermercado de camino a su trabajo, le parecía que era el tipo de proyecto que haría una canguro realmente buena.

Pero en ese momento, cuando efectivamente contemplaba el espectáculo, parecía menos divertido.

—Jesse, cariño, con cuidado. Con un pequeño toque -le rogó.

Jesse asintió con un gesto y estrelló el huevo contra el borde del bol metálico. Cientos de trozos de cáscara pequeños resbalaron hasta la masa. Él levantó la vista hacia ella, buscando su aprobación.

—Bueno, quizá un poco más flojito estaría bien. Quizá haga yo el siguiente.

Era demasiado tarde. Jesse ya estaba destrozando el huevo número dos contra el borde.

—¡Ahhhhhh!

Joe se estiraba hacia el azúcar y chillaba.

—Joe, ya sé que quieres el azúcar de colores. Pero no creo que a mamá...

Los niños eran torpes la mayor parte del tiempo, pero de vez en cuando, uno se sorprendía con su precisión absoluta. Carmen observó incrédula cómo Joe se inclinaba hacia delante, lanzaba un brazo, agarraba el pequeño bote de colores a más de medio metro de distancia, cogía un puñadito y tiraba el bote sobre la encimera, de forma tan espectacular que empezó a llover azúcar.

—Dios mío -musitó Carmen.

—¿Remover, verdad? -preguntó Jesse exaltado, satisfecho tras destrozarse los huevos hasta dejarlos irreconocibles.

—Bueno, quizá deberíamos-Dejó a Joe en el suelo para pescar algunas cáscaras de la masa. Pero Joe intentó ponerse de pie con la ayuda de una silla de cocina y el azúcar rodó bajo sus pies como cientos de papelitos. Su caída fue rápida y ruidosa.

—Oh, Joe -gimió Carmen. Lo recogió del suelo y brincó por la habitación para sortear el azúcar-. ¿Quieres jugar con mi móvil? -ofreció; no le importaba si llamaba a Singapur.

—Toma.

Lo sentó de golpe en su trona, agarró la escoba del gancho de la pared y comenzó a barrer el azúcar.

— ¡Remover, verdad? -volvió a decir Jesse desde su puesto sobre la encimera.

— Eh... sí -respondió Carmen agotada.

Los niños agotaban a uno tan rápido. Solo llevaba allí quince minutos.

Cuando oyó a la señora Morgan que bajaba las escaleras. Carmen se abalanzó sobre Joe para intentar limpiar todo rastro de azúcar de la boca y las manos.

La señora Morgan apareció en la puerta de la cocina vestida con un traje. Carmen se quedó asombrada de lo elegante que estaba.

— ¡Vaya! -exclamó-. Qué guapa.

— Gracias -respondió la señora Morgan-. Tengo una reunión en el banco.

— ¡Mamá! ¡Mamá! -chilló Joe.

Lanzó el móvil de Carmen a la otra punta de la habitación y extendió los brazos hacia su madre.

«No lo hagas», le advirtió Carmen mentalmente. Pero inevitablemente las fuerzas del universo atrajeron a la señora Morgan hacia su bebé. Lo cogió en brazos.

— ¡Mami! ¡Mira esto! -gritó Jesse.

— ¿Estás haciendo galletas? -preguntó la señora Morgan, con tanto entusiasmo como si sus hijo hubiera ganado el premio Nobel de la paz.

— ¡Sí! -gritó Jesse encantado-. ¡Prueba! ¡Prueba!

La señora Morgan echó un vistazo al bol.

— Por favor, mami. Lo he hecho yo.

Mientras la señora Morgan vacilaba, Carmen observó cómo Joe enterraba la cabeza en la axila de su madre. Carmen lo había visto venir. Un delgado rastro de moco se extendía por toda la solapa del traje negro de la señora Morgan, exactamente como si una babosa se hubiera deslizado por la tela. La señora Morgan no lo advirtió y Carmen no tuvo ánimos para decírselo.

De pronto la memoria de Carmen le proporcionó imágenes de la ropa de trabajar de su propia madre -la falda de gabardina sobre la que había sangrado la nariz de Carmen. La chaqueta de tweed en la que había vertido laca de uñas azul.

— ¡Mami, está rico!

Jesse acercó la cuchara a la boca de su madre.

La señora Morgan mantuvo su animada sonrisa intacta mientras examinaba los pedacitos de cáscara vertidos sobre la masa.

—Estarán todavía mejor después de hacerlas -señaló.

—¿Por favor? -la engatusó Jesse-. ¡Lo he hecho yo!

La señora Morgan se inclinó hacia delante y probó un poquito. Asintió de modo alentador.

—Jesse, está buenísimo. ¡Estoy deseando probar las galletas!

Carmen contempló a la señora Morgan incrédula. ¿Estaría ella, Carmen, dispuesta a probar ese mejunje?

¿Lo estaría su propia madre? Tan rápido como había aparecido la pregunta en la mente de Carmen, vino la respuesta. Sí, Christina habría probado la masa de galletas. Lo habría hecho.

En ese momento Carmen comprendió lo que era un hijo para una madre. La señora Morgan no lo había probado porque le apeteciese. Lo había hecho porque quería a su hijo. Y por algún motivo, a Carmen le pareció que esa idea era misteriosamente reconfortante.

Lennykl62: ¡Carmen! ¿Dónde estás? ¿Qué pasa con tu móvil? ¡Llevo todo el día llamándote! Tengo MUCHÍSIMAS ganas de hablar contigo.

Carmabelle: Móvil estropeado. Enseguida voy.

Tibby llamó a Brian a su casa. Casi nunca lo hacía. Saltó el contestador. Era uno de esos mensajes impersonales generados por ordenador que venía con el contestador. Le recordaba a los que compran un marco de fotos y dejan la foto que viene de la tienda en lugar de colocar una propia.

Carraspeó.

—Eh, espero que este sea el número... Brian, soy Tibby. ¿Me puedes llamar a Williamston? Tengo que hablar contigo.

Colgó. Tamborileó el pulgar contra el borde de su escritorio. ¿Por qué debería llamarla después de la manera en que le había tratado? Si ella estuviera en su lugar, no la llamaría. O si lo hacía, sería solo para decirse que era una imbécil.

Marcó el número de nuevo. Sonó el mensaje de nuevo.

— ¿Brian? Soy Tibby otra vez. Eh... una cosa... bueno, en realidad lo fundamental que quería decir es que lo siento mucho. Más que eso. Estoy avergonzada. Yo...

Tibby miró por la ventana y de pronto cayó en la cuenta de que se estaba sincerando con un contestador que ni siquiera tenía mensaje personalizado. Estaba loca. No estaba durmiendo lo suficiente. ¿Y si estaba marcando el número equivocado? ¿Y si la madre y el padrastro de Brian escuchaban los mensajes? Colgó el teléfono de golpe.

Pero, un momento. ¿En qué estaba pensando? ¿Era demasiado cobarde para llegar hasta el final de su disculpa después de la forma en que había tratado a Brian? ¿Iba a colgar sin más a la mitad? ¿De verdad le importaba más lo que pensarán la madre de Brian y su padrastro que ser una amiga decente?

Tibby bajó la vista a sus pies. Llevaba zapatillas con elefantes. También llevaba un pantalón de pijama a cuadros y un bañador, porque toda su ropa estaba sucia. También llevaba una toalla atada a la cintura porque habían subido demasiado el aire acondicionado en la residencia. Hacía varios días que no se duchaba ni salía a la calle. ¿Qué dignidad, exactamente, intentaba conservar?

Tibby volvió a marcar el número.

— ¿Brian? Soy, eh, Tibby otra vez. Lo que quería decir es que lo siento. Lo siento tanto que no encuentro ninguna palabra para expresarlo. También quiero la oportunidad de disculparme contigo en persona. Y también quería decirte que se va a proyectar mi película, una nueva, no la vieja, el sábado a las tres, aquí en el auditorio. Sé que no querrás venir -se detuvo para tomar aliento. Estaba hablando acelerada, como una loca-. Yo probablemente no lo haría en tu lugar. Pero por si acaso quieres venir, significaría mucho para mí.

Colgó. ¿Era todo aquello demasiado raro? ¿Se iba a merecer una orden de alejamiento de toda la familia?

Marcó el número de nuevo.

—Y perdona que llame tantas veces -dijo deprisa y rápidamente colgó el teléfono.

No hay remedio para el amor, salvo amar más. Henry David Thoreau

El viernes al atardecer Bridget corrió casi once kilómetros, todo el camino hasta el recodo del río donde se encontraba la antigua casa de Billy. Tal vez aún vivía allí.

Su cuerpo estaba cambiando, lo notaba. No había vuelto completamente a la normalidad, pero había recorrido la mayor parte del camino. Sus piernas y su tripa se estaban poniendo fuertes y musculosas de nuevo. Su pelo era rubio otra vez. Como corría sola, se quitó la gorra de béisbol, lo cual fue un alivio. Dejó que su pelo respirara en el cálido aire de la tarde.

Se detuvo en casa de Greta para coger su balón y fue directa al campo de fútbol. Se había convertido en un ritual para ella, jugar sola por la noche en las tres zonas de luz.

— ¡Gilda!

Se dio la vuelta y vio a Billy que se acercaba. Probablemente estaba de camino a una fiesta en la que todas las chicas tenían colados a todos los chicos.

— Hola -dijo sin aliento, alegrándose de haberse puesto la gorra de béisbol de nuevo.

— Creía que ya no jugabas.

— He empezado otra vez.

— Ah.

La miró. Miró el balón. Le gustaba el fútbol tanto como a ella.

— ¿Quieres que juguemos?

Ella sonrió.

— Por supuesto.

No había nada como un adversario apuesto para poner en marcha la adrenalina de Bridget. Encontró su ritmo, con el balón delante de ella. Regateó a la izquierda, le dio un toque y luego chutó. Oyó el gemido de incredulidad de Billy detrás de ella.

— Has tenido suerte -dijo y empezaron de nuevo.

Era como si estuviera otra vez en el equipo de los Honey Bees. Bridget siempre había tenido una capacidad desbordante para ser tan buena como quería y aquella tarde le permitió regatear a Billy cinco veces seguidas.

Resoplando, él se sentó en el medio del campo. Se tapó la cara con las manos.

— ¡Qué demonios! -rugió al aire de la noche.

Bridget intentó no mostrar suficiencia. Se sentó a su lado.

— Llevas vaqueros. No te lo tomes muy a pecho.

Billy bajó las manos y se quedó mirándola. Tenía otra vez la mirada intrigada de hace unas semanas. La escudriñó.

— ¿Quién eres?

Ella se encogió de hombros.

— ¿Qué quieres decir?

— ¿Eres, no sé, Ronaldo disfrazado o algo así?

Ella sonrió y sacudió la cabeza.

— ¡Soy el mejor de nuestro equipo! -gritó frustrado.

Ella volvió a encogerse de hombros. ¿Qué podía decir? Tenía tras de sí una larga carrera podando el ego de los chicos en el campo de fútbol.

— Me recuerdas a una niña que conocía -reflexionó él, dirigiéndose más a la hierba que a ella.

-¿Sí?

— Se llamaba Bridget y fue mi mejor amiga hasta que tuve siete años. También solía darme palizas en el campo. Así que esto no debería importarme.

Sus ojos se mostraban animados y cálidos. A ella le gustó que tuviera espíritu deportivo bajo su orgullo. Quería decirle quién era. Estaba harta de todo el juego. Estaba harta de esconder el pelo con una gorra de béisbol.

Ella advirtió que miraba sus piernas. Quizá no era una belleza, pero sabía que sus piernas comenzaban a estar bien otra vez. Estaban duras y bronceadas de correr durante cinco semanas seguidas, sin mencionar el ejercicio futbolístico nocturno. El no parecía intrigado y tampoco parecía agradecido. De hecho, parecía un poco incómodo. Carraspeó.

— Yo, eh, me tengo que ir. Estarás mañana a las cinco, ¿verdad? Es el penúltimo partido antes del torneo, ¿sabes?

Ella le iba a dar una palmada en el hombro, pero el gesto no le salió amistoso como pretendía. Por el contrario, fue como un roce. Sus dedos cosquilleaban donde lo habían tocado. Él miró su hombro y a ella otra vez. Ahora parecía confundido.

– Estaré ahí -prometió ella.

Cuando abrió la puerta en silencio, vio la parpadeante luz azul de la televisión en el salón. Entró de puntillas para desear buenas noches a Greta, pero ya estaba dormida en la butaca, con la cabeza colgando. Delante de ella había una bandeja apoyada en unas patas con los restos de su cena. El viernes era su noche de tele. Mirarla entristecía a Bridget. Su vida era tan pequeña y tan simple, y tan completamente anodina. ¿Podría Bridget caber en una vida tan pequeña?

Y después no pudo dejar de pensar en Marly. La vida de Marly nunca había sido pequeña ni simple. Con Marly te despertabas en un mundo diferente cada día. Cada hora había destacado, para bien o para mal. ¿Acaso vivir a lo grande significaba terminar como ella?

Allí, de pie en el salón, donde Marly se había pavoneado con cientos de chicos y Greta dormitaba delante de la televisión, Bridget se preguntó si se reducía a la elección claustrofóbica entre morir bella o vivir horrible.

Tibberon: Lenny, me alegro por ti y por Kostos. Pero por favor no me digas que lo has hecho. Ahora mismo sería demasiado para mí.

Lennykl62: No, Tib. No te asustes. Pero no puedo mentir. Quería. Puede que pronto.

Era tarde. Carmen había pasado toda la tarde en casa de Lena. Su mente estaba llena de amor y pasión -el amor y la pasión de Lena- y era emocionante pero también amenazador. Era una cosa más que las separaba de su infancia común.

Cuando llegó Carmen a casa, sus pensamientos se extendían, hacia delante y hacia atrás, de una forma desbordada y sentimental. Tuvo el efecto de echar de menos a su madre y anhelar su compañía, a pesar de que Christina estaba acostada en la habitación de al lado.

Carmen se puso una camisa de pijama y se lavó los dientes y después se metió en la cama de su madre. Aún era, incluso cuando estaban de uñas, el sitio más suave del universo. Christina giró sobre sí misma y apoyó la cabeza sobre el codo. Habitualmente en noches como aquella, le daba un masaje a Carmen en la espalda, pero esa noche Carmen no se había acurrucado lo bastante cerca. No se lo merecía todavía.

– ¿Mamá?

-¿Sí?

Carmen sollozó un poco.

– Necesito decirte algo.

– De acuerdo.

Christina probablemente sabía que aquello iba a pasar en algún momento.

– ¿Te acuerdas del domingo cuando todavía estabas con David y creíste que no había llamado en todo el día?

Christina rememoró.

– Sí -respondió.

– Pues sí que llamó. Rebobiné su mensaje y uno nuevo se grabó encima por error. Debía haberte dicho la verdad, pero no lo hice.

Por la expresión en el rostro de Christina, había ira, pero no parecía que fuera a estallar.

– Eso fue algo muy ruin, Carmen.

– Lo sé y lo siento mucho. Siento eso y también siento las cosas espantosas que te dije. Siento haberte hecho tan infeliz.

Christina asintió con un gesto.

– Siento haber estropeado las cosas entre David y tú. Quisiera no haberlo hecho -los ojos de Carmen se inundaron de lágrimas-. No sé por qué lo hice.

Christina todavía no dijo nada. Tenía la habilidad de dar tiempo a las mentiras de Carmen.

– Bueno, sí sé por qué lo hice. Temía que fuera el final entre tú y yo.

Su madre alargó la mano y le tocó el pelo.

– Cometiste algunos errores. Pero no eres la única -reflexionó Christina despacio-. Yo también lo hice. Permití que fuera muy rápido. Perdí el control -los ojos de Christina estaban posados fija y atentamente en el rostro de Carmen-. Pero escúchame, nena. Nunca puede haber un final entre tú y yo.

Carmen sintió que una lágrima resbalaba por su codo y calaba en el colchón.

– ¿Puedo preguntarte una cosa?

– Claro.

— ¿Hace mucho tiempo que querías conocer a alguien como David? Todo este tiempo que estábamos solo las dos, ¿te sentías sola?

— Oh, no. No -acarició la cabeza de Carmen, como hacía cuando Carmen era una niña-. He sido muy feliz siendo tu madre.

Carmen sintió que le temblaba la barbilla.

— ¿De verdad?

— Más que con ninguna otra cosa.

— Oh -Carmen sonrió temblorosa-. Yo he sido feliz siendo tu hija.

Las dos rodaron sobre la espalda y miraron al techo.

— Mamá, ¿qué es lo que deseas?

Christina lo pensó un rato.

— Enamorarse es una sensación maravillosa. Pero me asusta cómo llegó a dominarme. No sé si quiero eso.

— Hummm... -Carmen consideró las grietas en la moldura de escayola del techo.

— ¿Y tú, cariño? ¿Tú qué quieres?

— Bueno -Carmen levantó los brazos en el aire y estiró los codos. Examinó sus manos ahí arriba-. Déjame pensar. Quiero que me dejes tranquila, pero que no me ignores. Quiero que me eches de menos cuando me vaya a la universidad, pero que no estés triste. Quiero que sigas exactamente igual, pero que no te sientas sola ni abandonada. Quiero ser yo la que se marche y que tú nunca me dejes. No es justo, ¿verdad?

Christina se encogió de hombros.

— Tú eres la hija. Yo soy la madre. No se supone que sea justo -se rió-. No recuerdo que cambiaras ningún pañal.

Carmen también se rió.

— Oh, y una cosa más -Carmen rodó hacia un lado, mirando a su madre-. Quiero que seas feliz.

Dejó que sus palabras calaran hondo en las dos. Después de un rato se acurrucó lo suficiente para que su madre le diera un masaje en la espalda.

Bi:

Te mando los pantalones llenos de amor y extrañeza. Estoy viviendo aquí y en otro mundo. Sé que lo entenderás, Bi, porque tú vives aquí también. No me refiero sólo a hacer cosas serias con un tío, aunque ahora entiendo mucho más sobre eso. Me refiero a lanzarte y exponerte a una felicidad abrumadora, sabiendo que también te expones a un daño terrible. Me da miedo ser tan feliz. Me da miedo ser tan extremada.

Pero tú estás aquí Conmigo. Bi. Siempre, desee ser tan valiente como tú.

Con cariño, Lena

Si echarlo de menos y desearlo había sido difícil antes, ahora era casi insoportable. Lena tenía la impresión de que la multitud de ideas y sueños y fantasías sobre Kostos cargaba las horas y hacía que pasasen más despacio.

Vivía fuera de sí, pues vivía para cuando pudieran estar juntos. Eso es lo que había querido evitar por todos los medios. Pero Lena comprendía que quizá eso era lo que costaba el amor.

Cuando le había llamado el lunes, había acariciado literalmente el teléfono. Hubiera preferido escucharle respirar durante una hora que colgar.

Cuando había llamado el martes, se había reído tontamente durante hora y media, y le había entrado la duda sobre si la auténtica Lena no estaría tal vez encerrada en un armario en algún sitio con la boca tapada con cinta aislante.

No había llamado el miércoles y cuando llamó el viernes, no sonaba bien. Su voz era de una inexpresividad que apenas reconocía.

— Me temo que quizá no pueda ir este fin de semana.

De pronto ella se sintió mareada.

— ¿Por qué no?

— Puede... puede que tenga que volver.

— ¿Volver, adonde?

— A Grecia -respondió él.

Ella soltó una exclamación ahogada.

— ¿Está bien tu bapi?

Él se quedó callado un momento.

— Sí, creo que está bien.

— ¿Entonces por qué? ¿Qué pasa?

Lena se mostró demasiado intensa. Se estaba lanzando sobre él como un gato sobre una cucaracha. Deseaba poder contenerse.

— Otro asunto que ha surgido en casa -afirmó él despacio-. Lo explicaré cuando sepa qué está pasando.

No quería que preguntase nada más.

— ¿Es algo malo? ¿Se arreglará todo?

— Eso espero.

Su mente elaboraba fervorosas explicaciones que no fueran devastadoras para ella.

— Tengo que colgar -indicó él-. Desearía no tener que hacerlo.

«¡No te vayas!», quiso gritar Lena.

— Te quiero, Lena.

— Adiós -dijo ella inevitablemente.

¡No podía volver a Grecia! ¡Se moriría! ¿Cuándo volvería a verlo? Lo único que le daba fuerzas hasta ese momento era el pensamiento de que solo tenía que esperar hasta el viernes.

Odiaba aquello. La incertidumbre. La impotencia. Sentía como si él hubiera abierto un abismo enorme en el camino previsto de su vida. De pronto la acera se terminaba solo unos cuantos metros más allá.

Effie estaba en la puerta de su habitación. Llevaba puestas las zapatillas de correr.

— ¿Estás bien? -preguntó.

Lena sacudió la cabeza. Cerró los ojos con mucha fuerza para mantener las lágrimas dentro.

Effie apareció a su lado.

— ¿Qué pasa?

Lena se encogió de hombros. Hizo acopio de voz de algún sitio cercano a sus tobillos.

— Que me quiera Kostos es todavía más duro de lo que es que no me quiera.

—¿Tus nietos solían venir de visita, no? -preguntó Bridget a su abuela en el desayuno por debajo de la gorra.

Su abuela masticó su tostada.

—Huy, sí. Todos los veranos hasta que tuvieron casi siete años. Y hasta que cumplieron cinco yo iba a verlos cada invierno y pasaba con ellos seis semanas.

—¿Por qué dejaste de ir? -inquirió Bridget vacilante.

—Porque Marly me pidió que no fuera.

—¿Por qué?

Greta suspiró.

—Las cosas ya empezaban a ir mal por aquel entonces. Creo que no quería que nadie examinase tan de cerca su vida, en especial yo. Tenía demasiadas opiniones sobre educar a los niños y ni ella ni Franz las querían oír.

Bridget asintió con la cabeza.

—Qué triste.

—Oh, cariño -Greta se balanceó en su silla-. No lo sabes bien. Marly quería a sus hijos, pero lo pasaba mal. Solía irse a la cama después de prepararles la comida y cuando ellos tenían ocho o nueve años, sospecho que volvía a dormirse después del desayuno. Se podía sentir desbordada a mitad de llenar la lavadora y dejar la ropa en la máquina durante días hasta que Franz se ocupaba de ello.

Bridget apretó la palma de la mano contra la mejilla. La cocina se oscureció a medida que fuera el cielo se nublaba. Recordaba a su madre acostada en la cama toda la tarde. Recordaba a su madre enfadándose y frustrándose con las hebillas de las sandalias de Bridget o los enredos en su pelo. Bridget había aprendido a tener cuidado con las manchas y a reutilizar su ropa, porque tardaba mucho en volver limpia de la lavadora.

—¿Por qué... dejaron de venir? Los niños, me refiero.

La abuela apoyó los codos pesadamente en la mesa.

—Para serte sincera, creo que era porque yo tenía discusiones agrias con Franz. Sabía que Marly tenía problemas y me preocupaba por ella todo el tiempo. Franz no quería ver lo que yo veía. Le dije que Marly necesitaba la ayuda de un médico y dijo que no. Le dije que Marly necesitaba medicación y él lo negó. Creo que estaba

enfadado conmigo, así que se llevó a los niños. Me dijo que dejase de llamar. Que dejase a Marly en paz. No pude hacerlo.

Bridget se fijó en que los labios de Greta temblaban. Se daba palmaditas en sus manos de anciana constantemente.

—Y yo tenía razón al preocuparme. Tenía razón porque...

Bridget se levantó tan rápido que casi volcó su silla hacia atrás.

—Tengo que hacer algo arriba. Lo siento, Greta. Me acabo de acordar. Me tengo que ir.

Subió los escalones sin mirar atrás. En el ático lo primero que vio fue la caja, la que había estado apartando. En sus sueños ella era Pandora. Imaginaba que la caja era una gran sima negra entre su infancia y ella, y que una vez que abriera la tapa, caería dentro y moriría.

Bridget se acostó en la cama y escuchó la tormenta que se formaba fuera. Se durmió un rato y cuando despertó, estaba mirando la caja de nuevo. El cielo se estaba oscureciendo. Prácticamente sentía el barómetro desplomándose.

Observó cómo el viento agitaba las cortinas. El cielo gris parecía tornar el suelo a su imagen. Le encantaba aquella habitación. Allí se sentía más en casa que en ningún otro sitio que hubiera estado. Pero aún estaba aquella caja. Contempló por la ventana el paisaje inquieto.

Se acercó a la caja y la abrió. Aquel era un buen momento para quitársela de en medio. Quería demostrarse a sí misma que en realidad no infundía tanto miedo. Y si no lo hacía entonces, ¿cuándo lo haría? Tenía que llegar al final de la historia.

Las capas de arriba eran en su mayoría fotografías de la joven familia feliz. Marly y Franz con sus dos bebés rubios. En el coche, en el zoo. Todo lo típico. Más atractivas para ella resultaban aquellas en las que estaba con sus abuelos. Bridget con los ojos guiñados por el sol a hombros de su abuelo, junto a Greta con una sonrisa de oreja a oreja, su boca naranja y pegajosa por un polo. Sonrió al ver la fotografía del equipo de los Honey Bees. Ahí estaba ella con su pelo cortado a lo chico y el brazo enroscado en torno a Billy Kline. El centro de la caja estaba ocupado por distintos trabajos manuales de Perry y suyos, y una pila de tebeos de Perry en proceso de desintegración. Tiró muchas de esas cosas.

Debajo de aquello estaban las fotografías que había debido enviar Marly a su madre durante los años en los que ellos dejaron de ir a Alabama. Las rígidas fotografías del colegio de Bridget y Perry desde tercero hasta quinto. Había una fotografía tremenda, para morirse de risa de las «Septiembre» tras un verano. A Tibby todavía le faltaban varios dientes. Bridget lucía una pasada de aparatos, con pequeñas gomas elásticas estiradas por delante. Carmen llevaba su espantosa

versión lacia del peinado de Jennifer Aniston. Lena estaba normal, pero así era Lena.

La última fotografía era la triste. Por la fecha que venía detrás, Bridget sabía que se había tomado cuatro meses antes de que muriera su madre. Bridget supuso que su madre se la había enviado a Greta para demostrarle que estaba bien, pero si la mirabas, aunque solo fuera un minuto, la ilusión se deshacía de forma desgarradora. Las extremidades de Marly estaban demasiado delgadas. Su piel parecía que hacía semanas que no había visto la luz del sol. Su pose en un banco del parque resultaba totalmente artificial, como si la hubieran preparado en un estudio fotográfico. Su sonrisa era frágil y atrofiada, como si su boca no hubiera adoptado esa forma durante muchos meses.

A Bridget le encantaba Marly, la que deslumbraba y presumía, pero aquella era la mujer que recordaba.

Bridget se levantó. Estaba inquieta. Sus piernas necesitaban que diera una vuelta. El cielo estaba tan oscuro como si fuera de noche. Dio al interruptor de la luz, pero no respondió. La tormenta había provocado un apagón.

Bridget bajó las escaleras para ver cómo estaba Greta. Para su sorpresa, se la encontró acurrucada en un rincón de la cocina con una linterna.

— ¿Estás bien? -preguntó Bridget.

Greta estaba brillante de sudor.

— Me ha subido el azúcar. Me está costando ponerme la inyección con esta oscuridad.

Sin pensarlo, Bridget se acercó a ayudar.

— Te sujetaré la linterna -se ofreció.

Mientras la sujetaba, observó sin respirar cómo Greta preparaba la aguja y se la pinchaba en la piel. De pronto el haz de luz de Bridget estaba inclinado y volando por toda la habitación. Sus manos temblaban tanto que dejó caer la linterna y rebotó con estruendo por el suelo. Todo su cuerpo temblaba.

— Lo siento -exclamó-. La cogeré.

Sin embargo, tropezó y cayó de rodillas en medio de la habitación.

— Cariño, no pasa nada. Ya está -dijo Greta tranquilizadora, pero a Bridget le pareció que lo decía desde muy lejos.

Bridget intentó levantarse, pero su cabeza no funcionaba y sus ojos no funcionaban. No podía fijar la vista en nada. Sintió pánico, como si tuviera que

seguir moviéndose. Salió disparada por la puerta lateral al jardín. Oyó la voz de la abuela que gritaba tras ella, pero no podía concentrarse. Bridget siguió andando.

Caminó bajo una lluvia como alfileres varias manzanas hasta el río y luego caminó a lo largo del cauce, por el sendero conocido. Andar no parecía ser lo bastante rápido, así que empezó a correr. El río estaba alto y lamía las orillas. Sintió lágrimas que goteaban de sus ojos, para mezclarse y desaparecer en la lluvia. La lluvia era tan fuerte y de pronto imaginó su chubasquero, hecho un ovillo bajo el asiento del autobús, viajando por el país, dejándola sola allí fuera.

Corrió y corrió, y cuando ya no podía correr más, cayó al suelo y dejó que su pasado la alcanzase. Se tumbó en el mojado y embarrado banco del río y dejó que los recuerdos le adelantasen, porque ya no lo podía evitar.

Ahí estaba su madre con la aguja en la piel, piel blanca azulada. Ahí estaba el pelo, largo y amarillo, esparcido por el suelo. Ahí estaba el rostro de su madre, que no se movía ni siquiera con los gritos, con todos los gritos. Era Bridget quien gritaba. Estaba gritando y el rostro de su madre seguía quieto, por mucho que Bridget la zarandease. Y gritó y gritó hasta que vino alguien y se la llevó.

Esa era la historia. Así había terminado en realidad.

Una paloma es lo mismo que una tórtola. ¿Lo sabías? Bridget Vreeland

En algún momento antes del amanecer, Bridget se levantó y volvió a casa de su abuela andando. Abrió la puerta lateral y subió atontada los escalones hasta el baño. Se dio una larga ducha casi hirviendo, se envolvió en una toalla, cogió un peine de su estante y bajó a la cocina. Se sirvió un vaso grande de agua y se sentó a la mesa a oscuras.

Estaba cansada. Estaba aturdida. Se sentía como si hubiera muerto.

Oyó pasos en la escalera y luego oyó a la abuela entrar en la cocina por detrás de ella. La abuela tomó asiento en la mesa. No dijo nada.

Después de un rato, Greta cogió el peine de encima de la mesa y se levantó. Se puso detrás de Bridget y comenzó a peinar su pelo mojado, con delicadeza, despacio, desenredando los nudos desde abajo, como una profesional. Bridget dejó que su cabeza se relajase sobre el pecho de su abuela, y se permitió recordar la multitud de veces que Greta había hecho eso antes, siempre despacio, siempre pacientemente.

Bridget cerró los ojos y se permitió recordar otras cosas en aquella cocina. La abuela preparándole cuencos de cereales cuando se suponía que estaba dormida, dándole cucharadas de jarabe para la tos cuando Bridget tenía bronquitis, enseñándole a jugar a las cartas y mirando hacia otro lado cuando hacía trampas.

Cuando el pelo de Bridget estaba completamente desenredado y liso, el sol ya había salido y derramaba su luz sobre los mechones de seda dorados. Greta la besó en la cabeza.

—Sabes quién soy, ¿verdad? -dijo Bridget con voz frágil.

Notó que Greta asentía contra su cabeza.

—¿Hace mucho que lo sabes?

Otro gesto afirmativo.

—¿Todo el tiempo? -preguntó Bridget.

—No el primer día -aseguró Greta, para evitar que Bridget se entristeciera porque su ardid había fracasado por completo.

Bridget asintió con la cabeza.

—Eres mi Bi. ¿Cómo no iba a darme cuenta?

Bridget lo consideró. Tenía sentido.

—¿Incluso con el pelo diferente?

—Tú eres tú, sea como sea tu pelo.

—Pero no dijiste nada.

Greta levantó los hombros y los dejó caer.

—Quise seguirte el juego.

Bridget asintió de nuevo. Era sorprendente y cierto. Greta percibía lo que necesitaba Bridget. Siempre lo había hecho.

Al meterse en la cama otra vez, con la piel roja y el pelo liso, Bridget notó una sensación reconfortante que se extendía por sus entrañas. Había permitido entrar a los recuerdos de una madre que aparentemente no podía quererla, pero en la misma inundación se habían colado los recuerdos de una madre que sí podía.

Hasta mediados de agosto Lena se levantaba por la mañana y se acostaba por la noche. A veces iba a trabajar entre medias. También comía de vez en cuando. Vio a Carmen y escuchó a Carmen mientras hablaba. Mantuvo unas cuantas conversaciones tensas con Tibby. La vez que había llamado Bi no estaba en casa. Lena era del tipo de persona a la que le gustaba compartir buenas noticias. Las malas noticias se las guardaba para ella.

Kostos había vuelto a Grecia. No había explicado por qué. Cuando le había preguntado si había hecho algo mal, él se había enfadado. Por primera vez en varios días su voz había perdido su tono monótono.

—No, Lena. Claro que no. Pase lo que pase, tú no hiciste nada mal -su voz sonaba espesa por la emoción-. Eres lo mejor que me ha pasado en la vida. Nunca pienses que hiciste algo mal.

De alguna manera, aquello no la tranquilizaba.

Él había prometido que escribiría constantemente y llamaría cuando pudiese. Ella sabía que no iba a llamar a menudo. Costaba una fortuna y supondría una carga para sus abuelos. Su casa en Oia ni siquiera estaba preparada para conectarse a Internet.

Volvían a las cartas. La satisfacción aplazada parecía una tortura más allá de cualquier cosa que incluso Kafka hubiera podido inventar.

«No sé si puedo hacerlo», pensó en muchas ocasiones. ¿Pero cuál era la alternativa? ¿Desenamorarse de él? Imposible. ¿Dejar de pensar en él? ¿No seguir deseando estar con él? Lo había intentado una vez. Estaba demasiado avanzado para intentarlo otra.

—Lena, ¿estás bien? -preguntó su madre una mañana desayunando.

«¡No! ¡No lo estoy!»

—Sí -respondió.

—Estás tan delgada. Quisiera que me dijeras qué es lo que te pasa.

Lena también lo quería. Pero no iba a ocurrir. Durante mucho tiempo, en especial desde la discusión sobre Eugene, se habían tratado con cierta distancia. Su madre no iba a abrazarla y arreglar todo así, tan fácilmente.

Carmabelle: Tib. Hoy he visto a Brian en bici. Casi lo atropello. Está increíble. Guapo. No estoy bromeando. Tibberon: Estás bromeando. O confundida. Carmabelle: No lo estoy. Tibberon: Sí que lo estás.

Bridget necesitaba correr. Lejos y rápido. Durante días se había quedado cerca de la casa, dando vueltas silenciosamente con las zapatillas de Greta, dejando que Greta le prepara limonada y le diera masajes en el cuello. Había pasado mucho tiempo sin una madre.

Habitualmente cuando dormía doce horas por la noche significaba que se estaba desmoronando, pero aquellas noches, con sus sueños tranquilos, sentía como si se estuviera rehaciendo.

Se lavó el pelo vigorosamente, cuatro veces seguidas, y vio los restos del leve tinte castaño que se iban por el desagüe. Después se puso las zapatillas de correr.

El aire estaba un poco más fresco de lo normal y su respiración se adaptó enseguida a un ritmo fácil. Se sentía ligera y bien, como si se hubiera quitado de encima una manta muy pesada y muy oscura.

El río todavía estaba muy caudaloso debido a las tormentas. Sus pies resbalaban un poco en las zonas embarradas del sendero, pero redujo la velocidad sin romper el ritmo. Podía haber corrido un millón de kilómetros aquel día, pero decidió dar la vuelta cuando llevaba ocho. Los árboles estaban tan exuberantes y frondosos que colgaban pesados sobre las orillas del río. Magnolios de grandes hojas se elevaban hacia el cielo. Parecía que una gruesa capa de musgo cubría cada peña y cada roca.

—¡Eh, oye!

— ¡Oye! -gritó la voz una segunda vez antes de que comprendiera que iba dirigida a ella.

Frenó y dio media vuelta.

Era Billy. La estaba saludando con la mano desde más arriba, en el paseo cubierta de hierba. Tenía sentido. Podía ver su casa desde allí si se ponía de puntillas.

El se acercó hacia ella. Parecía confundido por su aspecto.

Ella se tocó la cabeza al recordar que no se la había tapado. ¿Qué sentido tenía ya?

— Estás... diferente -comentó él, observándola detenidamente-. ¿Te has teñido el pelo?

— No, lo he... desteñado... mejor dicho.

Se quedó sorprendido.

— Quiero decir que este es su color.

Algo se removía en los ojos de Billy. Intentaba comprender.

— Sí me conoces, Billy -aseguró ella.

— ¿Sí, verdad?

— No me llamo Gilda.

— No.

— No.

Él estaba rebuscando en su mente, ella lo notaba.

— Tampoco soy Ronaldo.

Él se rió. La estudió más detenidamente.

— Eres Bi -dijo finalmente.

— Soy Bi -reconoció ella.

Él sonrió, asombrado, feliz, desconcertado.

— Menos mal que no hay dos chicas en Burgess capaces de darme una paliza en el campo de fútbol.

— Solo una -apuntó ella.

El señaló su frente.

—Sabía que te conocía.

—Yo sabía que te conocía.

—Sí, bueno, yo no me ocultaba tras un alias, ¿no?

—No. Además, estás exactamente igual.

—Tú estás... -la examinó-. Igual también -decidió.

—Qué gracia que sea así -dijo ella, eufórica.

Comenzaron a andar juntos a lo largo del río.

Él la miraba de refilón mientras caminaban.

—¿Por qué estabas usando un nombre falso? -preguntó finalmente.

Era una pregunta razonable. Ella ya no estaba segura de cuál era la respuesta.

—Mi madre murió, ¿lo sabías?

Bueno, no era una respuesta, pero era información que quería que tuviese.

Él asintió.

—Aquí se celebró un funeral. Recuerdo que pensé que quizá vendrías.

—No me enteré. Habría venido.

Él asintió otra vez. Bridget sabía que estaba dejando un montón de preguntas en el aire, pero la gente no te insistía si tu madre había muerto.

—Pensé un montón en ti -confesó él. Ella supo por sus ojos que lo decía de verdad-. Lo sentí un montón. Lo de tu madre, quiero decir.

—Lo sé -respondió ella rápidamente.

Él tocó su mano suavemente mientras caminaban. No habían hablado más que de fútbol antes de ese momento y, sin embargo, él era capaz de mostrarse serio, de asimilar quién y qué era.

—Quería venir y ver este sitio otra vez -explicó ella tras un rato de silencio-. Quería ver a Greta y averiguar cosas de mi madre, pero... no quería tener ninguna... obligación. Supongo.

Aparentemente él lo encontró racional, aunque no podía estar segura.

—Ya no me siento así -añadió ella.

Le gustaba lo cuidadosamente que la observaba, pero estaba lista para cambiar de marcha.

—¿Y cómo os fue contra Decatur? -quiso saber Bridget.

Ahora que era ella de nuevo, resultaba gracioso oír cómo su voz se relajaba a su viejo acento.

—Perdimos.

—Oh. Qué pena. Pensé que se aplazaría por la lluvia del sábado.

—Jugamos el domingo -apuntó él-. Perdimos tres a uno. Los demás dicen que es porque no estabas allí.

Bridget sonrió. Le gustaba esa idea.

—Les dije que te pediría que fueras oficialmente nuestra entrenadora.

—¿Qué te parece si lo hago extraoficialmente?

Se conformó con eso.

—No te puedes perder ningún partido más, entrenadora -dijo-. Y tienes que venir a los entrenamientos también. Tenemos los play-offs el próximo fin de semana.

—Lo prometo -aseguró ella.

Al final del sendero cada uno torció en dirección distinta. Billy le agarró una mano cuando ella se alejaba andando. La estrechó una vez, no muy fuerte, y después la soltó.

—Me alegro de que hayas vuelto, Bi.

Tibby tenía que salir de la residencia. Hacía tres días que no veía la luz del sol y se había comido cada copo y cada grano de cada una de las mini cajas de cereales que había robado de la cafetería. No necesitaba ducharse todos los días, ni lavar la ropa ni peinarse, pero sí que necesitaba comer.

Estaba deambulando por el vestíbulo de su residencia, discutiendo consigo misma sobre un par de cortes, cuando tropezó con Brian.

—¡Brian! -gritó cuando se dio cuenta de que era realmente él y no un truco de su imaginación.

El sonrió. Se acercó lo bastante para abrazarla y luego perdió el valor, así que ella tendió los brazos y lo abrazó.

— Me alegro tanto, tanto, de verte -aseguró ella.

— Recibí tus mensajes -apuntó él.

Tibby puso una cara rápida de sufrimiento.

— Todos -añadió.

— Lo siento.

— No pasa nada.

Alegremente estudió la cara de Brian.

— Oye. ¿Dónde están tus gafas?

Y al salir la pregunta de sus labios cayó en la cuenta de que Carmen tenía razón. Si Tibby se obligaba a ser objetiva, veía que Brian estaba perfectamente presentable. Tuvo un pensamiento terrible.

— ¿No te habrás puesto lentillas, verdad?

¿Y si Brian, precisamente él, se había vuelto repentinamente vanidoso? ¿Qué supondría eso para la humanidad?

Brian la miró como si estuviera loca.

— No. Se rompieron -se encogió de hombros-. No veo nada.

Tibby se rió. Estaba aliviada porque fuera su amigo de nuevo.

— ¿Puedes venir a la cafetería conmigo? Te colaré.

— Claro -respondió él.

Tibby vio a Maura en la entrada del edificio. Una parte cobarde de sí misma quiso esconderse, fingir que en realidad no la había visto. Hacía más de una semana que no hablaban. Tibby estaba segura de que Alex le había contado todo sobre su discusión.

Maura iba perfecta con una falda de cuero. Tibby todavía llevaba los pantalones de pijama de cuadros. Su camiseta de tirantes estaba manchada de tinta. Brian echó una ojeada a Tibby con cautela. Maura bajó los ojos, evidentemente prefería la farsa en la cual actuaban como si no se hubieran visto.

Tibby escupió en la cara de su lado cobarde.

— Oye, Maura -dijo-. No te presenté como es debido a mi amigo Brian. Maura, este es Brian. ¿He mencionado que es mi mejor amigo?

Maura parecía atrapada. Miró alrededor a la gente que circulaba por el vestíbulo. No quería ser vista hablando con la chica que iba en pijama. Tibby de pronto tuvo el deseo perverso de que Brian tuviera un aspecto tan lamentable como ella, en lugar de perfectamente presentable.

Maura les respondió con una rígida sonrisa desagradable y rodeó a Tibby para llegar a los ascensores.

Más tarde, en la cafetería, Tibby quiso presentar a Brian a todos los que conocía, pero desgraciadamente eso se reducía a Vanessa. Vanessa accedió a sentarse en su mesa y prometió enseñarle a Brian sus peluches cuando volvieran a la residencia.

—Qué mono -susurró Vanessa a Tibby cuando Brian fue a comprarles zumo de naranja.

La primera carta tardó ocho días en llegar y Lena supo al tacto que no le iba a hacer feliz. Era liviana y delgada, y la letra normalmente expansiva de Kostos parecía inusualmente comprimida.

Queridísima Lena:

Es difícil para mí escribirte este mensaje. Estoy aquí en una situación que me preocupa. Quiero esperar para explicártelo hasta que sepa cómo se va a resolver. Siento el suspense. Sé que no es fácil para ti.

Por favor dame un poco más de tiempo.

Kostos

Bajo su fría despedida había escrito algo más en otro momento, adivinó Lena, porque la tinta se había secado de un color ligeramente distinto y la letra era mucho más suelta, casi borracha.

Te quiero, Lena, había garabateado al final. No podría dejar de hacerlo aunque lo intentara.

La analizó, con una extraña sensación de distanciamiento. ¿Qué podía ser? Había pasado tantas horas intentando especular y adivinar, y no había llegado a ninguna hipótesis que tuviera el menor sentido.

Él decía que la quería. Aunque en general a ella no se le daba bien mantener y confiar en esa idea, sí le creía. ¿Pero por qué decía que no podía dejar de hacerlo aunque lo intentara? Daba la impresión de que lo estuviera intentando. ¿Por qué lo intentaba? ¿Qué podía haber ocurrido para hacer que intentara dejar de quererla?

¿Estaba enfermo su bapi otra vez? Eso sería un golpe tremendo, pero no tenía por qué separarlos. Si él debía quedarse en Oia, perfecto. Ella encontraría la manera de ir el próximo verano. Quizá incluso para las vacaciones de Navidad.

Lena se sintió como un guijarro que cae dentro de un pozo. Caía por el aire sin nada que la sujetase. Sabía que el final, cuando llegase, sería doloroso. Pero incluso el suspense se volvía monótono cuando pasaba demasiado tiempo.

Estaba esperando, esperando. Cayendo.

La siguiente carta fue peor.

Querida Lena:

Ya no puedo seguir teniendo una relación contigo. Ni quiero que tú sientas que tienes una obligación conmigo. Lo siento. Algún día te lo explicaré todo y espero que me perdones.

Kostos

El fondo había llegado. Se estrelló contra él, pero no sintió que quedase todo cerrado y comprendido. Se quedó ahí, tumbada en el fondo, mirando hacia arriba. Sabía que debía haber un diminuto círculo de luz allí arriba en alguna parte, pero en ese momento no lo veía.

Pozos de pena, olas de alegría. John Lennon y Paul McCartney

—Hola, ¿eres David?

—Sí. ¿Quién llama?

—Soy Carmen Lowell. Ya sabes, la hija de Christina.

Él hizo una pausa.

—Hola, Carmen. ¿Qué puedo hacer por ti?

Su voz parecía en guardia, seriedad absoluta. Sabía que Carmen no había hecho precisamente de Cupido entre Christina y él.

—Te quería pedir un favor enorme.

—Bueno...

Su «bueno» sonaba como «ni lo sueñes».

—Me gustaría que recogieras a mi madre esta tarde a las siete y la llevaras a Toscana. La reserva está a nombre de Christina.

—¿Eres su relaciones públicas? -preguntó él.

Tenía permiso para mostrarse un poco agrio. Además, apreciaba francamente que no estuviera condescendiente con ella.

—No -soltó Carmen-. Pero contribuí a estropear las cosas entre vosotros dos. Siento que es mi responsabilidad arreglarlo si puedo.

Él volvió a hacer una pausa.

—¿En serio?

Temía creerla.

—En serio.

—¿Tu madre quiere quedar conmigo?

Su voz alcanzó un tono agudo y lastimero en la última palabra. Ya no era de una seriedad absoluta.

— ¿Estás loco? Claro que quiere -Carmen no había comprobado ese detalle con su madre todavía-. ¿Tú quieres quedar con ella?

David exhaló.

— Sí, sí que quiero.

— Te ha echado de menos.

Carmen no se podía creer lo que salía por su boca, pero fomentar el amor estaba resultando mucho más divertido que romperlo.

— Yo la echo de menos.

— Bien. Bueno, pasadlo bien los dos juntos.

— Bien.

— Y... otra cosa, David.

-¿Sí?

— Lo siento.

— De acuerdo, Carmen.

Tibberon: ¿Has hablado con Lena? Estoy preocupada por ella.

Carmabelle: Llevo dos días llamando y mandando correos. También estoy preocupada.

Lena estaba sentada sola en el fondo de la tienda bajo un perchero de blusas colgadas. Sabía que debía parecer atareada, pero aquel día era incapaz. Se abrazó las rodillas. Estaba perdiendo la cabeza por etapas. La primera etapa era hacer cosas raras y la segunda era que dejaba de importarle lo que hiciera.

Ese día había hablado con Carmen y Tibby, dos veces con cada una. Encontró que se enfadaba con ellas por no ser capaces de decir nada que le hiciera sentirse mejor. Pero comenzaba a darse cuenta de que no había nada que la pudiera animar.

Palpó el vello que nacía en sus pantorrillas. Se hurgó la gruesa uña del dedo pequeño del pie hasta casi arrancarla. El dolor era lo único que merecía ella en aquel lugar.

Una mujer cruzó la tienda con un montón de ropa colgando sobre el brazo. Lena la vio por detrás mientras escogía un probador. «Tú compra. Yo me quedaré aquí.»

Escuchó cómo la señora se revolvía y se pegaba en la pequeña cámara de tortura con la cortina que no cerraba del todo. Era tan válido como cualquier otra cosa que pudiera oír. Lena cerró los ojos y dejó caer la cabeza.

Oyó que carraspeaban.

— ¿Perdona? -la voz era tímida-. ¿Crees que me queda bien?

Lena levantó los ojos. Había perdido la pista a la señora, pero ahora estaba ahí, de pie en medio de la moqueta. Tenía los pies descalzos y planos. Llevaba un vestido de seda lavada gris que hacía bolsas y bailaba sobre su pequeño cuerpo huesudo. El rostro de la mujer estaba ensombrecido y su piel parecía tan fina como el celofán. Solo parecía que tenían vitalidad las venas azules del cuello y las manos. Pero el color del vestido era casi idéntico al color de sus preciosos ojos grandes. No le quedaba bien, pero probablemente mejor de lo que le quedaría cualquier otra cosa que tuviera la tienda.

Lena dejó de mirar el vestido de la señora y miró su rostro. Hasta entonces Lena no había sido capaz de determinar la expresión particular de tantas mujeres que compraban allí. Sinceramente, no se había esforzado mucho en hacerlo. Pero de pronto lo veía claramente. Era necesidad. Era esperanza. Era una súplica, que pedía una pequeña confirmación de que tenían su valor.

La necesidad de aquella mujer era descarnada. De repente Lena supo quién era. Era la señora Graffman. Era la madre de Bailey. La señora Graffman no conocía a Lena, pero Lena sí había oído hablar de ella. Había perdido a su hija, su única hija. Ya no tenía a nadie con quién ejercer de madre. Lena no sabía nada de lo que era sufrir una pérdida comparado con ella.

Lena miró el rostro de la señora Graffman. Vio lo que necesitaba y no desvió la mirada. Lena se puso en pie.

— Con ese vestido... creo que está... muy guapa.

Las palabras salieron ligeras como el aire, más ciertas que cualquier mentira que hubiera contado Lena en su vida.

Cuando Bridget llegó a casa después de correr una tarde, había un paquete esperándola. Lo rompió inmediatamente, de pie ante la mesa de la cocina.

¡Los pantalones! Volvían a ella. Con un clamor en el pecho subió disparada por la escalera, se quitó la ropa de correr y saltó a la ducha. No estaba permitido lavar los pantalones. No estaba tan loca como para probárselos justo después de correr dieciséis kilómetros un día de agosto en Alabama.

Se secó, se puso ropa interior limpia y cogió los pantalones. «Cabedme, por favor», les rogó. Se los subió y abrochó con un solo gesto fluido. «¡Ahhhh! ¡Qué gusto!» Dio una vuelta victoriosa por el ático. Bajó y salió corriendo, y dio una vuelta victoriosa alrededor de la casa. «¡Viva!» gritó al cielo, porque se sentía genial por sentirse bien consigo misma de nuevo.

Se llevó las manos a los muslos para empaparse de la conexión con Carmen, Lena y Tibby, mientras sentía que las quería un montón.

—¡No pasa nada! -quería chillar lo suficientemente alto para que pudieran escucharla-. ¡Ahora voy a estar bien!

Greta le dirigió una mirada de desconcierto cuando Bridget pasó corriendo de vuelta al segundo piso.

El contenido de la última caja todavía estaba apilado en la esquina. Bridget estaba preparada para guardarlo todo y terminar con el asunto en ese momento. Tomó la caja para volver a llenarla, pero al hacerlo se frenó. Había una hoja amarillenta en el fondo que no había advertido antes. Su euforia disminuyó al meter la mano para coger el papel. Comprendió que era la parte de atrás de una fotografía al posar los dedos sobre ella. Se prometió a sí misma que lo soportaría, fuera lo que fuera.

La fotografía mostraba a una chica, de unos dieciséis años, sentada en los escalones del instituto de Burgess. A la vista era guapísima con su sonrisa gigante y su cortina de pelo amarillo. Bridget pensó primero que era su madre. Lo dio por hecho. Pero al mirar más detenidamente, dudó. La fotografía parecía demasiado antigua como para ser de su madre. Y además, la expresión de la cara era diferente...

Bridget bajó como una exhalación.

—¡Abuela! ¡Oye! -gritó.

—Estoy aquí fuera -respondió la abuela desde el jardín.

Estaba regando el pequeño jardín que abrazaba la parte trasera de la casa. Bridget le plantó la fotografía en la cara.

—¿Quién es esta chica?

Greta la miró.

—Yo -respondió.

—¿Eres tú?

—Claro.

Bridget la estudió de nuevo.

— Eras guapísima, abuela.

— ¿Resulta tan sorprendente? -preguntó Greta, que quería aparentar haberse ofendido, pero en realidad no parecía importarle mucho.

— No. Bueno. Un poco.

La abuela regó el pie de Bridget. Bridget se puso a saltar, riéndose.

Cuando Bridget se tranquilizó, volvió a la fotografía.

— Tenías el pelo...

La abuela ladeó la cabeza.

— ¿De dónde crees que lo has sacado, señorita? -preguntó en broma.

La respuesta de Bridget fue en serio.

— Siempre pensé que lo había heredado de mamá. Siempre pensé que... quería decir que era como ella.

Greta hizo fácilmente la transición al nuevo humor de Bridget.

— Eres como ella en algunas cosas... en algunas cosas maravillosas.

— ¿En qué?

— Tienes la pasión que tenía ella. Eres valiente. Tienes su belleza, de eso no hay ninguna duda.

— ¿Tú crees? -Bridget ansiaba confirmación sobre ese punto más que nunca en su vida.

— Por supuesto que sí. No importa el color del que te quieras teñir el pelo.

A Bridget le gustó aquella respuesta.

Greta apagó el agua y lanzó la manguera al arriate.

— También eres muy diferente a ella.

— ¿En qué? -preguntó Bridget otra vez.

Greta lo pensó.

— Te daré un ejemplo. La manera que tuviste de entrar en esta casa y rehacer el ático. Lo desmantelaste y trabajaste día tras día para volver a arreglarlo. Me rebotaba el corazón al ver tu paciencia y esfuerzo, Bi. Tu madre, Dios la bendiga en

el cielo, era incapaz de prestar atención a una sola cosa durante más de una o dos horas.

Bridget recordaba muy bien aquello, lo rápidamente que se impacientaba. Con un libro, con una emisora de radio, con sus hijos.

—Se daba por vencida demasiado pronto. ¿No es así? -preguntó Bridget.

Greta miró a Bridget como si estuviera a punto de llorar.

—Sí lo hacía, cariño. Pero tú no lo harás.

—Abuela, ¿me puedo quedar esta foto? -pidió.

De todas las cientos de cosas que había revisado en el ático, aquella parecía esperanza. Aquella era la que quería conservar.

Carmabelle: Len. Por favor, contéstame. ¿Por favor? Voy a tu casa.

Lennykl62: Ahora mismo no. Te llamo luego, ¿vale?

En la distancia, desde el fondo del pozo, Lena oyó que llamaban a la puerta. Sonó dos veces antes de que se le ocurriese que era su puerta y que debía abrir.

Sacó la voz con esfuerzo.

—¿Quién es?

—Lenny, soy yo. ¿Puedo pasar?

La voz de Carmen era tan agradable y familiar y, sin embargo, pertenecía al mundo de arriba.

—Ahora... mismo... no -logró decir.

—¿Lenny, por favor? Necesito hablar contigo urgentemente.

Lena cerró los ojos.

—Quizá más tarde.

La puerta se abrió de todas formas. Carmen avanzó directamente hasta la cama donde Lena estaba echa un ovillo.

—Oh, Lenny.

Lena se obligó a incorporarse, aunque parecía que sus huesos se desplomaban y cedían. Comenzó a taparse los ojos con las manos, pero de pronto Carmen estaba allí. No había escondite. Carmen rodeó a Lena con los brazos y la estrechó.

Lena dejó que su cabeza pesada cayera sobre el cuello de Carmen y cedió a la inmensa piedad que desprendía su amiga.

—Lenny.

Carmen susurró y abrazó, y Lena lloró.

Lena lloró y se estremeció. Lloró y Carmen lloró por ella.

Después de un rato Lena advirtió que no estaba en el fondo del pozo, sino allí, con Carmen.

—¡Márcalo! ¡Rusty, vamos! -gritó Bridget desde la banda.

Recorrió el largo del campo con los pantalones vaqueros compartidos, ladrando órdenes y repartiendo palabras de ánimo como cualquier buen entrenador. Su pelo estaba suelto e incandescente, pero a sus jugadores no les importaba. La querían por su mente. O su estrategia, más específicamente. En el descanso once tíos se agolparon alrededor de ella, los ojos bien abiertos y atentos, como si ella fuera un oráculo.

Greta estaba sentada unos metros detrás de ella en una silla de playa, sonriendo y sacudiendo la cabeza, mientras estudiaba por turnos el partido y su crucigrama.

—Corey, deja de merodear por la portería. Rusty, no te adelantes tanto a Billy. No sirves de nada cuando estás fuera de juego; me da igual que seas rápido. Y además, su central derecho está en las últimas y no tiene ningún suplente viable. Ahí es donde hay que atacar.

Reorganizó su alineación un poco y los mandó de vuelta al campo.

A los ocho minutos del segundo tiempo el sobrecargado centrocampista de Mooresville se salió a la banda y fue sustituido por el portero suplente, que tenía un exceso de peso de lo menos 15 kilos. Bridget supo que en ese momento todo estaba resuelto.

Billy la rodeó con los brazos después de la victoria y la levantó del suelo.

—¡Así se hace, entrenadora! -gritó.

Todos se apiñaron a su alrededor contentos, gritando y chillando y celebrándolo.

—No nos pongamos chulos -reconvino ella. Luego se dio cuenta de cómo odiaba que los entrenadores dijeran eso-. ¡Qué narices! -dijo riendo-. Poneos todo lo chulos que queráis. Vamos a machacar a Athens a las cuatro.

Burgess no machacó a Athens a las cuatro, pero sí ganó y se aseguró un puesto en la final del día siguiente.

Resultó que la final los enfrentaba a Tuscumbia, que venía desde Muscle Shoals. Bridget se despertó pronto y se puso los pantalones para darles otra vuelta. Se llevó su cuaderno cuando bajó a desayunar y detalló su complicada estrategia a la abuela, que se esforzaba mucho por aparentar que estaba interesada, pero echaba constantemente ojeadas a un artículo de su revista.

A las nueve apareció Billy muy pálido en la puerta de la valla.

—Estamos perdidos -declaró.

-¿Qué?

—Corey Parks se fue anoche a Corpus Christi con su novia.

—¡No!

—Sí. Amenazó con cortar con él si no la llevaba en coche.

Bridget hizo una mueca.

—Oh, no -sacudió la cabeza-. Nunca me he fiado de Corey. Desde que fingió una lesión de rodilla para largarse al parque de atracciones.

—Bi, teníamos seis años -apuntó Billy.

Bridget no se retractó.

—Bueno, ya sabes. La cabra siempre tira al monte...

En el campo de fútbol, media hora más tarde, con los dos equipos reunidos y los dos pueblos presentes para animar, la situación no tenía mejor pinta. Burgess no era un equipo más sólido que Mooresville. Bridget contempló su banquillo compungida. Su único suplente válido se había ido de vacaciones hacía dos días. Seth Molina tenía las espinillas vendadas y se negaba a ponerse la camiseta. Rason Murphy tenía tal ataque de asma que Bridget temía que si lo sacaba al campo en un día sofocante como aquel, podía quedarse ahí. Haría mejor en preparar a Greta y lanzarla al partido.

Billy y ella se pasearon juntos mientras consideraban las opciones. No tenían ninguna opción.

Dirigieron la mirada a su triste banquillo.

—No hay nada que hacer -dijo Billy.

Sonó el silbato y dio comienzo el partido. Bridget se quedó paralizada en la banda mientras su equipo desfilaba hasta el campo, los diez jugadores que lo componían.

Tuscumbia se adelantó por cuatro y se mantuvo ahí, probablemente por lástima, hasta que se señaló el descanso. Para entonces la mayoría de los seguidores estaban pitando o se estaban yendo.

Bridget no tenía nada que decir a su equipo en el descanso. Tenían el número equivocado de jugadores; una estrategia sutil no iba a hacer mella.

— Esto es humillante -opinó Rusty.

El equipo volvió arrastrándose al campo. El arbitro estaba preparado con el silbato. Billy movió los labios en dirección a Bridget.

— ¿Qué? -gritó ella acercándose.

Volvió a mover la boca. Hacía aspavientos como un loco.

— ¿Qué? No te oigo.

— ¡Honey Bees! -gritó a todo pulmón-. Decía «Honey Bees».

Por fin lo comprendió. La estaba llamando al partido.

Bridget se rió. Sin pensarlo, corrió al campo a su lado.

Todos se quedaron confusos al verla allí con sus vaqueros y zapatillas de correr en medio del campo.

— ¡Es nuestra suplente! -chilló Billy al arbitro, que resultó ser el dueño de la farmacia de Burgess-. Rason tiene asma -añadió Billy, que sabía perfectamente que Marty llevaba dieciocho años vendiéndole a Rason inhaladores.

Marty asintió con la cabeza. Miró al capitán de Tuscumbia.

— ¿Algún problema? -preguntó.

Aparentemente el capitán de Tuscumbia encontraba todo aquello divertido. El partido ya era una pachanga, así que, ¿a quién le importaba si había una chica con pantalones vaqueros en el medio? Se encogió de hombros e hizo un gesto afirmativo como diciendo: «¿Y qué más?».

El silbato marcó el comienzo del segundo tiempo.

Bridget empezó a correr despacio por el campo, simplemente moviendo las piernas. Siguió la acción desde lejos hasta que sintió que la adrenalina crecía y que sus ojos, su mente y sus pies adquirirían esa sensación de armonía que le hacía

elevarse al jugar. Entonces entró en acción. Robó con facilidad el balón a un delantero del Tuscumbia y comenzó a regatear veloz, un toque y tres pasos, un toque y tres pasos.

Resultó que nueve meses apartada de la competición no habían perjudicado su técnica. Además, llevaba los pantalones vaqueros compartidos. No eran de la forma y textura adecuadas para deportes de competición, concedido, pero le hacían feliz y se sentía segura. Y Greta había levantado el trasero de la silla y estaba corriendo por la banda, animando a Bridget como una posesa. Eso tampoco venía mal.

Bridget subió y subió hasta que estaba arriba, entre nubes. Podía permitirse ser generosa. Dio un pase de gol a Rusty. Dio una asistencia a Gary Lee. Dio dos pases a Billy. Planteó las jugadas y las repartió como regalos de Navidad hasta que el partido estaba empatado, los gritos de protesta del equipo contrario se hicieron ensordecedores y comenzó a descontarse el último minuto. Entonces se guardó el último gol para ella. Nunca había dicho que fuera la Madre Teresa.

Carma:

Sé que los necesitabas especialmente, así que allí están, lo más rápido que he podido enviártelos. Por favor fíjate en la hierba del campo de fútbol que he dejado para ti en el bolsillo de atrás. Un puñado de mi tierra natal para tu disfrute.

Los pantalones hicieron su magia. Estoy tan feliz, Carma. No te lo voy a contar ahora ni siquiera por teléfono, porque quiero contártelo en persona. Volveré a casa pronto. He encontrado aquí todo lo que necesitaba.

Con cariño,

Permíteme que sufra ahora la profunda angustia que siento. Charles Dickens

— Levanta de la cama.

Christina guiñó los ojos para mirar a Carmen molesta.

— No.

— Sí.

— No.

— Mamáááá.

— ¿Por qué?

— Porque... -Carmen tamborileó sus dedos sobre la cómoda de su madre-. Vas a salir esta noche.

— No voy a salir.

— Sí vas a salir.

— Carmen, no voy a salir con tu padre y Lydia otra vez.

— Ya sé que no. Además, se han marchado. Vas a salir con David.

¡Ja!

Christina se incorporó. Sus mejillas se ruborizaron con la sola mención de su nombre. Intentó mostrarse recelosa y enfadada.

— ¿Cómo?

— Porque le llamé y lo he organizado todo.

Carmen abrió el armario de su madre y comenzó a repasar las opciones de calzado.

— No has sido capaz.

— Sí he sido capaz.

— ¡Carmen Lucille! ¡Esto no es asunto tuyo!

—Él te echa de menos, mamá. Tú le echas de menos. Es tan evidente. Estás triste. Anda, ve. Sé feliz.

Christina amontonó almohadas sobre su regazo.

—Quizá no es tan sencillo.

Carmen señaló el baño.

—Quizá sí lo sea.

Christina vaciló. Carmen podía cerrar los ojos y taparse los oídos, y aun así sabría las ganas que su madre tenía de ir a esa cita. Pero Christina intentaba ser racional y responsable, y Carmen lo valoraba.

—No te estoy diciendo que pierdas la cabeza, mamá. Ni siquiera te estoy diciendo que lo retomes donde lo dejasteis. Solo te estoy diciendo que salgas a cenar con el hombre que te quiere.

Su madre deslizó los pies por el borde de la cama. Aquello estaba en marcha.

—Nunca tienes que volver a salir con él si no quieres.

Carmen sabía que eso era improbable.

Su madre se encaminó hacia la ducha.

—Espera.

Carmen corrió a su habitación. Cogió los pantalones compartidos de encima de su cómoda y los sacudió suavemente. Volvió corriendo con su madre.

—Toma.

Los ojos de Christina se aguaron. Apretó los labios.

—¿Qué? -dijo Christina en un susurro, a pesar de que sabía lo que significaba.

—Son para que te los pongas.

—Oh, mi niña.

Christina agarró a Carmen y la estrechó contra sí. Carmen se fijó en que podía levantar la barbilla y apoyarla encima de la cabeza de su madre. Aquello era un poco triste.

Cuando su madre se apartó, Carmen sintió las lágrimas que se deslizaban por el cuello.

—No los puedo aceptar. Si lo voy a intentar de nuevo, esta vez tengo que comportarme como una adulta.

—De acuerdo.

Carmen lo comprendía.

—¿Pero, Carmen?

-¿Sí?

La boca de su madre tembló y se torció.

—Significa muchísimo para mí que me los hayas ofrecido.

Carmen asintió con la cabeza. Cogió la mano de su madre y le plantó un beso en los nudillos.

—Vamos, mamá. Dúchate. Vístete. ¡Corre!

Carmen volvió tranquilamente a su habitación.

—¡Tendré la cámara preparada para cuando llegue David! -exclamó por encima del hombro.

Carmabelle: Tih. Llevaré los pantalones cuando vaya a la proyección. Tengo muchas ganas de verte.

Tibby sabía que creía fervientemente en los pantalones, porque de otro modo no se los hubiera puesto aquel día, teniendo en cuenta lo que había ocurrido la última vez que los había llevado. Para ella los pantalones consistían en meter la aguja dando puntadas torpes y sacarla de nuevo, en juzgar a las personas y ser capaz de cambiar de opinión. Se podía sorprender a sí misma, eso es lo que había dicho Bailey.

Tocó el corazón bordado al entrar en el auditorio. Su propio corazón parecía latir justo bajo la piel. Sus huesos ya no le resultaban fuertes y protectores.

Por alguna razón, cuando vio el conjunto de personas que la esperaba en una fila de asientos al fondo del auditorio, tuvo la extraña sensación de que había muerto. El mundo había terminado y todas las personas a las que había hecho daño o había decepcionado volvían para darle una segunda oportunidad.

Su padre y su madre estaban allí. Brian estaba allí. Lena y Carmen, el señor y la señora Graffman. Incluso Vanessa. «Quiero ser digna de vuestro cariño», pensó.

Su película fue la primera en proyectarse. Comenzó con Bailey en la ventana y la luz del sol que inundaba todo a su alrededor y Beethoven. La película pasaba a Wallman's y Duncan Howe, y a Margaret en los cines Pavillion y a Brian en el 7-Eleven. Había intercalado aquellos segmentos con trozos de los vídeos domésticos que había recibido de los Graffman. Bailey dando sus primeros pasos de bebé, Bailey corriendo detrás de una mariposa en su jardín, y -aquel era un trozo difícil— una bulliciosa Bailey de seis años que llevaba una gorra de béisbol y no tenía pelo por debajo. El último segmento era la entrevista. Bailey hablando y mirando, mientras parecía que tomaba tanto de la cámara como daba.

El final era la imagen congelada del 7-Eleven. En ella estaba mirando por encima del hombro a Tibby y riendo. La imagen se disolvió ligeramente mientras estaba suspendida y se convirtió en blanco y negro. Permaneció en la pantalla mientras la música seguía sonando.

Brian, sentado a su lado, alargó un brazo y le cogió la mano. Ella respondió estrechando la suya. Se dio cuenta de que Brian estaba silbando con la música, pero tan bajito que probablemente ella era la única que podía oírlo.

Finalmente terminó la música y el rostro de Bailey se apagó. La oscuridad parecía vacía sin su cara.

La señora Graffman apoyó la cabeza en el pecho de su marido. La madre de Tibby buscó la mano de Tibby por un lado y la de Carmen en el otro. Lena se sujetó la cabeza. Todas lloraban sin disimulo.

Fuera, bajo la brillante luz del sol, los padres de Tibby la abrazaron. Su madre le dijo que estaba orgullosa. Carmen y Lena la estrujaron y alabaron una y otra vez. Brian tenía lágrimas en los ojos. Tibby se sorprendió de que Alex se acercase. Se blindó para recibir su comentario, aunque ya quedaba atrás lo de tomárselo a pecho.

— Buen trabajo -dijo él.

Sus ojos estaban indecisos; sonó casi como una pregunta. Alex la examinó como si fuera una extraña. Lo cual, de algún modo, era así. Él estaba aplastado contra la pared y ella veía todo a su alrededor.

Si uno es griego, sabe que tradicionalmente se considera un insulto a los dioses antiguos creer que uno sabe cuándo las cosas no pueden ir peor. Si se comete ese error, entonces los dioses le demuestran que está equivocado.

Exactamente una semana después del día que Lena recibió la carta apocalíptica de Kostos, llamó la abuela desde Oia y dijo al padre de Lena que Bapi había sufrido un derrame cerebral. Estaba en el hospital de Fira y no mejoraba.

El padre de Lena, como abogado y ahora americano, exigió hablar con los médicos de Bapi y gritó un montón y quiso que trasladaran a Bapi en helicóptero al hospital universitario de Atenas. La respuesta fue que Bapi estaba demasiado frágil para ser trasladado.

Lena solo tuvo tiempo de dejar mensajes para Tibby y Carmen sobre lo que había ocurrido y llamar a Basia's para despedirse una semana antes de tiempo. Estaba haciendo su maleta totalmente aturdida como el resto de la familia cuando recordó los pantalones compartidos. ¡Se suponía que llegaban ese día! Era media tarde y aún no habían llegado. ¿Quién había sido la última en tenerlos? Habían circulado tan rápido últimamente que Lena no lograba recordarlo. ¡El vuelo a Nueva York salía dentro de dos horas! A pesar de las crisis a su alrededor, aquello se convirtió en la causa más urgente de preocupación. ¿Cómo se podía ir a Grecia sin ellos?

Mientras el resto de la familia correteaba por la casa, ella esperó junto a la puerta principal, con la esperanza de ver la camioneta de correos. Arrastró los pies los últimos minutos antes de marcharse.

—¡Lena, vamos! -chilló su madre desde el coche mientras se detenía en la acera, todavía con la esperanza de que los pantalones de alguna forma mágica aparecieran a tiempo.

No fue así y lo tomó como un mal presagio.

Lena y su familia se sentaron juntos en el vuelo a Nueva York y la mañana siguiente en un vuelo directo a Atenas. En el 747 ronroneando hacia el este sobre el océano Atlántico, Lena pasó la mayor parte del tiempo mirando el respaldo del asiento delante de ella. Pero un montón de escenas se proyectaron sobre la tapicería azul. Bapi y sus codos arrugados asomados a la ventana la noche del festival de la Asunción el pasado mes de agosto. Bapi comiendo cereales con sus zapatos blancos de borlas. Bapi mirando largo y tendido sus cuadros, tomándose los más en serio que ninguna otra persona. Resultaba gracioso, quizá, encontrar tu alma gemela en un griego de ochenta y dos años, pero eso es lo que le había ocurrido a Lena el verano pasado.

El padre de Lena escribía en un cuaderno. Effie dormía apoyada en su hombro izquierdo. La madre de Lena estaba sentada a su lado con aire melancólico.

En un momento dado, entre la primera película y la segunda, coincidieron en una mirada sombría y luego se quedaron mirando con tristeza.

«Quisiera que pudiéramos ayudarnos la una a la otra», pensó Lena. «Quisiera que confiaras en mí lo suficiente como para contarme cosas importantes y que yo confiara en ti». Luego descubrió que deseaba que su madre fuera su alma gemela y no Bapi, que probablemente estaba muriéndose. Entonces Lena comenzó a llorar.

Se enroscó en su asiento con la espalda hacia su madre y dejó que sus hombros temblasen y que su respiración olvidase todos los ritmos habituales. Se sonó la nariz ruidosamente con una servilleta de papel. Estaba llorando por ella y por Bapi y Kostos y su abuela y su padre y por los pantalones compartidos que no habían llegado a tiempo, y luego otro poco por ella.

Y sin embargo, cuando el comandante ordenó a los asistentes de vuelo que se preparasen para el aterrizaje y Lena vio la antigua y preciosa tierra de sus ancestros abajo, sintió un cosquilleo en el fondo del estómago. Dentro, en alguna parte, su irrefrenable corazón ingenuo saltaba de la emoción de ver a Kostos de nuevo, incluso bajo aquellas desdichadas circunstancias.

Bi:

Quisiera que hubiera una forma más fácil de ponerme en contacto, porque quiero hablar contigo lo antes posible. Es urgente. Acabo de enterarme que el bapi de Lena tuvo un derrame cerebral. Ayer se fueron todos a Grecia. Después de lo que ha pasado, me da una lástima horrible. Quería asegurarme de que lo supieras.

Con cariño, Tibby

Lena había comenzado a creer, con toda la razón, que lo que menos quería uno que ocurriese era indudablemente lo que iba a ocurrir.

Cuando aparcaron el coche alquilado tras una larga subida por las colinas de Santorini hasta el pueblo de Oia y vieron a la abuela de pie ante su puerta color yema de huevo, su teoría quedó confirmada.

La abuela vestía de negro de pies a cabeza y todas las líneas de su rostro parecía que apuntaban directamente hacia abajo. Lena oyó un pequeño sollozo que escapó de su pecho. Su padre saltó del coche y abrazó a su madre. Lena vio a la abuela asentir y llorar. Todos supieron lo que significaba.

Effie pasó el brazo sobre los hombros de Lena. Las lágrimas de Lena estaban de guardia, prontas para actuar. Había llorado tanto los últimos días que tenía hasta sed. El pelo de Lena se mezcló con el de Effie mientras se abrazaban y lloraban. Luego se turnaron para abrazar a la abuela. Cuando la abuela vio a Lena dejó escapar un gemido y fue como si se desplomara sobre sus hombros.

—Guapísima Lena -sollozó en su cuello-. ¿Qué nos ha pasado?

El funeral se iba a celebrar a la mañana siguiente. Lena se despertó y contempló la Caldera al amanecer, gris oscuro y rosa. La ventana de su habitación, compartida ahora con Effie, le trajo recuerdos del verano anterior tan vivos a su alrededor que tenía la impresión de que podía cogerlos. Recordaba haber dibujado a Kostos en carboncillo desde ese mismo punto.

Con un redoble de expectación y ansiedad por ver a Kostos, Lena se tomó un cuidado especial con su aspecto. Se puso una preciosa camisa negra transparente sobre una camiseta de tirantes que le prestó Effie. Se puso pendientes de perlas. Se secó el pelo con secador y lo llevó suelto sobre los hombros, un acontecimiento poco frecuente. Se puso un ligerísimo toque de lápiz de ojos y rimel. Sabía que incluso un poco de maquillaje destacaba muchísimo sus ojos verde manzana, motivo por el que casi nunca se pintaba.

Lena siempre disimulaba su belleza. Vestía ropa sencilla, anodina. Casi nunca se maquillaba ni usaba joyas y se peinaba el pelo negro en un moño o una coleta desmadejada. Desde que era una niña pequeña, su madre siempre le había dicho que su belleza era un don, pero en cuanto a regalos se refiere, Lena lo comparaba con el caballo de Troya.

Su belleza le hacía sentirse cohibida y expuesta. Atraía un tipo de atención que odiaba. El mismo hecho de que fuera indiscutible le hacía sentirse engañada. Effie, con su nariz grande, se podía permitir ser pasional, estrafalaria, entregada y libre. Lena, con su nariz pequeña, se limitaba a ser guapa. Lena dedicaba demasiado tiempo en su vida a asegurarse de que a ninguna de las personas en las que confiaba le importara su aspecto y a evitar a aquellas a las que sí.

Y sin embargo, ese día estaba sacando brillo al don. Ese día su vacío por Bapi, su doloroso anhelo por Kostos le convirtieron en una desesperada, dispuesta a probar cualquier poder que tuviese disponible.

—Dios mío -exclamó Effie al verla descender por la escalera-. ¿Qué has hecho con Lena?

—Maniatada en el armario -respondió Lena.

Effie admiró a Lena con evidente reverencia durante unos minutos.

—Kostos se va a morir de rabia -declaró.

Y así, con una sensación de culpabilidad y pequeñez, Lena vio cómo su hermana pequeña, Effie, leía su alma privada como si fuera un cartel.

Tibby bajó la vista al suelo de linóleo y recordó lo simple y deprimente que le había parecido su habitación de la residencia cuando se había mudado hacía dos meses. Ahora el suelo estaba cubierto de ropa sucia que metía de cualquier manera dentro de una bolsa de basura grande. Sobre la cama había desplegado todos los vídeos que había reunido y usado para hacer su película. Sobre el escritorio estaba su iBook, que había trabajado tanto con ella ese verano. El ordenador había sido un soborno, pero había llegado a apreciarlo de todas maneras. Sobre la cómoda estaba el dibujo de su habitación de once años, que le había hecho compañía de una

manera curiosa. También estaba el certificado que anunciaba que su película había ganado el primer premio del Departamento de Cine y una nota de felicitación de Bagley, su profesora de guión. Sobre la mesilla estaba la rana dardo morada que Vanessa había hecho expresamente para Nicky. Cada una de aquellas cosas le producía satisfacción mientras las guardaba, una a una, en su maleta.

Lo último que metió fue una fotografía que había pegado en la puerta. Era una fotografía de Bailey en el hospital poco antes de morir. La señora Graffman se la había dado a Tibby cuando había ido a la proyección de la película.

Para Tibby era difícil mirarla. A pesar del cariño que la tenía, quería colocarla cuidadosamente entre dos libros de un estante alto y dejarla allí para siempre. Pero se prometió a sí misma que no lo haría. Se prometió a sí misma que la colgaría en la pared de su habitación, estuviera donde estuviera. Porque Bailey había comprendido lo que era real, y cuando Tibby veía la cara de Bailey, no podía esconderse de ello.

El amor es una moto de nieve que avanza veloz por la tundra; de pronto, vuelca y te atrapa debajo. Por la noche, vienen las comadreas árticas. Matt Groening

La misa por Bapi se celebró en la bonita y sencilla iglesia encalada que Lena había visitado tantas veces el verano anterior. El funeral fue todo en griego, naturalmente, incluyendo el panegírico de su padre, lo cual dejó a Lena con sus propios recuerdos y reflexiones sobre Bapi.

Apretaba la mano de la abuela fuertemente y anhelaba un vistazo de Kostos. Él estaría terriblemente triste, eso lo sabía. Mientras que ella solo había tenido la oportunidad de querer a Bapi durante un verano, Kostos lo había conocido casi toda su vida. Lena había observado la manera sutil que tenía Kostos de proteger a Bapi al envejecer y debilitarse -cargando la basura, cambiando las tejas del tejado sin que Bapi dejase de tener su hombría ni de ser respetado.

Lena quería compartir aquello con Kostos. Él era una de las poquísimas personas que sabía lo que Bapi significaba para ella. Fuera lo que fuera que se había interpuesto entre ellos, aquel día podían estar unidos, ¿no?

Hacia el final del funeral, Lena logró atisbarlo por fin. Estaba al otro lado del pasillo de donde estaba su familia, en el extremo más alejado, con un traje oscuro y casi tapado por su abuelo. ¿Estaba también Kostos buscándola? Allí estaban, en una iglesia pequeña en aquella diminuta isla en un día como aquel. ¿Cómo no iba a buscarla?

Lena y su familia fueron los últimos en salir de la iglesia. Siguieron al cura por las grandes puertas hasta el cementerio, donde la congregación al completo se había reunido para dar el pésame, uno a uno, a la abuela, la viuda. Qué extraño sería, reflexionó Lena aturdida, despertarse cientos de días como esposa y aquel día despertarse como viuda.

No fue hasta ese momento que Lena pudo ver claramente a Kostos y, presumiblemente, él a ella. Le llamó la atención lo rígido de su actitud. Generalmente parecía que el aire a su alrededor bullía con su animación, pero aquel día estaba absolutamente quieto. Sus cejas estaban tan bajas que apenas podía verle los ojos.

Por algún motivo, Lena no había advertido en un primer vistazo a la mujer de pie junto a Kostos con la mano aferrada a su codo. Aparentaba veintipocos años. Tenía mechaz rubias en el pelo y la piel amarillenta en contraste con el negro de su traje. Lena no recordaba haberla visto antes.

Aquello inició un palpar sordo en el pecho de Lena. Sabía de algún modo que la mujer no era parte de su familia, ni una amiga cercana. Sencillamente lo sabía. Lena se quedó ahí, esperando que Kostos le hiciera un gesto o la llamase o se fijase en ella de cualquier modo, pero no lo hizo. Esperó al lado de su abuela, dando besos y dando la mano, y asintiendo a un montón de pésames sentidos que no podía comprender.

A pesar de que sus abuelos estuvieron entre los primeros que abrazaron y besaron a Valia, Kostos esperó hasta casi el final. El cielo se había cubierto de nubes oscuras y el cementerio se había quedado vacío cuando se acercó, con la mujer rubia todavía a su lado.

Torpemente Kostos abrazó a la abuela, pero no se dijeron nada. La mujer rubia dio un beso tímido a la abuela en la mejilla. Lena se quedó mirando a aquella mujer desconocida y ella se quedó mirando a Lena. Lena esperó algún tipo de saludo o presentación, pero no llegó. La boca de la abuela formó una línea recta que atravesaba su cara. Lena se sintió confusa y levemente asustada por lo extraño que era por ambas partes.

El cura, que había merodeado amablemente durante el encuentro, aparentemente percibió la ruptura social. Sabía el suficiente inglés para querer ayudar.

—Kostos, debes conocer al hijo y a la nuera de Valia de América -hizo un gesto hacia los padres de Lena de pie a poca distancia-. ¿Y a la nieta de Valia? -hizo un gesto de Kostos a Lena y de vuelta a él-. ¿Lena, conoces a Kostos y a su esposa?

Esposa.

La palabra revoloteó en torno a los oídos de Lena como un mosquito, acercándose y amenazando antes de picarle. Y entonces le picó.

Lena miró a Kostos y por fin, él la miró. Su semblante era totalmente diferente. Cuando sus ojos se posaron en los de ella, conociendo y viéndola por fin, la vista de Lena comenzó a desdibujarse por los bordes.

Lena se dejó caer al suelo. Llevó la frente a las rodillas. Era vagamente consciente de las manos preocupadas de su madre en la espalda. Percibió débilmente la alarma de Kostos, al quebrar su rígida actitud para sujetarla. El instinto humano básico de Lena le hizo aferrarse al estado consciente, a pesar de que hubiera sido un alivio perder el conocimiento.

El dormitorio no era lo bastante grande para contener su angustia. La casa no era lo bastante grande. Lena se preguntó, al salir silenciosamente de la casa y comenzar a subir por el camino que se iba oscureciendo, si el cielo sería capaz de contenerla.

Avanzó descalza por el sendero polvoriento, sin estar segura de su destino hasta que llegó a la cima, a la ancha planicie que se extendía de una colina a otra. Aturdida se encaminó en la dirección del pequeño olivar. Era el sitio que Kostos y ella habían compartido, pero estaba segura de que desde entonces lo había abandonado, como había abandonado todo lo que era de ellos, incluyéndola a ella. Había muchas cosas puntiagudas y espinosas que se clavaban en la planta de sus tiernos pies suburbanos, pero no le importaba.

Cuando llegó al olivar, merodeó alrededor de los pequeños olivos como si fueran hijos que hubiera perdido hace tiempo. Cruzó sobre las rocas y se sentó a un lado de la laguna, más reducida que el verano anterior. Toda la isla estaba más seca y más amarilla de lo que había estado entonces.

Aquel era el sitio donde había comenzado todo. Resultaba ceremonioso lavarse los pies doloridos y realizar las despedidas allí también.

Pensó que lo terminaría sola, pero oyó el crujido de pasos tras ella. Su corazón dio un vuelco, pero no porque creyera que se trataba de un malhechor o un jabalí. Sabía quién era.

El se sentó a su lado, se subió el bajo del pantalón y metió sus pies en el agua junto a los suyos.

—Estás casado -dijo ella, inexpresiva y aturdida.

Apretó la mandíbula antes de permitirse mirarlo. El evidentemente estaba apenado y avergonzado y lo sentía y bla bla bla. Y qué.

—Está embarazada -repuso él.

Lena se había preparado para mostrarse distante e inmutable, pero él había logrado estropearle eso también.

Se quedó mirándolo con los ojos como platos.

Él asintió con la cabeza.

—Se llama Mariana y salí con ella tres veces después de que cortaras conmigo. La segunda vez me acosté con ella.

Lena hizo una mueca.

—Soy un cabrón estúpido.

Nunca le había oído así de amargado antes. Ella se quedó mirándolo en silencio. No tenía mucho más que añadir a aquello.

—Está embarazada y soy culpable. Así que estoy asumiendo mi responsabilidad.

—¿Sabes seguro que es... -tuvo problemas para terminar la frase-, tuyo?

Él la miró cara a cara.

—Esto no es Estados Unidos. Este es un sitio anticuado. Es lo que hace un caballero.

Lena recordó el momento en que había usado esa palabra con ella. Sin poder evitarlo sintió, de forma algo discordante, que sus esfuerzos por ser un caballero no estaban aportando nada de felicidad a su vida.

Despacio, mientras contemplaba el agua, Lena intentó recomponer las últimas semanas, ahora que sabía todo aquello.

—¿Volverás a Londres con ella?

Él negó con la cabeza.

—Por ahora no. Nos quedaremos aquí.

Lena sabía que eso era un duro golpe para él. Quería marcharse de la isla y labrarse un porvenir en un sitio más grande, en contacto con el gran mundo. Sabía que siempre había soñado con ello.

—¿Vivís juntos? -quiso saber.

—Todavía no. Está buscando una casa en Fira.

—¿La quieres? -preguntó Lena.

Kostos la miró. Cerró los ojos durante uno o dos minutos.

—No me puedo imaginar sentir nunca por alguien lo que siento por ti -abrió los ojos para verla-. Pero haré lo que pueda.

Lena iba a empezar a llorar. Sabía que no podía aguantar aquello durante mucho más tiempo. La realidad le estaba alcanzando de prisa, pisándole los talones, aferrándole las muñecas. Quería alejarse de él antes de que ocurriese.

Se levantó para marcharse, pero él le agarró de las manos y tiró de ella. Con un sollozo ahogado la apretó contra su pecho con ambos brazos a su alrededor, la boca en el pelo de Lena, su respiración jadeante.

—Lena, si te he roto el corazón, he roto el mío mil veces más -ella pudo oír que lloraba, pero no quiso mirar-. Haría cualquier cosa para cambiar esto, pero no veo una salida.

Ella dejó escapar un sollozo huérfano, una pequeña liberación mientras se esforzaba por contener el resto.

—Me permitiré decir esto ahora y nunca más. Va en contra del compromiso que he adquirido, pero Lena, tengo que decírtelo. Todo lo que te haya podido decir era cierto y es cierto. No mentía. Es más cierto y más grande y más poderoso de lo que nunca te podrás imaginar. Recuerda lo que te digo.

Su voz sonaba desesperada. La estrujó, casi con demasiada brusquedad.

—Tú seguirás tu camino, sé que lo harás. Y yo me pasaré toda la vida sin tenerte.

Lena tenía que marcharse. Se despegó de él y escondió la cara.

—Te quiero. Nunca dejaré de hacerlo -prometió él, como había hecho unas semanas antes en la acera frente a su casa.

En aquella ocasión había sido un tesoro. En esa ocasión era una maldición.

Lena se dio la vuelta y salió corriendo.

Tibby accedió a hacerse una pedicura. Nunca se había visto como el tipo de chica de pedicuras, pero su madre había querido que fuese y era difícil resistirse a que le dieran un masaje de pies. Además, mientras estaban sentadas una junto a la otra con los pies bullendo en jacuzzis en miniatura, Tibby cayó en la cuenta de que aquel era el rato más largo que había pasado con su madre en todo el verano. Quizá esa era la cuestión. Quizá había que dejarse llevar a veces para conseguir lo que uno necesitaba.

Su madre escogió rojo oscuro para las uñas de los pies. Tibby eligió un tono transparente. Pero luego cambió de idea y escogió también el rojo oscuro.

—Cariño, quería enseñarte algo -dijo su madre mientras sacaba un sobre del bolso.

Desdobló la carta, escrita a mano en buen papel grueso.

—Es de Ari.

Tibby puso una cara de sufrimiento. Pensó en Lena, por supuesto, y pensó también en todo el estúpido embrollo.

– Me hizo llorar -confesó Alice, como si intentara hacer acopio de un poco de humedad en los ojos para demostrarlo.

Tibby supo que no era un tipo de llanto triste.

– Antes de marcharse a Grecia escribió una nota de disculpa amabilísima por todo el lío. Es una persona muy cariñosa. Siempre lo ha sido.

El rostro de Alice se tornó sentimental y de pronto Tibby también se puso sentimental.

– Recuerdo cuando Ari y tú jugabais al tenis los miércoles contra Marly y Christina, y siempre os turnabais para ganar.

Alice se rió.

– No nos turnábamos -aseguró.

– Quizá solo era una coincidencia -dijo Tibby, que sabía que no lo era.

Recordó a las cuatro «Septiembre» de pequeñas, cuando jugaban durante horas todos los miércoles por la tarde en el desvencijado parque junto a las pistas de atletismo municipales, mientras sus madres le daban a la pelota. Tenía como mucho dos columpios, según recordaba Tibby. El camión de los helados siempre paraba allí y sus madres casi siempre les dejaban comprarse un helado.

– Me pregunto si todavía juega -dijo Alice más al aire que a Tibby-. De todas maneras -sacó el sobre del bolso-. Aquí está lo que te quería enseñar.

Le entregó a Tibby una fotografía en color de diez por quince centímetros.

– ¡Ohhhhh!

Tibby la sostuvo y la examinó, mientras permitía que la satisfacción le templase hasta las uñas de los pies rojas.

– Me encanta -manifestó-. ¿Me la puedo quedar, por favor, por favor?

Existe una infección grave, de hecho fatal, que se llama endocarditis y es una inflamación del corazón. La bisabuela de Lena había muerto de ello siendo aún muy joven y Lena estaba prácticamente segura de que lo tenía.

Lena se quedó en la cama hasta bien entrada la mañana, monitorizando el dolor y la inflamación.

En algún momento alrededor de la hora de comer, su madre entró de puntillas en la habitación, se quitó los zapatos de tacón y se metió en la cama con Lena.

Todavía llevaba su traje de seda azul marino. La resistencia de Lena se evaporó. Sintió cómo volvía a transformarse en una niña de tres años al rodearla su madre con los brazos y acercarla protectora hasta su pecho. Lena percibió su olor a madre, único y poderoso, y se deshizo. Lloró y se estremeció y le moqueó la nariz de forma asquerosa mientras su madre le acariciaba el pelo y limpiaba la cara. Quizá hasta se durmió un rato, por raro que parezca. Abandonó por completo su ser consciente.

Su madre fue tan paciente como la tierra. No dijo ni una palabra hasta que la luz había cambiado en la habitación y el color rosa del atardecer se colaba por la ventana. Cuando su madre se incorporó un poco en la cama, Lena advirtió que había manchado de mocos su mejor traje.

—¿Te parece bien si te cuento algo sobre Eugene? -preguntó su madre muy delicadamente.

Lena se incorporó un poco y asintió con la cabeza. Le había interesado tanto Eugene al principio del verano y en ese momento apenas recordaba por qué.

Ari jugueteó con sus anillos un rato antes de comenzar a hablar: su anillo de casada, su anillo de pedida de brillantes y su esmeralda del decimoquinto aniversario de casada.

—Lo conocí en la iglesia en Atenas cuando tenía diecisiete años y me enamoré perdidamente.

Lena volvió a asentir.

—Se fue a Estados Unidos para ir a la universidad -a la American University. Al lado de casa.

Lena hizo un gesto afirmativo.

—Yo me quedé en Atenas. Durante cuatro años sufrí cada día y cada noche que estábamos separados. Sentía como si solo viviese para aquellas pocas semanas al año en las que estábamos juntos.

Lena repitió su asentimiento. Lo entendía.

—Cuando yo tenía veintiún años, después de la universidad en Atenas, me trasladé a Estados Unidos para estar con él. Mi madre me lo prohibió y se puso furiosa cuando me fui. Trabajé de camarera mientras esperaba a Eugene. El estaba ocupado con su vida y terminando sus estudios. Yo estaba dispuesta a aceptar cualquier parte de él que me ofreciese.

Su madre miró hacia arriba y pensó en aquello durante un rato.

—Me pidió que me casara con él y, por supuesto, acepté. Me regaló un anillo con una perla diminuta y yo lo atesoré como si fuera un icono religioso. Vivimos juntos como si ya estuviéramos casados. Si mi madre lo hubiera sabido, le habría dado un ataque. Tres meses más tarde Eugene se marchó de pronto y volvió a Grecia.

—Mmmm -murmuró Lena comprensivamente.

—Su padre había dejado de mandar dinero y había dicho a Eugene que era hora de volver a casa y hacer uso de su educación tan cara. Esto yo no lo sabía en su momento.

Lena asintió.

—Durante un año lo añoré terriblemente. Él aseguraba constantemente que volvería el mes siguiente y el siguiente y el siguiente. Yo vivía en un apartamento feo de un dormitorio encima de una tienda de animales en Wisconsin Avenue. Difícilmente podía ser más pobre o estar más sola. Y, Dios, el sitio apestaba de verdad. Tantas veces deseé irme a casa. Pero creía que Eugene volvería conmigo y que nos casaríamos como había prometido. Y por supuesto, no le quería dar la razón a mi madre.

Lena asintió una vez más. Entendía que eso podía ocurrir.

—Me matriculé en un curso de postrado en la Catholic University ese mismo otoño. El primer día de clase recibí una llamada de mi hermana. Me dijo lo que todos los demás sabían ya desde hacía semanas. Eugene había conocido a otra chica. No tenía ninguna intención de volver conmigo.

La barbilla de Lena se estremeció de empatía desbordante.

—Pobre de ti -musitó.

—Dejé las clases el primer día. Me metí en la cama.

Lena asintió solemnemente. Aquello le parecía muy práctico.

—¿Y entonces qué?

—Tenía una asesora en la universidad con un corazón verdaderamente de oro. Me llamó a casa y me hizo volver.

—¿Y después?

Lena tenía la sensación de que estaban a punto de llegar a la parte de la historia que se sabía.

—El día de Acción de Gracias conocí a tu padre. Éramos dos griegos confundidos y desterrados comiendo solos en el comedor de la residencia universitaria.

Lena sonrió. Se sabía esa parte. La historia tantas veces contada del primer encuentro de sus padres, al surgir en aquel contexto, le resultaba tan entrañable como un jersey viejo.

—Y os casasteis cuatro meses más tarde.

—Eso hicimos.

Y sin embargo, el famoso encuentro y matrimonio relámpago de los padres de Lena tenía un cariz diferente, más oscuro, ahora que Lena conocía todos los detalles.

—Pero desgraciadamente eso no fue el final de Eugene.

—Oh.

Lena presintió que ahí era donde se complicaba.

Su madre aparentemente consideró su estrategia durante uno o dos minutos. Finalmente dijo:

—Lena, te voy a explicar esto como a una mujer de casi diecisiete años y no como a una hija. Es decir, si tú quieres.

Lena lo estaba deseando, pero al mismo tiempo no quería. Prevalció lo que deseaba. Hizo un gesto afirmativo.

Ari dejó escapar el aliento.

—Pensé en Eugene a menudo durante los primeros años de mi matrimonio. Quería a tu padre, pero desconfiaba de ese amor -frotó un dedo encima del labio, con la mirada perdida a lo lejos-. Me avergonzaba de la recuperación tan rápida, supongo. Creía que nuestra unión estaba relacionada con Eugene y manchada por él. Temía que hubiera transferido mis sentimientos hacia Eugene a tu padre por culpa de la necesidad afectiva.

Lena notó la cabeza pesada al asentir. Su madre había estudiado psicología y en ocasiones se hacía evidente.

—Cuando tú tenías casi un año, Eugene me llamó desde Nueva York. Era la primera vez que oía oído su voz en cuatro años. Me dejó totalmente descolocada.

Lena comenzaba a ponerse nerviosa, pensando cómo iba a terminar aquello.

—Quería que fuese a verle.

Lena rechinó los dientes de atrás. Sintió lástima por su persona de un año.

—Pasé por un martirio durante tres días. Y luego fui. Le puse una excusa a tu padre, te dejé con Tina y Carmen, y subí al tren.

—Oh, no -murmuró Lena.

—Tu padre aún no lo sabe y prefiero que no se lo cuentes.

Lena asintió, mientras sentía una embriaguez por saber algo sobre su madre que ni siquiera su padre sabía, a la vez que una repulsión profunda.

—Recuerdo andar hacia él en Central Park, mientras tocaba aquel horroroso anillo de perla que había llevado en el bolsillo de mi abrigo. Sinceramente, en ese momento, no sabía cómo iba a continuar el resto de mi vida.

Lena cerró los ojos.

—Las tres horas que pasamos paseando por el parque fueron probablemente las tres horas más valiosas que he pasado en mi vida.

Lena no quería escuchar aquello.

—Porque me marché de allí y volví a casa contigo y con papá, y supe desde entonces que amaba a tu padre por ser tu padre y que ya no quería a Eugene.

Lena sintió que su corazón comenzaba a animarse.

—Así que... no pasó nada.

—Sí, lo besé. Eso fue todo.

—Oh -dijo Lena, casi incapaz de creer que estuviera teniendo aquella conversación con su madre.

—Estaba tan contenta de estar en casa esa noche. Nunca olvidaré esa sensación -la voz de su madre adquirió un tono divertido y casi de complicidad-. Creo que papá y yo hicimos a Effie esa misma noche.

Lena comenzaba a desear ser la hija otra vez.

—Y más o menos sabes el resto.

Aquello le hizo pensar ella misma. Tenía un sentido cósmico, en cierto modo, que su concepción e infancia hubieran transcurrido en una atmósfera de preocupación y desconfianza, y que Effie hubiera aparecido sobre una ola de felicidad perfecta. Tristemente tenía sentido.

—Así que ese fue el final de Eugene -dijo Lena.

—No fue tan fácil. Me llamó unas cuantas veces más a lo largo de los años siguientes. Solía estar borracho. Tu padre odia profundamente a ese hombre -Ari puso los ojos en blanco al recordarlo-. Por eso Tina y Alice y -Lena supo que su madre había estado a punto de decir Marly, pero se había contenido-. Por eso mis amigas más cercanas sabían lo de Eugene. Me horrorizaban esas llamadas y las peleas que provocaban con tu padre. Todavía no menciono su nombre delante de él. En parte esa es la razón por la que reaccioné como lo hice cuando sacaste el tema.

Lena hizo un gesto afirmativo.

—Pero papá no tiene de qué preocuparse, ¿no?

—Oh, no -Ari sacudió la cabeza categóricamente-. Tu padre es un hombre maravilloso y un buen padre. Eugene es un necio. Recuerdo el desengaño y creo que es lo mejor que podía haber pasado.

Ari miró significativamente a su hija.

—Y eso, mi cielo, es lo que quiero que recuerdes.

Tibberon: Hablé con Lena ayer tarde. Tremendo, una pasada. ¿Has hablado ya con ella?

Carmabelle: Acabo de hablar con ella. No me cabe en la cabeza. Pobre, pobre Lenny. ¿Qué podemos hacer? Quédate ahí. Ahora voy.

Bridget sabía que era el momento de volver a casa. Cuando supo lo que le ocurría a Lena, quiso reunirse con ella. En su último día en Burgess estuvo todo el tiempo con Greta en el porche de atrás. Mordisquearon cubitos de hielo y hablaron sobre futuros proyectos para remodelar la casa en vez de despedirse.

Y sin embargo, aun así dieron las tres y aun así llegó la hora de marcharse.

Greta tuvo cuidado. No quería empezar a llorar.

Bridget nunca tenía cuidado, así que dijo lo que estaba pensando.

—Sabes una cosa, abuela, si no tuviera tres amigas a las que quiero, me quedaría aquí contigo. Ahora me siento como en casa.

A Greta se le saltaron las lágrimas. A Bridget también.

—Te echaré de menos, cariño. Muchísimo.

Bridget asintió con un gesto. Abrazó a Greta quizá con demasiada fuerza.

—Y traerás a tu hermano cuando vengas en Navidad, ¿me lo prometes?

— Te lo prometo -respondió Bridget, dándole su palabra.

— Recuerda -dijo la abuela al oído cuando finalmente la soltó-. Siempre estaré aquí, queriéndote.

Después de coger sus cosas, Bridget se dio la vuelta en la acera para echar un último vistazo a la casa. Le había parecido muy sencilla cuando llegó, pero ahora la encontraba preciosa. Podía distinguir la figura de Greta a oscuras, de pie tras la ventana. Su abuela estaba llorando a mares y no quería que Bridget lo viera.

Quería aquella casa. Quería a Greta. Quería a Greta por su bingo de los lunes y su televisión de los viernes, y por la comida a las doce en punto todos los días sin falta.

Quizá Bridget no tenía lo que se dice un hogar con su padre y Perry. Pero allí se había hecho un hogar.

Lenny.

Estás en Grecia todavía, así que sé que no recibirás esta carta por el momento, pero necesito hacer algo. Necesito sentir que estoy contigo de alguna manera.

Siento tantísimo lo de Bapi. Lloré por ti esta mañana cuando me enteré. Siempre has sido estable, Len, y siempre me apoyas en los malos momentos. Quisiera poder cuidarte, por una vez.

Todo mi cariño, Bi

Dos cosas importantes ocurrieron el cuarto y último día de Lena en Grecia. Lo primero es que la abuela regaló a Lena los horrorosos zapatos blancos de borlas de Bapi y, sorprendentemente, eran del mismo número que los gigantescos pies de Lena. La abuela parecía horripilada, como si no hubiera pretendido que Lena se los pusiera, pero Lena estaba muy satisfecha.

— Los iba a poner en el ataúd, pero pensé que quizá te gustaría tenerlos, mi sol.

— Sí los quiero, abuela. Muchas gracias. Me encantan.

La segunda es que mientras se hacía de noche, Lena pintó un cuadro para Bapi sentada sobre el pequeño muro fuera de la casa de su abuela. Se le había ocurrido enterrarlo con él.

Fue la luna llena suspendida sobre la Caldera lisa lo que la inspiró. Preparó sus pinturas y su tabla, y comenzó a unir varios pegotes de pintura en arremolinados colores nocturnos. Nunca había pintado un cuadro en la oscuridad, y probablemente no lo volvería a hacer, porque era prácticamente imposible.

Pero logró captar dos lunas resplandecientes, la del cielo y su gemela en el agua. Parecían iguales, y en su cuadro, eran iguales.

Mientras estaba removiendo el revoltijo de pintura al óleo de su paleta, vio que había llegado Kostos a colocarse tras ella y observar cómo trabajaba.

Observaba muy pacientemente para ser un hombre que acababa de destrozar la vida de ambos.

—Noche de luna -dijo él a nadie en concreto, después de estudiar el cuadro un buen rato.

Tenía gracia, porque así era exactamente como Lena había pensado llamarlo, pero su temor al orgullo desmedido le había llevado a echarse atrás. No se atrevía a relacionar nada suyo con Van Gogh, sobre todo con el cuadro que más le gustaba. Se acordó de su madre y Eugene, y se preguntó si ella sería capaz en algún momento de pensar que Kostos era un necio. Más bien lo dudaba.

—A Bapi le encantará -comentó él.

Vale, lo dudaba aún más.

Logró cumplir su deseo de no llorar y, más importante, de que no le comenzase a moquear la nariz. Sabía que probablemente aquella era la última vez que lo vería. Se dio la vuelta y se levantó para dar un largo vistazo sediento a su rostro, para empaparse de él.

La noche anterior se había sentido reprimida y hostil y entumecida, pero en ese momento no, por la razón que fuese.

—Adiós -se despidió ella.

Comprendió que él estaba absorbiendo su aspecto con la misma sed. Sus ojos, su pelo, su boca, su cuello, su pecho, sus pantalones salpicados de pintura, los zapatos blancos de Bapi. Habría sido totalmente inoportuno si aquello hubiera sido un hola y no un adiós. Quizá era inoportuno aun así.

—Lo que me dijiste anoche -comenzó ella.

El asintió con la cabeza.

Ella carraspeó.

—Pienso lo mismo.

Tenía que reconocérselo a sí misma. No podía haber encontrado una forma menos poética para expresarlo.

Él volvió a asentir.

—Nunca te olvidaré -Lena lo pensó-. Bueno, con suerte te olvidaré un poco -chafó la punta del zapato de Bapi-. De otro modo sería tremendamente difícil.

Los ojos de Kostos estaban anegados. Las comisuras de sus labios temblaron hacia abajo.

Ella dejó su paleta y su pincel sobre el muro. Se levantó sobre las puntas de los pies, apoyó las manos en sus hombros para equilibrarse y le dio un beso en la mejilla. No importaba el lugar, lo había besado como a un amante y no como a un amigo. Pero tal vez podía pasar. Él la estrechó entre sus brazos más fuerte y más cerca de lo debido. No quería dejarla marchar.

Un rato después de que se fuera Kostos apareció Effie. Llevaba el Walkman y estaba sospechosamente despeinada.

—Desde luego, lloras mucho más que antes -señaló Effie.

Lena estuvo a punto de reírse.

—Y tú has encontrado al camarero, ¿a que sí?

Effie se encogió de hombros con actitud evasiva. Por supuesto que Effie podía retomar su aventura sentimental del verano anterior como si no hubiera pasado el tiempo. Effie era capaz de deleitarse con una enérgica sesión de besos y cuando era la hora de marcharse podía despedirse de su ligue como si tal cosa.

Lena estudió a su hermana asombrada. Effie movía la cabeza al ritmo de alguna canción tonta que escuchaba por los auriculares.

A diferentes personas se les daban bien diferentes cosas, reflexionó Lena. A Lena se le daba bien escribir notas de agradecimiento, por ejemplo, y a Effie se le daba bien ser feliz.

Nacemos no una vez, sino una y otra vez. William Charles

Bridget había decidido cargar con su equipaje los cuatrocientos metros que había hasta la estación de autobuses, pero cuando apareció súbitamente Billy a su lado en la acera y cogió las dos bolsas más pesadas, no se enfadó.

—Ojala no te fueras -dijo él.

—Me necesitan en casa -respondió ella-. Ya nos veremos, de todas formas.

Contempló a Billy en la estación de autobuses, sujetando sus bolsas, deseando que ella no tuviera que irse. A él le gustaba, estaba segura. Lo miró en busca de signos de deseo físico. Era eso lo que ella quería, ¿no? Se quería lo suficiente otra vez como para pensar que se lo merecía.

Pero vaciló. ¿De verdad era lo que quería? ¿No le habían mirado ya suficientes chicos de esa manera? ¿Le odiaría un poco si cambiaba lo que sentía por ella porque era guapa y rubia?

De todas formas, él no la estaba mirando así. La estaba mirando como si fuera Bi, a quien conocía desde que tenía seis años. La estaba mirando como la miraba cuando ella le chillaba en el campo de fútbol. ¿Verdad?

El tocó la zona suave bajo su muñeca.

¿O no?

Antes Bridget estaba convencida de que la persona que era cuando tenía seis años y la que era entonces estaban a kilómetros de distancia, separadas por sus tragedias. Creía que Bi, su amiga, y Bi, la chica que tenía posibilidades de gustarle, eran chicas diferentes y opuestas. Ya no estaba segura de lo que pensaba.

Pero cuando la besó en los labios, provocó un cosquilleo desde el pelo hasta las uñas de los pies y supo que le gustaba.

Con un destello de asombro vio tierra continua y firme bajo sus pies, que se extendía desde hacía tiempo, hasta ese momento y más allá de lo que alcanzaban sus ojos.

Era una idea bastante rara. Pero a Carmen siempre le habían gustado las cosas que sembrabas y luego recogías. Su madre había salido con David y estaban viviendo felices y comiendo perdices. Carmen había cumplido su penitencia al

pasar unos días preocupada por Lena y observando la felicidad de su madre. Además, había dedicado mucho tiempo a ello, puesto que los Morgan estaban pasando las dos últimas semanas del verano en la playa.

Porter había dejado un par de mensajes la semana anterior para invitarla a una fiesta en Chevy Chase. Así que Carmen decidió que quizá ahora que había aclarado lo de su madre, podía empezar a gustarle de verdad.

Él parecía sorprendido cuando Carmen llamó para quedar con tan poco tiempo. Pero dijo que sí y se ofreció a llevarla a Dizzy's Grill, lo cual quería decir que no la odiaba del todo. O tal vez sí la odiaba y estaba planeando secretamente presentarle la cuenta al final de la noche. Carmen se propuso acordarse de meter un billete de veinte dólares extra en la cartera.

Se puso los pantalones compartidos por primera vez desde la fatídica noche en que Christina se había enamorado de David y Carmen no se había enamorado de Porter. Esa noche, ¿quién sabe? Con los pantalones había muchas probabilidades de que aquella noche fuese también especial.

Estaba justo depilándose un pelo descolocado de la ceja cuando sonó el teléfono.

Según el panel de identificación de llamadas, era una cabina en la estación.

-¿Diga?

-Hola. Soy Paul.

Estaba prácticamente segura de que Paul debía estar de camino a la universidad en Filadelfia tras pasar dos semanas en Charleston, en su casa,

-Hola. ¿Qué haces?

-Perder el tren.

-Oh, no. ¿Qué ha pasado?

-Me he perdido en el metro.

Carmen soltó una carcajada sonora.

-¡No!

-No.

-Oh.

-He venido en coche con un amigo hasta Washington y luego sí que he perdido el tren.

-Vaya.

Carmen consideró lo que aquello significaba. Significaba que Paul no tenía dónde quedarse esa noche y que ella tendría que ocuparse de él.

— Eeehh -tamborileó el teléfono, pensando-. Quedamos en Dizzy's Grill, en la esquina de Wisconsin y Woodley. Cuando sea que llegues. ¿Has cenado?

— No.

— Bien. Nos vemos allí.

Pobre Porter. Aquella iba a ser una cita extraña, por lo del chico extra más que nada.

Carmen por fin había atrapado el pelo rebelde con las pinzas por segunda vez cuando sonó el teléfono de nuevo. ¡Dios! -exclamó al tiempo que lanzaba las pinzas contra la pared.

Aquella llamada procedía de casa de Lena. ¿Estaba Lena en casa? Carmen agarró de prisa el auricular.

— ¡Lena!

— No, soy Effie.

Effie susurraba.

— ¿Estás en casa?

— Sí, desde hace una hora o así.

— ¿Qué tal Lena?

Carmen sentía el corazón que le latía en las sienas. Lena estaba en casa. Lena la necesitaba. Bueno, estaba claro. Esperaba que Paul y Porter disfrutasen de su mutua compañía.

Effie hizo una pausa.

— Mmmm. No sé.

— ¿Anda? ¿Habla?

— Sí y no.

— ¿Qué quieres decir?

— Sí anda, pero no habla.

— Oh. Voy enseguida.

— No, tienes que sacarla de casa.

— ¿Ah, sí?

— Sí -aseguró Effie-. Eso es lo que necesita.

— Vaaaaale. ¿Estás segura de eso?

Effie era una mandona y Carmen era una mandona. No siempre se llevaban bien.

— Sí. La mitad de su habitación está cubierta de cartas. La otra mitad de fotos. Así está el tema. Nos fuimos corriendo. Tú tienes que sacarla y distraerla, y yo tengo que guardar todo eso. En la basura o algo así. Ja, ja.

Carmen se quedó callada. A Effie nunca le importaba si nadie se reía de sus chistes.

— ¿Has hablado con Tibby? -preguntó Carmen.

— No está en casa.

— Vale, Ef. Pasaré a buscarla dentro de quince minutos -Carmen colgó el teléfono con brusquedad.

Sacudió la cabeza mientras corría por la habitación y metía cosas en su bolso. Tendría que llevar a Lena también a Dizzy's Grill. Era lo único que podía hacer.

Y de todas maneras, la loca cita de Carmen con dos chicos, otra cosa no, pero distraída seguro que era.

Mucho tiempo después, Carmen intentó repasar cada matiz de aquel raro encuentro. Quería precisar exactamente cuándo había ocurrido. Cómo había ocurrido. Por qué había ocurrido. Si, de hecho, había ocurrido.

Carmen llevaba puestos los pantalones. Iba de la mano con Lena. Lena llevaba unos pantalones finos de franela y una camiseta. A un metro de distancia parecía la clásica camiseta blanca, sin más. Pero vista de cerca, tenía un volante muy pequeño alrededor del cuello. Le había llamado la atención inmediatamente a Carmen. La camiseta era típica de Lena, pero el volante no.

Lena estaba especialmente delgada. Estaba delgada a causa del sufrimiento, pero Carmen no pudo evitar envidiarla de todas maneras. Lena tenía los ojos muy abiertos y llenos de luz, y aparentemente enfocaban una distancia media indeterminada, ni aquí ni allá.

Parpadeó y miró alrededor del restaurante como un recién nacido. Su piel parecía delicada y tierna, y era como si sus ojos mirasen por primera vez. Carmen se sintió culpable por arrastrarla a aquel bullicioso escenario, ahumado y sobre estimulante. No era sitio para un recién nacido.

Carmen sentó a Lena en un banco a la entrada del restaurante. Entró en el comedor y encontró a Porter y a Paul, cada uno esperándola en su propia mesa. Primero fue hacia Porter. Él se levantó y sonrió al verla.

–Hola.

Lo besó en los labios, pero ella estaba demasiado distraída para analizarlo.

–Oye, escucha. Esta noche se ha complicado un poco -hizo una mueca para disculparse-. Mi amigo, bueno mi hermanastro en realidad, ha perdido el tren esta noche y no tiene donde ir, así que le he invitado a venir -se tocó la mandíbula dubitativa-. ¿Te importa?

El le devolvió una mirada que decía: «¿Y qué más da si me importa?»

–Y además -Carmen continuó a toda prisa-. Mi amiga Lena. La conoces, ha vuelto de Grecia esta tarde y está un poco... destrozada, de hecho -dijo Carmen, bajando la voz-, y no puedo dejarla sola, así que está aquí también -Carmen levantó los hombros excusándose-. Lo siento.

Porter asintió con la cabeza. Carmen comprendió que no había gran cosa que pudiera hacer a esas alturas para sorprenderle o desilusionarle.

Llegado a ese punto, la había visto Paul. Ella se acercó hasta él.

–Hola. Ven conmigo.

Él la siguió.

–Porter, este es Paul. Paul, este es Porter -dijo ella cuando estaban a una pequeña distancia.

–Qué tal -Porter levantó una mano como un jefe piel roja.

Parecía que Carmen estaba dirigiendo la vida de muchas personas aquella noche. Señaló la mesa donde estaba sentado Porter.

–Cabemos todos aquí, ¿verdad?

Porter se encogió de hombros.

–Claro.

–Vale. Sentaos. Voy a buscar a Lena.

Paul tenía aspecto de estar sufriendo un ligero shock. No era muy sociable. Probablemente deseaba haberse quedado en un banco de la estación.

En un banco de la entrada Lena se miraba las manos mientras el mundo giraba a su alrededor.

-¿Len?

Levantó la vista.

—Siento arrastrarte por todas partes esta noche, pero vamos a cenar con dos tíos que no conoces.

¿De qué servía endulzarle el mal trago? Si Lena se iba a amotinar, aquel era el momento.

En lugar de esconderse bajo una silla, como casi esperaba Carmen, Lena se levantó y la siguió obedientemente. Aquello preocupó a Carmen más que la alternativa de la pataleta en toda regla.

Las dos estaban andando hacia la mesa. Fue entonces más o menos cuando ocurrió. Por algún motivo Paul y Porter estaban sentados en el mismo lado de la mesa, de frente a las chicas que se acercaban. Resultaba un tanto cómico, en cierto sentido, aquellos dos chicos tan grandes sentados uno al lado del otro. Carmen no podría decir cómo estaba Porter en ese momento, porque estaba mirando a Paul.

Fue entonces cuando los relojes se detuvieron y el sitio enmudeció y los colores se volvieron de un tono sepia. El aire parecía nostálgico, a pesar de que todavía no había ocurrido nada.

Paul miró a Lena. Millones de chicos habían mirado a Lena, pero ninguno la había mirado así.

Esa era una de las principales cosas sobre las que reflexionó Carmen después. La expresión de Paul. ¿Cómo podía contener tantas cosas la expresión en una cara?

Porter se levantó. Paul se levantó. Todos se sentaron. Carmen dijo algo. Porter dijo algo. El camarero apareció y dijo algo. Todo parecía aleatorio e intrascendente, porque estaba sucediendo algo importante.

Paul y Lena, Lena y Paul. Ni siquiera se sonrieron ni se dijeron nada. Tal vez ni siquiera se dieron cuenta de que ocurría algo, pero Carmen sí. Sencillamente lo supo.

Súbitamente, en medio del cuarteto íntimo se abrió un abismo. En un lado estaban el mundo y el restaurante y toda la gente corriente como Porter y Carmen. En el otro lado estaban Paul y Lena. Aunque estaba intensamente alerta, a Carmen no le parecía que pudiera mirar o escucharlos. No pertenecía a ese otro lado.

—¿Quieres compartir las alitas de pollo picantes? -preguntó Porter amigablemente.

Carmen tuvo ganas de llorar.

¡Aquellos eran los pantalones del amor! ¡Lo eran! Había pura magia a su alrededor. ¡Pero no era para ella! Nunca era para ella.

A Carmen se le daba mal querer. Quería con demasiada fuerza.

La imaginación de Carmen comenzaba a ramificarse en direcciones peligrosas. Lena se convertiría en el centro del mundo de Paul. Lo veía claro. Él no se preocuparía más por Carmen. No escucharía detenidamente todas las estupideces que ella soltaba.

¿Y qué sería de Lena? ¿Cómo afectaría aquello a su amistad? ¿Al Clan? ¿Dónde iba a quedar Carmen en todo aquello?

La ansiedad se estaba cocinando en algún sitio ahí dentro, llenaba el estómago de ácido, enredaba los intestinos.

¿Qué problema tenía ella con las citas de dobles parejas? ¿Por qué tenía que sentarse Carmen en los márgenes del amor cuando estaba tan cerca? ¿Por qué terminaba perdiendo en vez de ganando?

Pensó en su madre y David justo en ese momento. Él había llegado a casa esa noche con ramos de rosas para las dos, Christina y Carmen. Carmen había apreciado el gesto fundamentalmente porque le había hecho sumamente feliz a su madre. David sabía la palabra que tenía a Carmen atascada en su crucigrama (perro japonés, de cinco letras, que comienza con a). Lo más importante, sin embargo, había sido el resplandor del rostro de su madre, incluso mientras intentaba aparentar que era racional. Aquello no era perder. Aquello era ganar.

Mientras, en el mundo de Lena y Paul, Paul murmuró algo a Lena. Lena bajó los ojos a la mesa tímidamente, pero cuando levantó la vista de nuevo, lucía una sonrisa de las más bonitas que le había visto Carmen jamás. Algunas cosas habían cambiado en Lena.

Carmen podía ignorar lo que estaba viendo. Podía sentirse amenazada e intentar pisotearlo antes de que echase raíces.

O quizá reconocer que Lena y Paul eran dos de las personas que más quería del planeta y que ambos se merecían el amor de alguien tan bueno como ellos.

De pronto la cabeza de Carmen se levantó de golpe.

— ¿Lena?

Parecía que Lena viajaba muchos kilómetros para llegar hasta ella.

— ¿Sí?

— ¿Puedes venir conmigo un segundo?

Tanto Paul como Lena la miraron como maravillados de que pudiera gritar e irrumpir de esa manera.

—Solo un segundo, lo prometo -añadió Carmen.

Una vez en el baño, Carmen se desabrochó los pantalones. Se los bajó rápidamente.

—Dame los tuyos y toma estos, ¿vale?

—¿Por qué haces esto? -preguntó Lena.

—Porque sé que va a ser una noche importante para ti.

El corazón de Carmen latía furioso.

—¿Por qué lo sabes? -Lena parecía casi asustada.

Carmen se llevó la palma de la mano al corazón.

—Porque sí. Lo sé.

Lena clavó sus grandes ojos en los de Carmen.

—¿Importante en qué sentido? ¿Qué quieres decir?

Carmen ladeó la cabeza.

—Len. Si no lo sabes, lo sabrás pronto. Has pasado por muchas cosas este verano. Puede que tardes un poco.

Lena parecía confusa. No iba a discutir. Se subió los pantalones. El aire parecía que relucía con ellos.

«Menos mal que Lena se ha puesto esta noche pantalones de atar a la cintura», pensó Carmen mientras se los subía y ataba de prisa.

Lena ya avanzaba flotando a través del baño y hacia la mesa. Al contemplar a Lena andando hacia Paul, Carmen presintió que era uno de esos extraños momentos en que el mundo se revela. Tal vez Carmen era la única que podía verlo.

«Así va a ser», pensó Carmen. Y ella encontraría la manera de amar el amor, como quiera que apareciese.

Lena estaba acostada en la cama en su casa. Como era habitual, estaba pensando incesantemente en un chico. Pero aquella noche, por raro que fuese, el chico en cuestión no era el habitual. Este nuevo era más alto, más fuerte y de ojos muy intensos. La forma de mirarla era como si pudiera verlo todo, pero solo tomase lo que ella estaba dispuesta a ofrecer. No estaba casado. No había dejado a ninguna chica embarazada, por lo menos que ella supiera.

De alguna manera, en el espacio de unos noventa segundos, había soltado el trapecio del que estaba colgada, había quedado suspendida en el aire, y se había aferrado a un trapecio que volaba en dirección opuesta.

¿Cuándo se había convertido en un pájaro de altos vuelos? No podía sino preguntárselo. ¿Cómo había pasado de ermitaño emocional a artista del trapecio?

Estaba preocupada por su seguridad.

Llamó a Tibby. No había hablado con ella desde que había llegado a casa y tenía ganas de ser expansiva.

—Tib, no sé lo que me pasa -gimió, sin estar segura de si su gemido era alegre o triste. Subida en el trapecio tan alto parecía que los dos sentimientos se fusionaban, idénticos en intensidad.

—¿Qué pasa, Len? -dijo Tibby con más ternura de la que había dicho algo en su vida.

—Creo que tengo esa enfermedad que hincha el corazón.

—Bueno -respondió Tibby filosóficamente-. Creo que mejor un corazón hinchado que uno encogido.

Cuando Carmen entró por la puerta después de dejar a Lena en casa, oyó que sonaba el teléfono. Lo contestó en la cocina.

-¿Diga?

—Oye, Carmen, soy Porter.

—Hola -dijo ella sorprendida.

—Escucha, me rindo. Solo quería que lo supieras. Una persona puede aguantar hasta cierto punto.

Carmen tragó saliva. Por alguna razón sintió que el corazón latía en todas las partes equivocadas del cuerpo.

—Eh, ¿a qué te refieres? -dijo tímidamente, sin franqueza.

No quería saber a lo que se refería, pero eso no significaba que no lo supiera.

Porter dejó escapar el aliento.

—Seré sincero. He estado súper colado por ti durante, no sé, dos años. Salir contigo este verano me parecía alucinante. Tenía muchas ganas de que funcionase, pero Carmen, ¿durante cuánto tiempo puedes darle esperanzas a un tío?

Porter hizo una pausa para darle una oportunidad de defenderse, pero ella estaba tan desconcertada que no era capaz de activar la lengua. Se le quedó lánguida en la boca, nada dispuesta a ayudar.

—Me confundías al seguir llamando. Cuando quedábamos notaba que no estabas muy en el rollo, pero luego me llamabas otra vez -no sonaba enfadado; sonaba resignado-. Y bueno, oficialmente me rindo. No puedo ser un idiota durante más tiempo.

En su boquiabierto silencio tartamudo, Carmen empezó a comprender que Porter no era la persona que ella pensaba. Claro que, ¿había pensado acaso, aunque fuera por un segundo, qué tipo de persona era? Había considerado largamente sus méritos objetivos como novio, pero no que tuviera sentimientos o que, Dios me libre, hablase de ellos. Era un chico, un novio en potencia, un accesorio envidiable, muy parecido a un buen bolso.

¿No era así?

—Sé que estabas distraída por todo el asunto con tu madre y lo comprendo. Pero pensé que tal vez después de solucionarse, podríamos quedar por fin.

No, no era así.

Carmen sintió que le ardían las mejillas. Había estado tan colosalmente equivocada sobre él que casi merecía reírse.

—¿Porter? -dijo.

Su nombre le parecía ahora diferente. De pronto sintió como si estuviera hablando con un amigo.

-¿sí?

—Yo puedo ser una idiota durante mucho más tiempo que tú.

El se rió espontáneamente.

Nunca se habían reído juntos, advirtió Carmen. Ella no le había dado muchos motivos.

—No sé qué decir en mi defensa, excepto que no me he dado cuenta de que eras una persona de verdad -reconoció ella con sinceridad.

—¿Qué creías que era?

—Uf... no lo sé. ¿Un pingüino?

Él se rió un poco más y carraspeó.

—No estoy seguro de cómo tomarme eso.

—Pero estaba equivocada.

—¿No soy un pingüino?

—No.

—Me alegra oírlo.

Carmen tomó aliento profunda y tristemente.

—De verdad que lo siento -dijo, deseando no provocar tan a menudo situaciones en las que debía a gente disculpas largas y sinceras.

—No te preocupes -respondió él enseguida.

—Gracias -dijo ella.

—Cuídate, Carmen.

Su voz tenía un tono íntimo. Era bonita.

—Gracias -volvió a decir ella un poco más bajo y oyó que colgaba.

Al colgar el teléfono supo que había recibido lo que se merecía. Y lo triste era que por primera vez se imaginaba lo que podía sentir si le hubiese gustado de verdad.

Sonrió débilmente mientras se ponía el pijama rojo de felpa, el que usaba cuando estaba enferma. Estaba avergonzada, pero también insospechadamente esperanzada.

La mañana siguiente, después de haber viajado toda la noche, Bi saltó del autobús en Bethesda, Maryland, pero no fue a su casa. Fue directa a casa de Lena. Dio un callado abrazo a Ari en la puerta y subió.

Lena estaba acostada en la cama, todavía en pijama, el de aceitunas verdes y negras.

Se incorporó al ver a Bridget. Bridget soltó un leve grito y prácticamente le hizo una entrada a modo de abrazo, después se apartó para estudiarla más detenidamente.

Bridget esperaba encontrar tragedia absoluta en la cara de su amiga, pero no fue así. Vio algo más complicado que eso.

—¿Te enteraste de lo de Bapi? -preguntó Lena.

Bi asintió con la cabeza solemnemente.

— ¿Te enteraste de lo de Kostos?

Bi volvió a asentir.

— Estoy hecha polvo, ¿sabes? -dijo Lena.

— ¿De verdad lo estás? -preguntó Bi suavemente, mientras estudiaba los ojos de Lena.

Lena levantó la vista al techo.

— Ni siquiera sé cómo estoy.

Se dejó caer de espaldas en la cama otra vez y sonrió cuando Bridget cayó a su lado.

— Lo quería tanto -confesó a Bi.

Cerró los ojos y se echó a llorar. Mientras lloraba ni siquiera estaba segura de a qué «él» se refería. Sintió que los brazos de Bridget se cerraban en torno a ella.

— Lo sé -dijo Bi-. Lo siento mucho.

Cuando Lena se incorporó para respirar, Bi tenía aspecto pensativo.

— Estás diferente, Lenny -señaló.

Lena se rió un poco entre las lágrimas. Tocó uno de los preciosos mechones amarillos de Bridget.

— Tú estás igual. Quiero decir, que has cambiado para ser tú otra vez.

— Confío en que sea una versión más duradera -puntualizó Bi.

Lena estiró sus grandes pies delante de ella.

— ¿Sabes qué?

-¿Qué?

— Me preguntaba: si pudiese borrar todo este verano, ¿lo haría?

— ¿Y qué has respondido? -quiso saber Bi.

— Hasta ayer por la noche hubiera dicho que sí, por favor, que me dejaran como estaba.

Bridget hizo un gesto afirmativo.

—¿Y ahora?

—Y ahora, creo, creo que no. Quizá prefiera quedarme así.

Lena se echó a llorar de nuevo. Antes lloraba unas tres veces al año. Ahora parecía que lloraba tres veces antes de desayunar. ¿Se podía considerar a eso progreso?

Se apoyó en Bi y dejó que Bi sujetase su peso. Qué extraña inversión era desplomarse y permitir que Bridget la cogiese.

Claro que, no había aprendido solo a querer ese verano -también había aprendido a necesitar.

Deja que comience la Edad de Oro. Beck

Bridget llamó a Tibby y a Carmen desde casa de Lena y aparecieron minutos más tarde, Carmen con la camisa del revés y las zapatillas de su madre, Tibby con los pies descalzos. Chillaron de alegría al verse.

Después, horas más tarde, el sol caía rosa al atardecer por la ventana y aún no habían salido de la habitación. Habían hablado largo y tendido, las cuatro tumbadas en la cama de Lena. Carmen sabía que ninguna quería romper la atmósfera, el hechizo. Pero les estaba entrando hambre.

Tibby y Lena finalmente partieron en una expedición para saquear la cocina y volver a subir con provisiones. Pero menos de treinta segundos más tarde las dos irrumpieron de nuevo en la habitación.

– Hemos oído a gente en la cocina -explicó Tibby con grandes ojos de emoción.

– Bajad y veréis -añadió Lena-. Pero no hagáis ruido.

Gracias a su calzado, advirtió Carmen, se les dio bien bajar en silencio. Tibby se detuvo a un lado de la puerta de la cocina y todas se apiñaron detrás.

Carmen dejó escapar el aire cuando vio a las tres madres sentadas en torno a la mesa redonda. Tenían la cabeza inclinada, baja y de forma confidencial. Parecía que Christina estaba contando una historia graciosa, porque tanto Ari como Alice se estaban riendo. Las manos de Ari tapaban los ojos en un gesto igual que el que hacía Lena cuando la risa comenzaba a descontrolarse.

Carmen también advirtió las dos botellas de vino sobre la mesa, una vacía y una medio llena.

Había tantas cosas que sentir al contemplarlas, que Carmen no lograba separar las poderosamente tristes de las alegres, no parecían distintas en realidad. Estaban el consuelo y la confianza de la postura de las tres mujeres juntas que le trajo imágenes de su infancia. Estaba la cuarta silla a la mesa, vacía, donde debía sentarse Marly, donde quizá debía estar Greta ahora.

Carmen miró alrededor y vio las mismas emociones agolpadas en los rostros de sus amigas. Cada una de ellas sentía lo mismo y probablemente algo distinto.

Sin hablar siguieron a Tibby a través de la puerta principal hasta el solar vacío junto a la casa. Carmen sintió que sonreía. Ver a sus madres como amigas le parecía un caso de algo que deseas fervientemente, pero no te permites admitir a ti mismo que quieres.

Las cuatro permanecieron tumbadas en la hierba hasta que el sol se ocultó y comenzaron a verse las estrellas. Carmen reflexionó sobre el poder del silencio para crear un vínculo más fuerte, incluso, que miles y miles de palabras.

Esa noche el ambiente en Gilda's era dulce y al mismo tiempo sombrío. Se cogieron de la mano y recordaron a sus difuntos: Marly, Bailey y Bapi. Tibby incluyó al padre de Brian y Lena añadió también a Kostos.

Necesitaba llorar por su desaparición. Bi quería recordar a su abuelo. Tibby también pensó en Mimi, pero no lo reconoció en voz alta.

Después de los muertos, honraron al amor. Abrieron una botella de champaña que había robado Tibby de la bodega en el sótano de sus padres. Carmen quería brindar por el amor romántico, pero eso se complicó enseguida. Lena quería incluir a Brian, pero Tibby se negó. Carmen quería incluir a Paul, pero Lena se negó. Así que lo ampliaron al amor en general y el número creció: Greta, Brian, Paul, Valia, Effie, Krista, Billy. Carmen se sintió generosa al añadir a David a la lista.

Después quisieron brindar también por sus madres. Los ojos de Bi se anegaron durante esa parte. Preguntó si Marly podía estar en dos categorías y todas accedieron. Luego preguntó si Greta podía estar en dos categorías y todas volvieron a acceder.

Para aquella última parte, Tibby dio una sorpresa. Cuidadosamente desenvolvió la fotografía que Ari había mandado a su madre y la colocó sobre los pantalones compartidos en medio del círculo. Todas se inclinaron y guiñaron los ojos para verla bien.

Eran cuatro mujeres jóvenes sentadas en un muro de ladrillo. Todas tenían los brazos alrededor de los hombros y cintura de las otras. Todas tenían los tobillos enlazados como si fueran a ponerse a bailar un cancán. Se estaban riendo. Una de ellas tenía un precioso pelo rubio. Otra tenía pelo oscuro ondulado y ojos marrones, su sonrisa era la más grande. Otra tenía pecas y el pelo suelto. La cuarta tenía pelo liso negro y rasgos clásicos. Era una fotografía de la amistad, pero no era el Clan. Eran sus madres, hace mucho tiempo. Tibby observó con alegría que las cuatro llevaban vaqueros.

FIN

